



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

PROGRAMA DE MAESTRÍA Y DOCTORADO EN HISTORIA
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

**Ficciones psicopatológicas: medicina mental, prensa y literatura en el
tránsito del siglo XIX al XX, Ciudad de México, (1882-1903)**

TESIS

QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE
DOCTOR EN HISTORIA

PRESENTA:
JOSÉ ANTONIO MAYA GONZÁLEZ

Tutor principal
Dr. Andrés Ríos Molina
Instituto de Investigaciones Históricas

Comité tutor
Dra. Claudia Agostoni
Instituto de Investigaciones Históricas

Dra. Cristina Sacristán
Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora

Ciudad de México, mayo, 2019



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Índice

Agradecimientos.....	5
Introducción.....	9
Escritores, temas y tendencias.....	14
Medicina mental, locura y literatura.....	24
La literatura como fuente.....	34
I.- Locura, psiquiatría y subjetividad: la medicalización de las pasiones en la etiología de la locura	41
1.1.- La medicalización de las pasiones en las revistas médicas.....	48
1.2 Entre pasiones desbordadas y emociones fuertes	55
1.3 La biología anormal de las emociones	64
1.4. La moralización de las pasiones en las tesis de medicina.	68
1.5 Conclusiones.....	76
II.- La locura pasional en la prensa capitalina	79
2.1 La locura en los medios impresos	84
2.1 Gacetillas y traducciones.....	88
2.3 Artículos, cuentos, crónicas y otros impresos	92
2.4 Conclusiones.....	103
III.- Escritores moralistas, relatos sentimentales	106
3.1 El perfil social de los literatos	110
3.2 Lecturas y lectores: la función social de las obras	116

3.3 Conclusiones.....	128
IV.- Entre sentimentales, violentos e histéricas	130
4.1 De locos y locuras pasionales	135
4.2. La histeria literaria: entre la vigilancia y la prohibición.....	160
4.3 Entre la moralización y la voluntad de curar: médicos de locos.	175
4.4 Conclusiones.....	185
V.- Escritores perversos, narrativas malsanas	189
5.1 Modernos y decadentes: el perfil social de los escritores.....	196
5.2 Max Nordau y la patologización del arte moderno	216
5.3 Críticos y adversarios: la mirada médica sobre decadentismo.....	225
5.4 Neuróticos e hiperestésicos: la personalidad pública de los decadentes.....	235
5.5. Conclusiones.....	241
VI.- Entre pervertidos, suicidas y locos-criminales	244
6.1 De lujurias, concupiscencias y otros placeres morbosos	252
6.2 Suicidas literarios	262
6.3 Locos-criminales.....	276
6.4 Conclusiones.....	294
Consideraciones finales	297
Fuentes consultadas.....	302

!Qué triste y extraña es nuestra época!

¿Hacia qué océano corre este torrente de inquietudes?

¿Hacia dónde nos dirigimos en una noche tan profunda?

Aquellos que quieren palpar este mundo enfermo

no tardan en retirarse, asustados por la corrupción

que se agita en sus entrañas.

Gustave Flaubert, *Memorias de un loco*.

Agradecimientos

A lo largo de estos años he acumulado significativas muestras de apoyo provenientes de profesores, amigos y colegas entrañables. En primer lugar, estoy en deuda con el Dr. Andrés Ríos Molina por su invencible alegría como investigador, por creer e impulsar el proyecto, su orientación metodológica fue crucial en los momentos de fuga, por su firmeza en las dificultades cotidianas y por trazar los caminos para nuevas andanzas. Externo mis agradecimientos a las doctoras Cristina Sacristán, Teresa Ordorika y Claudia Agostoni, por las sugerencias historiográficas, las conversaciones apremiantes y los fructíferos debates teóricos; en una palabra, por su profesionalismo y compromiso con mi investigación. En particular, agradezco a la Dra. Ana Laura Zavala Díaz por su respaldo permanente y profunda amistad, gracias a su amplio conocimiento literario encontré en el Instituto de Investigaciones Filológicas un espacio de discusión y diálogo. En distintos momentos, cada uno de mis profesores logró incidir de manera positiva en mi investigación-formación, compartiendo ideas, debatiendo posturas, recomendando lecturas y disfrutando de apacibles charlas, alumbrando así la brecha en tiempos aciagos. Vale mencionar a las doctoras Laura Suárez de la Torre, Belem Clark de Lara, Elisa Speckman y Alicia Salmerón que fueron, sin que ellas lo supieran, “maestras” a la distancia mediante sus escritos.

Avances de mi investigación fueron presentados en distintos seminarios, congresos y mesas de trabajo dentro y fuera del país. Agradezco a la Dra. Susana Sosenski por sus atinadas sugerencias, reflexiones y comentarios que nutrieron

varios de mis capítulos, también a todos los compañeros del *Seminario Interdisciplinario en Salud Mental* con los que compartí experiencias de investigación por más de cinco años: Alejandro Salazar y Alejandro Giraldo me animaron a seguir adelante en la defensa de un argumento que comenzaba a tomar forma; a Daniel Vicencio por su mirada crítica y aguda; a Sandra Ayala por las charlas literarias de pasillo, a Ximena López por orientarme en el mundo de los acervos digitales y sugerirme rutas de búsqueda. A Dafne y Tania por las “comidillas” de los jueves compartiendo el gusto por la literatura y el cine. A mis compañeros de generación que, a pesar de los tiempos y las distancias, pudimos compartir momentos de incertidumbre y claridad. A Martín López por su pasión literaria, a mis amigos de la maestría en el Instituto Mora. Finalmente, agradezco a todos los trabajadores, personal administrativo y gestor del posgrado en Historia por la hospitalidad, así como a todas aquellas personas que facilitaron mis estancias prologadas en el Archivo Histórico de la Secretaría de Salud, en las Bibliotecas “Nicolás León” de Palacio de Medicina, “Rubén Bonifaz Nuño” del Instituto de Investigaciones Filológicas, “Antonio Caso” de la Facultad de Derecho, “Rafael García Granados” del Instituto de Investigaciones Históricas, “Ernesto de la Torre Villar” del Instituto Mora, “Miguel Lerdo de Tejada”, de la Hemeroteca Nacional y del fondo reservado de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Un agradecimiento especial es para Beatriz Eugenia, por su grata compañía, impulso y amor sincero durante tantos años. Si en su momento supo rescatar a un corazón en naufragio, en este otro logró dimensionar el compromiso sentimental como una ética de la existencia. Gracias por los viajes, por las

comidas, por los encuentros, por las noches boscosas, por los días de guardar, por los paseos gatunos y las infranqueables aventuras en la Merced. Cierro un ciclo, sabedor de tu inmarcesible presencia en mi vida. A sus papás, don Carlos, “cruzazulino” empedernido, a doña Victoria y a la “Mosette”, por haberme dejado entrar a su hogar. A “Pichi”, “Sabino” y “Tila”, mis amores gatunos, mis confidentes de azotea, mis escuchas ronroneros. Finalmente, agradezco a mi familia: a mi padre, Jorge Maya Ruíz, cuya voluntad por superar los obstáculos es admirable, por resolver con esmero los intrincados secretos de la vida; a mi madre, Arcelia Guerreo, que en su apellido porta el estandarte de una luchadora digna y tenaz; a mi hermano mayor, Jorge, por haberme protegido en mi infancia y por enseñarme a sonreír pese a las adversidades; a mi hermano menor, Edgar Iván, filósofo por naturaleza, músico por convicción, por señalarme la textura musical del mundo. A todos ellos gracias, porque me recuerdan quién soy y de dónde vengo, por su prolijidad incuestionable y necesidad bien entendida. A toda mi extensa familia, en particular a mis abuelos Antonia y Cutberto, por cobijar estas palabras con sus memorias de un mundo que no conocí.

Para la realización del trabajo recibí el apoyo de la beca Conacyt, también tuve la fortuna de contar con dos becas de culminación de tesis a nivel doctorado: la primera otorgada por el Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora y la segunda por el Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades de la UNAM. Resta decir, más allá de cansados formalismos y enunciados repetitivos, que mi comité evaluador y los múltiples lectores que se fueron entramando en esta prolongada aventura, no son responsables de los

flagrantes desatinos que encierra mi investigación, por lo tanto, los errores, las carencias y demás tropelías cometidas son mi única responsabilidad. Ahora sé que los errores ennoblecen las perspectivas venideras, porque de ninguna manera desdibujan ese horizonte de posibilidades forjado durante los años de espera.

Introducción

El objeto de la presente investigación es el estudio de las representaciones de la enfermedad mental en la narrativa mexicana de finales del siglo XIX a los primeros años del XX en la Ciudad de México. Me interesa analizar los significados sociales y culturales de los trastornos mentales en el discurso literario porfiriano. Más específicamente, mi preocupación es comprender las ideas, los valores y las actitudes literarias hacia los fenómenos psicopatológicos que promovieron algunas novelas y cuentos entre los años 1882 y 1903.¹ A lo largo de esta investigación utilizaré de manera indistinta los términos “locura”, “demencia”, “vesania” y “enfermedad mental” porque así los utilizaban los propios médicos (también los escritores) porfirianos interesados en las cuestiones mentales. Una mirada a sus textos, como se observará en el siguiente capítulo, permite confirmar que los galenos no establecían claramente algún sesgo científico entre los términos, por

¹ Pese a lo azaroso que representa la temporalidad elegida, considero que responde a dos situaciones culturales de importancia para la Ciudad de México. Por un lado, 1882 es un año marcado por las célebres disputas por la literatura entre los escritores-periodistas Vicente Riva Palacio y Manuel Gutiérrez Nájera. El primero defendía el nacionalismo literario, razón por la cual la novela nacional debía abordar las particularidades de los mexicanos apostando al conocimiento de la verdad; en cambio, el segundo abogaba por la libertad del arte y la búsqueda incesante de la belleza. Estos temas se encuentran en Vicente Riva Palacio, *Los cerros. Galería de contemporáneos*, estudio introductorio de Clementina Díaz y de Ovando, México, UNAM/CONACULTA, 1996. Belem Clark de Lara, “Una crónica de las polémicas modernistas”, en Rafael Olea Franco (editor), *La literatura mexicana del otro fin de siglo*, México, El Colegio de México, 2001, p. 61-83. Por el otro, 1903 representa el cierre de la primera etapa de la *Revista Moderna* fundada en 1898, revolucionario órgano de publicación de los modernistas mexicanos e hispanoamericanos en la cual se reprodujeron y publicaron buena parte de los cuentos de tendencia decadente analizados en el quinto capítulo de la investigación. Belem Clark de Lara y Fernando Curiel Defossé, *El modernismo en México a través de cinco revistas*, México, UNAM, 2000.

consiguiente, éstos hacían referencia a la pérdida de las facultades intelectuales con una predisposición biológica.²

Mi trabajo se centra en el estudio de dos constelaciones de literatos asentados en la capital a los que me referiré de la siguiente manera: los médicos-escritores del nacionalismo cultural y los escritores-periodistas del modernismo decadente.³ Los escritores seleccionados para este trabajo practicaron el periodismo como un medio de subsistencia, aunque para los segundos formó parte esencial de su vocación y sustento económico. ¿Por qué referirse a constelaciones en lugar de generaciones? Con el afán de superar el ortodoxo esquema generacional, Belem Clark de Lara aludió al concepto de “constelaciones” para dar cuenta del recorrido que hicieron los escritores decimonónicos de distintas edades unidos por: a) propósitos semejantes; b) movilidad intelectual y c) diversidad temática.⁴ Esta propuesta resultó idónea para identificar, comprender y comparar los proyectos narrativos de dos constelaciones de escritores finiseculares que tuvieron por objeto hacer de las locuras un asunto

² Cabría advertir que para el historiador Andrés Ríos Molina, la “locura” es un término polisémico que engloba visiones, percepciones y símbolos sociales que determinan las fronteras de la anormalidad en un contexto específico, en tanto que el concepto de “enfermedad mental” alude a discursos y prácticas médicas sustentadas en la experiencia empírica. *La locura durante la Revolución mexicana. Los primeros años del Manicomio General La Castañeda, 1910-1920*, México, El Colegio de México, 2009, p. 36.

³ Utilizo estas denominaciones como un recurso metodológico para organizar los proyectos literarios, aunque en realidad funcionan como categorías de análisis a partir de las cuales busco ofrecer una primera mirada cronológica y sistemática sobre los escritores mexicanos interesados en la locura. Cabe aclarar que en este trabajo no pretendo englobar la enorme galería de autores y fuentes literarias durante el periodo de estudio, por lo que seleccioné autores, informes y materiales literarios de acuerdo a los fines de la investigación. Más adelante ofreceré una justificación al respecto.

⁴ Belem Clark de Lara, “¿Generaciones o constelaciones?”, en Belem Clark de Lara y Elisa Speckman (edits), *La república de las letras. Asomos a la cultura escrita del México Decimonónico*, México, vol. I, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, Coordinación de Humanidades, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, Instituto de Investigaciones Filológicas, Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial, 2005, p. 16.

de interés social para el público lector. Ahora bien, para comprender el contexto de producción de las narrativas y los referentes médicos utilizados por los autores, en la primera parte de la investigación se abordan las visiones científicas sobre la demencia en el discurso de la medicina psicopatológica porfiriana. En este sentido, adelanto que los saberes expertos no permanecieron ocultos en las discusiones académicas, por el contrario, muchos de los postulados de la medicina mental pronto se popularizaron gracias a la pujante labor de la prensa capitalina. Como concepto cultural, la locura también se convirtió en un asunto de observación periodística. En efecto, en la cultura escrita circulaban de manera simultánea saberes expertos y visiones profanas, proceso que sin duda articuló la terminología de la medicina mental con las percepciones que tenían diversos sectores sociales. La diseminación de conocimientos médicos y la proyección de un conjunto de observaciones periodísticas permitieron la construcción de un marco cultural idóneo para que una diversidad de escritores se apropiara de los conceptos científicos y de las percepciones sociales, con el objetivo de ficcionalizar los fenómenos de la locura.

Ahora bien, pongo especial atención en las estrategias narrativas implementadas para enunciar la locura,⁵ en los cambios de perspectiva y las continuidades argumentales de ambas propuestas literarias. Considero que

⁵ Por estrategias narrativas simplemente entiendo las formas y abordajes en que los autores examinan la cuestión de la enfermedad mental, esto es, las descripciones de los personajes, los sufrimientos que los aquejan, los reclamos y las reflexiones que elucubran sobre su condición física y mental, los detalles sobre los entornos familiares y sociales en que se desarrollan las tramas, así como los usos literarios de referentes médicos para resaltar actitudes, comportamientos y valores de sus protagonistas. Cuando sea necesario, señalaré cómo el uso de metáforas, ironías y metonimias (aquello que los estudiosos de la literatura llaman en estricto sentido “recursos narrativos o estrategias narrativas”) influyen en el sentido y la función de las obras.

durante estas dos décadas las ficciones psicopatológicas se convirtieron en un *ensor* de las discusiones médicas del momento y, al mismo tiempo, funcionaron como *catalizadoras* de los miedos, ansiedades y fantasías que suscitaban las enfermedades mentales en el medio científico, social y cultural de la capital. Pongo especial énfasis en que los textos literarios surgieron en el contexto de medicalización de las pasiones como modelo hegemónico para la comprensión etiológica de las psicopatías,⁶ proceso mediante el cual los facultativos porfirianos clasificaron los arrebatos pasionales inscribiéndolos en los padecimientos comunes para la época, además, patologizaron los excesos sentimentales y prefiguraron las actitudes sociales hacia los locos de la urbe. De igual manera, como se mencionó, la emergencia de las ficciones psicopatológicas coincidió con la difusión de la demencia como fenómeno periodístico donde se representó el mundo de los enfermos mentales vinculándolos a los grupos medios y sectores populares. Conjeturo que las narrativas condensaron los miedos aparejados a la modernidad porfiriana, por lo tanto, la relación entre la literatura y la sociedad examinada a lo largo de este estudio podrían ser resultado de un proceso isomórfico; las ficciones psicopatológicas canalizaron los temores sociales hacia

⁶ Por “medicalización” aludo al proceso mediante el cual los comportamientos (individuales y colectivos) de la vida cotidiana, son inscritos en el discurso de la medicina científica e incorporados a redes institucionales dedicadas a la atención y gestionados por expertos. Es un concepto relacionado al saber-poder y la biopolítica, ya que la medicalización tiene entre sus objetivos, la gestión, normativización y control del cuerpo y la subjetividad del sujeto. Estos aspectos se abordan en Michel Foucault, *La vida de los hombres infames. Ensayos sobre desviación y dominación*, Argentina, Editorial Altamira, 1996. Capítulo 7. Un estudio sobre los cambios teóricos del concepto y la relevancia en las ciencias sociales en América Latina; Adriana Murguía; Teresa Ordorika; León F. Lendo, “El estudio de los procesos de medicalización en América Latina”, *História, Ciências, Saúde - Manguinhos*, vol. 23, n. 3, julio-septiembre, 2016, p. 635-651.

las enfermedades mentales mientras las elites y la minoría ilustrada de lectores, veían en ellas la muestra fehaciente de que sus miedos no eran infundados.⁷

La importancia histórica de las ficciones psicopatológicas radica en que permiten vislumbrar las relaciones entre el conocimiento científico y la sociedad; también ayudan a comprender el tránsito de conocimientos allende a los círculos de expertos, la circulación de saberes en los medios impresos, los procesos de recepción y las formas en que la cultura escrita se vale de estrategias narrativas para comunicarlos.⁸ Como se puntualizará en la investigación, los relatos sentimentales del nacionalismo cultural participaron de las preocupaciones médicas propias de la elite, los médicos-escritores castigaron los excesos pasionales de sus personajes con la locura; en cambio, los cuentos sediciosos del modernismo decadente tradujeron las contradicciones de la modernidad mediante protagonistas que asumían las psicopatías con voluntad de malicia. Estudiar el papel de las ficciones psicopatológicas, los itinerarios culturales de los escritores, la recepción de las obras y la significación de las narrativas, permite dimensionar los vínculos entre medicina mental y literatura. Además, ayuda a valorar el perfil social de los literatos, las condiciones de producción de las ficciones y posibilita examinar los procesos de circulación, asimilación y reelaboración de las clasificaciones médico-psiquiátricas de la época en la organización y estructura de

⁷ Se trata de una perspectiva propiamente antropológica aunque pertinente para mi estudio histórico. Debo a Andrés Ríos Molina la sugerencia. Este argumento lo desarrolla el propio autor en su libro *Memorias de un loco anormal. El caso del Goyo Cárdenas*, México, Debate, 2010.

⁸ Para el desarrollo teórico-metodológico de la investigación, han sido importantes varios trabajos inscritos en la historia de la ciencia, menciono sólo aquellos que resultaron esenciales: James A. Secord, "Knowledge in Transit", *Isis*, vol. 95, n. 4 (december 2004) p. 654-672; Matiana González Silva y Stefan Polh-Valero, "La circulación del conocimiento y las redes del poder: en la búsqueda de nuevas perspectivas historiográficas sobre la ciencia", *Mem. Soc.* [online]. 2009, vol.13, n.27, p. 7-11; Elke Koppen Prubmann y Mauricio Sánchez Mechero (coords.), *Los trazos de las ciencias. Circulación de conocimiento en imágenes*, México, UNAM, 2013.

las propuestas narrativas. Finalmente, es importante mencionar que este trabajo se enmarca en los linderos de la historia cultural de la psiquiatría, la historia de las ideas y los estudios literarios.⁹ Debido a que el objeto de estudio está definido por las múltiples miradas que conforman el espectro de las representaciones, mi abordaje será interdisciplinario ya que pretendo dar cuenta del proceso de ficcionalización de la locura considerando los usos sociales y literarios de las clasificaciones médicas que ayudaron a delinear el imaginario psicopatológico en la Ciudad de México en el tránsito del siglo XIX al XX.

Escritores, temas y tendencias

El 15 de junio de 1902, se publicó en la revista médica capitalina *La Escuela de Medicina* un texto que llevó por título: “Víctor Hugo, clínico. Un caso de delirio de persecución observado y descrito por Víctor Hugo”.¹⁰ En el relato, el personaje-narrador de nombre Víctor Hugo visitó a su amigo Villemain, quien llevaba días enclaustrado en su habitación y convencido de que alguien trataba de alejarlo de su mujer e hijo. Asistiendo como médico, Víctor Hugo le aconsejó salir de aquella reclusión voluntaria y enfrentar a sus verdaderos adversarios: “Esos dos enemigos

⁹ Rafael Huertas señala que una historia cultural de la psiquiatría va mucho más allá del conocimiento de las instituciones, las prácticas y discursos psiquiátricos; en realidad, implica calibrar el tejido social, las actitudes individuales y colectivas que dan forma a “elaboraciones culturales” sobre las enfermedades mentales que pueden ser estudiadas mediante fuentes diversas, entre ellas, la literatura. Rafael Huertas, *Historia cultural de la psiquiatría*, Madrid, Libros de la Catarata, 2012, p. 12. Ahora bien, para comprender los “rasgos dominantes” de la literatura, los ambientes intelectuales y los tejidos culturales que dieron forma a las narrativas entre los años examinados en este trabajo, ha sido fundamental la propuesta teórico-metodológica de Belem Clark de Lara, *Letras mexicanas del XIX. Modelo de comprensión histórica*, UNAM, 2009.

¹⁰ *La Escuela de Medicina* fue una revista fundada en 1879 y era el órgano de difusión de la Escuela Nacional de Medicina de México. Ahora bien, se trataba de un relato de extensión considerable escrito por Víctor Hugo (1802-1885), en el cual se describe la situación desesperada y la podredumbre en la que vive el joven Villemain a consecuencia de los constantes delirios que lo aquejan. “Víctor Hugo, clínico. Un caso de delirio de persecución observado y descrito por Víctor Hugo”, *La Escuela de Medicina*, t. XVII, n. 12, México, 15 de junio de 1902, p. 265-268.

son la soledad y la fantasía. La soledad produce la tristeza, y la fantasía la perturbación, no permanezcáis sólo, no fantaseéis”.¹¹ La narrativa del afamado autor de *Los Miserables* (1862) hacía eco de uno de los grandes ejes de la psiquiatría francesa del siglo XIX: el estudio de los delirios.¹² El título y la traducción del fragmento literario fueron obra del reputado médico y escritor Porfirio Parra, quien pertenecía a una elite educada en el método científico convencida del poder persuasivo y pedagógico de la literatura. Parra consideraba que muchos escritores como Julio Verne, usaban la literatura para instruir a los lectores y poner los temas científicos “al alcance todos”.¹³ Diversos escritores, periodistas, médicos y funcionarios de la administración de Porfirio Díaz inmiscuidos en actividades literarias, estaban obligados a diversificar sus actividades y compensar sus penurias económicas con prestigio social y reputación. Como sostiene Pablo Piccato, al ser la “voz de la opinión pública” muchos escritores comprometidos con la nación gozaban de “capital simbólico”, el cual se traducía en redes de solidaridad e intercambios sociales con la elite.¹⁴ Para muchos escritores del último tercio del siglo XIX, los textos literarios eran el mecanismo idóneo para instruir a los lectores y un medio privilegiado para la

¹¹ *Ibid.*, p. 268.

¹² En 1852, el médico galo Ernest Charles Lasègue (1816-1883) acuñó el concepto “delirio de persecución” para hacer referencia a la manera en que un “alienado” razonaba e interpretaba su situación personal. En términos generales, para la psiquiatría francesa del siglo XIX el alienado era concebido como un enfermo que había perdido la razón, por su parte, los alienistas eran aquellos que atendían la alienación mental. Según Lasègue, el delirio de persecución era una forma de alienación parcial, en la cual el individuo buscaba ofrecer explicaciones de su mundo interior apelando a una intervención de origen exterior. Paul Bercherie, *Los fundamentos de la clínica. Historia y estructura del saber psiquiátrico*, Argentina, Manantial, 2014, p. 62; Germán Berrios, *Historia de los síntomas de los trastornos mentales. La psicopatología descriptiva desde el siglo XIX*, México, FCE, 2008, p. 142.

¹³ Porfirio Parra, “Las novelas científicas. Sus ventajas”, *El Universal*, 8 de julio de 1891, p. 1.

¹⁴ Pablo Piccato, *La tiranía de la opinión pública. El honor en la construcción de la esfera pública en México*, traducción Lucía Rayas, El Colegio de Michoacán/Instituto Mora, 2015, pp. 128, 135, 154.

divulgación de la medicina mental.¹⁵ Ubico una primera constelación de escritores abocados a ilustrar las virtudes y condenar los vicios por medio de la literatura conformada por José Peón y Contreras, Porfirio Parra, Pedro Castera y José Rafael Guadalajara, la cual escribió novelas de extensión variable con la firme convicción de que mediante la exploración de “casos literarios”, era posible disciplinar a los lectores visibilizando problemáticas de raigambre social como las enfermedades de la mente. Aunado al sentido de utilidad, sus ficciones posicionaban la literatura como un discurso con pretensión de verdad. Sin embargo, estas narrativas no fueron la única propuesta interesada en reclamar la locura como asunto estético. En la última década del siglo XIX, otra constelación de escritores cosmopolitas consideraba que las ficciones no debían responder a intereses pedagógicos o científicos; sus propuestas narrativas representaban una fuerza ideológica en contra de los discursos hegemónicos literarios y culturales. Como apunta Ana Laura Zavala Díaz, los escritores decadentes buscaron reorientar la literatura “oponiéndose y traslapándose con otros cánones, como las del prolongado romanticismo nacionalista y del realismo”.¹⁶ Los decadentes estaban construyendo el camino hacia la profesionalización del escritor como trabajador asalariado, razón por la cual podían vivir de sus escritos sin que por ello dejaran de sortear dificultades económicas. Los escritores-periodistas adherentes

¹⁵ José Antonio Maya González, “Ficciones psicopatológicas: locura y medicina mental en la novela *Pacotillas* de Porfirio Parra”, *Revista Culturas Psi/Psy Cultures*, vol. 2, Buenos Aires, septiembre 2014, p. 73-86. Para el caso de la difusión de la medicina, la telepatía y el espiritismo entre los intelectuales argentinos, Soledad Quereilhac, “Ecos de lo oculto en el Buenos Aires de Entre-siglos: intervenciones de escritores e intelectuales en medios de prensa”, *Literatura y Lingüística*, Santiago, Chile, n. 28, 2013, p. 91-106.

¹⁶ Ana Laura Zavala Díaz, *De asfódelos y otras flores del mal mexicanas. Reflexiones sobre el cuento modernista de tendencia decadente*, México, UNAM/Instituto de Investigaciones Filológicas, 2012, p. 86.

al decadentismo creían firmemente que la literatura era un espacio de autonomía creativa, por lo tanto, sus labores literarias no respondían a intereses didácticos ni mucho menos a la descripción sucinta de las costumbres nacionales.

Con el modernismo decadente se desplegaron ficciones subversivas que, en su función y temáticas, lograban traducir los estragos de la modernidad porfiriana por medio de personajes psicopatológicos que en muchas ocasiones cuestionaban las clasificaciones médicas en boga. Por ejemplo, en el cuento titulado “Neurosis. Emperadora fin de siglo”, Alberto Leduc develaba las obsesiones estéticas de los decadentes mexicanos apersonados en torno a las figuras satanizadas y provocadoras que suscitaba la demencia finisecular. El narrador se interrogaba sobre los límites de la cordura y la sinrazón:

Si las gentes dicen que estoy loco -prosiguió- ¿quién me garantiza que ellos están cuerdos? ¿Por qué están cuerdos? ¿Por qué construyen torres de fierro y llenan de rieles las selvas y las llanuras? ¿Por qué están cuerdos? ¿Por qué tienen la habilidad de amamantar millones y de chupar la sangre y el sudor de los imbéciles que sólo saben beber alcohol?¹⁷

A diferencia de Porfirio Parra, Alberto Leduc formaba parte de un grupo de intelectuales con vínculos ambiguos con las instituciones de Estado aunque comprometidos con los progresos culturales de la nación; Amado Nervo, José Juan Tablada, Ciro B. Ceballos, Rubén M. Campos y Bernardo Couto Castillo

¹⁷ Alberto Leduc, “Neurosis. Emperadora fin de siglo”, relato incluido en *Fragatita y otros cuentos*, Premia Editora, La Matraca, 1984, p. 82. Desafortunadamente no tengo la fecha y lugar donde se publicó el artículo, pero con seguridad debió ser en la última década del siglo XIX, periodo de mayor actividad periodística y literaria del autor, ya que solía escribir para diarios capitalinos como *El Universal*, *El Mundo Ilustrado* y varias revistas literarias como la *Revista Azul* y la *Revista Moderna*. Estos y otros aspectos de la constelación decadente se estudiarán en el V capítulo.

fueron una constelación de escritores que apostaban por escribir narrativas sediciosas -no con el afán de criticar a algún funcionario o político deshonesto, sino en el sentido de polemizar sobre los asuntos sociales-, por medio de las cuales utilizaban la locura como una metáfora para criticar la moral y el comportamiento de los sectores privilegiados. Así pues, entre 1882 y 1903 surgieron de manera simultánea en la Ciudad de México, dos propuestas narrativas obsesionadas con la locura, mismas que estaban dirigidas a una comunidad restringida de lectores interesados en amores patológicos de la vida privada y mentalidades perversas de la urbe: los relatos sentimentales del nacionalismo cultural y los cuentos sediciosos del modernismo decadente. Estas narrativas no estaban destinadas para el consumo del “gran público” porfiriano, por el contrario, fueron leídas por una minoría ilustrada debido a las condiciones reinantes de analfabetismo durante el periodo de estudio. Cabe enfatizar que ante la escasa información sobre los lectores, no será prioritario determinar cuál fue el impacto social de las obras.¹⁸ Los relatos sentimentales estaban escritos para apelar a la emoción e inflamar los sentimientos con historias de amores juveniles en el contexto familiar; en cambio, los cuentos sediciosos buscaban despertar sensaciones ambivalentes de fascinación y rechazo con episodios de lujuria, venganza y criminalidad.

¹⁸ A pesar de que la sociedad porfiriana estaba al tanto de noticias, reportajes y novedades impresas en la capital mediante la lectura colectiva en plazas públicas, aún se desconoce cuál era la frecuencia, las particularidades y el tipo de difusión. Por ejemplo, para el caso de la caricatura política porfiriana, Fausta Gantús sostiene que la lectura de periódicos y caricaturas políticas sirvieron sólo parcialmente para la difusión de noticias debido a que exigía a un tipo lector concienzudo e inmerso en la vida política del país. Fausta Gantús, *Caricatura y poder político. Crítica, censura y represión en la Ciudad de México, 1876-1888*, México, El Colegio de México/Instituto Mora, 2009, p. 30.

Es importante mencionar que para los lectores porfirianos estas narrativas podían operar como *ficciones verdaderas*, porque aglomeraban “manifestaciones culturales” mediante las cuales lograban objetivar amplios segmentos de la realidad. Los relatos de ficción contienen un mundo representado que da cuenta de las condiciones de emergencia de los textos. Gerardo Bobadilla ha resaltado que estas narrativas tienen la virtud de “objetivar” las coordenadas sociohistóricas del momento, ya que constituyen “una de las manifestaciones culturales que concretiza de manera más clara y decidida ese carácter híbrido y heterogéneo de la cultura nacional”, y porque “manifiesta estéticamente las peculiaridades del imaginario sociocultural vigente al momento de la enunciación”.¹⁹ Siguiendo esta línea argumentativa, cabría resaltar que los textos literarios no necesariamente “reflejan” la realidad, como sostiene Ivan Jablonka, sino que bajo sus distintos avatares proponen una forma de realismo “capaz de evocar lo real, describir personas y lugares, poner en escena acciones, penetrar en el alma humana”.²⁰ Por lo tanto, la elite cultural y científica consideraba que la literatura “moderna” podía impactar de diversas maneras en la moralidad de los lectores e incluso modificar sus conductas, razón por la cual los relatos sentimentales tuvieron buena aceptación entre la crítica literaria de la época, justo por tratarse de narrativas destinadas a la educación sentimental. En cambio, los cuentos sediciosos fueron objeto de disección médica y de acaloradas campañas de condenación pública por su contenido pretendidamente malsano. En resumen, las

¹⁹ Gerardo Bobadilla Encinas, *Estudios sobre literatura mexicana del siglo XIX. Reflexiones críticas e historiográficas*, Madrid, Editorial Pliegos, 2009, p. 22.

²⁰ Ivan Jablonka, *La historia es una literatura contemporánea. Manifiesto por las ciencias sociales*, Argentina, FCE, 2016, p. 18-19.

ficciones psicopatológicas generaron reacciones contrastantes y plantearon diversas problemáticas en torno a la función de las narrativas, sobre todo si tomamos en cuenta que surgieron en un contexto de emergencia de la medicina psicopatológica que estaba dirigiendo sus esfuerzos profesionales a la profilaxis social.

En las últimas décadas, diversos estudios de corte interdisciplinario han mostrado que las novelas “naturalistas” que recurrían al método científico para elaborar sus narrativas, fueron de utilidad para las naciones modernas de la segunda mitad del siglo XIX, en tanto que cumplían una función claramente política puesto que denunciaban a criminales, prostitutas, alcohólicos y otros transgresores. Por ejemplo, autores “canónicos” de la Francia decimonónica incorporaron elementos de la medicina, la fisiología y la antropología criminal para construir un discurso normativo sobre el sujeto moderno y excluir desde la ficción a los infractores, delincuentes y amoraes.²¹ Diversos escritores que siguieron el modelo inaugural propuesto por el afamado escritor Émile Zola,²² construyeron sus narrativas mediante celebraciones discursivas entre medicina e instituciones científicas, permitiendo a los autores tener un acercamiento puntual sobre los campos de la medicina positivista, la psicopatología y la teoría de la

²¹ Las relaciones entre literatura y poder se estudian en Shoshana Felman, *Writing and Madness. (Literature, Philosophy, Psychoanalysis)*, Stanford University Press, 2003. De la misma autora, *La folie et la chose littéraire*, París, Seuil, 1978.

²² Émile Zola (1840-1902), utilizó el método clínico del médico Claude Bernard (*Introducción al estudio de la medicina experimental*), para fundar otro de exploración literaria conocido bajo el nombre de naturalismo. El escritor francés declaró que dicha corriente literaria proclamaba “el regreso a la naturaleza y al hombre, es la observación directa, la anatomía exacta, la aceptación y descripción exacta de lo que existe”. Émile Zola, *El naturalismo. Ensayos, manifiestos y artículos polémicos sobre la estética naturalista*, Barcelona, Península, 2002, p. 150.

degeneración.²³ Los escritores vinculados al paradigma científicista de finales de siglo, produjeron una galería de personajes dementes con la finalidad de exponer sus vicios y coadyuvar en el proceso de legitimación de la medicina mental.²⁴

Otras investigaciones han examinado la dimensión simbólica de las narrativas a través del estudio de personajes enloquecidos, así como las estrategias narrativas usadas por los autores para enunciar la enfermedad mental. Estos trabajos señalan que la emergencia de la locura literaria finisecular representó, por un lado, el fracaso de los Estados para construir ciudadanos saludables en el entendido de que los propios escritores podían ser considerados dementes; y por el otro, evidenció que las narrativas también eran espacios para la descalificación de la autoridad del psiquiatra y la crítica social, al construir un discurso subversivo sobre la enfermedad mental en el marco de una modernidad profundamente amenazante.²⁵ Es evidente que en varios rincones del planeta, diversos novelistas de fin de siglo usaron el conocimiento psiquiátrico para

²³ Existe varios trabajos al respecto, cito algunos ejemplos. Para el caso inglés, William Greenslade, *Degeneration, Culture and The Novel 1880-1940*, Cambridge University Press, 1994; el caso español, R. Cardwell, "The mad doctors: Medicine and Literature in finisecular Spain", *Journal of the Institute of Romance Studies*, 4, 1996, p. 167-183; Isabel Clúa Ginés, "La morbilidad de los textos: literatura y enfermedad en el fin de siglo", *Frenia. Revista de Historia de la Psiquiatría*, vol. IX, 2009, p. 33-52; para el caso argentino, Gabriela Nouzeilles, "Narra el cuerpo propio. Retórica modernista de la enfermedad", *Estudios. Revista de Investigaciones Literarias*, año 5, n. 9, Caracas, ene-jun, 1997, p. 149-176.

²⁴ Estos argumentos son abordados por Pura Fernández, "Scientia sexualis y saber psiquiátrico en la novela naturalista decimonónica", *Asclepio*, vol. XLIX, n. 1, 1997, p. 227-244; Rafael Huertas, "La novela experimental y la ciencia positiva", *Llul*, vol. 7, 1984, p. 29-52.

²⁵ Para el caso chileno, Andrea Kottow, « Historias de locuras en la literatura chilena del siglo XIX, o la modernidad y sus vicisitudes », *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* [En ligne], Colloques, mis en ligne le 09 juin 2014, consulté le 15 juin 2015. URL: <http://nuevomundo.revues.org/66914>; DOI: 10.4000/nuevomundo.66914; para el caso brasileño, Elizabeth Maria Freire de Araujo Lima, "Machado de Assis e a psiquiatria: um capítulo das relações entre arte e clínica no Brasil", *Hist. Cienc. Saude-Manguinhos*, vol.16 n.3, Rio de Janeiro July/Sept. 2009, p. 641-654; Nádia Maria Weber Santos, « "Você, Quaresma, é um visionário": alma nacional e loucura em *Triste fim de Policarpo Quaresma* de Lima Barreto », *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* [En ligne], Débats, mis en ligne le 28 janvier 2006, consulté le 11 august 2014. URL: <http://nuevomundo.revues.org/1513>; DOI: 10.4000/nuevomundo.1513.

sondear el alma humana, así como para persuadir a los sectores ilustrados con ficciones que muchas veces lograban validar las percepciones científicas del momento. Como apunta Jan Goldstein para el caso francés: “[...] nineteenth-century French novelist sought in the medical texts superior insight into the human psyche, or scientific legitimation of their native intuitions, or a borrowed voice of authority with which to address the reading public”.²⁶ A pesar de las valiosas aportaciones de los trabajos mencionados, considero necesario debatir algunas cuestiones teórico-metodológicas que servirán de hilo conductor para el desarrollo del presente trabajo.

En primer lugar, los estudios que privilegian la función política de la literatura, a menudo soslayan que las clasificaciones y conceptos psiquiátricos también son históricos, en tanto que responden a configuraciones discursivas y prácticas científicas realizadas en un momento determinado.²⁷ En segundo término, las investigaciones que focalizan la mirada en el análisis del discurso y la función simbólica de la locura, evitan dar cuenta de las condiciones sociales en que se producen, circulan y reciben los impresos. Aunque los textos literarios “reflejen” ideas sobre la salud/enfermedad, pocas veces se evalúa cómo el contexto social y cultural va modelando, estructurando y articulando su contenido temático. Es evidente que los objetivos y metodologías de los estudios citados son otros, por tanto, mi propuesta de investigación es un acercamiento histórico a la literatura en el contexto de producción de las obras, razón por la cual examino

²⁶ Jan Goldstein, “The Uses of Male Hysteria: Medical and Literary Discourse In Nineteenth-Century France”, *Representations*, n. 34 (Spring 1991), p. 136.

²⁷ Germán Berrios y Roy Porter (editores), *Una historia de la psiquiatría*, Madrid, Triacastela, 2012, p. 12.

novelas y cuentos a partir de un análisis externo e interno; es decir, me interesa identificar cuáles fueron las discusiones médicas en torno a la etiología de la locura y comprender las repercusiones de esos debates científicos en la conformación y organización interna de las ficciones psicopatológicas. Este abordaje interno/externo de las obras permitirá ofrecer una mirada de conjunto sobre las analogías y diferencias entre el discurso médico y literario, además de que permitirá comprender las ideas, los valores y las actitudes en la representación literaria.

En suma, los médicos-escritores del nacionalismo cultural y los escritores-periodistas del modernismo decadente pertenecieron a la gran familia de letrados e intelectuales que dieron testimonio de la modernidad porfiriana gracias a su labor creativa, entendieron que su responsabilidad como productores de bienes culturales era ofrecer una respuesta a las preocupaciones del momento y traducir las sensibilidades entre amplios sectores de la sociedad. El argumento central de este trabajo es que las ficciones psicopatológicas permiten seguir el proceso de transformación de las propuestas narrativas: de ser instrumentos encaminados a la legitimación de la medicina mental en ciernes, el discurso literario se constituyó en un espacio para la crítica de la moral y las clasificaciones médicas en boga. Este cambio respondió no sólo al relevo generacional de los escritores, sino sobre todo a los cambios suscitados en la cultura escrita y la función de las narrativas. El estudio de las ficciones psicopatológicas permite asomarnos a los aspectos relevantes que más interesaban a los escritores profundamente valorados por sus capacidades estilísticas e intelectuales, posición que los situaba en la columna

vertebral de la opinión pública porfiriana. En esta investigación busco dar cuenta de la importancia histórica e historiográfica de las ficciones como productoras y reproductoras de representaciones del mundo social que, siguiendo a Roger Chartier, constituyen un elemento clave para comprender “las relaciones entre los sistemas de percepción y juicio” que instituye una sociedad en una época específica, mismas que sirven como “productoras de lo social”.²⁸ El estudio de las representaciones permite analizar los significados sociales y culturales de las enfermedades mentales que dependen de los sistemas de pensamiento y juicios sociales formulados durante el periodo de estudio. El proceso de ficcionalización de la locura en el México de finales de siglo, como se observará en esta investigación, fue el resultado de la hegemonía del discurso médico y de las mediaciones culturales que establecieron los literatos en el ecléctico fin de siglo.

Medicina mental, locura y literatura

Como es sabido, a partir del segundo mandato de Porfirio Díaz en 1884, el territorio nacional se consolidó como una nación industrializada, modernizada y con proyección internacional. Los progresos económicos, sociales y culturales se convirtieron en las prioridades, anhelos y esperanzas de la elite porfiriana, rápidamente se impulsaron las comunicaciones, se ampliaron las redes ferroviarias y pacificaron las zonas de conflicto mediante mecanismos de intimidación y negociación política con las disidencias. La administración porfirista estaba convencida de que mediante la modernización, lograría posicionar a la

²⁸ Roger Chartier, *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*, España, Gedisa, 2005, p. IV.

sociedad mexicana en el tren de los países civilizados.²⁹ En este contexto de efervescencia social y política, la filosofía positivista se constituyó como el fundamento intelectual de la elite científica, muchos consideraban que la aplicación del método científico ayudaría a detectar y resolver los problemas sociales de la nación.³⁰ De acuerdo al testimonio de varios escritores de la época, la modernidad y los progresos sociales también eran factores relacionados con un estado de “inquietud nerviosa” muy recurrente en los habitantes de la ciudad. El reconocido escritor y periodista Manuel Gutiérrez Nájera así lo constató: “Véase luego como aumenta el número de locos, de criminales, de suicidas: no en razón directa del crecimiento de la población, sino de la intensidad de esa neurosis que ha enfermado a todos”.³¹ Aunque los escritores-periodistas no vincularon el alza demográfica con la locura, lo cierto es que el crecimiento de la población resultó notable, ya que pasó de 12, 632, 427 habitantes en 1895, a 15,160, 369 en 1910.³² Este incremento posibilitó la expansión de la pobreza, los fenómenos asociados a la criminalidad y el consumo de alcohol, problemáticas que a su vez coincidieron con la preocupación médica y social por las enfermedades mentales.

²⁹ Existen varios trabajos que examinan de manera conjunta este periodo, algunos ejemplos son: Enrique Florescano (coord.), *Arma la historia. La nación mexicana a través de los siglos*, México, Grijalbo, 2009, pp. 97-123; Paul Garner, *Porfirio Díaz. Del héroe al dictador. Una biografía política*, México, Planeta, 2010; Mauricio Tenorio Trillo, *Artilugio de la nación moderna. México en las Exposiciones Universales, 1880-1930*, México, FCE, 1998.

³⁰ Charles Hale, *La transformación del liberalismo en México a fines del siglo XIX*, México, FCE, 2002, p. 321.

³¹ Manuel Gutiérrez Nájera, “La vida artificial”, *Revista Azul*, t. I, n. 12, 22 de julio de 1894, p. 177. Por otro lado, Carlos Díaz Dufoo definió la locura como “una dolencia psíquica” relacionada con la vida moderna: “¿Este mal es un mal de siglo? ¿Es una dolencia provocada por la vida moderna, llena de saltos intensos, bruscos cambios de ruta, irradiaciones que se suceden, tensión de espíritu, lucha de todos los momentos, hundimiento de todas las creencias, falta de ideales, periodo de morfina, grandes estimulantes, cuadros que se siguen los unos a los otros, demasiada lectura, vida de batalla constante, y en la que se marcha muy aprisa, muy aprisa [...]”. Carlos Díaz Dufoo, “Un problema fin de siglo”, *Revista Azul*, t. I, n. 23, 7 de octubre de 1894, p. 356-357.

³² Tomo estos datos del *Sexto censo de población 1940. Resumen General*, Secretaría de Economía Nacional, División General de Estadística, 1943.

La historiografía psiquiátrica ha mostrado la notable inquietud que suscitaron las psicopatías entre los médicos capitalinos, lo cual convocó a médicos e higienistas de la capital a combatir esos terribles males mediante un programa de profilaxis social. A pesar de que durante el Porfiriato no existió un “proyecto alienista”, si hubo una medicina interesada en los asuntos psicopatológicos, lo que propició un desarrollo considerable de prácticas y discursos médico-psiquiátricos en la Ciudad de México.³³ En el ambiente cultural existía la convicción de que los trastornos mentales estaban definidos en función de la privación de las facultades intelectuales, los diccionarios de la época fortalecían esta creencia al proporcionar al público profano definiciones sucintas como la siguiente: “privación del juicio o del uso de la razón”.³⁴ No obstante, los médicos porfirianos interesados en la medicina psicopatológica pronto ubicaron la locura en la anormalidad biológica, describiendo a los locos como sujetos pasionales contrarios al comportamiento normal de un ciudadano libre y jurídicamente responsable.³⁵

Aunque los facultativos porfirianos eran bastante eclécticos en sus explicaciones clínicas debido a que apelaban a lo psicológico, lo orgánico y un entorno social desfavorable, muchos coincidieron en una visión profundamente

³³ Andrés Ríos Molina sostiene que durante el Porfiriato no existió un gremio consolidado de psiquiatras, sino una medicina “interesada en la psicopatología” como resultado del esfuerzo y la voluntad de médicos como Miguel Alvarado, José Peón y Contreras (a quien estudiaremos en calidad de literato) y José Peón del Valle. Andrés Ríos Molina, *Cómo prevenir la locura. Psiquiatría e Higiene Mental en México, 1934-1950*, México, Siglo XXI/UNAM, 2016, pp. 20, 23.

³⁴ *Novísimo diccionario de la lengua castellana que corresponde a la última edición íntegra del publicado por la Real Academia Española*, París, Librería de Garnier Hermanos, 1875, p. 567; *Diccionario de la lengua española*, por la Real Academia Española, decimotercera edición, Madrid, Imprenta de los Sres. Hernando y Compañía, 1899, p. 608. Entre los miembros de la “Academia mejicana” que participaron en esta edición, figuran los aludidos médicos Porfirio Parra y José Peón y Contreras.

³⁵ Estos argumentos se desarrollan en Cristina Sacristán, “Entre curar y contener. La psiquiatría mexicana ante el desamparo jurídico, 1870-1944”, *Frenia. Revista de Historia de la Psiquiatría*, vol. II, n. 2, 2002, p. 65-66.

organicista de los trastornos mentales, los cuales estaban determinados por disfunciones del sistema nervioso y la médula espinal.³⁶ Sin embargo, considero que el modelo organicista de las enfermedades mentales funcionó más como un mito científico unificador de las prácticas médicas que una realidad susceptible de comprobación en las autopsias. Si bien no renunciaron al paradigma anatomopatológico que vinculaba lesión orgánica con función intelectual, los galenos capitalinos centraron sus pesquisas en la explicación moral (psicológica) de la locura tal y como sucedió en el alienismo francés de mediados del siglo XIX.³⁷ Consideraron que los excesos pasionales eran la causa fundamental de las enfermedades mentales, razón por la cual patologizaron las actitudes arrebatadas mediante una sencilla división: *las pasiones contrariadas* asociadas a los aspectos del amor (amor/odio, deseo/prohibición, alegría/tristeza) y *las pasiones malsanas* en las que agruparon comportamientos transgresivos como la lujuria, la venganza, el egoísmo y el consumo de enervantes, entre otras. El proceso de medicalización de las pasiones en la etiología de la locura se estudia en el primer capítulo.

Las percepciones médicas sobre los arrebatos pasionales calaron hondo en cultura escrita capitalina, por lo tanto, la locura pronto se convirtió en un asunto mediático destinado al consumo de los lectores. En términos generales, la prensa capitalina finisecular experimentó fuertes cambios en las técnicas y contenidos de la información. Especialistas en el tema han señalado que durante el Porfiriato el periodismo político y de opinión fue cediendo espacio a otro que privilegiaba la

³⁶ Andrés Ríos Molina, *La locura durante la Revolución...*, p. 95.

³⁷ Para un estudio sobre la problematización de las conductas y medicalización de la moral en la psiquiatría francesa del siglo XIX, Heidi Rimke, "From sinners to degenerates: the medicalization of morality in the 19th century", *History of Human Sciences*, vol. 15, n. 15, february 2002, p. 59-88.

rapidez y la noticia sensacionalista.³⁸ Bajo este escenario, los periódicos de la capital no sólo visibilizaron las conductas de los locos pasionales que habitaban la urbe, también extrapolaron muchas “fantasías científicas” mediante las cuales emergían ideas de lo científico vulgarizadas e incluso ficcionalizadas.³⁹ En todo caso, la prensa periódica también era un medio de circulación de saberes científicos puesto a disposición de una ciudadanía letrada ávida de ciencia impresa.⁴⁰ Utilizando diversas modalidades textuales como gacetillas, artículos de divulgación, reportajes, traducción de novedades, cuentos y reportajes, los editorialistas posicionaban en el imaginario de los lectores elementos esenciales para entender los comportamientos transgresores de los locos. En el segundo capítulo se examinan los trastornos mentales en el escenario periodístico como evidencia de los temores sociales que suscitaban las conductas pasionales y arrebatadas. Ahora bien, estos discursos médicos y sociales por supuesto no estaban circunscritos al terreno de los “expertos” y los “profanos”, por el contrario, la cultura literaria se apropió de los conceptos médicos para definir sus propios referentes “estéticos” de la locura. Como se observará a lo largo de la investigación, este proceso implicó no sólo el desarrollo científico de la medicina mental y la visibilización de la locura como fenómeno periodístico, también fue

³⁸ Remito al lector a dos trabajos clásicos de la historia del periodismo en el México decimonónico: Irma Lombardo, *De la opinión a la noticia*, México, Kiosko, 1992; Florence Toussaint Alcaraz, *Escenario de la prensa en el Porfiriato*, México, Fundación Manuel Buendía, 1984.

³⁹ Estos argumentos son estudiados para el caso argentino, Soledad Quereilhac, “Reflexiones sobre una sensibilidad de época. La imaginación científica en la literatura y el periodismo (1896-1910)”, *Badebec*, vol. 4, n. 8, marzo 2015, p. 54.

⁴⁰ Por ejemplo, *El Monitor Republicano* en su edición del 16 de febrero de 1883, p.1, publicó un artículo titulado “La existencia múltiple” en el cual presentaban “casos” de personas que escenificaban vidas paralelas producto de sus “particularidades nerviosas” como si hubiesen salido de algún cuento de Hoffmann o Edgar Allan Poe. Estas notas fueron muy comunes en los espacios periodísticos de la capital y, por su lenguaje llano y claridad en los argumentos, funcionaban como instrumentos pedagógicos y de difusión de la medicina.

resultado de la voluntad de los escritores para utilizar la locura como un asunto literario.⁴¹ Si bien Francisco Zarco (1829-1869), Nicolás Pizarro (1830-1895) e Ignacio Manuel Altamirano (1834-1893) fueron escritores interesados en explorar las “pasiones enfermizas” y condenar los excesos pasionales,⁴² considero que en ningún otro momento posterior a la restauración de la República, la literatura en México estuvo tan interesada en ficcionalizar los trastornos mentales como en la modernidad porfiriana. Fue a finales de siglo que comenzó a propagarse de manera amplísima los conceptos y las teorías por la condición hegemónica de la medicina, lo que para muchos historiadores representó una “auténtica colonización”.⁴³ En este sentido, los escritores finiseculares estaban al tanto de los progresos de la biología, la antropología criminal y la medicina mental gracias a la circulación de noticias, novedades y artículos en diversos medios impresos donde ellos mismos escribían. Como se observará en el tercer capítulo, la constelación

⁴¹ Sin lugar a dudas estos factores fueron cruciales para que la literatura moderna del último tercio del siglo XIX y los primeros años del XX, se interesara por ficcionalizar la locura, aunque seguramente no fueron los únicos. En otros contextos sociales de Europa, el confinamiento manicomial y las enfermedades que padecieron escritores, artistas y poetas reconocidos, también fueron elementos que favorecieron el interés estético por narrar experiencias de irracionalidad y sinrazón. Un estudio clásico sobre locos letrados es Roy Porter, *A social history of madness: the world through the eyes of the insane*, New York, Weidenfeld & Nicolson, 1988.

⁴² Para Carlos Illades, estos autores -junto con Vicente Riva Palacio- abordaron en muchas de sus novelas “las pasiones malignas” como elementos que desembocaban en el desenfreno y la locura de sus personajes. Según el autor, el mensaje de los románticos era difundir el buen comportamiento legal y cristiano en favor del interés de la patria. Al moralizar sobre lo social, estos escritores de tono romántico ayudaron a cimentar el nacionalismo mexicano. Carlos Illades, *Nación, sociedad y utopía en el romanticismo mexicano*, México, CONACULTA, 2005, p. 120; Carlos Illades y Adriana Sandoval, *Espacio social y representación literaria en el siglo XIX*, México, UAM/Plaza y Valdés, 2000. Sin embargo, estas fuentes literarias no ofrecen elementos contundentes sobre el lenguaje médico empleado, las psicopatías y modelos clínicos.

⁴³ Gabriela Nouzeilles, *Ficciones somáticas. Naturalismo, nacionalismo y políticas médicas del cuerpo (Argentina 1880-1910)*, Argentina, Beatriz Viterbo Editora, 2000, pp. 21, 22, 61, 63; Silvia Beauregard Paulette Cécile, *De médicos, idilios y otras historias. Relatos sentimentales y diagnósticos de fin de siglo*, Santa Fe de Bogotá, Colombia, Convenio Andrés Bello, 2000, p. 208; Ana Laura Zavala Díaz, *En cuerpo y alma. Ficciones somáticas en la narrativa mexicana de las últimas décadas del siglo XIX*, tesis para optar por el grado en doctora en letras, UNAM/Instituto de Investigaciones Filológicas, 2012, p. 52.

de escritores del nacionalismo cultural realizaba actividades simultáneas como medio de subsistencia, algunos eran médicos interesados en la medicina psicopatológica, otros científicos autodidactas y funcionarios que participaron en el periodismo y la administración pública. Su cercanía con el mundo de la medicina y la ciencia, permitió a los médicos-escritores tener un conocimiento puntual sobre las clasificaciones, terminologías y teorías sobre la enfermedad mental. En el cuarto capítulo se detallan las vivencias de los personajes y sus accesos de locura; protagonistas, dicha sea de paso, regidos por *pasiones contrariadas*. Los escritores castigaban los comportamientos pasionales con la locura claramente identificada con los grupos medios y sectores populares, asociada con la decrepitud física, la violencia, la debilidad del carácter, la miseria e imaginación excesiva. Los escritores buscaron domesticar las pasiones de una comunidad sentimental de lectores interesada en relatos amorosos, condenando el erotismo de las histéricas y ofreciendo respuestas terapéuticas a través de personajes médicos que actuaban como corolarios de la medicina científica.

Así pues, la democratización de los saberes psicopatológicos -proceso que hasta donde sabemos alcanzará su punto más álgido en la segunda mitad del siglo XX con la psiquiatrización de la cultura de masas-⁴⁴ inició en el México porfiriano como respuesta a las ansiedades colectivas que suscitaban los

⁴⁴ En el México de los años setenta del siglo XX, se publicaron comics y fotonovelas con amplios tirajes semanales destinados a los sectores populares, en los que se abordaban locuras pasionales, las neurosis y la sexualidad, popularizando la psiquiatría y reinterpretando el psicoanálisis para un público masivo. Estos argumentos se desarrollan en Andrés Ríos Molina, "Relatos pedagógicos, melodramáticos y eróticos. La locura en fotonovelas y comics", Andrés Ríos Molina (coord), *La psiquiatría más allá de sus fronteras. Instituciones y representaciones en el México contemporáneo*, México, UNAM, 2017, pp. 257-307. Para los usos del psicoanálisis en la cultura del consumo norteamericano, Lawrence R. Samuel, *Freud en Madison Avenue. Investigación motivacional y publicidad subliminal en América*, traducción Alma Alexandra García Martínez, México, Paidós, 2015.

trastornos mentales en la prensa capitalina y particularmente en la literatura de tono romántico. Sin embargo, casi de manera simultánea surgieron otros abordajes estéticos que hicieron de los conocimientos psicopatológicos un objeto de consumo cultural instaurado en el floreciente mercado de noticias sensacionalistas, se trataban de narrativas sediciosas que actuaban como catalizadores de una modernidad atrayente y convulsiva.⁴⁵ En el capítulo V se detalla el perfil social de los escritores decadentes en México y las obsesiones estéticas que los unieron como grupo literario. Los decadentes no fueron literatos marginales y excluidos de la cultura porfiriana como algunos han sostenido,⁴⁶ por el contrario, fueron intelectuales vinculados a la elite cultural (conformada por escritores, poetas, periodistas) y asiduos visitantes a los manicomios. Fueron críticos del positivismo cientificista, razón por la cual volcaron sus propuestas literarias a la exploración de la irracionalidad y contradicciones del hombre moderno. Utilizaron la retórica de los nervios para construir su identidad pública y distinguirse así en sociedad. Médicos, funcionarios y críticos literarios lanzaron campañas de desprestigio dirigidas a denunciar el comportamiento extravagante del grupo, medicalizando sus prácticas discursivas al considerarlas no sólo inútiles para el desarrollo moral de la sociedad, sino malsanas para la salud de la

⁴⁵ Algunos rasgos generales de la modernización discursiva que experimentó el decadentismo fue el culto a la forma, la voluntad de estilo, el refinamiento del lenguaje, el empleo de símbolos y colores, entre otros aspectos. Existen varios trabajos que examinan en general estos cambios, menciono algunos: Rafael Gutiérrez Girardot, *Modernismo. Supuestos históricos y culturales*, México, FCE, 1988, p. 25; *Cuento modernista hispanoamericano*, Fernando Diez de Urdanivia (comp.), México, CONACULTA, 2008, p. 21; *La construcción del modernismo* (antología), introducción y rescate de Belem Clark de Lara y Ana Laura Zavala Díaz, UNAM, 2002, p. (XXVIII).

⁴⁶ Esta postura sobre la leyenda negra de los decadentes aparece en José Mariano Leyva, *Perversos y pesimistas. Los escritores decadentes mexicanos en el nacimiento de la modernidad*, México, Tusquets, 2013. Por supuesto que se trata de un libro cuyas aportaciones sobre la vida social y literaria del grupo son innegables, pero considero que parte de una visión un tanto ideologizada sobre los escritores decadentes en México.

población.⁴⁷ Al medicalizar la actividad del escritor decadente y patologizar sus producciones, sectores amplios de la elite buscaban afanosamente exorcizar cualquier manifestación de anarquía cultural que atentara contra el proyecto de nación que anhelaban los porfiristas.

Contrarios a los locos literarios de los médicos-escritores, los personajes de los decadentes estaban regidos por *pasiones malsanas*; eran lujuriosos, viciosos y egoístas que asumían su perversidad con voluntad de malicia al violentar su vida y la de los demás. En el sexto y último capítulo, se examinan los usos de la nerviosidad y la degeneración como metáforas para criticar los valores burgueses y posicionar su estética en el mercado de noticias sensacionalistas. Violadores perversos, suicidas inconformes y homicidas reflexivos constituyen una galería de personajes anómalos con una mentalidad perversa. La finalidad de los escritores-periodistas era mostrar que la patología mental no era algo que debía ser excluido o castigado, por el contrario, resultaba un elemento clave para mostrar su flamante autonomía incorporando la anormalidad en su modernidad literaria. Los escritores decadentes buscaban ofrecer un producto cultural que fuera provocador y al mismo tiempo verosímil, es decir, que infundiera sentimientos de fascinación y rechazo.

En términos generales, podemos decir que el discurso de la medicina mental colonizó las prácticas literarias de finales de siglo a través de dos frentes; por la vía de las enfermedades nerviosas y la teoría de la degeneración, modelo

⁴⁷ Para el caso venezolano, Silvia Beauregard Paulette Cécile, *De médicos, idilios y otras historias...*, p. 244; para el caso mexicano, Ana Laura Zavala Díaz, *De asfódelos y otras flores del mal mexicanas...*, p. 63. El enfoque analítico de esta última autora será diferente al mío, ya que abordaré la visión que tenían los médicos sobre la actividad creativa y estética decadentes.

de explicación de las enfermedades mentales basado en la transmisión hereditaria. La notable centralidad de las pasiones contrariadas y malsanas tanto en los relatos sentimentales como en los cuentos sediciosos respectivamente, es una muestra elocuente de la vigencia de la clínica de las pasiones del primer alienismo francés en la literatura porfiriana.⁴⁸ Las ficciones psicopatológicas no sólo asimilaron y reelaboraron los conceptos médico-psiquiátricos, también establecieron lo que llamo *un sentido común psicopatológico* estrechamente vinculado a la noción de excesos pasionales.⁴⁹ En los relatos sentimentales el razonamiento pasional era de carácter etiológico, ya que las novelas procuraban dar cuenta de las causas biológicas, herencias familiares y entornos sociales que experimentaban sus personajes principalmente femeninos. En cambio, en los cuentos sediciosos el razonamiento estuvo encaminado a la exploración del mundo interior y la subjetividad de los protagonistas lujuriosos, suicidas y homicidas, razón por la cual las narrativas daban cuenta de las motivaciones que los conducían a la transgresión. Las ficciones psicopatológicas establecían mediaciones culturales con los saberes expertos y los conocimientos profanos, los escritores reelaboraban las terminologías científicas y construían narraciones articuladas por un sentido común psicopatológico, bajo un marco sociocultural que fomentaba el orden, la moderación y el recato como valores civilizatorios.

⁴⁸ Estos aspectos se abordarán con mayor detalle en el siguiente capítulo.

⁴⁹ Este argumento está inspirado en los trabajos de Lila Caimari, estudiosa de la criminalidad en la Argentina de los siglos XIX-XX. La autora llamó “saberes profanos” a las formas de apropiación social y cultural de los saberes criminológicos, proceso mediante el cual el periodismo de finales del siglo XIX e inicios del XX, definió sus propias nociones de criminalidad generando un “sentido común criminológico” de difusión masiva. Ver presentación, *La ley de los profanos. Delito, justicia y cultura en Buenos Aires, 1870-1940*, en Lila Caimari (compiladora), Argentina, FCE, 2007, p. 19.

En definitiva, estas propuestas estéticas estaban vinculadas a dinámicas diferenciadas e intereses mutuos. Durante más de dos décadas, los médicos-escritores del nacionalismo cultural y los escritores-periodistas del modernismo decadente reclamaron la locura como objeto de conocimiento estético no sólo para avalar sus competencias profesionales, sino para modernizar sus prácticas discursivas apelando al corpus teórico de la medicina mental. Los primeros produjeron ficciones para el disciplinamiento moral de la sociedad y la legitimación de la medicina mental en ciernes; en cambio, los segundos desplegaron sus narrativas para delinear el mundo perverso de sus protagonistas y despertar sentimientos ambivalentes en torno a personajes transgresores.

La literatura como fuente

¿Por qué considerar la literatura como una fuente legítima para la historia cultural de la psiquiatría? Porque hay una verdad histórica en los pliegues de la ficción. Las novelas del siglo XIX ofrecen un conocimiento sobre los sucesos del pasado, expresan “verdades” y posicionamientos éticos que nos permiten acercarnos a la experiencia de otras realidades posibles.⁵⁰ A pesar de esto, hoy en día a muchos historiadores les cuesta reconocer que las novelas, los cuentos y los poemas pueden ser documentos legítimos para recuperar el paisaje social y cultural de una época determinada. En muchas ocasiones, las ficciones pueden ser los únicos registros narrativos de acontecimientos del pasado, razón por la cual no debemos descartar las producciones artísticas ya que ofrecen indicios para adentrarnos a la

⁵⁰ José Ortiz Monasterio, “Noticias del Imperio de Fernando del Paso”, en Conrado Hernández López (coord.), *Historia y novela histórica: coincidencias, divergencias y perspectivas de análisis*, México, El Colegio de Michoacán, 2004, p. 103.

realidad histórica de un tiempo determinado.⁵¹ Los textos literarios son instrumentos de investigación de los hombres y las épocas, representan auténticos “laboratorios” de análisis que en lugar de generar “pruebas irrefutables”, como sostiene Carlo Guinzburg, ayudan a concebir “posibilidades históricas” de lo social.⁵² En su doble condición de objeto de conocimiento y fuente de saber, las novelas, cuentos y poemas dan cuenta de las condiciones de producción de los impresos, la circulación de las obras, los procesos de recepción y prácticas de lectura. Muchas investigaciones han mostrado el papel relevante de los autores, impresores, redactores, distribuidores y receptores de los objetos literarios en la construcción de la cultura escrita, desde el Antiguo Régimen a la era moderna.⁵³ En este sentido, para un análisis histórico de las ficciones es importante tomar en consideración la “contextualización temporal y temática”, tal y como lo sugiere el escritor e historiador José Mariano Leyva, en tanto que son herramientas imprescindibles para conocer los recovecos y las intenciones de los escritores

⁵¹ Por ejemplo, la historiadora Anne Staples ha señalado que las “novelas históricas” constituyen una fuente valiosa para reconstruir sucesos del pasado, ya que dan cuenta de “testimonios del recuerdo y de la imaginación” de sus creadores, además, permiten “adentrarse en la intimidad de las familias, en sus costumbres, secretos y anhelos”. Anne Staples, “Los bandidos de Río Frío como fuente primaria para la historia de México”, en Rafael Olea Franco (editor), *La literatura mexicana del otro fin de siglo*, México, El Colegio de México, 2001, p. 347. La importancia de la novela histórica y el discurso historiográfico se estudian en Conrado Hernández López (coord.), *Historia y novela histórica: divergencias y perspectivas de análisis*, México, El Colegio de Michoacán, 2004; Alejandro Araujo Pardo, *Novela, historia y lectores. Usos de la novela histórica del siglo XIX mexicano: una lectura historiográfica*, México, Universidad del Claustro de Sor Juana/UAM, 2009.

⁵² Carlo Guinzburg, *El hilo y las huellas. Lo verdadero, lo falso y lo ficticio*, Argentina, FCE, 2010, p. 439; también puede consultarse Roger Chartier, *Cultura escrita, literatura e historia*, México, FCE, segunda reimpresión 2006.

⁵³ Algunos ejemplos son, Robert Darton, *Censores trabajando. De cómo los Estados dieron forma a la literatura*, México, FCE, 2014; para el caso mexicano, Laura Suárez de la Torre (coord.), *Constructores de un cambio cultural: impresores-editores y libreros en la ciudad de México, 1830-1855*, México, Instituto Mora, 2003.

literarios.⁵⁴ Así, considero imprescindible tomar a la literatura como una fuente para la historia cultural, porque permite al historiador adentrarse a las “concepciones, percepciones, valores, representaciones, prejuicios, temores y fantasías de la época”, además de que nos brindan información valiosa sobre la ideología, la cultura y mentalidad de los redactores y su visión acerca de los asuntos relevantes para el país.⁵⁵

Para los historiadores de la psiquiatría, las novelas, cuentos y otras producciones artísticas a menudo suelen representar una “fuente etnográfica de primer orden” que ha permitido, según Luis Montiel, “reconstruir el paisaje cultural de una época”.⁵⁶ Dicha aseveración me parece acertada si consideramos que para la historiografía citada en el inicio de este trabajo, el valor de los textos literarios radica esencialmente en su carácter de fuente de un saber que va más allá de las prácticas médicas. Asunción Doménech Montagut señala:

La literatura es una fuente indispensable para estudiar las enfermedades y las formas de luchar contra ellas y de favorecer la salud, principalmente porque ofrece información sobre multitud de aspectos que escapan a las ciencias médicas y sus fundamentos físico-químicos y biológicos, a las ciencias humanas

⁵⁴ José Mariano Leyva, “Historia y literatura: la pasión por el contagio”, *Diario de Campo*, tercera época, n. 9, julio-agosto de 2015, p. 10.

⁵⁵ Elisa Speckman Guerra, “Las posibles lecturas de *La República de las Letras. Escritores, visiones y lectores*”, en Belem Clark de Lara y Elisa Speckman (edits.), *La república de las letras...* p. 48-49.

⁵⁶ Luis Montiel, *Alquimia del dolor. Estudios sobre medicina y literatura*, Tarragona, España, Publicacions URV, 2014, p. 9.

y sociales, a los documentos de archivo, a las leyes y normas, y a los debates ideológicos.⁵⁷

En su carácter testimonial, las producciones literarias de finales del siglo XIX permiten acercarnos a las biografías médicas de los protagonistas aquejados por alguna enfermedad mental, su estado civil, las relaciones familiares y a las condiciones sociales en que se desarrolla la trama, así como a la vida pasional de una diversidad de personajes hombres y mujeres que fueron recreados por uno o varios narradores. Vista como fuente de saber, las novelas y cuentos permiten conocer los procesos de salud/enfermedad, las ideas médicas, los términos científicos, las prácticas curativas, los modelos de asistencia y las relaciones médico-paciente. No obstante, sería un error exigirle a una fuente literaria conocimientos científicos fidedignos y apegados a las prácticas médicas, porque evidentemente no son tratados médicos ni expedientes clínicos. Considero las obras literarias como objetos culturales polisémicos que se adjudican licencias para usar los términos, teorías y clasificaciones médicas de acuerdo a los fines e intereses de los autores. La literatura tiene la cualidad de ser un censor del acontecer cotidiano y un catalizador de las ansiedades de una época determinada. Como apunta Wolfgang Bongers, “mientras que la medicina como ciencia etiológica apunta al diagnóstico, a la terapia y a la cura de enfermedades, la literatura y el arte son capaces de hacer *diagnósticos estéticos*” sobre

⁵⁷ Asunción Doménech Montagut, *Medicina y enfermedad en las novelas de Emilia Pardo Bazán*, Valencia, España, Centro Francisco Tomás y Valiente, UNED Alzira-Valencia, Colección Interciencias 9, 2000, p. 8.

determinados padecimientos.⁵⁸ Para el autor, las ficciones operan como un *second order observation* no sólo porque parten de una red de observaciones médicas y culturales sobre los procedimientos clínicos, sino porque también son capaces de asumir posturas estéticas ante problemáticas relacionadas con la enfermedad.⁵⁹ Siguiendo este argumento, podemos añadir que una época genera sus propias “ideas culturales” acerca de una enfermedad mental (causas, síntomas y procedimientos), por lo tanto, también son forjadoras de reglas, normas y preceptos que, como advierte Thomas Anz, establecen “lo que se debe evitar”.⁶⁰ Así pues, la literatura pone en circulación conocimientos y saberes médicos, visibiliza modelos o paradigmas científicos y produce un saber a disposición de la sociedad. Sin embargo, para que la literatura opere como un verdadero “modelo de referencia”⁶¹ considero necesario identificar las similitudes y diferencias con respecto a los discursos médicos. Dicho de otro modo, para analizar las estrategias narrativas y las reelaboraciones discursivas que establecen los literatos, resulta ineludible comparar y contextualizar las fuentes literarias con el fin de interpretarlas, de lo contrario, sólo nos quedaríamos con visiones sesgadas o episodios anecdóticos sin ningún anclaje histórico. Estudiar la literatura como objeto de conocimiento y fuente de saber, propicia una comprensión organizada y

⁵⁸ Wolfgang Bongers, “Literatura, cultura, enfermedad. Una introducción”, en Wolfgang Bongers y Tanja Olbrich (comps), *Literatura, cultura, enfermedad*, Argentina, Paidós, 2006, p. 15.

⁵⁹ *Ibidem*.

⁶⁰ Thomas Anz, “Argumentos médicos e historias clínicas para la legitimación de institución de normas sociales”, en Wolfgang Bongers y Tanja Olbrich (comps.), *Literatura, cultura, enfermedad*, Argentina, Paidós, 2006, p. 41

⁶¹ Enriqueta Vila Vilar, « Historia y Literatura: un largo debate para un caso práctico », *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* [En ligne], Débats, mis en ligne le 31 janvier 2009, consulté le 21 juin 2016. URL: <http://nuevomundo.revues.org/52533>; DOI: 10.4000/nuevomundo.52533.

sistematizada del proceso de ficcionalización de la locura a partir del estudio de los impresos y las ideas que promueven.

En este trabajo me apoyé en una diversidad de fuentes administrativas, tesis de medicina, artículos de divulgación, reportajes y gacetillas provenientes del Archivo Histórico de la Secretaría de Salud, del fondo común de la Biblioteca Nicolás León de Palacio de Medicina, del Fondo Reservado de la Hemeroteca Nacional de la UNAM, así como de la Biblioteca Miguel Lerdo de Tejada de la Ciudad de México. Para analizar las representaciones de la locura en la narrativa mexicana elegí novelas, cuentos y poemas que cumplieran al menos tres criterios elementales: a) que hablaran de alguna patología mental de la época; b) que los personajes padecieran algún tipo de trastorno (nerviosismo, histeria, lipemanía, melancolía, alcoholismo, degeneración) común en la medicina psicopatológica durante el Porfiriato; y c) que el manicomio ocupara un lugar de importancia en las narrativas. Desde luego, la tarea no resultó sencilla debido a la enorme cantidad de libros y compilaciones que se editaron en dicho periodo. Por lo tanto, revisé decenas de novelas, revistas y cuentos publicados en forma de libro, así como en periódicos y semanarios del siglo XIX y XX, impresos que hoy en día resguardan celosamente un tesoro narrativo de incalculables dimensiones. Mucho del material que identifiqué, revisé y clasifiqué se encuentra protegido en el Hemeroteca Nacional y en el Fondo Reservado de la Hemeroteca Nacional de la Universidad Nacional Autónoma de México. Las novelas ofrecen información sobre el contexto de la Ciudad de México a finales del siglo XIX, la vida familiar, el perfil social de los personajes y los dramas sentimentales que experimentan. En cambio, los cuentos

y poemas nos acercan a la mentalidad de los personajes, sus conflictos internos y la postura que asumen respecto a su entorno social. A través de los personajes, los escritores colocan sentimientos y reflexiones (individuales y colectivas) que materializan u “objetivan” las ideas, valores y actitudes sociales hacia las enfermedades mentales.

En esta historia sobre la ficcionalización de la enfermedad mental y sus representaciones sociales en la Ciudad de México durante 1882 y 1903, desfilan médicos, escritores, periodistas, poetas y funcionarios públicos que participaron activamente en la generación de opiniones, actitudes y valoraciones sociales sobre la locura finisecular. Pero también se muestran los sentimientos y las conductas de una galería diversa de locos literarios, a los que he examinado con el mismo rigor y seriedad como si se tratase de personajes históricos.⁶² Por lo tanto, este trabajo busca rescatar esa pluralidad de voces reales y ficticias que estuvieron representadas en la cultura escrita capitalina, y que hicieron de la demencia finisecular un asunto de interés público. En suma, estudiar sus actitudes pasionales permite asomarnos a los miedos, fantasías y obsesiones que se apoderaron de la elite cultural y científica durante el Porfiriato.

⁶² Alejandro Lillo, *Miedo y deseo. Historia cultural de Drácula (1897)*, Madrid, Siglo XXI, 2017, p. 11.

Capítulo I

Locura, psiquiatría y subjetividad: la medicalización de las pasiones en la etiología de la locura

“La pasión impulsa y no cesan sus instigaciones hasta que no está saciada; haz esto, hierre, cástate, trabaja, estos son las voces de la pasión”

Manuel Flores⁶³

Introducción

Las pasiones han sido consideradas por filósofos, moralistas y psicólogos como “expresiones interiores” muchas veces determinadas por actos irracionales que escapan a la voluntad del sujeto.⁶⁴ En la antigüedad, tanto en la filosofía griega como en la medicina hipocrática, las pasiones fueron asociadas con la irracionalidad, la condenación divina y el caos, elementos de la experiencia humana que durante siglos contribuyeron a reforzar la concepción de los sentimientos desbordados como peligrosos para el juicio y la razón.⁶⁵ Sin embargo, no es posible considerarlas sólo como expresiones centradas en los individuos e independientes de los procesos sociales. La historiografía ha mostrado que las pasiones, sentimientos y emociones son manifestaciones biológicas, sociales y culturales cambiantes en el tiempo, generadas como

⁶³ Texto incluido en Agustín Verdugo, *Discursos, alegatos y estudios jurídicos*, t. I, México, Tipografía de la F. Barroso Hermano y Compañía, 1894, p. 375.

⁶⁴ Jérôme-Antoine Rony, *Las pasiones*, traducción Brenda Salmón, México, Lito Arte S.A, 1992, p. 5.

⁶⁵ Ruth Padel, *A quien los dioses destruyen. Elementos de la locura griega y trágica*, México, Sexto Piso, 2005, p. 239; Michel Foucault, *Historia de la locura en la época clásica*, t. I, México, FCE, 2002, p. 142.

respuesta a determinados contextos en conflicto, coyunturas políticas, religiosas, situaciones familiares y procesos del ámbito médico.⁶⁶

En el tránsito del siglo XVIII al XIX, los médicos comenzaron a reclamar el estudio y conocimiento de las pasiones desde el punto de vista fisiológico, este elemento “moderno” de la medicina decimonónica reivindicó el interés por la naturaleza orgánica de los desórdenes morales más allá de las cuestiones filosóficas.⁶⁷ Como se indicó en la introducción, utilizo el concepto de medicalización para analizar procesos biopolíticos en el que cuerpo y comportamiento humano se inscribieron en una red de discursos científicos, instituciones de atención y servicios terapéuticos. Durante la centuria decimonónica, el estudio de las pasiones adquirió una especificidad concreta en la medicina moderna de Occidente, debido a que sus procesos y manifestaciones podían explicarse a partir del paradigma anatomopatológico, el cual vinculaba función intelectual y lesión orgánica. Pronto las pasiones se convirtieron en el objeto central del alienismo francés y en la columna vertebral de las primeras clasificaciones psiquiátricas que influyeron notablemente en la medicina mental

⁶⁶ En la actualidad, la historiografía de las emociones se inscribe en el marco general de la historia cultural e historia de la vida cotidiana. Estos trabajos estudian la producción discursiva, objetos y prácticas culturales en torno a los sentimientos como el amor, la felicidad, el miedo, la dicha o el dolor. Existe una amplia bibliografía al respecto, algunos ejemplos son: Javier Moscoso, *Historia cultural del dolor*, México, Taurus, 2011; para el caso mexicano desde la Colonia hasta inicios del siglo XX, Pilar Gonzalbo Aizpuru y Verónica Zárate Toscano (coords.), *Gozos y sufrimientos en la historia de México*, México, El Colegio de México/Instituto Mora, 2007; Elisa Speckman Guerra, Claudia Agostoni y Pilar Gonzalbo Aizpuru (coords), *Los miedos en la historia*, México, El Colegio de México/Universidad Nacional Autónoma de México, 2009; Pilar Gonzalbo Aizpuru (coord.), *Amor e Historia. La expresión de los afectos en el mundo de ayer*, México, El Colegio de México, 2013.

⁶⁷ En la centuria decimonónica, lo moral designaba la parte psíquica y afectiva del individuo. Para un estudio de la invención de las emociones como “categoría psicológica”, Thomas Dixon, *From Passions to Emotions*, Cambridge University Press, 2003.

internacional.⁶⁸ Los primeros alienistas encabezados por Philippe Pinel (1745-1826) y su discípulo Jean Étienne Esquirol (1772-1840) mostraron que las pasiones desbordadas eran las causas primordiales de la alienación mental.⁶⁹ Para la psiquiatría en ciernes el estudio de las pasiones resultó un tema central dada la estrecha vinculación que encontraban con las psicopatías.

En su *Traité médico-philosophique sur l'alienation mentale ou la manie* (1800), Pinel consideró la alienación como una enfermedad de las “facultades del entendimiento” causada por una variedad de pasiones, “unas dependen de una pasión violenta y desgraciada, otras de la exaltada ambición de la gloria, algunas de reveses de fortuna, y otras en fin de los impulsos de un ardiente patriotismo”.⁷⁰ Pinel no sólo patologizó los excesos pasionales, también interpretó la alienación como una serie de signos que revelaban la vida moral o subjetividad del alienado, su objetivo era combatir “vicios” y pasiones socialmente inadecuadas, como la inmoralidad y el libertinaje en el contexto posterior a la Revolución francesa.⁷¹ De

⁶⁸ Existe un consenso en la historiografía psiquiátrica que considera a Philippe Pinel junto al médico italiano Vincenzo Chiarugi ((1759-1820), como los fundadores de la clínica, la nosología y semiología psiquiátrica. Un clásico es Erwin H. Ackerknecht, *Breve historia de la psiquiatría*, Buenos Aires, 1993, p. 61; Rafael Huertas, *El siglo de la clínica. Para una teoría de práctica psiquiátrica*, Madrid, Novalia Electronic Editions, 2004, pp. 30, 34.

⁶⁹ A partir del siglo XIX, el loco fue percibido bajo la categoría de “alienado” que lo diferenciaba de otros grupos de desviados. El Estado francés había reconocido a los “alienistas” como los especialistas en el tratamiento de la enajenación mental. Por otro lado, Pinel y su discípulo Esquirol retomaron de la filosofía estoica las ideas sobre la injerencia de las pasiones en los procesos de salud/enfermedad. Estos argumentos están en Jackie Pigeaud, “La antigüedad y los comienzos de la psiquiatría en Francia”, Jacques Postel y Claude Quénel (comps), *Nueva historia de la psiquiatría*, México, FCE, 2000, p. 143; “Le rôle des passions dans le pensé médicale de Pinel à Moreau de Tours”, *History and Philosophy of the Life Sciences*, vol. 2, n. 1, 1980, p. 123-140.

⁷⁰ Utilizo la traducción al español del Dr. Luis Guarnerio T. Avellaneda, publicada en 1804 en España. Felipe Pinel, *Tratado médico-filosófico de la enajenación del alma o manía*, España, Madrid en la Imprenta Real, 1804, p. 65.

⁷¹ Para una renovada lectura desde la historia intelectual sobre el papel de Pinel en la clasificación de las enfermedades mentales durante el periodo republicano, Dora B. Weiner, *Comprender y curar. Philippe Pinel (1745-1826). La medicina de la mente*, México, FCE, 2002, p. 268; Rafael Huertas, “Locura y subjetividad en el nacimiento del alienismo. Releyendo a Gladys Swain”, *Frenia*, vol. X-2010, p. 11-22; *Historia cultural de la psiquiatría...*, p. 53.

igual manera, Esquirol desarrolló las ideas de su maestro apuntalando las relaciones entre lo físico y moral, proponiendo formas generales de locura y describiendo los “detonadores psicosociales” que podían afectar principalmente a la plutocracia y los grupos privilegiados.⁷²

En *Des passions, considérées comme causes, symptômes et moyens curatifs de l'aliénation mentale* (1805), Jean Étienne Esquirol señaló que ciertas pasiones propias de los tiempos republicanos podían modificar el funcionamiento de los órganos y afectar el sistema nervioso. El temor, la cólera, alegrías, tristezas y emociones del corazón repercutían en la región epigástrica, sistema hepático y la digestión; además, la ambición, la sed de riqueza, el orgullo, la avaricia y el amor desligado a la reproducción eran “la fuente más fecunda de los desórdenes físicos y morales que afligen al hombre”.⁷³ Entre la disolución del tejido social y el debilitamiento moral del individuo, Esquirol deseaba que las restricciones de la moral católica guiaran a la población puesto que una libertad excesiva estimulaba la locura.⁷⁴ Pinel y Esquirol pertenecieron a ese sector de la cultura burguesa del siglo XIX que celebraba la racionalización de la vida, los avances científicos y el progreso de las naciones, rechazando profundamente cualquier expresión directa y/o satisfacción pública de las necesidades corporales. Como apuntó el historiador Peter Gay, muchos burgueses del siglo XIX defendieron la “contención, la modulación y el control” de los individuos como una actitud cultural deseable entre

⁷² Esquirol reformó las instituciones asilares en Francia y contribuyó a la creación de la ley de alienados de 1838. Roy Porter, *Breve historia de la locura*, México, FCE, 2003, p. 132; Andrew Scull, *La locura: Una breve introducción*, España, Alianza Editorial, 2013, p. 74.

⁷³ Jean Étienne Esquirol, *Sobre las pasiones consideradas como causas, síntomas y remedios de la alienación mental*, Prólogo de José Luis Peset, Asociación Española de Neuropsiquiatría, Madrid, 2000, p. 32.

⁷⁴ Dora B. Weiner, *Comprender y curar...*, p. 285.

los grupos medios y sectores populares.⁷⁵ En este sentido, siguiendo a Enric Novella, podemos asegurar que la medicalización de las pasiones no sólo coadyuvó a la regulación social de los comportamientos arrebatados, también avaló la competencia clínica de los médicos de la mente al posicionarse en favor del control de las actitudes pasionales y de todo comportamiento desmedido que pudiera alterar el funcionamiento normativo de las sociedades modernas.⁷⁶

Ahora bien, ¿cuál fue la actitud de los médicos al problema de las pasiones en el México finisecular? Como es sabido, durante la primera mitad del siglo XIX prácticamente no hubo una reflexión clínica sobre las pasiones, factores sociopolíticos y bélicos como las guerras con los norteamericanos y el imperio francés, recuerda Germán Somolinos, impidieron el desarrollo de la medicina mental.⁷⁷ La historiografía ha mostrado el lento proceso de profesionalización de la psiquiatría en México y las trabas político-administrativas que enfrentaron los médicos desde la restauración de la República hasta la primera mitad del siglo XX. La ausencia de un marco jurídico que consolidara al gremio, entre otros aspectos, impidió un desarrollo más eficaz en materia de atención a los enfermos mentales.⁷⁸ Pese a ello, el discurso de la medicina mental surgió en un “espacio híbrido” como la medicina legal, la tarea de los facultativos era determinar las

⁷⁵ Peter Gay, *La experiencia burguesa. De Victoria a Freud. La educación de los sentidos*, t. I, traducción Evangelina Niño de la Selva, FCE, México, 1992, p. 59.

⁷⁶ Enric Novella: “La medicina de las pasiones en la España del siglo XIX”, *Dynamis*, vol. 31, n. 2, 2011, p. 453-473; *La ciencia del alma. Locura y modernidad en la cultura española del siglo XIX*, España/Frankfurt, Iberoamericana/Vervuet, 2013.

⁷⁷ Germán Somolinos D'Ardois, *Historia de la psiquiatría en México*, México, SEP/Setentas, 1976, p. 148.

⁷⁸ Estas investigaciones han sido realizadas por Cristina Sacristán, “Ser o no ser modernos. La salud mental en manos del estado mexicano, 1861-1968”, *Espacio Plural*, año XI, n. 22, 2010, p. 11-23; “La contribución de la Castañeda a la profesionalización de la psiquiatría mexicana, 1910-1968”, *Salud Mental*, vol. 33, n. 6, 2010, pp. 473, 480.

causas de muerte de las personas y fungir como peritos en los tribunales de justicia, con la finalidad de determinar el grado de locura de un individuo al momento de cometer un crimen. Los médicos utilizaron criterios clínicos basados en la anatomía patológica y la teoría de la degeneración, los cuales veremos más adelante.⁷⁹ En este sentido, suele considerarse al degeneracionismo como el punto de inflexión para el estudio clínico de los arrebatos pasionales, sobre todo porque se consideraba a los degenerados como faltos de moral, pero frecuentemente se olvida la injerencia ciertamente tardía de los alienistas franceses Pinel y Esquirol en la mentalidad positivista de los médicos porfirianos interesados en la locura.

Si bien algunas “manifestaciones emocionales” particularmente los deseos sexuales de las mujeres fueron percibidas clínicamente como amenazas para la sociedad porfiriana por transgredir códigos socialmente instituidos,⁸⁰ hasta ahora poco sabemos sobre los contenidos conceptuales de las pasiones en el discurso médico finisecular. Al analizar los artículos médicos y las tesis de medicina escritos durante el Porfiriato, he podido apreciar que los discursos establecen una distinción entre el término de pasión, el cual estaba vinculado a los atributos sociales de la persona enferma, y su desplazamiento hacia la noción de emoción,

⁷⁹ Andrés Ríos Molina, *La locura durante la Revolución mexicana...*, p. 68. Por ahora, podemos decir que la doctrina del degeneracionismo surgió en la primera mitad del siglo XIX gracias al médico August Morel. En términos generales, la degeneración proponía que la herencia era el principal trasmisor directo de las psicopatías, atavismos y malformaciones corporales del individuo enfermo. Un estudio imprescindible es Rafael Huertas, *Locura y Degeneración. Psiquiatría y sociedad en el positivismo francés*, CSIC, Madrid, 1987.

⁸⁰ Desde una perspectiva de género, estos argumentos se exponen en Cristina Rivera Garza, *La Castañeda. Narrativas Dolientes desde el Manicomio General, México, 1910-1930*. México, Tusquets, 2010; Oliva López Sánchez (coord.), *La pérdida del paraíso. El lugar de las emociones en la sociedad mexicana entre los siglos XIX y XX*, México, UNAM/Facultad de Estudios Superiores Iztacala, 2011, particularmente el capítulo 5.

la cual designaba aspectos de la biología anormal del sujeto. En este sentido, considero importante destacar el esfuerzo de los médicos por problematizar las actitudes pasionales desbordadas y situar los términos en el campo de la etiología.

Las reflexiones clínicas sobre las pasiones causantes de la locura provenían de los gabinetes médicos y de la experiencia de los facultativos en los departamentos hospitalarios públicos y privados donde laboraron. Entre la fascinación y el rechazo, los galenos estudiados en este apartado vieron en la exaltación de las pasiones no sólo una variedad de síntomas enlazados a psicopatías específicas, sino una amenaza a la integridad del hombre civilizado al que entendían como un ser contenido, moderado y religioso. En todo caso, muchos médicos interesados en la cuestión mental consideraron la exaltación pasional como el pasaporte directo a los territorios de las psicopatías. A pesar de la orientación biológica de la medicina mental de la época, los facultativos admitieron explicaciones psicológicas de la locura que coexistieron con el positivismo científico que defendían. Los discursos médicos nos dan valiosa información acerca de las principales clasificaciones médicas de la época y la vigencia (hasta bien entrado el siglo) de la clínica de las pasiones del primer alienismo francés. Cabe interrogarse, ¿cuáles fueron las actitudes de los facultativos al problema de los excesos? ¿Cómo clasificaron las pasiones causantes de locura?

El objetivo del presente capítulo es el estudio de las pasiones en la etiología de la locura y las respuestas médicas al problema de los excesos. Me interesa mostrar que los médicos reconocieron en la naturaleza patógena de las

pasiones a individuos que podían transgredir códigos sociales fincados en la contención, moderación y la pasión amorosa. Ante la problemática de las desproporciones sentimentales, la medicina mental reconoció la necesidad de poner freno a las pasiones inscribiéndolas en los terrenos de la biología y en las áreas mórbidas de la anormalidad.

1.1.- La medicalización de las pasiones en las revistas médicas

El 1 de agosto de 1840, Luis Hidalgo Carpio (1818-1879) iniciador de la medicina legal en México, publicó en el *Periódico de la Academia de Medicina de México* un artículo titulado “Delirio Nervioso” a partir de observaciones clínicas realizadas en el Hospital de San Andrés.⁸¹ Carpio indicó que el delirio nervioso sobrevinía después “de una cólera, de una impresión de terror, por el miedo, por una fuerte contención del espíritu”, pasiones que repercutían en el carácter “alegre y tierno” o “furioso” de los enfermos.⁸² Ese mismo año, el médico José Espejo informó que “algunas cóleras y pesadumbres” podían causar la histeria en mujeres de “temperamento nervioso”, detalló que los síntomas comunes eran molestias en la región epigástrica y “espasmos vaginales”.⁸³ Estos artículos tempranos señalaron algunos puntos de interés que 30 años más tarde los médicos examinaron con más detalle. En primer lugar, destacaron el papel de las pasiones en la etiología de la locura, en segundo término, evidenciaron la relevancia clínica de la

⁸¹ El Hospital de San Andrés fue fundado en 1779 y desocupado en 1905, luego de inaugurarse el Hospital General de México por el entonces presidente Porfirio Díaz. Para una historia institucional y administrativa del nosocomio, Xóchitl Martínez Barbosa, *El Hospital de San Andrés. Un espacio para la enseñanza, la práctica y la investigación médicas, 1861-1904*, México, Siglo XXI, 2005.

⁸² Luis Hidalgo Carpio, “Delirio nervioso”, *Periódico de la Academia de Medicina de México*, t. V, n. 1, 1 agosto de 1840, pp. 430, 431.

⁸³ José Espejo, “Histórico”, *Gaceta Médica de México*, n. 5, 1840, p. 21.

subjetividad⁸⁴ como indicador de lo patológico, en alusión directa al alienismo francés de Pinel y Esquirol. Para 1870 en adelante, las pasiones, los sentimientos y las emociones tristes o exaltadas aparecieron indistintamente como causas y síntomas de los trastornos mentales, procesos clínicos que no fueron del todo claros para los propios médicos durante el Porfiriato.

Una de las prioridades del régimen de Porfirio Díaz a partir de su segundo mandato en 1884, fue fomentar el saneamiento de las ciudades, promover la higiene pública y salvaguardar la salud colectiva en todo el territorio, políticas gubernamentales que en buena medida lograron insertar la nación en el tren del progreso.⁸⁵ El papel de los médicos fue decisivo en el saneamiento e higienización de los entornos urbanos. Como lo apuntó Claudia Agostoni, los médicos porfirianos tenían la encomienda de “reorganizar sanitariamente a la sociedad” impulsando hábitos higiénicos en hospitales, fábricas, talleres, escuelas y sitios de aglomeración de personas.⁸⁶ Además, su labor era combatir epidemias como el tifo, la fiebre amarilla y la sífilis, enfermedades que requerían de una política sanitaria eficaz que permitiera la conservación de la salud y el desarrollo de la

⁸⁴ En este contexto entiendo por subjetividad el mundo interior de los alienados, así como las percepciones y visiones que tenían los médicos sobre los padecimientos “psicológicos” que los aquejaban. Para un estudio sobre el sujeto y la subjetividad en los debates contemporáneos, Alejandra Aquino Moreschi, “La subjetividad a debate”, *Revista Sociológica*, año 28, núm. 80, septiembre-diciembre 2013, pp. 259-278.

⁸⁵ Un excelente estudio sobre la salud pública y la higiene en la ciudad de México durante este periodo, Claudia Agostoni, *Monuments of progress. Modernization and Public Health in Mexico City, 1876-1910*, University of Calgary Press/University Press of Colorado/Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 2003.

⁸⁶ Claudia Agostoni, “Imágenes y representaciones de los profesionales de la medicina: entre el público, la ciencia y la prensa. Ciudad de México, 1877-1911”, *Anuario IEHS*, n. 21, 2006, p. 402.

economía.⁸⁷ Por lo tanto, los profesionales de la medicina no sólo cumplían con una misión pedagógica promoviendo preceptos higienistas, también procuraban ayudar en la organización de la sociedad mediante el orden y progreso científico.

En este contexto de modernización y preocupación por la salud pública paulatinamente surgió el discurso y las prácticas de la medicina mental mexicana, gracias al entusiasmo de unos cuantos médicos interesados en indagar sobre los trastornos mentales. Se trataba de una elite médica conformada por galenos de reconocido prestigio que ocuparon cargos públicos en instancias de gobierno y educativas, así como profesionistas y médicos en formación que ejercían su trabajo en hospitales públicos y privados. La tarea de muchos médicos inclinados al estudio de la patología mental era detectar aquellas enfermedades consideradas “peligrosas” porque consideraban, atentaban contra el proyecto de nación porfirista.⁸⁸ Entre la veintena de facultativos interesados en la medicina psicopatológica y vinculados a los hospitales para enfermos mentales de la capital, debemos destacar a Miguel Alvarado considerado por la historiografía como el primer alienista mexicano,⁸⁹ Manuel Alfaro, Demetrio Mejía, José Peón y Contreras, médicos ilustres que atendieron, observaron y enseñaron en los viejos hospitales para locos fundados desde el periodo colonial como San Hipólito (1566) para hombres y El Divino Salvador (1700) para mujeres. También figuraron los nombres de Secundino Sosa, José Olvera y Porfirio Parra, médicos legistas

⁸⁷ Estos argumentos los desarrolla Ana María Carrillo, “Economía, política y salud pública en el México porfiriano”, *História, Ciências, Saúde-Manguinhos*, Río de Janeiro, vol. 9, n. 81, 2002, p. 67-87.

⁸⁸ Andrés Ríos Molina, *La locura durante la Revolución mexicana...*, p. 71.

⁸⁹ Miguel Alvarado impartió en 1887 la primera cátedra de enfermedades mentales en la Escuela de Medicina. Desafortunadamente, no duró mucho tiempo ya que en 1890 la clase fue eliminada tras su fallecimiento. Cristina Sacristán, “La Contribución de la Castañeda...”, p. 476.

participes en procesos criminales y divulgación científica.⁹⁰ Los autores señalados escribieron diversos artículos sobre diagnóstico, pronóstico y terapéutica de las enfermedades mentales en la prensa médica capitalina: *La Gaceta Médica de México*, *El Observador Médico*, *La Independencia Médica*, *La Escuela de Medicina*, *El Estudio*, *La Medicina Científica*, órganos de difusión de la medicina nacional mediante los cuales buscaron profesionalizar su quehacer científico.⁹¹ También fueron asiduos redactores en los diarios de mayor circulación de la época, como *El Universal*, *El Siglo Diez y Nueve* y *El Monitor Republicano* en los que trataron asuntos clínicos dirigidos a un público más amplio con el objeto de abonar en su imagen pública.⁹² En definitiva, estos médicos fueron ganando espacios en los círculos de poder porfiriano porque representaban voces notorias y de injerencia para una sociedad mexicana profundamente heterogénea y mayoritariamente analfabeta.

Los médicos de la mente consideraban que la locura era resultado de la falta de autocontrol del individuo, por consiguiente, los locos encarnaban cualidades físicas y mentales contrarias al ciudadano común, aquel que podía actuar de acuerdo a su libre albedrío.⁹³ Sostengo que los médicos mencionados eran claramente eclécticos en sus explicaciones clínicas, debido a que aludían a aspectos biológicos, psicológicos y sociológicos para explicar las causas de los

⁹⁰ El resto de los facultativos interesados en las psicopatías que he identificado son: Juan Ramírez, Pedro Díez de Bonilla, Julio David, Manuel Flores, José Cosío, Jesús González Ureña, Lorenzo Chávez, José Ramos y F. Blasques, personajes que al menos publicaron un artículo sobre enfermedades mentales en revistas especializadas de la capital.

⁹¹ Una breve exposición sobre estos periódicos y diversas revistas médicas en el siglo XIX, se encuentra en Martha Eugenia Rodríguez, "Semanarios, gacetas, revistas y periódicos médicos del siglo XIX mexicano", *Boletín*, vol. 11, n. 2, México, 1997, p. 61-96.

⁹² Estos argumentos se exponen en Claudia Agostoni, "Imágenes y representaciones...", p. 399-419.

⁹³ Cristina Sacristán, "Entre curar y contener...", pp. 65-66.

trastornos mentales. Sin embargo, es importante enfatizar como se sugirió en la introducción, que ciertamente coincidieron en la visión organicista al ponderar que las enfermedades mentales estaban determinadas por disfunciones del sistema nervioso y la médula espinal.⁹⁴ Andrés Ríos Molina ha considerado que fueron dos los modelos médicos que los facultativos utilizaron: el de las neurosis y la teoría de la degeneración. Esta última teoría fue propuesta por August Morel en 1857, establecía que todas las anomalías del comportamiento humano eran la expresión de herencias malsanas. Incluso llegó a sostener que los hábitos como el consumo de alcohol, marihuana y opio, o bien, llevar una vida sexual “anormal” producirían hijos locos o epilépticos que terminarían con generaciones futuras.⁹⁵ De acuerdo al autor, la teoría de la degeneración centró su mirada en los grupos populares y marginados de la sociedad mexicana, en donde reinaba el alcoholismo, la insalubridad y la miseria, elementos que a su vez motivaban la degeneración entre las redes familiares y su progenie. En cambio, las afecciones nerviosas afectaban principalmente a los grupos letrados y los sectores privilegiados. Los médicos porfirianos creyeron de manera pesimista que los adelantos científicos, el progreso material y el avance de la civilización habían alterado los nervios de un sector cultivado de la sociedad; de tal manera que sus neurosis no eran otra cosa que malestares psicológicos generados por la vorágine de la modernidad.⁹⁶ Los

⁹⁴ Andrés Ríos Molina, *La locura durante la Revolución mexicana...*, p. 95.

⁹⁵ François Bing, “La teoría de la degeneración”, en Jacques Postel y Claude Quérel (coord.), *Nueva Historia de la Psiquiatría*, México, FCE, 2000, p. 227. La idea de la degeneración a inicios del siglo XX logró reforzar políticas raciales y segregacionistas como la esterilización de enfermos mentales, la eutanasia y persecución de los judíos en la Alemania Nazi por considerarlos “gente degenerada”. Edward Shorter, *Historia de la psiquiatría. Desde la época del manicomio a la era de la Fluoxetina*, Barcelona, J&C Ediciones Médicas, 1999, p. 94.

⁹⁶ Andrés Ríos Molina, “Locura y encierro psiquiátrico en México: el caso del Manicomio La Castañeda, 1910”, *Antípoda*, n. 6, enero-junio, 2008, pp. 86-87.

modelos de explicación de la locura establecían diferencias marcadas por la posición en la jerarquía social y el grado de instrucción. Por ejemplo, los degenerados eran identificados con la cultura popular, mientras que los nerviosos retrataban los malestares de los sectores medios y de la elite. Ahora bien, la propagación de la locura era una preocupación real para los médicos de la mente, las primeras estadísticas sobre trastornos mentales consignadas durante este periodo, indicaban un progresivo aumento que de no controlarse a tiempo, según el propio testimonio de los médicos, terminaría por afectar a la sociedad en su conjunto.

Así, para 1879 el médico Demetrio Mejía presentó el trabajo “Estadísticas de la mortalidad en México” para la Academia de Medicina de México, en el cual la epilepsia ocupó el lugar 55 de las 99 causas de mortandad en México. Muy probablemente se trató del primer registro estadístico durante el último cuarto de siglo en el que figuraba alguna enfermedad considerada por entonces como una psicopatía.⁹⁷ Ocho años más tarde, el médico Mariano Rivadeneyra buscó establecer los primeros datos sociodemográficos sobre los locos a partir del estudio de los registros de ingreso en los hospitales de San Hipólito y El Divino Salvador. En su tesis para obtener el grado de médico, “Apuntes para la estadística de la locura en México”, Rivadeneyra concluyó que durante 1867-1886 había registro de dos mil ciento sesenta y nueve pacientes en el nosocomio

⁹⁷ Demetrio Mejía, *Estadística de la mortalidad en México*, México, Imprenta Ignacio Escalante, 1879, pp. 34-35. Para un estudio sobre el desarrollo clínico y la criminalización de la epilepsia durante el Porfiriato, José Antonio Maya González, “Entre la afección cerebral y la perversión moral. Clínica, terapéutica y criminalización de la epilepsia en la medicina mental de finales del siglo XIX, Ciudad de México”, *Temas de historia de la psiquiatría argentina*, vol. XVIII, n. 34, segundo semestre 2015, pp. 40-52.

varonil; mientras que en el mismo periodo consignó a cuatrocientas enajenadas.⁹⁸ La utilización de las estadísticas era un elemento esencial del proceso de modernización, ya que la información estadística podría ayudar a detectar y resolver los problemas que enfrentaba la nación. Mejor aún, la recopilación de datos estadísticos fue considerada una herramienta analítica de la que podían desprenderse políticas públicas, por tanto, el anhelo de los médicos y funcionarios del régimen era comprender las causas de enfermedad y fallecimiento de la población.⁹⁹ En este contexto, rápidamente comenzaron a sonar las voces de alarma ante el aumento de la locura, la prensa capitalina responsabilizó a la intrincada vida laboral, la competencia mercantil, el choque de intereses y pasiones, de engendrar “esa monstruosidad intelectual que se llama demencia”.¹⁰⁰

De acuerdo al primer censo de población de 1895, en el territorio habían doce millones seiscientos treinta y dos mil habitantes, 5 años después tuvo un crecimiento anual del 1.4%, alcanzando los trece millones seiscientos siete mil habitantes. Para el censo de 1900, se incluyeron datos sobre personas con algún tipo de “deficiencia mental”, los cuales revelaron que había un total de doce mil personas afectadas, es decir, alrededor del 1% del total de la población.¹⁰¹

Desafortunadamente, el informe no explicaba lo que se entendía por “deficiencia

⁹⁸ Según Rivadeneyra, de los 2169 pacientes hombres, 1708 tenían algún oficio, 875 eran solteros, 680 casados y 132 viudos. Por su parte, de las 400 mujeres confinadas en el Divino Salvador, 81 eran “doncellas”, 150 solteras, 90 casadas y 67 viudas, cuya edad promedio oscilaba entre los 20 y 30 años de edad. Mariano Rivadeneyra, *Apuntes para la estadística de la locura en México*, México, Oficina Tip. de la Secretaría de Fomento, 1887.

⁹⁹ Claudia Agostoni y Andrés Ríos Molina, *Las estadísticas de la salud en México. Ideas, actores e instituciones, 1810-2010*, con la colaboración de Gabriela Villareal Levy, México, Secretaría de Salud/UNAM, 2010, p. 96.

¹⁰⁰ “Estadísticas de la locura en México”, *El Siglo Diez y Nueve*, viernes 24 de mayo de 1889, p. 1.

¹⁰¹ Según datos proporcionados por el INEGI, para 1900 existían alrededor de trece mil ciegos, nueve mil sordomudos y doce mil personas con algún tipo de “deficiencia mental”. *Cien años de censos de población*, México, INEGI, 1996, pp. 7-17.

mental”, no obstante, en este rubro bien pudieron incluirse individuos con defectos físicos (estigmas, atavismos,) lisiados y/o con algún tipo de trastorno mental. Estos números nos permiten comprender que la emergencia de la locura durante el último cuarto de siglo era una preocupación real para funcionarios y médicos del régimen, la cual exigía facultativos con una preparación rigurosa y perspectiva analítica para el estudio de los trastornos mentales.

1.2 Entre pasiones desbordadas y emociones fuertes

La perspectiva anatomopatológica de la medicina moderna del siglo XIX consideraba los trastornos mentales como una alteración funcional vinculada a una lesión anatómica particular, es decir, que toda alteración de las funciones tenía su correlato anatómico.¹⁰² En este sentido, los afectos, sentimientos y pasiones eran percibidos como “mecanismos internos” de la actividad cerebral que coexistían con los propios síntomas mentales y que según Germán Berrios, contribuyeron muy poco a la semiología de la enfermedad mental.¹⁰³ En México, los médicos abrazaron con entusiasmo la corriente organicista porque creían haber encontrado en la “forma del cráneo”, en las “celdillas nerviosas” del cerebro y en la “coagulación sanguínea” el origen de la locura.¹⁰⁴ Sin embargo, pronto reconocieron sus limitaciones ante la falta de evidencias. Pese a su orientación experimental, durante el último tercio del siglo XIX el paradigma

¹⁰² Javier Plumed, “La etiología de la locura en el siglo XIX a través de la psiquiatría española”, *Frenia*, vol. IV, n. 2, 2004, p. 73.

¹⁰³ Germán Berrios, *Historia de los síntomas...*, pp. 365, 367.

¹⁰⁴ José Peón Contreras, “Idiotía microcefálica”, *Gaceta Médica de México*, t. VII, n. 15, México, 1 de agosto de 1872, p. 270; Porfirio Parra, “Una definición de enfermedad”, *Gaceta Médica de México*, t. XXIII, México, Imprenta de Ignacio Escalante, 1888, p. 60; “Hospital del Divino Salvador”, *El Estudio. Semanario de Ciencias Médicas*, t. I. n. 6, México, 1889, p. 90.

anatomopatológico funcionó como un aliciente para alentar sus investigaciones, aunque tuvieran poca fortuna en la comprobación física. Entre quejas y lamentaciones, los médicos estudiados aquí apoyaban sus estudios en la anatomía cerebral, pero las prácticas quirúrgicas que realizaban constantemente frustraban sus pesquisas.

A menudo los facultativos señalaban su incapacidad para comprobar en las autopsias las lesiones cerebrales de los locos,¹⁰⁵ incluso reconocieron ante las autoridades científicas y gubernamentales, las dificultades para establecer criterios específicos de clasificación de las afecciones mentales por ser “desconocidas las lesiones cerebrales”, como bien lo apuntó Secundino Sosa en febrero de 1891.¹⁰⁶ Su actitud no fue un caso excepcional, en ese mismo periodo Domingo Cabred considerado por la historiografía como el “Pinel Argentino”, manifestó que pese a los avances de la anatomopatología, la medicina porteña sabía muy poco acerca de las lesiones involucradas en la patología mental.¹⁰⁷ Es probable que ante el desconocimiento de las lesiones cerebrales, varios médicos en México siguieran admitiendo la existencia de fuerzas “morales” capaces de ejercer influencias notables en los individuos hasta enloquecerlos.¹⁰⁸ Surgen las siguientes interrogantes, ¿cuáles fueron las pasiones de su interés? ¿Cómo las clasificaron y qué describieron en sus estudios?

¹⁰⁵ Porfirio Parra, *Ensayo sobre la patogenia de la locura*, México, Tipografía Literaria, 1878, p. 43.

¹⁰⁶ “Escuela de Medicina. Conferencias del Dr. Sosa”, *El Universal*, 28 de febrero de 1891, p. 3.

¹⁰⁷ María Laura Piva, “El “Pinel Argentino”: Domingo Cabred y la psiquiatría de fines del siglo XIX”, en Marcelo Monserrat (comp.), *La ciencia en Argentina entre siglos*, Argentina, Cuadernos Argentinos Manantial, 2000, p. 75.

¹⁰⁸ En general coincido en este argumento con Frida Gorbach, “El Tratamiento moral de la locura y el sujeto moderno. México a finales del siglo XIX”, en Serena Brigidi y Josep M. Comelles (eds.) *Locuras, culturas e historia*, Tarragona, España, Publicaciones URV, 2014, p. 49-66.

El conocimiento clínico de las pasiones viene dado a través de los diagnósticos de moda durante el último tercio del siglo XIX: la histeria y la epilepsia.¹⁰⁹ Los alienistas decimonónicos consideraron la histeria como una neurosis que afectaba el sistema nervioso, la cual producía trastornos del afecto y la sensibilidad; una enfermedad psíquica responsable de conductas “antisociales” y “autodestructivas” en mujeres de los sectores medios.¹¹⁰ Para muchos galenos, los excesos sentimentales, el erotismo exagerado y el lesbianismo eran comportamientos anormales que ayudaron a construir tipologías médicas de la feminidad patológica, y a sancionar actitudes subversivas marcadas por la diferencia sexual.¹¹¹ En cambio, la epilepsia era una enfermedad de etiología orgánica caracterizada por accesos convulsivos, pérdida del conocimiento y estados confusionales. Los médicos del siglo XIX buscaron combatir la antigua imagen del epiléptico poseído por un demonio al inscribirla como una enfermedad de la corteza cerebral.¹¹² Sin embargo, uno de los síntomas característicos era el llamado “carácter epiléptico”, es decir, la propensión del enfermo a la irritabilidad y

¹⁰⁹ Aunque también mostraron interés por la monomanía y la neurastenia, pero no con la frecuencia y profundidad que las neurosis, a las que dedicaron varios artículos, reseñas y tesis.

¹¹⁰ Diane Chauvelot, *Historia de la histeria. Sexo y violencia en lo inconsciente*, Madrid, Alianza Editorial, 2001, p. 211. El propio Michel Foucault señaló que la histeria era el rostro “negativo” de la racionalidad médica, transformando un problema clínico en una cuestión moral. Michel Foucault, *Historia de la locura...*, p. 432, 461.

¹¹¹ Véase Georges Didi-Huberman, *La invención de la histeria. Charcot y la iconografía de la Salpêtrière*, Madrid, Ensayos de Arte Cátedra, 2007, p. 112; Para el caso mexicano, Martha Lilia Mancilla Villa, *Locura y mujer durante el Porfiriato*, México, Círculo Psicoanalítico Mexicano, 2001; Frida Gorbach, “La histeria y la locura. Tres itinerarios en el México de fin de siglo”, en Laura Cházaro y Rosalinda Estrada (editoras) *En el umbral de los cuerpos. Estudios de Antropología e Historia*, México, BUAP/COLMICH/Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades, 2005, p. 97-116.

¹¹² Owsei Temkin, *The Fallen Sickness. A History of Epilepsy from the Greeks to the Beginnings of the Modern Neurology*, Baltimore and London, Johns Hopkins Press, 1971; Jean Bangaud, “La epilepsia antes del descubrimiento del electroencefalograma”, en Jacques Postel y Claude Quérel (coords) *Nueva Historia de la Psiquiatría...*, p. 247.

franca violencia.¹¹³ El estereotipo del epiléptico como un ser sanguinario y pasional mostraba una imagen bastante elocuente de los miedos y fantasías que tenían los médicos respecto a esta forma de locura; sin embargo, la prensa capitalina y la publicidad médica con frecuencia solía mostrarlos como sujetos en condiciones de riesgo y encerrados en cuerpos marcadamente debilitados.¹¹⁴ Aunque carecemos de datos referentes sobre el número de histéricas, sabemos de su existencia por los informes de los visitantes a los hospitales para locos de la capital. Por ejemplo, el médico Manuel Alfaro señaló que para 1880 había una variedad “muy grande” de manifestaciones psicopáticas en el Hospital del Divino Salvador, entre las que destacó la manía, melancolía, hipocondría e histeria.¹¹⁵ Respecto a la epilepsia pudimos encontrar que para 1901, había 118 epilépticas en el Divino Salvador y 48 en San Hipólito.¹¹⁶ En suma, la histeria y la epilepsia eran dos afecciones relevantes para la medicina mental porfiriana, debido a los desafíos clínicos que involucraban el mal comportamiento de los individuos.

A partir de estas dos clasificaciones los facultativos mexicanos explicaron, en buena medida, las implicaciones de las pasiones en los trastornos mentales

¹¹³ El “carácter epiléptico” era un término acuñado por el alienista francés August Morel en 1860, el cual denotaba comportamientos anormales sin accidentes convulsivos. Aunque el concepto no fue del todo aceptado por la psiquiatría francesa, en México tuvo una gran aceptación. Germán Berrios, “Epilepsia. Sección clínica”, en Germán Berrios y Roy Porter (Ed), *Una historia de la psiquiatría clínica...*, p. 185.

¹¹⁴ Estos argumentos han sido trabajados para el caso brasileño por Margarida de Souza Neves, “O grande mal no Cemiterio dos Vivos: diagnósticos de epilepsia no Hospital Nacional de Alienados”, en *História, Ciências Saúde-Manguinhos*, Rio de Janeiro, vol. 17, sulp. 2, dez. 2010, p. 293-311; para México, José Antonio Maya González, “De peligrosos a compradores: remedios milagrosos para la epilepsia durante el Porfiriato, Ciudad de México”, Andrés Ríos Molina (coord.), *La psiquiatría más allá de sus fronteras...* pp. 133-182.

¹¹⁵ Manuel Alfaro, “Apuntamientos sobre los enfermos del Hospital del Divino Salvador”, *La Independencia Médica*, t. I, n. 15, 15 de agosto de 1880, p. 130.

¹¹⁶ Secundino Sosa, “Tratamiento de los epilépticos”, *Gaceta Médica de México*, t. I, n. 17, 1901, p. 190.

otorgándoles atributos sociales específicos. Por ejemplo, en la histeria las pasiones predominantes estaban vinculadas a la tristeza y el erotismo presentes en las mujeres particularmente jóvenes de los grupos medios. Las describían como “inactivas y ociosas” que encontraban en la lectura de novelas, el estudio del piano y los paseos en coche los medios idóneos para “excitar la imaginación”.¹¹⁷ En su visita al Hospital del Divino Salvador en 1880, Manuel Alfaro corroboró que el “sufrimiento moral” era la causa recurrente en las mujeres que padecían histeria.¹¹⁸ Por su parte, Demetrio Mejía consideró que en esta neurosis los individuos vivían de lo “abstracto” por lo que una “pasión real” como la decepción llegaba a provocar accidentes de histeria.¹¹⁹ La expresión de pasiones tristes y la sentimentalidad exagerada se convirtieron en síntomas identificados con la histeria femenina.

En la epilepsia, las pasiones que predominaban estaban vinculadas al desenfreno, la irritabilidad y la violencia de los hombres, sobre todo porque consideraban el “carácter epiléptico” un riesgo para el individuo y una amenaza a la paz social. En muchos casos, los atributos sociales de los epilépticos se relacionaban con la supuesta “animalidad” de sus actos, sobre todo después de los accesos convulsivos.¹²⁰ Sin embargo, las mujeres también presentaban exaltación del carácter. Por ejemplo, en el hospital del Divino Salvador, Miguel Alvarado buscó formar una “historia del mal epiléptico” a partir de la sintomatología

¹¹⁷ Juan Ramírez, “Juicio del que suscribe sobre las causas de las neurosis en México”, *El Observador Médico*, t. I, n. 4, 1870, p. 55.

¹¹⁸ Manuel Alfaro, “Apuntamientos sobre los enfermos...”, p. 127.

¹¹⁹ Demetrio Mejía, “Notas sobre dos casos de histeria en el hombre”, *Gaceta Médica de México*, t. XIII, n. 25, 1878, p. 476.

¹²⁰ F., Blasques, “Patogénesis de la epilepsia”, *La Independencia Médica*, t. I, n. 36, 1881, p. 296.

en 16 observaciones clínicas. Su estudio mostraba que luego del acceso convulsivo se presentaba “aura en la región epigástrica” y manifestaciones arrebatadas seguida de “delirio depresivo”.¹²¹ No obstante, el carácter violento era poco común en mujeres epilépticas. Los médicos enfatizaron que los arrebatos de violencia se presentaban generalmente en los hombres con epilepsia. Secundino Sosa destacó que el carácter epiléptico llevaba las pasiones a la violencia, ya que en general estos individuos eran moralmente “depravados”, “rebeldes”, “enérgicos”, “indómitos” a los que había que incluir en la nueva categoría de “los impulsivos”.¹²² En definitiva, los discursos médicos muestran que los arrebatos pasionales y la inclinación a la violencia eran considerados como atributos sociales vinculados a la epilepsia en los varones de los sectores medios y populares, en cambio, la fragilidad emotiva, la tristeza y el erotismo descontrolado fueron asociados a la histeria en mujeres de las clases medias y la aristocracia.

Siguiendo a Pinel y Esquirol, los médicos porfirianos consideraron las siguientes pasiones como *causas* de enfermedades mentales: cólera, terror, miedo, furor, amor y fastidio; en tanto que la alegría exagerada, nostalgia, irritabilidad y tristeza figuraban como *síntomas* comunes de la insania. En realidad, los médicos no explicaron lo que entendían por cada uno de los términos que utilizaban, ya que los consideraban en sí mismos ejemplos claros de los efectos psicopatológicos de las pasiones. Al analizar las fuentes médicas podemos

¹²¹ Miguel Alvarado, “Breves apuntes para formar la historia del mal epiléptico”, *Gaceta Médica de México*, t. XVIII, n. 23, 1883, p. 451.

¹²² Secundino Sosa, “La responsabilidad en los epilépticos”, *Gaceta Médica de México*, t. XXIX, México, Imprenta del Gobierno Federal en el ex arzobispado, 1893, p. 103.

identificar que las pasiones estaban clasificadas en dos grandes grupos: las pasiones “contrariadas” y las pasiones “malsanas”.

Cuadro 1

Pasiones contrariadas	Pasiones malsanas	Pecados capitales
Amor/Odio	Ambición, Envidia,	Lujuria, Pereza, Gula,
Alegría/Tristeza	Orgullo, Celos, Lujuria	Ira, Envidia, Avaricia,
Deseo/Prohibición	Egoísmo	Orgullo, Vanagloria

Fuente: Elaboración propia.

En el cuadro 1 podemos observar que las primeras correspondían a las experiencias sentimentales de los individuos y las contradicciones que frecuentemente sufrían a causa del amor. Eran contrariadas porque se referían a contradicciones sentimentales que se manifestaban en la dicotomía amor/odio, alegría/tristeza y deseo/prohibición. En este sentido, la pasión amorosa cobró relevancia clínica en la medida en que los médicos procuraban explicar sus efectos en la patología mental. Para los galenos de la mente, la pasión amorosa se convirtió en objeto de reflexión médica sobre todo cuando el deseo de los amantes estuviera fuera del matrimonio y alejado de su papel reproductivo:

en la actualidad en México, hay muchos amores y pocos matrimonios; la razón es, en unos el pauperismo bastante generalizado, en otras la educación viciada. El honor en estos últimos no se comprende, o si acaso, es de diversa manera de lo que se comprendía antes; hace pocos años rarísimo era el joven que a los

catorce tuviera la experiencia en el arte de inquietar a las mujeres; hoy son muy comunes.¹²³

José Olvera consideró que el amor era la principal “causa moral” que producía las neurosis entre los jóvenes, sobre todo en los sectores medios y letrados que lograban “desarrollar la inteligencia”. La falta de educación, la pobreza y la herencia viciosa favorecían a la perversión moral en las prácticas amorosas. La naturaleza patológica del amor presentaba “cuadros de alteración funcionales”, al menos así lo consideró el doctor Julio David al señalar que “el amor platónico” y la “lascivia desenfrenada” debían incluirse en los cuadros de la neurosis.¹²⁴ Supuso “peligrosa” la aproximación temprana de jóvenes cuya “educación viciada” en el hombre y “pudor” en la mujer, fueran innecesariamente “imprudentes”. Cuando un hombre consideraba a la mujer por el “deseo carnal”, revelaba un “deseo impuro” y patológico.¹²⁵ En este sentido, muchos médicos encontraban en las pasiones contrariadas del amor una causa moral situada entre el deseo y la prohibición. Estas observaciones clínicas muestran una imagen de las pasiones desbordadas como elementos peligrosos, no porque se reprodujera de forma alarmante la promiscuidad, sino porque a los médicos les tocaba trabajar en favor de la regulación de los comportamientos arrebatados.

Ahora bien, las pasiones “malsanas” hacían referencia a conductas sociales consideradas inadecuadas, ya sea por la desvergüenza que

¹²³ José Olvera, “Discurso sobre las causas de las neurosis en México”, *El Observador Médico*, t. I, n. 4, 1870, p. 52.

¹²⁴ Julio David, “El amor considerado como una neurosis”, *El Estudio. Semanario de Ciencia Médica*, t. II, n. 17, 1890, p. 259.

¹²⁵ Julio David, “El amor considerado como neurosis II”, *El Estudio. Semanario de Ciencia Médica*, t. II, n. 18, 1890, p. 280.

representaban o por la franca inmoralidad que exhibían. Estas pasiones eran la ambición, la envidia, el orgullo, el egoísmo, la lujuria y el consumo de ciertos estimulantes como el alcohol. Llama la atención su clara vinculación con los viejos preceptos de los pecados capitales, lo cual nos permiten comprender la ética religiosa de muchos médicos al momento de estructurar su visión clínica. A propósito del papel de los médicos legistas en los tribunales de justicia, José Olvera señaló en contadas veces que un organismo “desorganizado y mal conformado” producía “pasiones malsanas” como la “ambición, el orgullo y la envidia”, en lugar de “la abnegación, modestia, caridad” que definían al hombre moderno deseable.¹²⁶ En muchos casos los arranques coléricos por la ambición de la fortuna familiar o el orgullo en el matrimonio podían causar “ceguera nerviosa” momentánea sin que pudiera localizarse la lesión específica.¹²⁷ Los facultativos indicaron que los celos insistentes tanto en hombres como en mujeres podían conducir a la locura sólo en aquellos casos en que existiera predisposición orgánica.

En las conferencias que dictó Secundino Sosa en 1891 en la Escuela de Medicina dirigidas a estudiantes, abogados, juristas y al público en general, destacó el papel que tenían las pasiones en la etiología de la locura. Señaló que las causas morales como los celos exacerbados producían un “desequilibrio de las facultades mentales”.¹²⁸ De igual manera las pasiones descontroladas podían

¹²⁶ José Olvera, “Examen de los reos presuntos de locura”, *Gaceta Médica de México*, t. XXIV, México, Imprenta Ignacio Escalante, 1889, p. 36.

¹²⁷ José Ramos, “Breve nota sobre la ceguera nerviosa”, *Gaceta Médica*, t. XXXVI, México, Imprenta de El Siglo XIX, 1899, p. 12.

¹²⁸ Secundino Sosa, “Causas de la locura. Conferencias del Dr. Sosa”, *El Universal*, 7 de marzo de 1891, p. 2.

arrojar a las personas al suicidio. Según el Dr. Sosa, los suicidas presentaban actos que estaban en contra de la voluntad divina, además, existía en su organización una “aberración del sentido moral”.¹²⁹ Por lo tanto, las pasiones malsanas eran manifestaciones sociales que podían transgredir los principios religiosos en los que muchos facultativos creían. Considero que la medicalización de las pasiones contrariadas y malsanas situó clínicamente la problemática de los excesos, razón por la cual los médicos reaccionaron atinadamente proponiendo una larga lista de sentimientos arrebatados que si bien no era nada nueva, les resultaba preciso evidenciar y contribuir con ello a la normalización de las conductas sociales. Es interesante observar (como lo examinaré en el capítulo 4), que los médicos-escritores retomaron las ideas médicas sobre las pasiones contrariadas para construir los dramas patológicos de sus protagonistas fundamentalmente mujeres; en cambio, (como se observará en el capítulo 6), los escritores-periodistas adaptaron las percepciones clínicas de las pasiones malsanas como argumento literario para delinear la mentalidad perversa de sus protagonistas varones.

1.3 La biología anormal de las emociones

A partir de la década de los noventa, los médicos interesados en las cuestiones mentales comenzaron a sustituir paulatinamente la “pasión” por el término de “emociones”, aunque sin abandonarlo del todo. En los discursos médicos, las emociones hacían referencia a la biología anormal del sujeto, es decir, resaltaban

¹²⁹ José Olvera, “Algunas palabras sobre el suicidio”, *Gaceta Médica de México*, t. XXXVI, n. 19, México, Imprenta de El Siglo XIX, 1899, p. 480.

el papel del cuerpo biológico como productor de la experiencia emotiva. Reconocieron la existencia de un substrato orgánico el cual empataba muy bien con la mentalidad anatomopatológica y la fisiología de la época, razón por la cual la centralidad de las emociones estaba en el cerebro. El estudio clínico de las emociones cobró importancia en la nueva clasificación organicista de los “predispuestos” que según Porfirio Parra, era una forma de locura no definida clínicamente, pero cuyo componente específico era la herencia. Estos individuos podían actuar bajo el influjo de “emociones extraordinarias” e “impulsos positivamente morbosos”, procesos que podían influir en el organismo hasta dañar las funciones de la voluntad. Destacó la existencia de emociones “excitantes y “depresivas” que producían placer o dolor según fuera el caso.¹³⁰

Probablemente el deseo de fundar una comprensión “moderna” de las pasiones fue el motivo por el cual se usó el término de emoción; sin embargo, las referencias seguían siendo aquellas que vinculaban la fisiología y la moralidad. En los primeros años del siglo XX, los médicos de la mente todavía reconocían que las “emociones” actuaban desfavorablemente en el abdomen, hígado y la región cardiaca.¹³¹ Uno de los factores que ayudó a la biologización de las emociones fue la introducción de términos provenientes de la psicología experimental. Los intercambios conceptuales entre disciplinas afines resultaron importantes en la comprensión biológica de la anormalidad. Menciono un ejemplo. Agustín Aragón,

¹³⁰ Porfirio Parra, “Irresponsabilidad criminal fundada en un impulso de naturaleza patológica de causa pasional”, *Gaceta Médica*, t. XXVII, México, Imprenta del Gobierno Federal en el ex arzobispado, 1892, p. 102; “Enumeración y clasificación de las formas de sensibilidad”, *Gaceta Médica de México*, t. XXXV, México, Imprenta de El Siglo XIX, 1898, p. 371.

¹³¹ Porfirio Parra, “Las localizaciones cerebrales y la psicología”, *Gaceta Médica de México*, t. I, n. 17, 1901, p. 208.

médico y funcionario del régimen, consideró la psicología como una “ciencia” que tenía por objeto el estudio de los fenómenos mentales (normales y patológicos) como los pensamientos, emociones y actos de voluntad. Su punto de partida fueron la fisiología, la histología y la química, herramientas teóricas que ayudaban a interpretar el funcionamiento del sistema nervioso. En el capítulo dedicado al estudio de la emociones, Agustín Aragón reiteró que el miedo, el odio, la venganza y el amor eran procesos cerebrales y químicos combinados. Destacó el pudor, el instinto sexual, la venganza y el temor como una “preocupación social” porque atentaban contra la familia, institución “incubadora de las sociedades”.¹³² Aunque ofrecía elementos científicos para considerar las emociones como producciones del sistema nervioso, la verdadera preocupación de Aragón era alertar y prevenir sobre las consecuencias patológicas de los arrebatos pasionales. Sin lugar a dudas, la psicología biologicista permitió introducir en la medicina mental una dimensión fisiológica de la acción de las pasiones en las perturbaciones mentales.

Otros médicos observaron la presencia de “perversiones emotivas” en individuos descontrolados, las cuales podían desequilibrar las facultades intelectuales y del afecto. El médico Jesús González Ureña informó sobre un “conjunto metódico de reglas” para la exploración clínica de las facultades psíquicas. Su objetivo era aleccionar a médicos en general sobre los procedimientos modernos para detectar a los verdaderos locos. Consideró la “emoción patológica” como una categoría de análisis clínica que mostraba el componente dramático y exacerbado de los dementes genuinos:

¹³² Agustín Aragón, *La Psicología*, México, Imprenta y Encuadernación de Müller, 1902, p. 95.

La emoción patológica es capaz de provocar actos desordenados –arrojarse por un balcón a la vista de un incendio que no ofrece peligro- seguidos de agotamiento; es frecuente en los neurópatas, desequilibrados, alcohólicos, paráliticos generales. El raptus melancólico con su carácter de aparición súbita y sus manifestaciones violentas, tiene por causa una emoción patológica, lo mismo que las diferentes folias y la cólera morbosa. Estas manifestaciones de la emoción patológica evolucionan de un modo intermitente, episódico, otras veces duran semanas y aún meses como en las melancolías, en los desequilibrados y en los maniacos crónicos.¹³³

En los primeros años del siglo XX, poco a poco los médicos dejaron de hablar de “locos pasionales” porque la nueva terminología exigía otras denominaciones. En su lugar se hablaba de “organismos desequilibrados” en donde lo patológico se tradujo como un “impulso” irresistible que sobrevenía de una emoción fuerte, intensa y desbordada. Estas ideas empataban muy bien con el biologicismo propuesto por el degeneracionismo francés, básicamente porque sostenía que los degenerados carecían de preceptos morales que les permitieran poner freno a sus “impulsos”.¹³⁴ Finalmente, considero que aunque los médicos interesados en las cuestiones mentales hicieran referencia a términos como pasiones y emociones, el verdadero problema al que se enfrentaron fueron los excesos pasionales y los comportamientos desmedidos. Tal vez por esta razón, los procesos de medicalización de las pasiones tuvieron como objetivo regular los comportamientos sociales que no estuvieran en sintonía con la moderación y el

¹³³ Jesús González Ureña, “Manera de explorar la personalidad psíquica de los individuos”, *Gaceta Médica de México*, t. III, México, Tipografía Económica, 1903, p. 214.

¹³⁴ Andrés Ríos Molina, “Locura y encierro psiquiátrico...”, p. 85.

recato de los impulsos, lo cual situaba a los individuos ardorosos, pasionales e impulsivos por fuera de la conducta ideal y esperada de un ciudadano moderno y civilizado. Mientras que los médicos diplomados buscaban ofrecer explicaciones científicas acerca del papel de las pasiones en la etiología de la locura, los médicos en formación universitaria arremetieron fuertemente en contra de los comportamientos pasionales.

1.4. La moralización de las pasiones en las tesis de medicina

Mientras los médicos interesados en las cuestiones mentales buscaron medicalizar las pasiones mediante una red de discursos, conceptos y prácticas médicas en establecimientos hospitalarios, los estudiantes de medicina centraron sus investigaciones fundamentalmente en la instrucción moral de los alienados. Los primeros avalaron sus conocimientos mediante el uso de teorías, conceptos y términos científicos provenientes del alienismo francés; los segundos ampararon sus pesquisas en la moralización de la sociedad debido a su poca experiencia en el manejo teórico-práctico del mundo de las psicopatías. Los estudiantes de medicina moralizaron sobre las pasiones utilizando la higiene como instrumento de persuasión y control de los grupos juveniles en México, al considerarlos una de las poblaciones más susceptibles en adquirir algún tipo de trastorno mental. Entre la Ciudad de México, Puebla y Morelos se presentaron más de una veintena de tesis para obtener el grado de “médico general, cirujano y obstetra” durante la administración porfirista en las que se abordaron aspectos clínicos y terapéuticos de las enfermedades mentales. Aunque sus investigaciones escolares están impregnadas de citas textuales y extensas referencias directas del alienismo

francés, para nada debemos considerarlas como simples reproducciones literales de la medicina foránea.¹³⁵ Considero que los trabajos de grado son catalizadores de las corrientes y perspectivas médicas instituidas desde el ámbito académico e indicadores de la relevancia social que había adquirido la problemática de la enfermedad mental entre los estudiantes de medicina. Además, pienso que sus trabajos ofrecen discursos moralizantes debido a que están dirigidos a normativizar los comportamientos sociales anormales, razón por la cual sus invectivas no necesariamente estaban sustentadas en aspectos teóricos y metodológicos de la medicina mental, sino en la defensa de las buenas costumbres y la moral católica.

De acuerdo con la información consignada en la portada de las obras, los tesisistas eran alumnos de la Escuela Nacional de Medicina, institución capitalina que avalaba los títulos y promovía el conocimiento positivo de la enfermedad.¹³⁶ Muchos figuraban como miembros activos de la Sociedad Filoiátrica¹³⁷ y de las asociaciones “Larrey” y Antonio Alzate.¹³⁸ Otros más habían sido practicantes en

¹³⁵ Tal y como lo ha sostenido la investigadora Frida Gorbach en reiteradas ocasiones. La autora considera que el discurso psiquiátrico de finales del siglo XIX es una simple calca de la clínica francesa. Frida Gorbach, “El tratamiento moral de la locura”..., p. 49-66.

¹³⁶ Inicialmente se llamó Establecimiento de Ciencias Médicas en 1833, al año siguiente se transformó en Colegio de Medicina, para 1842 en Escuela de Medicina y finalmente un año después, Escuela Nacional de Medicina. Para una historia político-administrativa de la institución, Martha Eugenia Rodríguez, *La Escuela Nacional de Medicina 1833-1910*, México, UNAM/Departamento de Historia y Filosofía de la Medicina, 2008, p. 13.

¹³⁷ Sociedad conformada en los años cuarenta por facultativos recibidos y cuyo objeto era resolver problemas de salud en el país. Francisco de Asís Flores y Troncos, *Historia de la medicina en México desde la época de los indios hasta el presente*, t. III, Edición facsimilar con advertencia de Juan Somolinos Placencia, México, Instituto Mexicano del Seguro Social, 1982, pp. 163, 367.

¹³⁸ La Asociación Médico-Quirúrgica Larrey fue fundada en la ciudad de México en septiembre de 1874 por médicos militares, estuvo presidida por el cirujano Francisco Montes de Oca y sesionaba en el Hospital Militar de Instrucción. Ver, *Publicaciones periódicas mexicanas 1856-1876 (Parte I)*, Miguel Ángel Castro y Guadalupe Curiel (coord.), México, UNAM/Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 2003, p. 53. Por su parte, la Asociación “Antonio Alzate” fue fundada en 1884 por

diversos hospitales de la capital: Hospital Médico Militar, Hospital de Jesús, Hospital Juárez, Hospital de Maternidad e Infancia y Hospital General de San Andrés, Hospital de San Hipólito y el Hospital del Divino Salvador.¹³⁹ Hubo quienes destacaron como ayudantes de la Inspección de Policía y del Consultorio Gratuito de Beneficencia Pública que desde enero de 1881 atendía a enfermos de escasos recursos.¹⁴⁰ Porfirio Parra, Rafael Serrano, Francisco Rodiles -estos dos últimos vinculados a los círculos católicos de poder en Puebla,¹⁴¹ y José A. Malberti Delgado médico cubano exiliado en México, serían a la postre destacados intelectuales, higienistas, catedráticos y funcionarios en distintas dependencias del gobierno.

Los alumnos de la Escuela de Medicina contaban con cierta experiencia en el sector médico, público y privado, muchos acudieron a los hospitales para dementes de la Ciudad de México motivados por las lecciones dictadas por Miguel Alvarado y para coadyuvar en el mejoramiento de los alienados. Algunos redactores del periódico *La Escuela de Medicina* manifestaron abiertamente que las tesis de grado eran malas, insuficientes y que no cumplían con los objetivos académicos. Así lo manifestó Luis Lara y Pardo en 1904, quien recordó a sus lectores que las tesis eran ensayos “defectuosos” y “poco logrados”.¹⁴² Las

alumnos de la Escuela Nacional Preparatoria y se desempeñó como un órgano de divulgación de los conocimientos científicos y humanísticos de la nación.

¹³⁹ Para una breve historia de estas instituciones manicomiales, ver, Andrés Ríos Molina, “Locura y encierro psiquiátrico en México...”, p. 73-90.

¹⁴⁰ El consultorio gratuito estaba ubicado a un costado del Hospital de San Andrés, se abrió con la finalidad de prestar servicios médicos a los enfermos sin recursos y que no requerían ser internados en ningún hospital. Xóchitl Martínez Barbosa, *El Hospital de San Andrés...*, p. 51.

¹⁴¹ Sergio Francisco Rosas Salas, “El círculo católico de Puebla, 1887-1900”, *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, n. 43, enero-junio 2012, p. 35-67.

¹⁴² Luis Lara y Pardo, “La prensa médica en México”, *La Escuela de Medicina*, vol. XIX, n. 14, 31 de julio de 1904, p. 338.

declaraciones no eran del todo exageradas, ya que en muchos casos los autores recopilaban datos, amasaban citas y describían acriticamente sus análisis. Tal vez por esta razón, sus actitudes hacia la clínica de las enfermedades mentales y particularmente sobre el papel de las pasiones desbordadas, fueron más reaccionarias desde el punto de vista moral y menos explicativas desde las teorías organicistas en boga, rubro en el que eran si no inexpertos al menos poco avezados. Una diferencia respecto a la postura de los alienistas destacados vistos anteriormente, es que los alumnos centraron sus reflexiones en las juventudes “desenfrenadas” en quienes depositaban las manifestaciones de inmoralidad que conducían a la vesania.

Las tesis confirmaban la popularidad que había adquirido la perspectiva organicista de las psicopatías y la difusión de la mentalidad anatomopatológica, lo que pretendían era vincular sus pesquisas clínicas con la utilidad social.¹⁴³ Aunque el abordaje, desarrollo y análisis dependían de la capacidad de cada autor, todos comulgaron con la idea de que la locura se debía a un mal funcionamiento del cerebro que producía un desequilibrio entre las facultades intelectuales y afectivas. En sus investigaciones se observa la obsesión por esclarecer “la lesión específica” en el cerebro que alteraba las celdillas nerviosas, pero sus resultados distaban por mucho de los objetivos, razón por la cual también reconocieron los límites del paradigma anatomopatológico. El joven estudiante Porfirio Parra en su

¹⁴³ Agustín Roa, *Consideraciones generales acerca de la enajenación mental, precedidas de algunas nociones sobre facultades intelectuales*, México, Imprenta del Colegio de San Antonio, 1870; Porfirio Parra, *Ensayo sobre la patogenia de la locura*, México, Tipografía Literaria, 1878; Rafael Serrano, *Fragmentos de psiquiatría óptica*, Puebla, Imprenta de Miguel Corona, 1884; Alejandro López, *Algunos cuidados higiénicos especiales de los enajenados*, Cuernavaca, Imprenta del gobierno de Morelos, 1886.

tesis de grado señaló: “consideramos pues a la locura como una neurosis, entendiéndola por esta palabra, no una enfermedad sin lesión, *sine materia*, sino cuyas lesiones son variables y no siempre susceptibles de ser rigurosamente comprobadas en la autopsia”.¹⁴⁴ En este sentido, no todos los médicos incluyeron la autopsia como herramienta de conocimiento, muchos se conformaron con examinar el organismo a partir de las definiciones que les proporcionaban los teóricos. Los más audaces, lograron incorporar observaciones clínicas que buscaban corroborar la teoría y contribuir al conocimiento empírico desde el espacio hospitalario. Ante la falta de evidencia orgánica, los médicos en formación pusieron mayor énfasis en las “circunstancias morales” que favorecían la aparición de la locura. No era sorprendente pues que los ecos del alienismo francés siguieran permeando los discursos de un puñado de tesisistas:

Todas las pasiones egoístas, como la avaricia, el orgullo, la ambición, cuando son muy exageradas, producen numerosos desórdenes en la inervación [...] Esta enfermedad, la locura, casi puede decirse que no conoce otra causa que las afecciones morales.¹⁴⁵

Siguiendo algunas actitudes de sus maestros, los alumnos de medicina rápidamente aprendieron a distinguir las pasiones malsanas como factores de causalidad de la locura: “El amor, el juego, la avaricia, la nostalgia son las pasiones más vehementes y por consecuencia las más próximas al paroxismo,

¹⁴⁴ Porfirio Parra, *Ensayo...*, p. 43.

¹⁴⁵ Germán Ochoa y Tapiá, *Ligeras consideraciones sobre la influencia que tiene lo moral en las enfermedades*, México, Imprenta de Francisco Díaz de León, 1881, p. 12.

causando la enajenación mental”.¹⁴⁶ Entre la larga lista de pasiones malsanas que enumeraron, destacaron dos que en lo particular tenían que ver con el mundo social de las juventudes porfirianas: la lascivia y el libertinaje. Los arrebatos pasionales también aparecieron en los diagnósticos de histeria y epilepsia, enfermedades que más llamaron su atención sobre todo por la “moralidad pervertida” y la “peligrosidad del carácter” que presentaban los enfermos. Inscritas en el marco general de las neurosis, la histeria y la epilepsia presentaban síntomas que claramente “atentaban contra el pudor”. En la histeria, por ejemplo, la influencia de las “emociones morales” como los placeres intelectuales (lectura de novelas románticas) y físicos (masturbación, vaginismo) así como el lujo, eran algunas causas sociales que generaban “fenómenos psíquicos” como la risa incontrolable, la susceptibilidad desmedida y la “rareza del carácter” mayormente presentes en las mujeres y raras veces en los hombres.¹⁴⁷ La imagen de la histérica era, en realidad, una abstracción imaginaria fincada en la idea de un ser deseante y desbordado, más que una entidad clínica comprobada en la observación. Llama la atención que las tesis no ofrecieran ejemplos concretos de la “sensualidad arrebatada” en las histéricas, lo cual sería una de las tareas de las narrativas de ficción que estudiaremos en el cuarto capítulo. En este sentido, los tesisistas fantasearon con un diagnóstico estereotipado en lugar de describir, analizar y estudiar directamente al sujeto de la enfermedad. A pesar de ello,

¹⁴⁶ Joaquín Zamarripa, *Contribuciones al estudio médico-legal de los alienados*, México, Tipografía de la Escuela Industrial de Huérfanos, 1892, p. 8.

¹⁴⁷ Buenaventura Jiménez, *La histeria en el hombre*, México, Imprenta de Epitafio D. Orozo y Compañía, 1882, p. 13; Issac Vázquez, *Ligero estudio de algunos de los accidentes de la gran histeria*, México, Imprenta del Comercio, de Dublán y Compañía, 1882, p. 26, 29; Agustín Salinas, *Breve estudio sobre el tratamiento de la histero-epilepsia*, México, Antigua Imprenta de Murguía, 1886; Alberto Román, *Responsabilidad legal en las personas afectadas de histeria*, México, Imprenta y Encuadernación de Hoeck y Hamilton, 1898, p. 33.

creyeron que su responsabilidad era combatir las “faltas morales” mediante un tratamiento preventivo-prohibicionista que impidiera la excitación:

El tratamiento preventivo, debe consistir en sujetar a las personas predispuestas a una buena higiene física y moral a fin de retirar, cuando sea posible, las causas del mal. Para esto es preciso alejar todo aquello que pueda despertar los deseos venéreos y producir la excitación de los órganos genitales; se debe prohibir a las jóvenes la lectura de las novelas e impedir que vean ciertos espectáculos, que oigan ciertas conversaciones y en general, todo aquello que pueda producir el mismo resultado.¹⁴⁸

Una educación vigilante de los deseos; una demanda insoslayable de los testistas quienes en realidad, parecían dirigir sus investigaciones a los padres de las supuestas juventudes descarriadas. En el caso de la epilepsia, los médicos sí ofrecieron ejemplos contundentes de los arrebatos pasionales y describieron el “espectáculo” de lujuria que constantemente corroboraban en los pabellones para epilépticos de la capital. En primer lugar, las causas se debían a defectos orgánicos, coagulaciones sanguíneas y “pasiones fuertes”.¹⁴⁹ Marcos Mazari encontró que de los 86 casos de epilepsia observados entre 1879 y 1882 en el hospital El Divino Salvador, 30 eran por “causas morales”, además, tuvo en cuenta que “el terror y el pesar” fueron las emociones más comunues, pues de ese

¹⁴⁸ Francisco Rodiles, *Breves apuntes sobre la histeria, seguidos de un apéndice sobre la locura histérica*, Puebla, Imprenta Miguel Corona, 1885, p. 52.

¹⁴⁹ Carlos Chaix, *Estudios patogénico, diagnóstico y psicológico de la epilepsia*, México, Imprenta de la viuda Murguía e Hijos, 1870, p. 27; Librado Pola, *Ligeras consideraciones sobre la patogenia de la epilepsia*, México, Imprenta de El Partido Liberal, 1891, p. 42; Vicente Montes de Oca, *Breve exposición de los principales tratamientos de la histeria y la epilepsia y algunas apuntamientos para contribuir al estudio científico de la IPOMEA (Tumba-Vaqueros)*, México, Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, 1893.

número en 27 casos habían determinado la neurosis”.¹⁵⁰ Al igual que Mazari, los médicos destacaron que los síntomas característicos eran la pérdida del conocimiento después de los accesos convulsivos y “la exageración del carácter ordinario de los enfermos”. Entre desconfiados, maliciosos, pendencieros, estafadores y violentos irredentos, las imágenes comunes de los epilépticos ponderaron a un ser dominado por “instintos y pasiones”¹⁵¹ que al perder la voluntad se entregaban a todo tipo de riñas y violentas confrontaciones.

Según sus observaciones, el comportamiento sexual del epiléptico era profundamente inmoral, cosa que confirmaron en sus observaciones clínicas en San Hipólito y El Divino Salvador. Por ejemplo, en un año de práctica en el Hospital del nosocomio varonil, el médico practicante Elías Gómez reportó que la inmoralidad sexual se reproducía entre la población mayoritariamente joven, recalcó que por ningún motivo debía considerarse el aislamiento como causa de aquel espectáculo indecoroso en el que la herencia era la causa de la indecencia carnal:

Ningún vicio es, en efecto, más común entre los epilépticos asilados, que la pederastia, el onanismo y la masturbación, sin que puedan imputarse por completo tales anomalías a la continencia en que se ven obligados por la secuestración; y es admisible que disminuya mucho la cifra de atentados contra

¹⁵⁰ Marcos Mazari, *Breve estudio de algunas causas de la epilepsia en México*, México, Tipografía Barrueco hermanos, 1885, p. 29.

¹⁵¹ Juan Villada, *Simulación de la Epilepsia*, México, Imprenta El Lápiz del Águila, 1900, p. 12.

el pudor, si se descartaran los casos de esta especie llevados a cabo por individuos en cuyos antecedentes se registra la epilepsia.¹⁵²

Las tesis de grado muestran las preocupaciones estudiantiles de los médicos sobre el desbordamiento de las pasiones y la condenación de las prácticas sexuales en los algunos grupos juveniles. Los tesisas pusieron el ojo clínico en las pasiones malsanas que simultáneamente eran discutidas en los círculos académicos, reproduciendo los prejuicios, las valoraciones e ideas que suscitaban las neurosis de fin de siglo en el campo médico. Considero que estos trabajos de grado muestran, al menos en el discurso, la manera desenfrenada, lasciva y libertina en la que supuestamente vivían algunos grupos juveniles de la Ciudad de México. Por supuesto que se trataban de afirmaciones exageradas, aunque ponían en evidencia los miedos y ansiedades que suscitaban los arrebatos pasionales entre los médicos en formación.

1.5 Conclusiones

Durante el último tercio del siglo XIX, el estudio y la clasificación de las pasiones fueron un problema central para la medicina mental porfiriana. Aunque se trataba de un tema antiguo, su inscripción en las clasificaciones psiquiátricas del primer alienismo francés, la pronta sistematización de las observaciones en nosocomios de la época, así como su evidente preocupación social, constituyeron el carácter moderno de la práctica clínica. La novedad en los procesos de medicalización de los sentimientos y emociones desbordadas radicó en que se realizó desde el

¹⁵² Elías A. Gómez, *Fenómenos psíquicos de la Epilepsia*, México, Imprenta de la Escuela Correccional, 1888, p. 29.

paradigma anatomopatológico; este era su carácter moderno muy y a pesar de lo limitado que resultaba para los facultativos la comprobación de la lesión orgánica de la locura. Ahora bien, más que una recepción tardía del primer alienismo encabezado por Pinel y Esquirol, considero que sus postulados se ajustaron a las necesidades normativizantes de una sociedad porfiriana que, por un lado, fomentaba el orden social y progreso material de la nación, y por el otro, condenaba los excesos y los arrebatos pasionales por considerarlos obstáculos para el desarrollo de la civilización. En este sentido, los médicos de la mente eran paladines del comportamiento moderado, tanto público como privado, al igual que acérrimos opositores de los excesos pasionales. Pudimos señalar que las manifestaciones arrebatadas en el amor, los accesos de violencia y las manifestaciones de deseos carnales, conducían al individuo a la locura siempre y cuando presentara cierta disposición orgánica. Sin embargo, no debemos olvidar el esfuerzo de los facultativos por establecer una tipología de las pasiones nocivas para el individuo, esfuerzo que mostraba la voluntad por comprender el funcionamiento del mundo interior del loco.

Al dividir el estudio de las pasiones en contrariadas y malsanas, los médicos dieron muestras de su voluntad clasificatoria y manifestaron sus clamores públicos por evitarlas a toda costa. Tanto el amor desmedido como los vicios de la lujuria podían socavar la mentalidad de un individuo hasta enloquecerlo. En este sentido, los discursos médicos pretendían ser científicos en la medida en que se colocaban dentro de un método analítico, porque emplearon teorías y conceptos acordes a la jerga científica de la época. No obstante, fueron los tesisistas los que

en su mayoría lanzaron una cruzada moralizante enfocada a desterrar el libertinaje y la lascivia en la que aparentemente vivían los grupos juveniles. La discusión sobre las implicaciones psicopatológicas de las pasiones no permaneció oculta entre un puñado de expertos incólumes y aspirantes ansiosos a la profesión. La prensa capitalina logró acoger y diseminar entre los lectores capitalinos, algunas ideas sobre el mundo interior de los locos.

Capítulo II

La locura pasional en la prensa capitalina

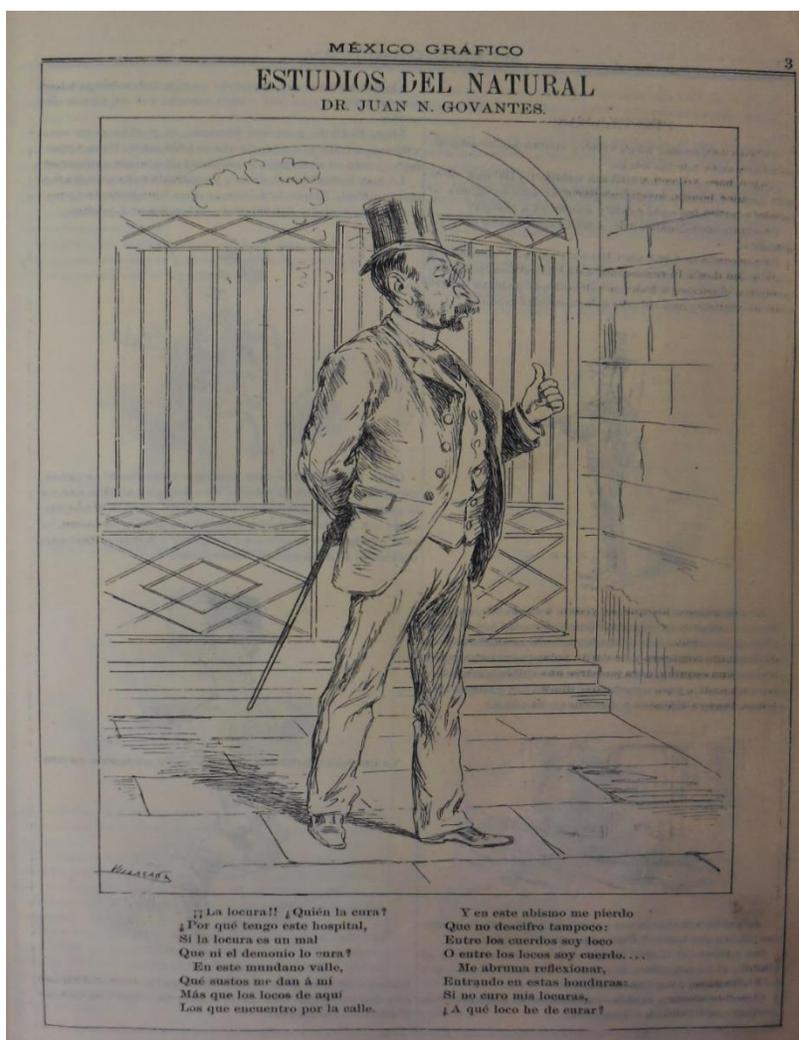
Al manicomio se va por muchos caminos.
El dolor terrible, la lucha violenta de las pasiones, la felicidad inesperada,
la ambición desmedida, el eterno soñar y el amor impetuoso,
son otros tantos senderos que conducen al manicomio.¹⁵³

La prensa capitalina acogió de manera frecuente y entusiasta las enfermedades mentales como un tema considerado relevante para la sociedad porfiriana, no sólo porque las noticias permitían a los parroquianos estar al tanto de las discusiones médicas del momento, sino que con ello los editorialistas lograban despertar todo tipo de curiosidades entre los lectores. Sabemos que durante la primera mitad del siglo XX muchos diarios lograron generar opiniones favorables sobre el ejercicio de la medicina mental dentro de los manicomios, aunque también lanzaron críticas severas respecto la situación de reclusión y maltrato en que vivían los locos en el Manicomio General La Castañeda.¹⁵⁴ Sin embargo, ya en el México finisecular diversos diarios capitalinos solían presentar los aspectos más sórdidos de los locos en el entorno urbano; en cambio, otras noticias satirizaban a los médicos de la mente mostrando a los lectores las dificultades que enfrentaba una medicina

¹⁵³ “Un manicomio”, *El Monitor Republicano*, 5 de mayo de 1882, p. 1.

¹⁵⁴ Estas investigaciones se centran en las primeras décadas del siglo XX, para el caso mexicano, Cristina Sacristán, “La locópolis de Mixcoac en una encrucijada política: reforma psiquiátrica y opinión pública, 1929-1933”, en Cristina Sacristán y Pablo Piccato (coordinadores), *Actores, espacios y debates...*, pp. 199-232; para el caso brasileño, Venancio, Ana Teresa A. y Saiol, José Roberto (2017), “El Hospicio Nacional de Alienados en la prensa de Río de Janeiro (1903-1911)”, *Asclepio* 69 (2): p.190. doi: <http://dx.doi.org/10.3989/asclepio.2017.13> (Consultado el 14 de diciembre de 2017)

mental en ciernes en su lucha por comprender los territorios de la locura.¹⁵⁵ Por ejemplo, en la imagen 1 se muestra al entonces director del Hospital de San Hipólito para hombres dementes, Juan Govantes, nombrado su director en 1877, saliendo ostentoso del nosocomio portando un elegante traje afrancesado, con bastón en mano y asentando el dedo con cierto aire de arrogancia matinal.



¹⁵⁵ Sobre la satirización de las prácticas médicas y los facultativos en la prensa porfiriana, Claudia Agostoni, "Que no traigan al médico. Los profesionales de la salud entre la crítica y la sátira (Ciudad de México, siglo XIX-XX), en Cristina Sacristán y Pablo Piccato (coordinadores), *Actores, espacios y debates en la historia de la esfera pública en la Ciudad de México*, México, Instituto Mora, 2005, pp. 97-120.

Imagen 1. Debajo de la imagen se lee: “¡La locura! ¿Quién la cura?/ ¿Por qué tengo este hospital,/ Si la locura es un mal/ Que ni el demonio la cura?/ Este mundano valle,/ Que sustos me dan a mí,/ Más que los locos de aquí,/ Los que encuentro por la calle./ Y en este abismo me pierdo,/ Que no descifro tampoco:/ Entre los cuerdos soy loco,/ O entre los locos soy cuerdo.../ Me abruma reflexionar,/ Entrando en estas honduras:/ Si no curo mis locuras,/ ¿A qué loco he de curar?”. Fuente: “Estudios del natural. Dr. Juan N. Govantes”, *México Gráfico*, 5 de agosto de 1888, p. 3.

En la parte baja de la caricatura publicada en el diario *México Gráfico*, en su edición del 5 de agosto de 1888, la editorial también incluyó un poema en el que su director, identificado con el yo poético, reflexionaba sobre la incurabilidad de la locura y el temor inconfesado hacia los locos de las calles, mas no a los confinados en el manicomio a su cargo. El texto nos permite entender, por un lado, la satirización de la medicina mental y su problemática científica para establecer con claridad el mundo de la locura y la razón; por el otro, el miedo de un sector de la sociedad a la propagación de la locura callejera; es decir, a los comportamientos públicos que pudieran afectar la vida cotidiana de los ciudadanos. Cabe interrogarse, ¿qué papel jugó la prensa capitalina en la construcción de imágenes sociales de la locura? ¿Qué tipo de noticias ofrecieron los periódicos y cómo abordaron las enfermedades mentales? Pese los escasos trabajos sobre el estado de la cuestión, la historiografía psiquiátrica ha estudiado la prensa como una fuente secundaria para reconstruir el ambiente social y la participación de los médicos en procesos célebres de locos-criminales,¹⁵⁶ pero pocas veces se ha evaluado el papel que tuvieron los periódicos en la configuración de imaginarios sociales en torno a la locura de fin de siglo.

¹⁵⁶ Estos temas han sido estudiados por Andrés Ríos Molina, *Memorias de un loco anormal. El caso de Goyo Cárdenas*, México, Debate, 2010; “Reflexiones psiquiátricas sobre los crímenes del *El Sapo* (1954), en Elisa Speckman y Salvador Cárdenas (eds), *Crimen y Justicia en la historia de México. Nuevas Miradas*, México, Suprema Corte de Justicia, 2011, pp. 387-408. Para el caso español, Ricardo Campos, *El caso Morillo: crimen, locura y subjetividad en la España de la Restauración*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas/Frenia, 2012; José Antonio Maya González, “Locura y criminalidad en el discurso médico porfiriano: el caso de Enrique Rode, 1888-1891”, *Trashumante. Revista Americana de Historia Social*, n. 5, enero-julio 2015, p. 129-148.

Efectivamente, muchos editorialistas de la capital ofrecían una variedad de noticias sobre el comportamiento de los locos en los espacios públicos, las cuales estaban dirigidas a una reducida comunidad de lectores ávidos de relatos sensacionalistas y noticias curiosas.

Estos conocimientos profanos del medio periodístico ofertaban informaciones concisas mediante las cuales construían *retóricas alarmistas* en torno a la locura urbana. El objetivo era alertar a la sociedad sobre los peligros que representaban los comportamientos transgresores y violentos. Si los médicos vinculaban las psicopatías a la peligrosidad y a los arrebatos pasionales, la prensa capitalina hacía eco de estos saberes científicos para poner a disposición de los lectores, imágenes y representaciones profanas de la enfermedad mental como un acontecimiento noticioso. Menciono algunos ejemplos. El 21 de noviembre de 1883, un hombre montado a caballo transitaba por las calles de la Ciudad de México, cabalgaba apacible “insultando a todo el mundo” sin razón aparente.¹⁵⁷ Según el gacetillero, no era un personaje que reclamara el dinero de una apuesta o increpara al amante de su prometida, en realidad, se trataba de un “loco” que perturbaba la tranquilidad pública. Dos meses después, otra noticia detallaba sobre la situación de una mujer de mediana edad vecindada en la capital, la cual comenzó a “golpear a los paseantes frente a la puerta de su habitación” en la calle de las Cuevas. La “pobre loca” así llamada por la prensa, también había golpeado a un niño “causándole una herida en la cabeza”.¹⁵⁸ Por su parte, *El Universal* en su edición del 16 de enero de 1891 tituló su nota “Locos en campaña” en la que

¹⁵⁷ “Un loco”, *El Monitor Republicano*, 21 de noviembre de 1883, p. 3.

¹⁵⁸ “Una loca”, *El Monitor Republicano*, 22 de enero de 1884, p. 3.

reportaba la conducta inmoral y peligrosa de dos mujeres y un hombre de la capital que perdieron el juicio. Tamara Martínez buscaba estrellas caídas del cielo, María Trinidad se sentía perseguida por un santo patrono y Vidal Victoria era un borrachín tímido y agresivo.¹⁵⁹ A pesar de que el redactor del artículo buscaba minimizar el problema de la locura alegando que “por fortuna, no [son] muy comunes entre nosotros”,¹⁶⁰ lo cierto es que la creciente aparición de noticias iba posicionando el tema de la locura en la agenda periodística, configurando además a un tipo de sujeto enloquecido y transgresor en la opinión pública.¹⁶¹ En muchos casos, algunos periodistas hacían llamados a las autoridades correspondientes para que dichos individuos fueran trasladados a los respectivos manicomios al considerarlos víctimas de la enajenación mental.

El objetivo del presente capítulo es analizar las representaciones de la locura en los diarios capitalinos e identificar las modalidades textuales utilizadas para describir a los sujetos pasionales y potencialmente peligrosos. Por un lado, la civilización del periódico registró el pulso de los acontecimientos urbanos que involucraban a individuos “enloquecidos”; por el otro, daba cuenta de las novedades científicas en materia de medicina mental provenientes de Occidente. Los editorialistas pretendían instruir a la sociedad sobre individuos peligrosos que habitaban la urbe y, al hacerlo, ponían en circulación saberes psicopatológicos a

¹⁵⁹ “Locos en campaña”, *El Universal*, 16 de enero de 1891, p. 2.

¹⁶⁰ *Idem*.

¹⁶¹ Al respecto, Pablo Piccato ha señalado en varias ocasiones que la opinión pública estaba conformada por un número limitado de periodistas y hombres públicos, quienes buscaron crear un espacio autónomo respecto al gobierno. Se trataba de un espacio de prácticas y relaciones sociales que involucraba a una minoría ilustrada que creían hablar en nombre de la sociedad mexicana. Pablo Piccato, “Honor y opinión pública: la moral de los periodistas durante el porfiriato temprano”, en Cristina Sacristán y Pablo Piccato (coord.), *Actores, espacios y debates en la historia de la esfera pública en la ciudad de México*, México, Instituto de Investigaciones Históricas/Instituto Mora, 2005, p. 149.

disposición de los lectores. En este sentido, considero que la prensa es una fuente de primera mano para el estudio social y cultural de la psiquiatría en ciernes, porque al igual que las exposiciones científicas, el auge de los museos, el impulso de los teatros y la reproducción de imágenes publicitarias surgidas a finales del siglo XIX, los periódicos representaban una vitrina de exhibición de “objetos, ritos y prácticas científicas” que ponían en circulación saberes médicos destinados a la enseñanza, espectáculo y divertimento del público lector.¹⁶² Las actividades de los locos urbanos solían aparecer en las gacetillas, brevísimas inserciones publicadas en los diarios capitalinos en las que se ofrecían noticias sobre escándalos, sucesos cotidianos y espectáculos. Otros textos como crónicas y reportajes, detallaban la cotidianeidad de locos en situaciones liminares en los que se mostraba con alarma, las realidades funestas de varios dementes tanto en los espacios públicos como en los manicomios.

2.1 La locura en los medios impresos

Durante la gestión de Porfirio Díaz y la breve administración de Manuel González (1880-1884), los periódicos cobraron mayor importancia en la vida pública del país. En estos años aumentaron los periódicos en circulación en toda la República, por ejemplo: en 1884 existían seis diarios de oposición y veinticuatro a favor del gobierno en turno, para 1888 había doscientos veintisiete, un año después trescientos ochenta y cinco, alcanzando la cantidad de quinientos treinta y

¹⁶² Sobre estos temas es imprescindible el trabajo colectivo: *Ciencia y Espectáculo. Circulación de saberes científicos en América Latina, siglos XIX y XX*, en María José Correa, Andrea Kottow y Silvia Vetö (editoras), Chile, Ocho Libros, 2016.

uno en 1898.¹⁶³ Tan sólo en 1876, había ciento ochenta y dos diarios en la capital, reduciéndose a ciento cuarenta y dos para 1910, muchos de los cuales probablemente desaparecieron luego de las campañas presidenciales de Díaz.¹⁶⁴ Sin entrar en debate sobre la cantidad, aumento y disminución de periódicos, quiero resaltar que la prensa capitalina alcanzó tal importancia social que difícilmente los individuos podían mantenerse al margen del sistema de información de lo público.¹⁶⁵ Los diarios de mayor influencia eran *El Universal*, *El Monitor Republicano*, *El Partido Liberal*, *El Siglo Diez y Nueve*, *El Tiempo*, *El Nacional*, *El Imparcial*, entre otros. Su injerencia en la vida social era innegable, por lo cual, los saberes médicos y las percepciones profanas de las enfermedades mentales circulaban de manera constante entre los lectores de la capital.

La prensa capitalina oficialista, combatiente, liberal o conservadora, comenzó a construir una imagen negativa de los “locos” identificándolos con la violencia y las pasiones incontroladas. Considerados temas de interés público, redactores en jefe, gacetilleros, escritores-periodistas y médicos-columnistas enarbolaban discursos alarmistas dirigidos a las familias y la sociedad en su conjunto sobre la propagación social de la locura. Suponían que su deber era comunicar y advertir sobre comportamientos censurables cometidos en estados de alcoholismo o bajo el influjo de pasiones violentas, imponiendo a los lectores una visión temerosa de los locos. La locura como un “hecho noticioso” alcanzó

¹⁶³ Paul Garner, *Porfirio Díaz...*, p.144.

¹⁶⁴ Inés Yujnovsky, “Cultura y poder: el papel de la prensa ilustrada en la formación de la opinión pública”, en: <http://www.h-mexico.unam.mx/node/6549#fn1>. [Consultado el 20 de diciembre de 2016]

¹⁶⁵ Alberto del Castillo, “El surgimiento de la prensa moderna en México”, en Belem Clark de Lara y Elisa Speckman, *La República de las letras...* vol. II, p. 105-118; Jean-Yves Mollier, *La lectura en Francia durante el siglo XIX*, México, Instituto Mora/Cuadernos de Secuencia, 2009, p. 13.

popularidad en los principales diarios de la capital, estos no sólo difundían noticias y construían opinión pública al respecto, su actividad también respondía a las necesidades de control social encabezados por los grupos dirigentes.¹⁶⁶ Mediante descripciones sucintas sobre el mal comportamiento público de los supuestos locos, la actividad periodística cubrió de manera reiterada temas vinculados a la enfermedad mental, sus causas y tratamientos, retratando el perfil social de las personas que habían perdido el juicio y la razón. Con el objeto de informar e ilustrar acerca de las perturbaciones mentales, los editorialistas capitalinos recurrieron a las gacetillas, traducciones de novedades, artículos médicos, cuentos y crónicas, todas ellas escritas por literatos prestigiados dentro del mapa cultural porfiriano.¹⁶⁷ Lo característico de cada una de estas modalidades textuales es que fomentaron una visión positivista y organicista de la enfermedad mental, en la cual se enfatizaban los sentimientos desbordados como sus principales causas.

Ahora bien, ¿cómo estaban organizadas las noticias? y ¿qué importancia tuvieron los periódicos en la ideación social de las psicopatías? Considero que las disertaciones clínicas sobre la locura no se reducían a la mirada experta de los facultativos, como tampoco los textos periodísticos eran simplemente una

¹⁶⁶ Para el caso del suicidio y criminalidad como noticia en la prensa capitalina finisecular, ver Alberto del Castillo, "Notas sobre la moral dominante a finales del siglo XIX en la ciudad de México. Las mujeres suicidadas como protagonistas de la nota roja", en Claudia Agostoni y Elisa Speckman (editoras), *Modernidad, tradición y alteridad. La ciudad de México en el cambio de siglo (XIX-XX)*, México, UNAM, 2001, p. 319-338; también Elisa Speckman, "Las flores del mal. Mujeres criminales en el Porfiriato", *Revista Mexicana*, vol. XLVII, n. 1, 1997, p. 183-229.

¹⁶⁷ También hemos identificado informes y testimonios publicados por las autoridades médicas capitalinas sobre el estado de los inmuebles, administración de los nosocomios y estadísticas de enfermos mentales en los hospitales de San Hipólito y El Divino Salvador. Sin embargo, considero que estas últimas no figuraban como estrategias informativas para reclamar lectores en los diarios, en todo caso, ayudaban a mediar las percepciones negativas de los funcionarios públicos y su actuación al frente de los manicomios. También procuraban informar a los lectores sobre las mejoras institucionales enalteciendo la labor de los facultativos.

extensión de los artículos publicados en las revistas médicas que examinamos anteriormente. En realidad, las secciones informativas estaban dirigidas a públicos más amplios y en consecuencia debían ajustarse al formato periodístico de la prensa moderna basada en la noticia sensacionalista y la economía del lenguaje.¹⁶⁸ Por un lado, encontramos a médicos-columnistas insertos en la dinámica periodística buscando revertir la imagen ambigua y contradictoria que amplios sectores de la sociedad tenían de los facultativos, imágenes que despojaban al médico de su carácter sagrado que el Estado como la elite buscaban transmitir.¹⁶⁹ Evidentemente sus colaboraciones fueron cada vez más recurrentes, asiduas y puntillosas las cuales exigían lectores atentos a los dilemas de la medicina mental de la época. Por el otro, tenemos a escritores-periodistas que sin tener una formación sólida en medicina cubrieron distintos tópicos de moda para la cultura fin de siglo como el cuerpo mórbido y enfermo.¹⁷⁰ Mediante narrativas que combinaban la crónica y el cuento, los escritores traducían a un lenguaje asequible para profanos y curiosos, los pormenores que encerraba la enfermedad mental. En este sentido, los artículos publicados en la prensa capitalina sirvieron como vehículos de difusión de un conjunto de valoraciones

¹⁶⁸ Un breve panorama de la estructura, organización y difusión de la prensa moderna porfiriana, se encuentra en Alberto del Castillo, "El surgimiento de la prensa moderna en México...", p. 105-118.

¹⁶⁹ Claudia Agostoni, "Imágenes y representaciones de la medicina...", p. 413; también puede consultarse de la misma autora, "Médicos ecuestres, el arte de curar y los galenos en la historia nacional, (Ciudad de México, 1877-1911)", *Ciênc. saúde coletiva* [online]. vol.13, n.3, 2008, p. 975-984. (Consultado el 3 de marzo de 2011).

¹⁷⁰ Ana Laura Zavala analizó las retóricas de la enfermedad presentes en la escritura de los modernistas y la importancia del cuerpo mórbido en las narraciones de fin de siglo. Ana Laura Zavala Díaz, "Retóricas de la enfermedad en el México porfiriano: el caso modernista", *Decires*, Nueva época, vol. 10, n. 10-11, 2007, p. 167-180. Este y otros textos de la autora serán discutidos más adelante.

sociales en torno a la enfermedad mental y los locos.¹⁷¹ Estos conocimientos profanos circulaban en los mismos diarios donde los literatos escribían. Cabría señalar que las notas periodísticas presentaban un marcado tono pedagógico, por lo tanto, por este medio la elite pretendía ilustrar, contener y disciplinar a amplios sectores de la sociedad. Veamos cada una de las modalidades textuales, sus características y contenidos.

2.1 Gacetillas y traducciones

La información sobre locos y locuras estaban en las secciones de “noticias curiosas” y luego comenzaron a aparecer en las llamadas “gacetillas”. Eran breves espacios informativos que generalmente recogían noticias de otros periódicos nacionales y extranjeros en los que notificaban sobre atentados contra el pudor, suicidios, suicidas célebres, locos ilustres, locuras peligrosas, locos asesinos, bebedores enfurecidos, religiosas delirantes; en fin, daban cuenta sobre de la vida de indigentes, peleadores enfurecidos, bebedores incontrolables, mariguanos, escupidores, maleantes, tartamudos o sobre cualquier individuo que presentara algún comportamiento anómalo o francamente violento.¹⁷² Las editoriales utilizaron la “curiosidad” que despertaba la locura como una estrategia de mercado para reclamar lectores sin necesidad de explicar los conceptos que utilizaban, en

¹⁷¹ Para el caso de la prensa veracruzana, Hubonor Ayala Flores, “Los dementes, la locura y el manicomio en la prensa porfiriana de Orizaba, Veracruz”, en Celia del Palacio Montiel (coord.), *La prensa como fuente para la historia*, México, Universidad de Guadalajara/Miguel Ángel Purrúa, 2006, p. 99-112.

¹⁷² Existe en la prensa capitalina una abundante reproducción de gacetillas sobre locos, locuras y dementes, algunos ejemplos son: “Un loco”, *El Monitor Republicano*, 3 de marzo de 1883, p. 3; “Loca”, *El Siglo Diez y Nueve*, 1 de mayo de 1883, p. 2; “Loco pacífico”, *El Tiempo*, 21 de agosto de 1883, p. 3; “Un joven demente”, *El Monitor Republicano*, 13 de junio de 1884, p. 3; “Un individuo loco”, *El Monitor Republicano*, 12 de agosto de 1884, p. 3; “¿Salvaje o loco?”, *El Universal*, 7 de julio de 1888, p. 3.

realidad, construían acontecimientos “vistosos” que en el mejor de los casos coincidían con el asombro de los lectores.¹⁷³ Aunque la locura existía desde tiempos remotos, las gacetillas detallaban sobre sucesos “del día” presentándolos como acontecimientos “novedosos” de ciertos individuos que cometían actos censurables moral y socialmente. Menciono un ejemplo: “El suicida se llamaba Antonio Romero; su cadáver fue conducido a la comisaría de la primera demarcación. Se dice que Romero estaba falto de juicio, pues ya había dado antes algunas pruebas de locura”.¹⁷⁴ Aunque no era frecuente, la opinión de los editorialistas podía venir aparejada en las gacetillas denunciando la presencia de “locos” en plazas, mercados, parques, anfiteatros y avenidas principales, transgrediendo la moral pública mediante robos a transeúntes, insultos en carnicerías, plegarias en voz alta o enfrentamientos callejeros. Las gacetillas pretendían alertar a la población de que el comportamiento desmedido, pasional y proclive a la violencia podía dañar la moral de las personas y afectar la tranquilidad pública.¹⁷⁵ El 2 de junio de 1882, *El Monitor Republicano* informó que un ex paciente del Hospital de San Hipólito para hombres dementes, se encontraba en misa cuando le sobrevino “un acceso, y arrojándose con furia sobre los devotos, maltrató a algunos y cayó a poco, privado”. Posteriormente, unos

¹⁷³ En este sentido, sigo la propuesta de Víctor Goldgel que analizó la novedad como categoría de valor en la prensa hispanoamericana de la primera mitad del siglo XIX. Víctor Goldgel, *Cuando lo nuevo conquistó América. Prensa, moda y literatura en el siglo XIX*, Argentina, Siglo XXI, 2013, p. 93. Para el autor, las noticias curiosas como los terremotos, erupciones volcánicas, meteoritos, niños con tres brazos satisfacían la curiosidad de los lectores, porque presentaban algo “ya visto” como un “hecho asombroso” y, por lo tanto, con un sentido de novedad gracias a las estrategias del lenguaje que implementaban los escritores.

¹⁷⁴ “Suicidio”, *El Universal*, 13 de julio de 1888, p. 5.

¹⁷⁵ Para Pablo Piccato, las gacetillas establecían un puente entre la prensa y “las habladurías”, porque combinaban información de primera mano (cartas, citas, reportes) con debates y opiniones indiscriminadas que podían afectar la honorabilidad de los hombres públicos y las personas comunes. Pablo Piccato, *La tiranía de la opinión...*, p. 95.

“cacos” aprovecharon la confusión para robar a los fieles.¹⁷⁶ Mediante informaciones concisas y sin argumentaciones complejas, las gacetillas cumplieron con el propósito de mostrar que el arrebató y la violencia eran expresiones de enajenación mental. Para los lectores, estos comportamientos transgresivos podían resultar muestras elocuentes de que el exceso pasional, la furia y la violencia representaban síntomas de alguna forma de locura.

Otra estrategia periodística para reclamar lectores eran las traducciones de libros, actas de congresos internacionales y artículos de revistas, las cuales ayudaron en la circulación de conceptos de la psiquiatría francesa e inglesa. Si bien los médicos interesados en las cuestiones mentales durante el Porfiriato no contaban con manuales de psiquiatría o textos rectores,¹⁷⁷ la introducción de novedades podía ayudar a los propios facultativos a la puesta en día de libros y conocer las actividades de los alienistas en el exterior. Ahora bien, como se mencionó antes, aunque los médicos de la mente buscaron afanosamente reconocimiento social como expertos en la materia,¹⁷⁸ la difusión de términos psiquiátricos en los diarios de mayor circulación ayudó a la formación de un imaginario social en torno a la locura sin su participación directa. Mediante las traducciones del francés e inglés, los editores ponían al alcance de la sociedad referencias provenientes del Viejo Mundo y con ello mostraban el “grado de civilización de nuestra joven nación”.¹⁷⁹ Entre los más traducidos figuraban Césare

¹⁷⁶ “Un loco”, *El Monitor Republicano*, 2 de junio de 1882, p. 3.

¹⁷⁷ Andrés Ríos Molina, *La locura durante la Revolución mexicana...*, p. 34.

¹⁷⁸ Estos trabajos han sido abordados por Cristina Sacristán, “Ser o no ser modernos...”, p. 11-23; “La contribución de la Castañeda...”, p. 473-480.

¹⁷⁹ “El Congreso de Blas. La moralización por el hipnotismo”, *El Monitor Republicano*, 24 de octubre de 1884, p. 2.

Lombroso (1835-1909), Henry Maudsley (1835-1918), Jacques-Joseph Moreau de Tours (1804-1884), Jean-Pierre Falret (1794-1870) y Jean Étienne Dominique Esquirol (1772-1840), personajes reconocidos en los ámbitos de la criminalística italiana y el alienismo francés que habían establecido una vinculación directa entre el grado de civilización, la organización biológica y la patología mental.¹⁸⁰ Los traductores solían fijar los horizontes de información considerados relevantes para los lectores, como el papel de la herencia en la etiología de la locura.

Un ejemplo importante son los trabajos de traducción realizados por Andrés Díaz Milián, destacado funcionario del régimen, médico y economista que fungió durante años como flamante redactor de *El Siglo Diez y Nueve*, diario para el que tradujo reseñas de libros y artículos de interés público sobre patología mental y criminalidad.¹⁸¹ En su traducción de la reseña del libro “La Patología del espíritu” del célebre alienista inglés Henry Maudsley, Andrés Díaz Milián destacó la importancia del texto porque mostraba “las influencias sociales en el origen de la locura”.¹⁸² En la traducción de Millán, Maudley consideraba que la locura se presentaba entre las naciones civilizadas y no entre “los pueblos salvajes” alejados de “esas pasiones y de todos esos deseos artificiales” que imponía el liberalismo decimonónico. Al considerar que la herencia, la intemperancia y “las

¹⁸⁰ Algunos ejemplos de traducciones para los lectores capitalinos son: “Los criminales por enfermedad”, *El Siglo Diez y Nueve*, 19 de octubre de 1888, p. 1; “Las modernas ideas sobre el crimen”, *El Siglo Diez y Nueve*, 21 de agosto de 1890, p. 1. Para conocer la recepción de la antropología criminal de Lombroso en el México finisecular, Elisa Speckman, *Crimen y Castigo. Legislación penal, interpretaciones de la criminalidad y administración de justicia (Ciudad de México, 1872-1910)*, México, El Colegio de México/UNAM, 2007.

¹⁸¹ Andrés Díaz Milián, “Los hombres de genio”, *El Siglo Diez y Nueve*, 11 de enero de 1892, p. 1; “La antropología criminal”, *El Siglo Diez y Nueve*, 14 de noviembre de 1892, p. 1.

¹⁸² Originalmente, la reseña fue escrita por P. Kuntz y publicada en inglés. Inmediatamente el Dr. Germand la tradujo al francés donde apareció en *La Liberté*, luego traducida al español por Millán. Andrés Díaz Milián, “Las enfermedades del espíritu”, *El Siglo Diez y Nueve*, 26 de octubre de 1883, p. 1-2.

angustias mentales” no formaban parte de la vida “primitiva”, la enfermedad mental estaba circunscrita a las urbes y la ciudad. Estas opiniones confirmaban el posicionamiento de los médicos mexicanos respecto de la ausencia de locuras entre los pueblos indígenas, debido a que éstos estaban al margen de los progresos de la civilización.¹⁸³ Finalmente, en la traducción del artículo se atacaba a la religión ya que se creía podía engendrar “delirios y sentimientos fantásticos”, situación que las propias gacetillas aludidas anteriormente se encargaban de popularizar. Dada la organización del texto como su importancia, la traducción del artículo infundía la idea de que la enajenación mental emergía de las urbes citadinas y que la religión resultaba nociva para ciertas consciencias maltratadas y almas frágiles.¹⁸⁴ Entre gacetillas y traducciones, los términos de locura, demencia y enfermedad mental aparecieron indistintamente en los periódicos para referirse a comportamientos transgresivos y la pérdida de la razón; los espacios informativos ponderaban que los comportamientos violentos, pasionales o el fanatismo desmesurado podían ser tomadas como síntomas de enajenación mental. Con esta información didáctica, puntual y sencilla, los lectores porfirianos podían ilustrarse acerca del mundo social de los locos y sus locuras.

2.3 Artículos, cuentos, crónicas y otros impresos

La publicación de una variedad de impresos (artículos, cuentos, conferencias, crónicas, reportajes) sobre la locura se intensificó en número durante los últimos

¹⁸³ Para los facultativos porfirianos, la enfermedad mental era un fenómeno de civilización, como lo hemos visto anteriormente. De estos y otros aspectos dan cuenta los trabajos de Cristina Rivera Garza, “Por la salud mental de la nación: vida cotidiana y Estado en el Manicomio General La Castañeda, México, 1910-1930”, *Secuencia*, 51, Instituto Mora, 2001, p. 57-89; Andrés Ríos Molina, “Locura y encierro psiquiátrico en México...”, p. 73-90.

¹⁸⁴ Andrés Díaz Milián, “Las enfermedades del espíritu...”, p. 2.

años del siglo XIX. Los artículos científicos eran inserciones publicadas generalmente en las primeras páginas de los diarios y en secciones que llevaban sugerentes títulos como “Misterios de la Ciencia” o “Sección del doctor”. Por su parte, los cuentos, las crónicas y los reportajes aparecían en las secciones dedicadas a variedades, cuyos títulos reclamaban el interés público sobre la visión de los locos; por ejemplo, “Fragmentos del Álbum de un loco” o “Cartas de un loco”. Los temas abarcaban el magnetismo, electrometría, sonambulismo, neurosis, reglas de urbanidad, higiene física, preceptos morales, recomendaciones terapéuticas, entre otros; eran narrativas encaminadas a disciplinar los comportamientos públicos e instaurar funciones “naturalizadas” de los roles de género en el contexto social porfiriano.¹⁸⁵ Mediante un refinado tono didáctico, pero sin abandonar la solemnidad propia de una elite preocupada por los progresos materiales, los textos tenían la encomienda de derribar supersticiones, informaciones vagas y falsas interpretaciones que pudiera tener el grueso de la sociedad sobre fenómenos vinculados a la enfermedad mental. Médicos reconocidos por su vocación científica y propagandística del positivismo como Manuel Flores o los antes mencionados Porfirio Parra y Secundino Sosa, no sólo impartían clases o trabajaban en sus gabinetes particulares, también lograron encumbrarse como importantes redactores en los diarios de la capital.

Los artículos científicos muestran, al menos, dos preocupaciones compartidas por el gremio médico: establecer la razón científica de la psicopatía y

¹⁸⁵ Por ejemplo, el sometimiento femenino y el ideal de domesticidad promovida desde la ciencia, la prensa y los manuales de comportamiento. Carmen Ramos Escandón, “Mujeres positivas. Los retos de la modernidad en las relaciones de género y la construcción del parámetro femenino en el fin de siglo mexicano, 1880-1910”, en Claudia Agostoni y Elisa Speckman (editoras), *Modernidad...*, p. 293.

ponderar las pasiones desbordadas como problema central. En sus artículos seguían el modelo clínico propuesto por Esquirol y el paradigma organicista a los que aludimos anteriormente, mediante el cual establecieron que la enfermedad mental era una afección cerebral que perturbaba las funciones de la inteligencia. Entre el 7 de febrero y el 19 de abril de 1891, el diario *El Universal* publicó las conferencias sobre psiquiatría impartidas por Secundino Sosa en el salón de exámenes de la Escuela de Medicina. Los textos fueron publicados en forma de artículos en las primeras planas y corregidos por el autor, con el fin de evitar posibles errores de interpretación. Según la redacción, las sesiones del Dr. Sosa habían sido todo un éxito entre los estudiantes de medicina; también asistieron abogados ilustres como Pedro Miranda, Alonso Rodríguez Miramón, Protasio Tagle, aunado a varios funcionarios públicos, jurisconsultos y escritores distinguidos como Ángel de Campo “Micrós” (1868-1908).¹⁸⁶ La asidua concurrencia de la inteligencia porfiriana es un claro indicador de la curiosidad e interés social que ya por entonces suscitaba la psiquiatría en ciernes.

Siguiendo a Pinel,¹⁸⁷ Secundino Sosa procuró distinguir el término de “locura” -que aludía generalmente a percepciones sociales sobre el comportamiento-, respecto al concepto de enfermedad mental, el cual se refería a

¹⁸⁶ “Sobre la locura. Conferencia”, *El Universal*, 7 de febrero de 1891, p. 2. Por otro parte, en su juventud Ángel de Campo comenzó la carrera de medicina en la Escuela de Medicina, pero en 1890 la abandonó para dedicarse al profesorado y la escritura. Yliana Rodríguez González, “Ángel de Campo: modalidades de la escritura”, en Rafael Olea Franco (editor), *Doscientos años...*, p. 227-249.

¹⁸⁷ Recordemos que Philippe Pinel estableció por vez primera que los llamados “locos” no eran más que individuos enfermos que requerían intervención médica. Según esto, ya no eran seres caídos del cielo o almas errantes en la tierra, sino cuerpos y mentes enfermas susceptibles de curación por medio de una terapéutica a la que llamó tratamiento moral. Consistía en redirigir la mente de los enfermos con dulzura y disciplina, hasta restituirles la razón. En este sentido, su intensa labor humanista y vocación de servicio lo encumbró en los anales de la historia de la psiquiatría como el libertador de los locos. Dora B. Weiner, *Comprender y curar...*, p. 15.

un trastorno de las facultades de la inteligencia y la voluntad cuya sede era el cerebro. No obstante, en sus intervenciones quincenales en la Escuela de Medicina, utilizó el término locura como sinónimo de enfermedad mental. Sosa afirmó categórico ante su audiencia: “si no existe un trastorno orgánico no hay locura”.¹⁸⁸ La supremacía de lo biológico sobre lo social permitía que los médicos de la mente se posicionaran en los terrenos que más conocían: el cuerpo. Sólo la exploración anatomopatológica podía revelar la vesania. En este sentido, Secundino Sosa advirtió a los asistentes y la comunidad de lectores que semana a semana leían su columna, que evitaran a toda costa juzgar el llanto recurrente de un niño de 5 años o la desconfianza franca de un viejo octogenario como una forma de locura. Si bien reconoció las dificultades metodológicas para catalogar las enfermedades mentales debido a que todavía eran “desconocidas las lesiones cerebrales”,¹⁸⁹ en ningún momento descartó ante su acalorada concurrencia la influencia de las pasiones en la etiología:

En nuestro país [...] una fuerte conmoción moral puede producir también la locura, así como la pérdida de la fortuna, por un incendio, una inundación, etc., son causas inmediatas del desequilibrio mental, pero para que obren, es necesaria cierta disposición.¹⁹⁰

Lectores, profesionistas y amplios sectores de la sociedad porfiriana tenían a su disposición conocimientos didácticos sobre la etiología de la locura. La participación recurrente de Porfirio Parra en la prensa capitalina ponía en evidencia las necesidades informativas de una colectividad cada vez más

¹⁸⁸ “Escuela de Medicina. El Dr. Sosa”, *El Universal*, 14 de febrero de 1891, p. 2.

¹⁸⁹ “Escuela de Medicina. Conferencias del Dr. Sosa”, *El Universal*, 28 de febrero de 1891, p. 3.

¹⁹⁰ “Causas de la locura. Conferencias del Dr. Sosa”, *El Universal*, 7 de marzo de 1891, p. 2.

interesada en conocer el mundo de la locura. “La sección del Doctor” publicada durante un año aproximadamente en el diario *El Universal* tenían por objetivo brindar consejos de higiene personal y familiar, ofrecer conocimientos didácticos sobre afecciones y tratamientos al alcance de todos. Parra abordó temas diversos como la educación sentimental, enfermedades respiratorias y trastornos mentales. Respecto a las psicopatías, buscó aclarar en reiteradas ocasiones que éstas se transmitían por herencia familiar, la cual consideró “verdadera causa científica” de los males mentales.¹⁹¹ La perversión moral del sujeto y las pasiones que lo dominaban eran consecuencia directa de la “debilidad orgánica”.¹⁹² Para el médico chihuahuense, la excitación permanente, la irritabilidad y la violencia eran el sello característico de muchos epilépticos y neurópatas. Porfirio Parra escribía para un público lector más amplio en comparación al reducido círculo académico, usando un lenguaje sencillo, explicando puntualmente cada concepto e incluso recomendando ejercicios terapéuticos para su uso en casa. De esta manera, los lectores podían identificar pasiones como la alegría frenética o la profunda melancolía y valorarlas a partir de lo que la sociedad consideraba eran excesos. Aunque ilustraban al público, algunos facultativos procuraban dejar en claro que eran ellos los únicos profesionales susceptibles de intervenir en “el cuerpo social”:

El estudio de las pasiones humanas se impone con fuerza irresistible a todo médico ilustrado, el cual debe ver en el cuerpo social multitud de enfermos cuya

¹⁹¹ De hecho, Porfirio Parra defendió en las páginas del diario que la herencia era una ley general aplicable a cualquier ser vivo. La “herencia patológica” explicaba en buena medida el origen de enfermedades físicas y mentales. Porfirio Parra, “La ley de la herencia. El organismo humano”, *El Universal*, 31 de enero de 1891, p. 1.

¹⁹² Porfirio Parra, “Los nerviosos”, *El Universal*, 22 de junio de 1892, p. 2; “Epilepsia”, *El Universal*, 1 de junio de 1892, p. 2. También puede consultarse, Dr. X, “Los neurasténicos ¡incurables!”, *El Universal*, 20 de mayo de 1891, p. 1.

dolencia a nadie preocupa hasta verla desenlazada en cualquiera de esas tres formas de muerte civil llamada miseria, locura y crimen. *El conocimiento de las pasiones debe ser para el médico concienzudo una verdadera clínica del alma*, donde necesita, no sólo saber diagnosticar, sino saber curar.¹⁹³

Desde el punto de vista médico, las pasiones malsanas como la ira, los celos y la envidia cobraron relevancia social y mediática debido a que se las consideraba parte del amplio catálogo de actitudes censurables que podían trastocar por igual el cuerpo y el cerebro: “La ira trastorna por completo nuestro estado fisiológico. En un momento de ira, ponemos a prueba nuestro cerebro, nuestra digestión, nuestra circulación y en general todas los órganos que realizan las funciones de la vida”.¹⁹⁴ Mediante pactos con el mundo de los editores, muchos médicos y moralistas como Manuel Flores comulgaban con la idea de imponer la moderación como agente benéfico para la salud, ya que se trataba de un acto de “civilidad” sin el cual difícilmente habría equilibrio en la sociedad.¹⁹⁵

Ahora bien, junto a las gacetillas, traducciones y artículos científicos, también fueron publicados en los diarios capitalinos algunos cuentos retomados de la prensa extranjera. Como se sabe, a través del periódico se publicaron crónicas, cuentos y novelas de multitud de escritores; su inserción en los espacios noticiosos no sólo requería del talento y la audacia del escritor, también debía

¹⁹³ Marco L., “Higiene moral”, *El Municipio Libre*, 7 de mayo de 1887, p. 1. Cursivas mías.

¹⁹⁴ “Conversaciones semanarias”, *La Patria Ilustrada*, 28 de mayo de 1894, p. 254-255; “La ira (su remedio)”, *El Tiempo Ilustrado*, 7 de junio de 1896, p. 152.

¹⁹⁵ Manuel Flores, “La urbanidad, la higiene y la moral”, *El Mundo Ilustrado*, 17 de septiembre 1899, p. 194; “El tratamiento que debe darse a los hijos”, *El Mundo Ilustrado*, 7 de agosto de 1898, p. 119.

satisfacer las exigencias del editor que finalmente pagaba su salario.¹⁹⁶ Los cuentos eran breves textos narrados en primera persona en los que discutían las fronteras entre razón/locura, muchos personajes representaban la salud y la enfermedad las cuales eran descritas bajo esquemas de oposición bueno/malo. Sus protagonistas generalmente eran solitarios, letrados y biológicamente predispuestos que alucinaban debido a las turbulencias que generaba la modernidad.¹⁹⁷ En este sentido, estas narrativas de ficción reflejaban las discusiones médicas de la época. También se publicaron textos en forma de crónicas y reportajes que buscaban retratar la locura “desde adentro”, estos escritos pretendían visibilizar el mundo de la locura mediante personajes que visitaban las instituciones manicomiales de la capital.¹⁹⁸ Un ejemplo representativo son las entregas que envió el escritor y periodista Hilarión Frías y Soto (1831-1904) a Filomeno Mata, entonces redactor en jefe de *El Diario del Hogar* y que llevaron por título “Cartas de un loco”.

Safir (uno de los dos seudónimos que usó Hilarión Frías) ingresó a San Hipólito y en su calidad de colaborador del periódico, publicó las cartas.¹⁹⁹ Mediante el recurso del intercambio epistolar, Hilarión Frías describía la

¹⁹⁶ Belem Clark de Lara, *Tradición y Modernidad en Manuel Gutiérrez Nájera*, México, UNAM/Instituto de Investigaciones Filológicas, 1998, p. 50. La cuestión de la profesionalización del escritor y el análisis de los cuentos mexicanos serán tratados en los próximos capítulos.

¹⁹⁷ Algunos ejemplos de cuentos del romanticismo español publicados en México son: “Locos y cuerdos”, *La Libertad. Periódico Liberal-Conservador*, 2 de mayo de 1879, p. 1; Antonio Hermosa, “Alucinamiento”, *El Siglo Diez y Nueve*, 4 de abril de 1882, p. 2; Ramiro Blanco, “La salud y la enfermedad”, *El Monitor Republicano*, 3 de septiembre de 1883, p. 2; Manuel Osorio y Bernard, “Una casa de locos”, *La Libertad*, 2 de julio de 1884, p. 1.

¹⁹⁸ Otras veces, describían con desagrado y franca repulsión la vida cotidiana en el manicomio: “Medio centenar de desgraciados dementes estaban diseminados en el patio del edificio: todos con semblantes amarillos, con ojos de miradas extraviadas o inmóviles que revelaban su trastorno mental y algunos con actitudes inusitadas que acusaban lo extraño de su manía”. “Fragmentos de un loco”, *La Mujer. Semanario de la Escuela de Artes y Oficios para Mujeres*, 1 de septiembre de 1882, p. 2.

¹⁹⁹ Safir, “Cartas de un loco”, *El Diario del Hogar*, 21 de julio de 1882, p. 1.

desorganización imperante en el manicomio, el abandono del inmueble y la pauperización de los internos. Era un texto que abordaba la historia del inmueble, describía el funcionamiento de los departamentos y el pesimismo terapéutico de la medicina mental al entrever “la incurabilidad de la locura”. Las modalidades textuales presentes en las “cartas”, en estricto sentido, combinaban la crónica, el diario íntimo y el reportaje, a fin de que los lectores tuvieran información detallada sobre el espacio interior de la locura. Para Hilarión Frías, la fetidez, la soledad y la violencia representaban las condiciones de vida de los enfermos en San Hipólito, abonando así en la construcción de las primeras leyendas negras sobre el espacio manicomial:

Yo aquí adentro, creerá ud que visita uno de los círculos del infierno de Dante: oirá ud carcajadas estridentes, sollozos desgarradores, lamentaciones tristísimas, aullidos que nada tienen de humano. Y verá ud locos que vociferan, que dan voces militares de mando, otros que predicán, otros que gesticulan, y otros que recorren vagando como sombras inconscientes, mientras algunos se acurrucan en un rincón como animales montaraces.²⁰⁰

El 25 de julio de 1899, varios años después de la publicación de las “cartas de un loco”, Francisco Zárate Ruiz, escritor y periodista michoacano y autor de los libros *Cuentos de manicomio. Los que no llegan a San Hipólito* y *Cuentos funambulescos* editados en Morelia en 1903,²⁰¹ publicó en el rotativo *El Popular* un cuento que llevó por título “Cuentos del manicomio. ¡No era loco!”. Se

²⁰⁰ Safir, “Cartas de un loco”, *El Diario del Hogar*, 21 de julio de 1882, p. 2; Safir, “Cartas de un loco”, *El Diario del Hogar*, 25 de julio de 1882, p. 1.

²⁰¹ Francisco Ruiz Zárate, *Cuentos de manicomio. Los que no llegan a San Hipólito*, Morelia, Talleres de la Escuela Industrial Militar “Porfirio Díaz”, 1903; *Cuentos funambulescos*, Morelia, Talleres de la Escuela Industrial Militar “Porfirio Díaz”, 1903.

trataba de un texto híbrido que también compartía elementos de la estética decadente que veremos en el quinto capítulo, en el que exploraba la situación acuciosa de los locos confinados a partir de un personaje que realizó una visita al nosocomio.²⁰² Una diferencia sustancial respecto a las “cartas”, es que Zárate Ruíz pone énfasis en las descripciones realizadas por el médico de nombre Alfredo, quién explicó detenidamente y con cierto desaire al visitante cada una de las formas de locura presentes en San Hipólito: “degenerada”, “razonante”, “cleptómana”, “alcohólica”, entre otras. A medida que un loco aparente justificaba la necesidad de encerrar a “los infelices”, el visitante observó con asombro que al menos aquellos locos “no se preocupan más que por ellos mismos”, ya que no tenían problemas sociales y económicos.²⁰³

Es posible considerar, salvo cualquier otra consideración, que los textos de Hilarión Frías y Francisco Zárate son precursores del periodismo de inmersión en los nosocomios capitalinos en México. Aunque este periodismo ha perdurado largamente hasta la segunda mitad del siglo XX,²⁰⁴ a finales del XIX muchos escritores-periodistas se ocuparon de tomar el lugar de la víctima confinada en un manicomio para dar un mejor testimonio de su mundo. Por ejemplo, Nellie Bly publicó en el *New York World* de 1887 un libro compuesto por 17 reportajes sobre el asilo psiquiátrico de Blackwell’s Island, en el que se hizo pasar por una

²⁰² Francisco Zárate Ruíz, “Cuentos del manicomio. ¡No era loco!”, *El Popular*, 25 de julio de 1899, p. 2.

²⁰³ Ibid.

²⁰⁴ Rafael Huertas examinó las astucias del escritor Torcuato Luca de Tena para adentrarse en un manicomio y tener conocimiento de primera mano sobre la locura desde adentro. Al final, Luca de Tena escribió la reconocida y exitosa novela *Los renglones torcidos de Dios* (1979). Rafael Huertas, “Psiquiatría y literatura en la España de la transición: Los renglones torcidos de Dios (1979)”, *Revista Latinoamericana de Psicopatología Fundamental*, 20(1), 2017, pp. 142-164.

paciente para documentar a partir de lo vivido.²⁰⁵ En el México finisecular también se escribieron reportajes que pretendían dar cuenta del mundo social de la locura con la finalidad de ilustrar a los lectores sobre los principales diagnósticos de la época. Por ejemplo, el 11 de agosto de 1895, el periodista y encargado del periódico *El Mundo Ilustrado* Julio Poulat, publicó en ese mismo diario capitalino un extenso trabajo titulado “La fiesta de los locos” a propósito del día de San Hipólito celebrado el 13 de agosto. El autor visitó los viejos hospitales construidos desde la colonia como San Hipólito y El Divino Salvador con la finalidad de comprender las condiciones de vida de los internos. Julio Poulat entrevistó a pacientes y directores de los respectivos manicomios con la impronta de comunicar a sus lectores “algunos datos de interés social”.²⁰⁶ El texto era bastante solemne, pero contenía un tono moralizante mediante el cual el autor presentaba a los confinados en los nosocomios como víctimas del despojo y la violencia de las pasiones: “esas pobres víctimas de la ignorancia, la credulidad, el vicio, la superstición, las influencias magnéticas, las pasiones violentas como el amor, el odio, la cólera, la venganza, los celos, el fanatismo, el dolor y la alegría. Los degenerados son los inválidos que no pueden combatir; los dementes son los que caen al pelear”.²⁰⁷ A pesar de que su trabajo indicaba estar dirigido a “personas ilustradas”, el texto estaba escrito de manera clara y precisa con lo cual podía llegar a un número mayor de lectores, además, las doce fotografías y dos

²⁰⁵ Igualmente, Andrée They realizó un reportaje sobre un hospital psiquiátrico tomando el lugar de una enfermera postulante. Marie-Eve Thérénty, *La invención de la cultura mediática. Prensa, literatura y sociedad en Francia en el siglo XIX*, México, Instituto Mora/ Cuadernos Secuencia, 2013, p. 48.

²⁰⁶ Julio Poulat, “Artículos curiosos para personas ilustradas. 13 de agosto. La fiesta de los locos”, *El Mundo Ilustrado*, 11 de agosto de 1895, p. 6-7.

²⁰⁷ *Ibid.*, p. 7.

ilustraciones que acompañaban al texto, ayudaban a visibilizar los cuadros sintomatológicos característicos del alienismo francés (de las manías, lipemánias y monomanías, hasta los delirios).²⁰⁸



Imagen 2. La inserción de fotografías e ilustraciones buscaban ofrecer a los lectores, los rostros supuestamente característicos de cada enfermedad mental. Estas implementaciones tecnológicas no sólo mostraban el aspecto moderno del reportaje, sino que ponían en circulación la gestualidad y corporalidad aparentes de los locos y sus afecciones: lipemanía con estupor, la manía aguda, megalomanía, manía tranquila, manía crónica, lipemanía crónica, epilepsia, imbecilidad, parálisis general, delirio de grandeza, idiotismo y la degeneración. Fuente: *El Mundo Ilustrado*, 11 de agosto de 1895, p. 6-7.

²⁰⁸ Para estructurar su trabajo, es muy probable que Julio Poulat conociera las clasificaciones realizadas por Jean-Etienne Esquirol en 1838, descritas en el ya mencionado libro *Des maladies mentales considérées sous les rapports médical, hygiénique et médico-legal*. En este trabajo, el alienista francés presentó “formas generales de locura” las cuales incluían la lipemanía, la monomanía, la manía, la demencia, la imbecilidad o idiotismo. Llama la atención que en el reportaje de Julio Poulat, la primera fotografía corresponde a la “Manía Aguda”, muy similar a la imagen de una “maníaca” presentada en el libro de Esquirol. Rafael Huertas, *El siglo de la clínica...*, p. 55. Una vez más, la presencia de Pinel y Esquirol a finales de siglo, es más que evidente.

En su trabajo, Julio Poulat siguió las clasificaciones médicas de Pinel y Esquirol sobre todo en aquellos aspectos que concernían a las causas físicas y el papel de las pasiones como causantes de la enfermedad mental. También reconoció que la embriaguez era un factor determinante en los accesos de locura, así como el papel de la herencia como transmisor de los vicios en la organización.²⁰⁹ De esta manera, los lectores podían conocer los bajos fondos de la locura y reconocer algunos gestos característicos de cada enfermedad, todos ellos constituidos en elementos didácticos que sin duda construyeron valoraciones sociales acerca de las pasiones en la etiología de la locura. Mediante modalidades textuales diversas, como gacetillas, artículos, traducciones, crónicas, cuentos y reportajes, la prensa capitalina logró establecer la locura como un tema de interés para el consumo de los lectores. Gacetilleros, médicos-columnistas y escritores-periodistas procuraron acercar a los lectores conocimientos didácticos sobre la vida pasional de los locos de la capital.

2.4 Conclusiones

La sociedad capitalina de finales del siglo experimentó un imaginario mediático compuesto por gacetillas, artículos científicos, cuentos, crónicas y reportajes, por medio de los cuales se informó a los lectores porfirianos sobre el mundo social de los locos y las causas de sus enfermedades mentales. Las constantes publicaciones daban cuenta de la permisibilidad de la elite cultural y científica para posicionar sus textos en la cultura letrada del país, cuya finalidad era que llegaran a públicos más amplios y así despertar el interés social sobre las psicopatías. En

²⁰⁹ Julio Poulat, "Artículos curiosos para personas ilustradas...", p. 6.

este sentido, la prensa capitalina se convirtió en un espacio de visibilidad de la locura, muchos lectores podían tener conocimientos didácticos mediante los cuales lograban conocer, intuir o sospechar, que la demencia eran un asunto vinculado con pasiones arrebatadas y la violencia desmedida. Las modalidades textuales publicadas en los diarios más importantes de la época, no sólo difundieron actitudes negativas sobre la locura, en realidad, revelaron inquietudes sociales y preocupaciones científicas de importancia para la sociedad porfiriana. Médicos-columnistas y escritores-periodistas encontraron en los diarios un medio de difusión, circulación y tránsito de saberes médicos de mayor alcance, el cual aprovecharon para reflexionar sobre comportamientos anómalos y posicionar algunas ideas eclécticas (psicologistas y organicistas) en el imaginario social porfiriano.

A finales de siglo, un numeroso listado de personalidades que conformaban la elite médica y cultural de la capital, enarboló discursos clínicos y moralizantes que se emplearon de manera simultánea, discursos que muchas veces se mezclaron con posturas religiosas y otras más, con el sensacionalismo que instauraba la prensa. Entre los círculos reducidos de la medicina mental y el espectro más amplio de la prensa capitalina, la elite porfiriana se encargó de retratar de forma negativa el mundo de la locura mostrando a los locos como seres incapaces de dominar sus pasiones. Este interés científico y mediático ha permitido comprender hasta ahora, los miedos y fantasías de terror que sentían los grupos dirigentes por manifestaciones arrebatadas contrarias al comportamiento moderado. En este contexto de fascinación y rechazo hacia la

locura, comenzaron a aparecer de forma simultánea obras literarias que tomaban las pasiones contrariadas y malsanas como elementos fundamentales para la construcción del perfil de los protagonistas. Ahora sabemos que estos temas no sólo formaron parte de un puñado de avezados, sino que sus discusiones circularon ampliamente en las plumas de varios escritores-periodistas de la capital. Muchas narrativas de fin de siglo ficcionalizaron la locura pasional y malsana por tratarse de un tema que indudablemente se esparcía rápidamente en el ambiente cultural.

Capítulo III

Escritores moralistas, relatos sentimentales

Yo he tenido siempre la convicción que los sentimientos de los hombres se forman en la niñez con la lectura de estas novelas, que los hacen ver al través del prisma de su inocencia, siempre triunfante la virtud y siempre odioso el vicio.

Vicente Riva Palacio.²¹⁰

El amor dichoso no tiene historia.

Denis de Rougemont.²¹¹

Introducción

En las últimas dos décadas, la nueva historiografía literaria y los estudios literarios de corte interdisciplinario han dirigido sus esfuerzos en reexaminar la cultura escrita en el México decimonónico, a partir de la comprensión de las condiciones en que se produjeron las obras, el papel de los literatos como trabajadores asalariados, la profesionalización del escritor, la importancia del periódico como plataforma, medio y vehículo de circulación de narrativas, los medios de subsistencia, entre otros aspectos, así como en mostrar el profundo eclecticismo narrativo (romanticismo, realismo, naturalismo, simbolismo) que caracterizó el último tercio del siglo XIX en México.²¹² De hecho, la nación moderna que anhelaban los porfiristas implicaba la incorporación de muchos estilos en el plano

²¹⁰ Pedro Castera, *Carmen*. (*Memorias de un corazón*), prólogo de Vicente Riva Palacio, México, Tip. de La República, 1882, p. IV.

²¹¹ Denis de Rougemont, *El Amor y Occidente*, Barcelona, Editorial Kairos, 1993.

²¹² Para una revaloración de la cultura literaria del siglo XIX, *La República de las Letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico*, en Belem Clark de Lara y Elisa Speckman Guerra (edits.) México, Vol. I, II, III, UNAM, 2005; Belem Clark de Lara, *Tradición y modernidad en Manuel Gutiérrez Nájera*, México, UNAM/Instituto de Investigaciones Filológicas, 1998; *Tras las huellas de Eugenio Sue. Lectura, circulación y apropiación de Los Misterios de París. Siglo XIX*, en Laura Suárez de la Torre (coordinación y edición), México, Instituto Mora, 2015.

literario, arquitectónico, artístico, por lo que un “estilo mexicano” en las artes había sido resultado de una variedad de formas estéticas.²¹³ La nueva historiografía de la cultura literaria busca elucidar los “rasgos” específicos de una o varias obras en un contexto de amplios y diversos registros discursivos. Mediante sólidos aparatos interpretativos y utilizando conceptos de la sociología, la lingüística y la antropología, estas historias han buscado complejizar el campo literario²¹⁴ mostrando la importancia que adquirieron las redes intelectuales, las sociabilidades institucionales, las disputas, pactos y negociaciones entre prensa, lectores y sociedad, además de comprender las respuestas literarias a problemáticas inherentes a la modernización que experimentó el país durante la administración de Porfirio Díaz.

La etapa de modernización (económica, política, social) que experimentaron amplios sectores de la sociedad, también tuvo un impacto en diversas expresiones de la cultura escrita del país. En el México de fin de siglo, los escritores lucharon incansablemente por la emancipación literaria respecto a otros cánones extranjeros, logrando su integración en el ámbito de las letras latinoamericanas y su inserción al sistema de producción capitalista (inclusión dada mediante su ejercicio periodístico).²¹⁵ Con sus narrativas, los escritores mexicanos del siglo XIX representaron ideas y discursos cruciales para la

²¹³ Mauricio Tenorio Trillo, *Artilugio de la nación moderna...*, p. 144.

²¹⁴ Es decir, aquellos espacios que consagran a los escritores y artistas tales como salones y academias; las formas de pensamiento que adoptan y los medios de difusión cultural: revistas, asociaciones, teatros, entre otros aspectos que lo conforman. Estos temas son abordados en Pierre Bourdieu, *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*, España, Anagrama, 2011.

²¹⁵ Los siguientes capítulos de la presente investigación deben su orientación teórica y metodológica al ya citado trabajo de Belem Clark de Lara, *Letras mexicanas del siglo XIX...*, p. 76.

conformación del proyecto civilizatorio. La misión de los escritores era, entre otras cosas, instruir a los lectores medios traduciendo por escrito la época que los tocó vivir.²¹⁶ Tanto en Hispanoamérica como en México, se produjeron relatos sentimentales que promovían un imaginario burgués fincado en amores heterosexuales, así como en la familia conyugal y la pareja legítima, obsesiones y fantasías culturales asociados a la privacidad burguesa.²¹⁷ En este sentido, varios escritores representantes del nacionalismo cultural en el México de fin de siglo,²¹⁸ escribieron novelas y relatos sentimentales con la finalidad de ilustrar virtudes, modales y comportamientos deseados; al mismo tiempo, condenaron los vicios, las enfermedades y, por supuesto, las pasiones descontroladas.

Entre 1882 y 1900, se publicaron en la Ciudad de México algunas obras que relataron romances y ficciones sentimentales, ayudando así a la creación de realidades sociales destinadas al sostenimiento de reglas de conducta. Los escritores moralistas que analizaremos en este capítulo, centraron sus ficciones sentimentales en la descripción de experiencias infortunadas en el amor. Estas narrativas estaban dirigidas a lectores de los grupos medios y sectores privilegiados que podían identificarse con héroes y heroínas, realizando

²¹⁶ *La misión del escritor. Ensayos mexicanos del siglo XIX*, organización y presentación de Jorge Ruedas de la Serna, UNAM/Coordinación de Humanidades/Dirección General de Publicaciones, 1996, p. 9; Gerardo Bobadilla Encinas, *Estudios sobre literatura...*, p. 33.

²¹⁷ Paulette Cécile Silva Beauregard, *De médicos, idilios y otras historias...*, p. 24; *Historia de la vida privada*, dirigida por Philippe Ariés y George Duby, Madrid, Taurus, t. IV, 1984, p. 99-120.

²¹⁸ En términos generales, escritores como Ignacio Manuel Altamirano (1834-1893), José Peón y Contreras (1843-1907), Justo Sierra (1848-1912) entre otros literatos, eran representantes importantes del nacionalismo cultural. Escribieron entre los años 1867-1889, pensaban que la literatura debía ser útil a la sociedad, razón por la cual era menester del literato enseñar, instruir y construir ciudadanía, deleitando a los lectores sobre comportamientos y buenas costumbres de los mexicanos. Belem Clark de Lara, “¿Constelaciones o generaciones?...”, p. 35. Estos y otros aspectos se desarrollarán más adelante.

matrimonios satisfactorios o al menos, soñar con ese ideal romántico.²¹⁹ Desde esta perspectiva, es posible considerar que el liberalismo en el plano narrativo celebró el amor y el matrimonio como baluartes de la modernidad. ¿Quiénes fueron estos escritores? ¿Dónde escribieron y qué tipo de actividades desarrollaron? El objetivo de este capítulo es estudiar el perfil social de los escritores José Peón y Contreras (1843-1907), Pedro Castera (1846-1906), Porfirio Parra (1854-1912) y José Rafael Guadalajara (1863- ¿?).²²⁰ Considero que estos literatos de formación variada utilizaron en algunas de sus narraciones, los saberes de la medicina mental imperante durante el último tercio del siglo XIX. Ejemplos literarios representativos de este proceso son: *Taide. Contornos de la vida ideal* (1885) y *Veleidosa* (1891) novelas cortas escritas por José Peón y Contreras.²²¹ Algunos cuentos, relatos y novelas de Pedro Castera incluidos en *Impresiones y recuerdos* (1882);²²² *Carmen. Memorias de un corazón* (1882);²²³ *Dramas de un corazón* (1890) y *Querens*, (1890). De Porfirio Parra destaca su extensa novela *Pacotillas* publicada en forma de libro en 1900.²²⁴ Y la novela corta

²¹⁹ Esto argumentos son desarrollados por Doris Sommer, *Ficciones fundacionales...*, p. 24.

²²⁰ Desafortunadamente, para el caso de este autor no tenemos la fecha exacta en que murió, aunque debió ocurrir después de 1911, ya que en la tercera edición de su libro *Amalia, páginas del primer amor* publicado ese mismo año, apareció un nuevo prólogo de su autoría.

²²¹ José Peón y Contreras, *Taide. Contornos de una vida ideal*, México, edición del "Diario del Hogar", Tipografía Literaria, 1885; *Veleidosa*, México, Imprenta de Francisco Díaz de León, 1891.

²²² Algunos de los cuentos se publicaron en *La República. Semana Literaria*; por ejemplo, "Un amor artístico", *La República. Semana Literaria*, año 1, n. 8, t. I, domingo 20 de noviembre de 1881, p. 94-97; "Los ojos garzos", *La República. Semana Literaria*, año 1, n. 6, t. I, domingo 6 de noviembre de 1881, p. 71-74.

²²³ La novela apareció en forma de folletín y no de manera íntegra, en *La República. Semana Literaria*, existen una decena de reediciones que datan desde 1886: En la Librería de la Vda. de Ch. Bouret, París, se reeditó en los años 1887, 1904, 1907, 1908, 1920 y 1926; también fue publicada en la Editorial Latinoamericana en 1943; Porrúa la publicó en su "colección de escritores mexicanos" desde 1950, 1995 y 2004, edición y prólogo de Carlos González Peña.

²²⁴ A partir del 13 de septiembre de 1891, aparecieron las primeras entregas en el suplemento literario de *El Universal*, de Rafael Reyes Spíndola. Ana Laura Zavala, *En cuerpo y alma: ficciones somáticas en la narrativa mexicana de las últimas décadas del siglo XIX*, para obtener el grado de

Sara. Páginas del primer amor (1887) escrita por José Rafael Guadalajara. El hilo conductor de estas ficciones psicopatológicas es que describieron relatos sentimentales donde los excesos pasionales produjeron accesos de locura en sus protagonistas. Desde el punto de vista de la historia cultural de la psiquiatría, estas narrativas tenían la función de reproducir, validar y legitimar las visiones científicas de la locura propuestas desde el discurso de la medicina mental. Antes examinaré el perfil social de los escritores y la función social de sus obras.

3.1 El perfil social de los literatos

Los escritores analizados en este apartado pertenecieron a diferentes generaciones, tuvieron una formación heterogénea y realizaron actividades profesionales simultáneas. Fueron escritores que incursionaron al menos en algún género como la novela, el teatro, la poesía; también fueron activos redactores en los principales periódicos de la época. Eran literatos fuertemente comprometidos con el proyecto civilizatorio que veían por medio de su tarea intelectual.²²⁵ Al triunfo de la República, los literatos encabezados por Ignacio Manuel Altamirano se dieron a la tarea de crear una literatura propiamente nacional que exaltara lo mexicano. En 1869 se fundó *El Renacimiento*, periódico literario que unió a las distintas facciones políticas (liberales y conservadores) en torno a un proyecto común: integrar la nación y mexicanizar la literatura.²²⁶ Bajo estos aires triunfalistas, de unión política y amor a las letras, nacieron y crecieron esta constelación de poetas, médicos, periodistas y literatos. ¿Cuál era su perfil? ¿A

doctora en letras por la UNAM, 2012, p. 93-113, ofrece interesantes datos sobre las condiciones de publicación de la obra.

²²⁵ Jorge Ruedas de la Serna, *La misión del escritor...*, p. 9.

²²⁶ Belem Clark de Lara, *Tradición y Modernidad...*, p. 30.

qué sectores sociales pertenecían? Un acercamiento a sus biografías nos permitió llegar a las siguientes conclusiones:²²⁷ José Peón y Contreras y Porfirio Parra fueron destacados médicos practicantes en hospitales dentro y fuera de la Ciudad de México, mostraron un profundo interés por la patología mental y la lírica española. El primero fue director del Hospital de San Hipólito para hombres dementes e impartió la cátedra de Patología Mental en la Escuela Nacional de Medicina, en sucesión del primer alienista mexicano, el aludido Miguel Alvarado. El 28 de abril de 1897, el entonces secretario de gobernación Manuel González Cosío giró instrucciones para que José Peón y Contreras impartiera “lecciones clínicas de patología mental en los hospitales para hombres y mujeres dementes”.²²⁸ Era tal la fama de este médico que la prensa capitalina solía insertar brevísimas notas publicitando sus consultas médicas.²²⁹ Pedro Castera, en cambio, figuró como minero, científico autodidacta y paciente psiquiátrico en el mismísimo San Hipólito, destacándose como un ferviente escritor espírita y buscador de tesoros.²³⁰ En junio de 1883, Pedro Castera apareció por primera vez

²²⁷ Los datos de los autores han sido tomados de los siguientes libros: María Teresa Bisbal Siller, *Los novelistas y la ciudad de México, (1810-1910)*, México, Ediciones Botas, 1963; John S. Brushwood, *México en su novela. Una nación en busca de su identidad*, México, FCE, 1998; Emmanuel Carballido, *Diccionario crítico de las letras mexicana en el siglo XIX*, México, Océano/CONACULTA, 2001; José Luis Martínez, *La expresión nacional*, México, CONACULTA, 1995; Ralph E. Warner, *Historia de la novela mexicana en el siglo XIX*, México, Antigua Librería Robredo, 1953 y Ana Cecilia Rodríguez de Romo y otros, *Protagonistas de la medicina científica mexicana, 1800-2006*, México, UNAM/Facultad de Medicina/Plaza y Valdés, 2008.

²²⁸ Archivo Histórico de la Secretaría de Salud, Fondo: Beneficencia Pública, Sección: Establecimientos Hospitalarios, Serie: Hospital San Hipólito, leg. 5, exp. 18, 1894, f. 11. En adelante: F-BP, S-EH. S-HSH.

²²⁹ Por ejemplo, *El Siglo Diez y Nueve* en su edición del 13 de octubre de 1883, p. 2, detalló el cambio de domicilio del “inteligente y estudioso facultativo” José Peón y Contreras, recientemente instalado en la calle de la Profesa número 5.

²³⁰ Antonio Saborit asegura que en junio de 1883 Pedro Castera apareció en las listas de pensionados de San Hipólito hasta 1884. Antonio Saborit, “El regreso de Pedro Castera”, *Nexos*, 1 de agosto de 1987. Estos datos coinciden con las noticias de la prensa capitalina, la cual en junio de 1883 comenzó a dar seguimiento de la situación que vivía el literato y los acalorados debates que suscitó entre un sector de la opinión pública, la supuesta locura de Pedro Castera. “Pedro

en las listas de nómina de los pensionistas del Hospital para Hombres Dementes, quien pagaba 12 pesos mensuales para gastos de manutención.²³¹ Por su parte, José Rafael Guadalajara figuró como profesor de lenguas romances y contador privado.²³² Contreras nació en Yucatán, Parra en Chihuahua, mientras que los dos restantes fueron oriundos de la capital. Pedro Castera fue el único que en su tierna juventud se enlistó como soldado combatiente en contra del ejército francés.

Ya entrados en años, todos desempeñaron cargos públicos dentro y fuera de la ciudad, José Peón y Contreras, Pedro Castera y Porfirio Parra fueron representantes políticos en Yucatán y Nuevo León el primero, Querétaro y Puebla el segundo y Chihuahua e Hidalgo este último. Por su parte, en 1887 José Rafael Guadalajara ingresó al Departamento de Contabilidad de la Tesorería General; posteriormente, José Yves Limantour lo nombró contador de la Dirección General de Rentas del Distrito Federal.²³³ En sus distintos ramos, todos fueron miembros destacados y respetadas personalidades públicas con cargos específicos en la estructura de gobierno de Porfirio Díaz. Ahora bien, para referirme a ellos prefiero hablar de “letrados” en el sentido propuesto por Friedhelm Schimidt-Welle, y no de “intelectuales” propiamente dichos, debido a que fueron una constelación de

Castera”, *El Siglo Diez y Nueve*, 21 de junio de 1883, p. 3. Al parecer, el escritor estuvo confinado en San Hipólito aproximadamente un año, ya que para junio de 1884, se hablaba de la inminente salida del “ilustre escritor”. “El Sr. Pedro Castera”, *El Monitor Republicano*, 3 de junio de 1884, p. 3.

²³¹ F-BP, S-EH. S-HSH, leg. 4, exp. 1, 1883, f. 17. Se han manejado varias versiones sobre el porqué fue confinado: excesos de trabajo, por haberse negado a colaborar en la campaña del níquel impulsada por el entonces presidente Manuel González o que su mamá lo confinó por motivos de salud. De cualquier manera, su reclusión fue un suceso importante que despertó acalorados debates en la opinión pública.

²³² Al parecer, se trataba de un exitoso comerciante que se encargaba de la “compra y venta de efectos nacionales y extranjeros, hipotecas y préstamos sobre valores”, según lo refiere un anuncio publicado por el propio autor en *El ffgaro Mexicano*, 22 de diciembre de 1896, p. 17.

²³³ Luis Mario Schneider y otros, *Biblios. Boletín Semanal de Información Bibliográfica Publicado por la Biblioteca Nacional (1919-1926) y su galería de escritores*, México, UNAM, 1999, p. 481-482.

escritores que participó en sucesos históricos y hechos políticos, ocupando puestos públicos en instituciones de gobierno.²³⁴ Sus actividades respondían en gran medida a las necesidades pedagógicas del gobierno, pero sin tener que renunciar a su libertad creativa.

Fueron miembros de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística y de la Academia Nacional de Medicina de México, José Peón y Contreras y Porfirio Parra. Todos escribieron en los diarios de mayor circulación de la Ciudad de México y en el interior de la República, estuvieron al frente de revistas de ciencia, arte y literatura y, a excepción de Pedro Castera, el resto fundó sus propias revistas y periódicos. En general, estos letrados publicaron interesantes relatos sobre costumbres y vida social. Pedro Castera escribió en *El Federalista*, *El Eco de Ambos Mundos*, *El Universal* con interesantes artículos sobre ciencia, artes y espiritismo,²³⁵ además, fue director de *La República. Semana Literaria* en sucesión de Ignacio Manuel Altamirano.²³⁶ José Peón y Contreras publicó versos, poemas y ensayos sobre literatura nacional en *La República. Semana Literaria*, *El*

²³⁴ Friedhelm Schmidt-Welle, "Letrados e intelectuales en Argentina y México: algunas figuras emblemáticas", en Friedhelm Schmidt-Welle (coord.), *La historia intelectual como historia literaria*, México, El Colegio de México, 2014, p. 17. De su perspectiva, los intelectuales son aquellos personajes que lograron establecer una autonomía relativa o ambivalente en el "campo literario" y científico con respecto a las relaciones individuos/instituciones del Estado.

²³⁵ Antonio Saborit estudió la vida y obra casterianas desde la óptica del espiritismo en México, corriente filosófica inaugurada en Guadalajara durante los años cincuenta del siglo XIX. Para Antonio Saborit, durante los años setenta Pedro Castera y Miguel de Olaguíbel fueron entusiastas seguidores del espiritista Allan Kardec; colaboraron de manera frecuente en *La Ilustración Espírita* donde dieron continuidad al movimiento. Pedro Castera, *Los Imprescindibles*, Selección y prólogo, Antonio Saborit, Ediciones Cal y Arena, 2004, pp. 19-20.

²³⁶ Pedro Castera asumió el cargo de redactor en jefe el 1 de enero de 1882 hasta julio del mismo año, cuando fue separado al rehusarse a escribir en favor de la campaña del níquel impulsada por el entonces presidente Manuel González. Al siguiente año, Pedro Castera apareció como paciente en el nosocomio de San Hipólito. Ver el "Prologo" escrito por Luis Mario Schneider a *Impresiones y Recuerdos. Las Minas y Los Mineros. Los Maduros. Dramas de un corazón. Querens*, México, Editorial Patria, 1987, p. 15; también, Carlos González Peña, *Historia de la literatura mexicana*, México, Editorial Porrúa, 1950, p. 16.

Álbum de la Mujer, dio a conocer sus investigaciones en el campo de la medicina mental en *La Gaceta Médica de México* y fundó *El Álbum Literario, Científico, de Artes y de Modas*, revista dirigida para “entretener y deleitar” al bello sexo.²³⁷ Porfirio Parra escribió para *La Libertad, Revista de Instrucción Pública, Revista Positiva, La Gaceta Médica de México* y *El Universal*, también fundó *El Método y El Positivismo*,²³⁸ donde escribió artículos sobre medicina interna, patogenia e higiene pública. Finalmente, José Rafael Guadalajara fue director en jefe de *El Fígaro Mexicano* de noviembre de 1896 a febrero de 1897,²³⁹ y de *El Mexicano* publicación que desafortunadamente no localizamos. En definitiva, se trata de una constelación de escritores protagonistas de la opinión pública inmiscuidos en arengas políticas y discusiones públicas sobre el arte, la ciencia e higiene social, tópicos que consideraron de gran importancia para el desarrollo de la nación. Los galenos se interesaron por el mundo de la patología mental; el resto se inclinó por las ciencias biológicas y las artes, no obstante, todos se insertaron con buen talante a la cultura escrita del país.

Ahora bien, ¿cuál fue la orientación política y vocación literaria de estos escritores? Vistos como una constelación, ¿qué los hace representativos? La literatura de nuestros autores estuvo fincada en su ambiente social inmediato,

²³⁷ *La Huella del viento. José Peón y Contreras. Obra poética I*, presentación y selección a cargo de Rubén Reyes Ramírez, México, Ediciones de la Universidad Nacional de Yucatán, 1998. Las obras completas de José Peón y Contreras se encuentran digitalizadas en la Biblioteca virtual de Yucatán: <http://www.bibliotecavirtualdeyucatan.com.mx/acervo.php>

²³⁸ Lourdes Alvarado, “Porfirio Parra y Gutiérrez. Semblanza Biográfica”, en Álvaro Matute (editor), *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, México, UNAM/Instituto de Investigaciones Históricas, vol. 11, 1988, p. 183-199.

²³⁹ *El Fígaro Mexicano* se publicaba por la empresa del mismo nombre, los días 1, 8, 15 y 22 de cada mes entre noviembre de 1896 y mayo de 1897. En dicha revista se daba espacio a la vida cultural y afrancesada del país; figuraban escritores como Rubén Darío, Alfonso Daudet, Alberto Leduc, Vicente Riva Palacio, Rafael Delgado, Gutiérrez Nájera, Laura Méndez de Cuenca. Además, se traducía a Edgar Allan Poe, Max Nordau, entre otros.

ubicaron su trama en la Ciudad de México plateando relatos sentimentales en tiempos donde comenzaba a despuntar el realismo y naturalismo literario. En lo político se trató de un grupo de letrados que se mostró entusiasta con el republicanismo y la libertad individual. Habían nacido entre la dictadura de Antonio López de Santa-Anna, la guerra contra los norteamericanos y la segunda intervención francesa, aunque dichos acontecimientos históricos no aparecieron reflejados en sus narrativas. Se desarrollaron en un clima de relativa paz, en el contexto del nacionalismo cultural y la difusión de la filosofía positivista a partir de 1867.²⁴⁰ Desde mi perspectiva, uno de los propósitos literarios comunes lo encontramos en su marcado interés por retratar las pasiones desbordadas como causantes de patologías mentales en sus personajes.

En este sentido, considerarlos como una constelación de escritores positivistas-románticos me parece pertinente, debido a que mostraron interés por los métodos de la ciencia positiva sin descuidar el gusto sentimental del nacionalismo cultural.²⁴¹ En su narrativa confluyeron elementos estéticos propios del romanticismo (sentimentalismo, nostalgia, melancolía) y concepciones científicas contemporáneas a su época (histeria, hipocondría, nerviosismo) que confirmaban, por un lado, la libertad creativa que experimentaron y, por el otro, la asimilación de las tendencias ideológicas y corrientes científicas en boga: la metafísica romántica y la medicina positivista respectivamente. Todos formaron

²⁴⁰ Charles A. Hale, *La transformación...*, p. 16.

²⁴¹ Álvaro Matute acuñó el término de “positivista romántico” para entender la trayectoria intelectual de Justo Sierra. Y agrega Matute: “Tal vez ello no resulte privativo suyo, ya que al eco tardío del romanticismo se sumó –en muchos escritores- el entusiasmo por la ciencia, el método y la experimentación”. Álvaro Matute, “Justo Sierra, el positivista romántico”, en Belem Clark de Lara y Elisa Speckman (edits), *La República de las letras...* vol. III, p. 429.

parte de la elite porfiriana que nació, creció y se desarrolló al calor del nacionalismo cultural y la difusión del método científico.

3.2 Lecturas y lectores: la función social de las obras

En 1836 comenzó a publicarse en Francia la novela por entregas en “la parte baja” de los periódicos, es decir, en los llamados folletines los cuales compartían el espacio con otras series narrativas de pintura, crítica literaria, informes de academias y crónica parisina. La gran innovación del periodista y publicista francés Émile Girardin, fue integrar la ficción en las obligadas secciones de política y economía, abriendo un potencial mercado a los hombres de letras.²⁴² De esta manera, los diarios publicaban de forma periódica textos literarios de una diversidad de autores de la juventud romántica que a menudo sus lectores esperaban de manera impaciente.²⁴³ La novela por entregas resultó un instrumento de visibilidad para los escritores y una extraordinaria estrategia de venta para los dueños de los diarios, los cuales ofertaban sus productos de ficción mediante un buen aparato publicitario. El modelo “por entregas” rápidamente se replicó en amplias regiones de Europa y América Latina, abriendo el mercado literario a amplios sectores de la sociedad. Sabemos que en 1847 se publicó la primera novela por entregas en México; para las décadas de 1860-1890 el modelo de Girardin tuvo su mayor auge. En este periodo, la lectura se había convertido en un fenómeno público debido a que se leía en la privacidad del hogar y en las

²⁴² Entre los primeros que destacaron estaban Alexandre Dumas, Honoré de Balzac y Gerard de Nerval. Marie-Eve Thérenty, *La invención de la cultura mediática...*, p. 16.

²⁴³ Jean-Yves Mollier, *La lectura en Francia durante el siglo XIX (1789-1914)*, México, Instituto Mora/Cuadernos Secuencia, 2009, p. 29.

plazas públicas.²⁴⁴ Las narrativas que nos ocupan, se publicaron en su mayoría bajo el modelo “por entregas” en los diarios de la capital, otras aparecieron en revistas literarias y luego fueron divulgadas en forma de libro por las casas editoriales de las propias revistas o del periódico que las había dado a conocer. Algunas más, se publicaron en la “parte baja” de los suplementos de los diarios o en la plana completa. Desafortunadamente no localizamos todas las inserciones de cada autor, pero existen indicios que nos permiten confirmarlo.

Varios cuentos de Pedro Castera, por ejemplo, se publicaron en *La República. Semana Literaria*, entre ellos “Un amor artístico” y “Los ojos Garzos”,²⁴⁵ que posteriormente se incluyeron en el libro *Impresiones y recuerdos*.²⁴⁶ La novela *Carmen. Memorias de un corazón* comenzó a publicarse por entregas en el suplemento dominical del diario *La República* antes de que Pedro Castera asumiera su dirección el 1 de enero de 1882. Según la redacción de *El Diario del Hogar*, al poco tiempo de su “bondadosa acogida que el público se ha servido dispensar a este ensayo de novela”, ésta comenzó a venderse en la redacción de *La República* y en la tipografía literaria que estaba ubicada en la calle Betlemita 8 y 9.²⁴⁷ A la larga, *Carmen* de Pedro Castera se convertiría en una de las novelas

²⁴⁴ Algunos aspectos histórico-sociales de la novela decimonónica los he retomado del Diplomado “Entre Ángeles y Demonios. Moralistas y perversos en la literatura del siglo XIX”, celebrado en el Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM, del 26 de agosto al 30 de septiembre de 2014. Agradezco en particular las valiosas sugerencias y opiniones de las doctoras Belem Clark de Lara, Luz América Viveros y Ana Laura Zavala.

²⁴⁵ Pedro Castera, “Un amor artístico”, *La República. Semana Literaria*, domingo 20 de noviembre de 1881, p. 94-97; “Los ojos Garzos”, *La República. Semana Literaria*, domingo 6 de noviembre de 1881, p. 71-74.

²⁴⁶ Pedro Castera, *Impresiones y Recuerdos*, México, Imprenta del Socialista de S. López Escalerillas, Juan de Mata Rivera impresor, 1882.

²⁴⁷ “Carmen”, *El Diario del Hogar*, 25 de febrero de 1882, p. 4.

con más reediciones en el mercado literario nacional.²⁴⁸ Dueños y redactores de los diarios capitalinos mostraron interés y desplegaron la infraestructura necesaria para posicionar sus productos literarios, proyectando a los autores nacionales en el gusto social de la época. Sin embargo, a pesar de la publicidad, a veces los resultados no eran los esperados por los editores. Menciono un ejemplo. La novela *Pacotillas* comenzó a publicarse por entregas el domingo 13 de noviembre de 1892 en el suplemento del diario *El Universal*, en el cual se incluyeron los primeros tres capítulos del que sería el primero de dos libros de la novela completa. Entre el 20 de septiembre y 11 de octubre del mismo año, aparecieron cuatro entregas más, no obstante, para el 26 de octubre se suspendió la publicación sin que el diario ofreciera algún tipo de explicación.



²⁴⁸ La última edición de la novela de la que tengo constancia, data del año 2004. Pedro Castera, *Carmen. Memorias de un corazón*, México, 5ta edición, Editorial Porrúa/Colección de Escritores Mexicanos.

Imagen 3. Esta inserción muestra con bombo y platillo el inicio de la publicación “por entregas” de la novela *Pacotillas* escrita por el médico Porfirio Parra, flamante redactor del propio diario capitalino y amigo cercano de la crema y nata del periodismo oficialista representado en la figura de Rafael Reyes Spíndola, propietario de *El Universal*. Sin embargo, el anuncio de la publicación no tuvo el impacto que probablemente se esperaba, ya que finalmente la novela no se publicó en México sino en España ocho años después, en la casa editorial de Salvat e hijos.

En forma de libro, las novelas fueron publicadas en algunas de las principales casas editoriales de la Ciudad de México. Por ejemplo, *Veleidosa* (1891) de José Peón y Contreras se imprimió en los talleres de Francisco Díaz de León, asimismo; *Dramas de un corazón* (1890) de Pedro Castera se editó con Eduardo Dublán, y *Sara. Páginas del primer amor* (1887) de José Rafael Guadalajara apareció con Eusebio Gómez de la Puente, todas ellas casas editoriales que desde 1860 se habían encargado de acoger con entusiasmo novelas, teatro y poesía nacionales con el fin de impulsar a muchos autores de la República.²⁴⁹ Ahora bien, ¿cómo estaban estructuradas las obras? ¿Cuál fue la trama general? A excepción de la extensa novela *Pacotillas* (1900) de Porfirio Parra y de *Carmen* de Castera, el resto son narrativas que cumplen, al menos, con tres características propias de la “novela corta” cultivada durante el Porfiriato: a) existencia de pocos personajes y hechos, b) ausencia de grandes descripciones y c) intensidad en el relato que sostiene al drama.²⁵⁰ *Taide. Contornos de la vida ideal* (1885) y *Veleidosa* (1891) de José Peón y Contreras son novelas cortas centradas en la vida amorosa de los protagonistas y su entorno familiar, se relatan brevísimas descripciones de la vida social y están ubicadas en la Ciudad de México a finales de siglo. Estas obras se componen de tres partes: en la primera se describen a los personajes, en la segunda se establece el conflicto y en la

²⁴⁹ Laura Suárez de la Torre, “La producción de libros, revistas, periódicos y folletos en el siglo XIX”, en Belem Clark de Lara y Elisa Speckman Guerra, *La República...*, vol. II, p. 20-21.

²⁵⁰ Para entender la estructura y composición de la novela corta decimonónica mexicana, ver Óscar Mata, *La novela corta mexicana en el siglo XIX*, México, UNAM/UAM-Azcapotzalco, 2003, p. 21.

tercera se resuelve el drama mediante la muerte de algún protagonista. *Taide*. *Contornos de la vida ideal* (1885) cuenta el imposible amor entre Ramiro, un joven y talentoso violinista recién llegado de Europa quien es flechado por Taide, una jovencita huérfana e hija adoptiva de Doña Rosa quien celosamente les prohíbe su unión. Taide enferma y muere, Ramiro sufre la pérdida enloquecido. En *Veleidosa* (1891) se narra la historia de Anselma, una “coqueta” que asume sin remordimientos su vida destrampada; pronto conoce a Salvador Morello, un pintor enfermizo quien termina muerto víctima del despecho de Anselma. Ahora bien, aunque no son novelas cortas, en *Carmen. Memorias de un corazón* (1882), *Dramas de un corazón* (1890) y, *Querens* (1890) de Pedro Castera, abordan dramas pasionales; en la primera, se narra la historia de la huérfana Carmen, una jovencita culta, bella y letrada quien encuentra en su padrastro un amor que roza el incesto. En cambio, el padrastro transforma su amor paternal en una pasión irrefrenable. Ante la negativa de la madre por aceptar la unión y las constantes confusiones que experimentan los personajes, Carmen finalmente muere de una afección en el corazón.

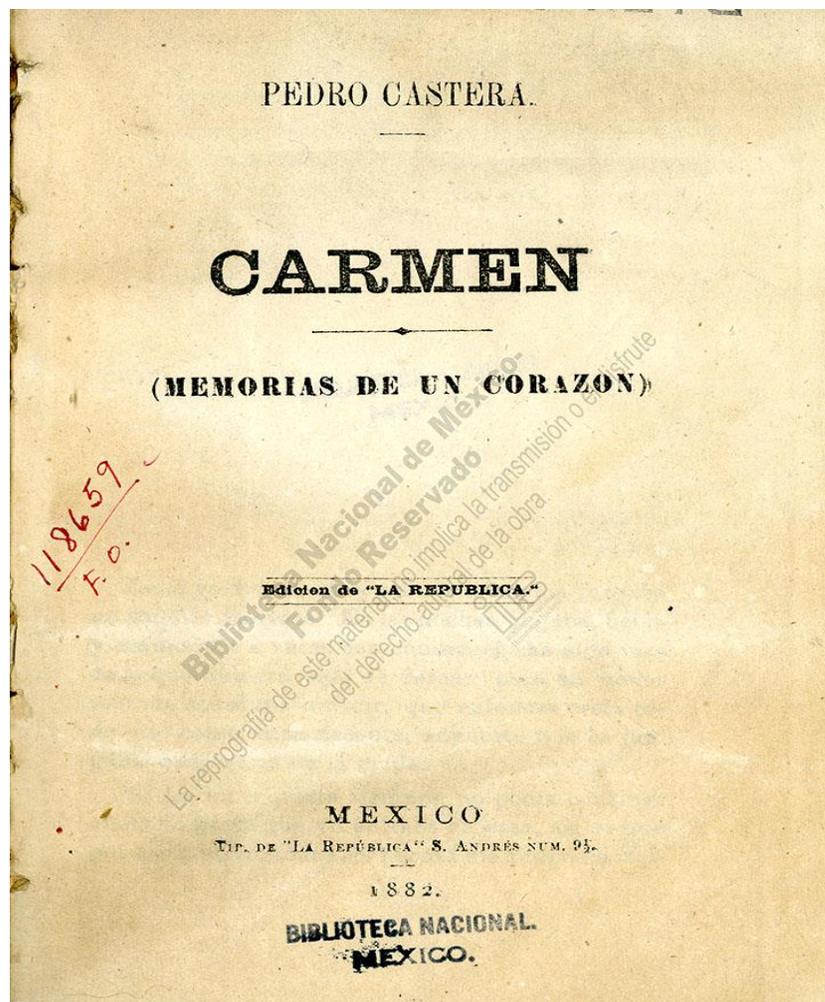


Imagen 4. La novela *Carmen* de Pedro Castera, fue una obra cuya primera edición estuvo a cargo de los talleres tipográficos del periódico *La República*, órgano de publicación en la que laboró el autor. Fuente: Pedro Castera, *Carmen (Memorias de un corazón)*, México, Tip. de "La República", 1882.

Dramas de un corazón es una novela dividida en dos partes, en la primera se relata el rapto de la esposa de un acaudalado comerciante de minerales llevado a cabo por un minero pasional. En la segunda, se narra el enamoramiento de una florista con un antiguo asesino. Ambas secciones dan continuidad a una historia de amor plagada de celos y deseos de venganza. En *Querens* Castera nos relata la historia de un hipocondriaco que llegó a Tlalpan buscando paz y calma para sus nervios, pronto descubre a un científico que realiza experimentos magnéticos con

una mujer. El protagonista-narrador quiere revivir la pasión de la joven mediante la hipnosis y hacer que se enamore de él. Defraudado por los infructuosos arrestos amorosos, el protagonista afligido se convence de que fuera del estado de sonambulismo, aquella mujer era un ser inerte. En *Sara. Páginas del primer amor* se narra la historia de una jovencita de clase alta a quien sus papás le prohíben entablar relaciones con el hombre del balcón. El amante busca desesperadamente la aprobación de los padres, pero sólo descubre que su amada se ha vuelto loca y poco tiempo después muere. Un dato interesante es que a partir de la tercera edición (1911) cambió el título de la novela y el nombre de la protagonista; *Amalia. Páginas del primer amor*. Luego de sufrir crisis de histeria por un amor prohibido, Amalia es internada en una “casa de locas” y posteriormente fallece. En la mayoría de las novelas, el afán moralizante recayó en la vida pasional de las mujeres, los títulos llevan consignadas las intenciones de los autores por describir el amor de/por una mujer.

Pacotillas es una novela extensa, consta de 52 capítulos divididos en dos libros. En el primero, integrado por 18 capítulos se muestran los antecedentes históricos del personaje principal, Francisco Téllez, la vida social en la Academia de Medicina, las tabernas y el trabajo en la industria editorial. En el segundo, se detalla la vida de algunos personajes enloquecidos, la división del trabajo, la paupérrima situación de “los de abajo”, la corrupción del gobierno en turno y la muerte del protagonista. Francisco Téllez, un joven enfermizo llega a la Ciudad de México para estudiar medicina. Pronto comienza a sufrir las dificultades de vivir en la capital, padece hambre y no cuenta con ingresos suficientes para mantener su

relación con Amalia. Logra destacar en el mundo periodístico; sin embargo, descubre la enorme corrupción que invade al gobierno de Manuel González. Poco tiempo después es trasladado a la cárcel acusado de difamación y calumnia, adentro contrae tifo y finalmente muere. Un aspecto común en el conjunto de las obras es que los personajes son seres marcados por el fatalismo y la tragedia.²⁵¹

En resumen, estas narraciones se caracterizan por su lenguaje claro, tono autobiográfico y función moralizante con la cual los autores pretendían despertar y/o acercarse a la sensibilidad de los lectores de los sectores medios y altos. Al relatar dramas pasionales y enfatizar valores sociales fincados en la pareja legítima heterosexual, la familia conyugal y la aspiración matrimonial, las obras cumplían con una clara función moral: mostrar que las pasiones descontroladas enfermaban y conducían a los territorios de la locura. Estas obras estaban pensadas para leerse en la privacidad del hogar,²⁵² según esto, las ficciones sentimentales podían contribuir a la educación sentimental de la nación. Así lo creyeron muchos lectores del momento; por ejemplo, en el prólogo a *Impresiones y recuerdos* de Pedro Castera, el escritor y empresario regiomontano Alfredo Duclos Salinas recordó que el verdadero objetivo de las obras de aquél autor era contribuir a “la ilustración de las masas y a veces el verdadero patriotismo en época de lucha”.²⁵³ Los críticos de la época consideraban que la lectura era un bien necesario para el desarrollo de la sociedad mexicana. Vicente Riva Palacio, partícipe de la doctrina nacionalista inaugurada por Ignacio Manuel Altamirano, concibió la lectura de la narrativa casteriana como una práctica indispensable para

²⁵¹ *Ibid.*, p. 90.

²⁵² Paulette Cécile Silva, Beauregard, *De médicos, idilios y otras historias...*, p. 21.

²⁵³ Pedro Castera, *Impresiones y recuerdos...*, p. (II)

el individuo, ya que permitiría, entre otras cosas, “el perfeccionamiento de la vida social”. Para el caso de la novela *Carmen. Memorias de un corazón*, el mismo Riva Palacio señaló en el prólogo que su lectura podría restituir una vida desmoralizada al mostrar “ese noble deseo de alentar al hombre que lucha, a la mujer que siente, a la familia que sufre”, y enfatizó el valor ético de la literatura impuesto desde la infancia: “yo he tenido siempre la convicción que los sentimientos de los hombres se forman en la niñez con la lectura de estas novelas, que los hacen ver a través del prisma de su inocencia, siempre triunfante la virtud y siempre odioso el vicio”.²⁵⁴ Para los críticos y estudiosos de la literatura durante el Porfiriato, acercarse a las novelas del nacionalismo cultural no sólo estimulaba la lectura entre todas las clases sociales,²⁵⁵ también formaba el carácter de los lectores desvirtuando las pasiones descontroladas.

Durante el último tercio del siglo XIX, muchos escritores entendían que su papel en la sociedad era transmitir y comunicar ciertas virtudes, procurando al mismo tiempo, fortalecer las creencias religiosas y ampliar los conocimientos culturales de los lectores.²⁵⁶ En el prólogo a la tercera edición de *Amalia. Páginas del primer amor* (1911), José Rafael Guadalajara enfatizó que su libro tenía el propósito de exaltar las pasiones en los lectores fundamentalmente femeninos, e instruir la sensibilidad de la sociedad con el recurso del desencanto, es decir, por

²⁵⁴ Pedro Castera, *Carmen...*, p. (IV). Por su parte, Federico Mendoza y Vizcaino elogió la obra de Castera por haber “deleitado a cuantos la han leído” y quienes “han sabido comprender” la novela. Finalmente destacó que Pedro Castera “se ha ocupado en hacer notar las bellezas de su libro”, y ratificó “tócanos solo manifestar, cuanto nos complace este triunfo logrado por un compañero a quien tanto hemos querido”. Federico Mendoza y Vizcaino, “Carmen”, *La Patria*, 28 de abril de 1882, p. 2.

²⁵⁵ Mílada Bazant, “Lecturas del Porfiriato”, en *Historia de la lectura en México*, Ediciones del Ermitaño/El Colegio de México, 1988, p. 210.

²⁵⁶ José Luis Martínez, “México en busca de su expresión”, en *Historia General de México*, México, El Colegio de México, 2000, p. 726.

medio de “una ilusión que se canta con su desilusión correspondiente que se llora (nada nuevo, ¿no es así todo en esta vida?): eso vas a ver a través de estas páginas”.²⁵⁷ Los escritores y críticos de la época no sólo valoraron el papel activo de los lectores en la cultura de la época, también asentaban que el encuentro con las novelas sentimentales podía allanar el camino para educar a las jóvenes mostrándoles cómo las pasiones desbordadas conducían a la desgracia y desventura.²⁵⁸ Al respecto, Porfirio Parra aseguró en su calidad de médico que un excesivo sentimentalismo podía ser contraproducente, porque ciertas novelas románticas podían formar personas “egoístas, apáticas y severas” que en nada ayudaban al desarrollo moral del país. Desde una postura higiénica, el médico chihuahuense puntualizó que un lector -sensible y fundamentalmente femenino- podía conmovirse con “objetos imaginarios” alejados de la realidad.²⁵⁹

Otras obras fueron juzgadas por destacados escritores modernos. Un ejemplo de ello es el prefacio a *Veleidosa* de José Peón y Contreras, escrito por Manuel Gutiérrez Nájera, en el cual consideró el poder sugestivo de la obra dada su calidad estilística. Según el crítico, la novela buscaba enseñar exaltando el puntilloso vicio del hombre de genio del protagonista y mostrar la gestión médica de su autor que “asistió como doctor al moribundo personaje y que escuchó como poeta sus confidencias”.²⁶⁰ Si por un lado Vicente Riva Palacio celebró la obra de Pedro Castera como un ejemplo del compromiso social del escritor en la creación de la identidad nacional, por el otro, Manuel Gutiérrez Nájera, quien desde 1882

²⁵⁷ José Rafael Guadalajara, *Amalia. Páginas del primer amor*, México, Editor de Eusebio Gómez de la Puente, 1911, p. 6-7.

²⁵⁸ Paulette Cécile Silva Beauregrad, *De médicos, idilios y otras historias...*, p. 139.

²⁵⁹ Porfirio Parra, “El sentimentalismo. Lecturas”, *El Universal*, 28 de febrero de 1891, p. 1.

²⁶⁰ José Peón y Contreras, *Veleidosa...*, p. (XVI).

se había enemistado con aquél, elogió la obra de José Peón y Contreras por su valor estético, ratificando así la libertad del arte por encima del compromiso social que debía cumplir la literatura.²⁶¹ En este periodo, muchos escritores consideraron que la literatura debía cumplir una función social; aunque desde 1876 el propio Gutiérrez Nájera había alzado la voz en favor de la libertad creativa.²⁶² Más allá de las disputas, resulta notable que las obras de nuestra constelación fueron comentadas por escritores y periodistas de importancia para las letras nacionales.

En general, algunas de estas obras gozaron de una buena recepción en el medio letrado; los críticos de la época insistían en que ayudaban a entender “la virtud” de los personajes y desdeñar a toda costa “el vicio”. En la novela *Pacotillas*, Porfirio Parra declaró que su intención era enseñar a los lectores los peligros de una vida desarraigada, mostrando la desventura de su héroe el cual “no pudo adaptarse al medio social”.²⁶³ Su novela instruía sobre las consecuencias funestas de un hombre entregado al ideal en un contexto de ambición y desorden. En definitiva, críticos, escritores y en general muchos letrados entendieron que la literatura era un medio privilegiado para calibrar los progresos de la nación y

²⁶¹ Belem Clark de Lara, “Una crónica de las polémicas modernistas...”, p. 63.

²⁶² Dice Gutiérrez Nájera: “Lo que nosotros queremos, lo que siempre hemos defendido, es que no se sujete al poeta a cantar solamente ciertos y determinados asuntos, porque esa sujeción, tiránica y absurda, ahoga su genio y sofocando tal vez sus más sublimes inspiraciones, le arrebatara ese principio eterno que es la vida del arte, ese principio santo que es la atmósfera del poeta, y sin el cual, como una ave privada del vital ambiente por la máquina neumática, el hombre siente que su espíritu se empequeñece, que sus fuerzas se debilitan, y muere, por último, en la abyección y la barbarie”. Manuel Gutiérrez Nájera, “El arte y el materialismo”, en Belem Clark de Lara y Ana Laura Zavala Díaz (introducción y rescate), *La construcción del modernismo...*, p. 3-32.

²⁶³ Parra, Porfirio, *Pacotillas*, p. 5.

coincidieron en que su verdadera función era servir a la construcción integral de la patria.²⁶⁴

Para finalizar este apartado es importante interrogarse, ¿a quién estaban dirigidas las obras? ¿Cuál era su público lector? Estas narraciones estaban dirigidas a un sector reducido de la sociedad mexicana, citadina, letrada e interesada en la vida cultural y sentimental de los mexicanos. No obstante, el índice de lectores no correspondía al valor social que los críticos literarios le habían otorgado. La población en los centros urbanos había tenido un crecimiento demográfico de 41% en 1877 y de 88% en 1910,²⁶⁵ y dada su heterogeneidad fundamentalmente rural y analfabeta (80% en 1910), es posible considerar que las obras de nuestra constelación de escritores estuvieran destinadas a campaar entre grupos medios y letrados, y un reducido grupo social esparcido entre el medio urbano y trabajador que sabía leer y escribir. Cuando se llevó a cabo el primer censo de la República en 1895, se calculaba que sólo el 14% de la población era alfabeta; aunque para 1910 había aumentado en un 20%. Era más hombres que mujeres los que sabían leer y escribir: de un 17% en 1895 al 22% en 1910 los primeros; a diferencia del 11% y 17% en esas mismas fechas para las segundas. Tan sólo el entonces Distrito Federal tenía el 38% de la población alfabetizada,²⁶⁶ de manera que eran pocos los posibles lectores a finales del siglo XIX. Entre 1882 y 1900, años en que salieron en forma de libro las obras, había un número bajo de lectores fundamentalmente varones que vivían en la capital

²⁶⁴ José Luis Martínez, *La Expresión Nacional...*, p. 15.

²⁶⁵ Moisés González Navarro, *Estadísticas sociales del Porfiriato*, México, Secretaría de Economía, 1956, p. 67.

²⁶⁶ Mílada Bazant, "Lecturas del Porfiriato", p. 206.

mexicana y que podían gozar de la circulación de los impresos. Por lo anterior, podemos concluir que las obras estaban dirigidas a un reducido pero significativo público ciudadano e ilustrado que encontraba en los relatos sentimentales y las ficciones románticas una opción para celebrar, imaginar, rechazar o fantasear con amores desventurados y tragedias funestas.

3.3 Conclusiones

Más allá de los intereses particulares y estilos narrativos que representaron los autores, en conjunto esta constelación de escritores depositarios del nacionalismo cultural compartió la necesidad de ejercer actividades simultáneas en la función pública, el periodismo y la investigación científica, todos estos espacios laborales resultaron idóneos como medios de subsistencia. Su vocación de servicio y entusiasmo por la producción literaria, los llevó a fundar revistas, a inmiscuirse en la vorágine del medio periodístico e incursionar en el mercado literario como autores de renombre. Sus amplias actividades periodísticas y de investigación científica, así como su colaboración gubernamental ayudaron construir la cultura escrita en un periodo de apertura cosmopolita. Todos desarrollaron sus prácticas literarias en el marco del nacionalismo cultural y el positivismo científico, razón por la cual sus narrativas se abrieron paso con buena recepción en la crítica literaria en tiempos de profundos cambios culturales.

Entre escritores-periodistas y médicos-positivistas, estos letrados participaron activamente en la generación de opinión pública, trabajo que consideraron crucial para el proyecto de nación que anhelaban los porfiristas. Sus

narraciones formaron parte de un movimiento internacional que escribió romances sentimentales con los cuales buscaban contribuir en la educación sentimental de la nación. Pese a los inminentes rasgos románticos presentes en sus narrativas, no debemos olvidar que esta constelación de escritores participó del influjo de otras corrientes estéticas en aquel ambiente de modernidad del fin siglo. En definitiva, los médicos-escritores fueron personajes de reconocido prestigio en el ámbito de la cultura escrita que volcaron sus esfuerzos literarios a la instrucción de la sociedad. Sus relatos sentimentales, como analizaremos a continuación, describían la privacidad de los grupos privilegiados y sectores medios, mostrando las pasiones contrariadas como elementos centrales que podían conducir a sus personajes a los territorios de la locura.

Capítulo IV

Entre sentimentales, violentos e histéricas

Así, desde la situación más serena, un hombre incapaz de controlar sus pasiones y sus resoluciones se desliza insensiblemente hasta la pasión más impetuosa, hasta las decisiones más violentas, para desembocar en la manía más furiosa o en la melancolía más profunda.

Jean E. Esquirol²⁶⁷

La ciencia derriba al corazón del trono del sentimiento, localiza los pensamientos en las circunvoluciones del cerebro y las grandes pasiones y las más tiernos afectos, se convierten a la luz de los progresos de la fisiología en resultados casi matemáticos de la disposición del organismo.

Vicente Riva Palacio²⁶⁸

Introducción

Los médicos-escritores del nacionalismo cultural buscaron educar al pueblo mediante ficciones que ponderaran amores heterosexuales, condenaron los arrebatos pasionales inscribiéndolos en los territorios de la anormalidad y la enfermedad. Sus personajes hombres y fundamentalmente mujeres jóvenes, encarnaron atributos morales específicos fincados en la virtud y la moderación, aunque siempre estuvieron expuestos a la transgresión y la violencia del deseo. Los locos literarios de la constelación romántica-positivista pertenecían a los sectores medios e ilustrados de la sociedad, padecían neurosis e histerias como

²⁶⁷ Jean Étienne Esquirol, *Sobre las pasiones consideradas...*, p. 32.

²⁶⁸ Pedro Castera, *Carmen...*, p. I.

causa y consecuencia del poco dominio de sus pasiones. En este sentido, estos autores se apoyaron en las ideas médicas que conocían de primera mano y recogieron elementos centrales de la patogenia de la locura que circulaban ampliamente en los diarios capitalinos. Sus ficciones psicopatológicas dialogaban con los discursos médicos y sociales sobre la demencia pasional, utilizaron esos saberes con la libertad creativa que experimentaban. Sin lugar a dudas, la presencia de Pinel y Esquirol resultó evidente sobre todo si analizamos las motivaciones que condujeron a los narradores-protagonistas hacia la locura: el amor, el odio, los celos. Las pasiones contrariadas examinadas por los facultativos, aparecieron como elementos estructurantes en los relatos sentimentales, razón por la cual sus narrativas avalaban los discursos médicos constituyéndose en instrumentos de legitimación de la medicina mental durante el último tercio del siglo XIX en México.

El siglo XIX fue un periodo de grandes cambios político-económicos y profundas transformaciones socioculturales. El nacimiento de las naciones en Europa y América Latina, el auge y consolidación de las economías, y la instauración de un régimen político como el liberalismo, fueron algunos de los principales cambios ocurridos durante este periodo.²⁶⁹ Además, la centuria decimonónica atestiguó el ascenso y triunfo de la burguesía liberal, representada por miembros exitosos de las clases medias compuestas por familias adineradas con lujosas mansiones en lomas residenciales y casas de campo destinadas a la diversión y esparcimiento. Estas clases burguesas impusieron un “estilo de vida”

²⁶⁹ Un estudio imprescindible para entender el periodo, es el libro de Eric Hobsbawm, *La era del imperio, 1875-1914*, México, Booket, 2015.

basado en el gasto de sumas importantes de dinero como símbolo de estatus, mediante el cual regían su pretensión de cultura con una educación distinguida y prácticas deportivas.²⁷⁰ Ahora bien, la burguesía arremetió fuertemente contra la sexualidad confiscándola a la función reproductora de la familia conyugal, la pareja romántica, legítima y procreadora, e impuso en las sociedades modernas un modelo de vínculo pasional normativo que confinó las prácticas sexuales a fines utilitarios.²⁷¹ Poco a poco, la moderación, la racionalización de la vida, el consumo de bienes culturales, la frivolidad y el tiempo libre fueron algunos de los nuevos valores burgueses que impactaron en el comportamiento y mentalidad de los grupos medios y sectores populares.

Según Peter Gay, la “cultura respetable del siglo XIX” veía en las imágenes excesivas y apasionadas un acompañante peligroso, razón por la cual “celebró la contención, modulación y control” de las pasiones (principalmente sexuales) mediante restricciones severas; sin embargo, resulta paradójico que en esta época florecieron valiosos testimonios de esposos impotentes, mujeres frías y amores ilícitos que hicieron de la centuria decimonónica un tiempo ambivalente y socialmente complejo.²⁷² Las intensas campañas contra la masturbación, los temores de los esposos a la impotencia, aunado a los debates sobre la sexualidad de las mujeres mostraban inquietudes, miedos y fantasías de angustia de un sector de la burguesía. En definitiva, este siglo no sólo hizo problemática a la mujer, sino también problematizó la sexualidad humana en

²⁷⁰ Eric Hobsbawm, *La era del imperio...*, p. 184.

²⁷¹ Una referencia ineludible sobre la historia de la sexualidad sigue siendo, Michel Foucault, *Historia de la sexualidad. La voluntad de saber*, Argentina, Siglo XXI editores, 2008.

²⁷² Peter Gay, *La experiencia burguesa...*, p. 59.

general.²⁷³ Podemos decir que el amor romántico burgués confinó las prácticas sexuales a la formación de la familia legítima, promoviendo una sexualidad productiva en el hogar y confinando otras (como el hermafroditismo, la homosexualidad, el lesbianismo o la masturbación) a los dominios de la anormalidad y patología mental.²⁷⁴

En este sentido, una parte de la cultura literaria del siglo XIX participó activamente en la construcción de historias amorosas entre jóvenes pertenecientes a grupos privilegiados y clases medias en ascenso. Estas “ficciones domésticas” generalmente exaltaban las virtudes psicológicas de las mujeres como protectoras, educadoras y baluartes femeninos simbolizados en su poder en el hogar.²⁷⁵ De igual manera, hubo literaturas transgresoras que mostraban amores ilícitos y actividades sexuales fuera del matrimonio que lograron sacudir la moral de la época.²⁷⁶ Sin embargo, es importante destacar que para el caso latinoamericano los escritores elaboraron pocos romances satisfactorios que concluyeran en celebraciones matrimoniales. Los relatos románticos escritos en Latinoamérica de la segunda mitad del siglo XIX, sostiene Doris Sommer, eran una manifestación elocuente de la “cultura sentimental” de la época. La intención de los escritores era infundir ideas sobre la importancia de la moderación, el control de las pasiones y el culto a la vida doméstica. Los relatos

²⁷³ *Ibid.*, p. 136.

²⁷⁴ Michel Foucault, *Historia de la sexualidad...*, p. 33.

²⁷⁵ Para el caso de las ficciones domésticas desde una postura político-social en Inglaterra, ver el clásico libro de Nancy Armstrong, *Deseo y ficción doméstica. Una historia política de la novela*, presentación de Giulia Colaizzi, traducción de María Coy, Ediciones Cátedra/Universitat de València/Instituto de la Mujer, 1991, p. 17.

²⁷⁶ La novela que retrató de manera magistral el amor ilícito fue *Madame Bovary*, escrita por entregas en 1856 por Gustave Flaubert. Una excelente edición *Madame Bovary*, traducción de Carmen Martín Gaité, Fabula Tusquets Editores, 2002.

sentimentales también tenían la encomienda de moralizar sobre los asuntos de la “privacidad burguesa” resaltando amores heterosexuales y matrimonios convenientes que sirvieran a los lectores como ejemplos de consolidaciones pacíficas.²⁷⁷ Estos relatos sentimentales buscaban domesticar las pasiones mostrándolas como elementos peligrosos para la salud de la población y la construcción de las naciones. Muchos escritores latinoamericanos consideraron que la moral pública debía estar concentrada principalmente en las mujeres, su objetivo prioritario era disciplinar los deseos sexuales y celebrar la contención como una virtud socialmente aceptada. Ahora bien, en los relatos sentimentales era bastante común que los escritores exploraran a “la mujer enferma” como un personaje característico del eclecticismo narrativo de finales del siglo XIX, a tal punto que “parece imposible encontrar una obra que no se refiera a ella”.²⁷⁸ Efectivamente, la patología femenina también la encontramos en las preocupaciones literarias en México; existen ejemplos representativos de narrativas que participaron de ese movimiento internacional que moralizó sobre los amores de juventud y la sexualidad de las mujeres. Novelas moralizantes que condenaron la exposición pública de las pasiones eróticas, mostrándolas como factores que condujeron a sus personajes a la locura.

En este capítulo analizaré las ficciones sentimentales de la constelación de los médicos-escritores y estudiaré las estrategias narrativas que utilizaron para

²⁷⁷ Para la estudiosa norteamericana Doris Sommer, las novelas fundacionales latinoamericanas fueron aquellas que ayudaron a imaginar una nación posible, narrando historias de amores desventurados que promovían sexualidades productivas en el hogar, las cuales estaban determinadas por factores como la raza, partidos e intereses económicos. Doris Sommer, *Ficciones fundacionales...*, p. 22.

²⁷⁸ Paulette Cécile Silva Beauregard, *De médicos, idilios y otras historias...*, p. 135.

definir el perfil psiquiátrico de sus personajes. Los relatos sentimentales son un medio indispensable para entender la circulación de ideas, valores y actitudes de la elite cultural sobre los procesos de salud/enfermedad. Las representaciones de las locuras en las ficciones sentimentales se rigieron por convenciones literarias y científicas de la época, generalmente se identificaron con la decrepitud, la degeneración física, la violencia, la debilidad de carácter, la miseria, la imaginación excesiva, es decir, con rasgos peyorativos descritos por la medicina mental y difundidos por la prensa capitalina. La explicación común que ofreció esta constelación de escritores indica que las locuras de sus personajes eran motivadas por sentimientos desbordados y pasiones contrariadas. Por lo tanto, estos relatos sentimentales jugaron un papel relevante en la definición de ciertos modelos estéticos de los trastornos mentales, popularizando la idea de que la locura era un fenómeno pasional negativo para la sociedad porfiriana.

4.1 De locos y locuras pasionales

En estas obras se representa la locura como un hecho fundamentalmente moral, aunque también se alude a procesos orgánicos o cerebrales acordes con la medicina mental vigente. Las obras centran su mirada en la vida pasional de los personajes y las consecuencias del arrebató sentimental. Esta concepción de la locura muestra la manera en que había calado la mirada médica en la ficción literaria, ya que la cultura de la subjetividad romántica y las pasiones desbordadas se habían convertido en elementos constitutivos del desarrollo de la clínica

psiquiátrica francesa.²⁷⁹ En las narrativas se esbozan tres padecimientos mentales: histeria, hipocondría y lipemanía, pero no son tratadas como enfermedades crónicas, sino como actitudes excesivas llevadas al acto, meros “accesos” motivados por la decepción y el infortunio de los personajes. Los autores buscaron fijar en los lectores escenas de locura pasajera compuestas por sentimientos exaltados y pasiones violentas. Cabe interrogarse, ¿quiénes fueron estos personajes literarios caracterizados como locos? ¿A qué sector social pertenecieron? ¿Cómo fueron descritos?

Las edades de los protagonistas que padecían algún tipo de psicopatía varía según fueran mujeres u hombres, los rangos en las jóvenes se sitúan entre los 17 y 20 años, mientras que los varones están entre los 20 y 40. Además, pertenecían a los sectores medios y populares de la sociedad, sólo muy pocos se identificaron con la clase pudiente. Para el caso de las mujeres, las narrativas señalan que se trataban de huérfanas de madre y padre abandonadas o dadas en adopción. Carmen, por ejemplo, fue abandonada “recién nacida” y acogida por la familia de su futuro padrastro y enamorado confeso en el pueblo de Tacubaya.²⁸⁰ Taide contaba con 17 años cuando fue adoptada por la señora Rosa tras el fallecimiento de su abuela y mentora doña Francisca.²⁸¹ Anselma, la famosa *Veleidosa* heroína de José Peón y Contreras, había sido recogida por Genoveva

²⁷⁹ Rafael Huertas, *Historia cultural de la psiquiatría...*, pp. 35, 133; Luis Montiel, “El nacimiento de la psicología en el espíritu de la literatura. Los orígenes literarios de la psiquiatría alemana decimonónica”, *Frenia. Revista de Historia de la Psiquiatría*, vol. X, 2010, p. 75-94.

²⁸⁰ Pedro Castera, *Carmen...*, p. 12.

²⁸¹ José Peón y Contreras, *Taide...*, p. 20.

hermana de su verdadero padre.²⁸² Amalia, la pareja sentimental de “Pacotillas” se quedó “huérfana y desamparada” por lo que se fue a vivir con su amado en una “modesta casita” de “suelo despoticado” y sin rayos de luz.²⁸³ Es decir, estos personajes carecieron de una red familiar que ayudara a su educación sentimental, razón por la cual se convirtieron en una población en riesgo pues estaban fuera de la institución familiar. En general, estas señoritas que en su juventud experimentarían estados de nerviosismo e histerismo, a excepción de Sara (también de nombre Amalia), vivían en zonas si no pobres al menos con ciertas limitaciones en la Ciudad de México. Sin embargo, en las historias se describe que la vida privada transcurría al calor de un piano, violín y clases de pintura, además de que muchas de las familias contaban con trabajadoras domésticas. Por lo tanto, los personajes de los relatos sentimentales pertenecieron tanto a los sectores populares como a los grupos medios.

Estas novelas hacían eco de las inquietudes de los médicos interesados en las cuestiones mentales, sobre todo en su convencimiento de que la histeria atacaba principalmente a las jóvenes en su pubertad.²⁸⁴ Sara (Amalia) era una joven veinteañera que, por el contrario, era hija de un rico “empleado del gobierno” que gozaba de gran reputación entre las “buenas familias” porfirianas de la capital.²⁸⁵ Igual caso el de Don Antonio, personaje cuarentón de la novela

²⁸² José Peón y Contreras, *Veleidosa...*, p. 11.

²⁸³ Porfirio Parra, *Pacotillas...*, p. 32.

²⁸⁴ Según el médico Carlos Chaix, “a diferencia de la epilepsia, la histeria se manifiesta en la pubertad”, Carlos L. Chaix, *Estudio patogénico, diagnóstico y psicológico de la epilepsia...*, p. 20; Para el galeno Isaac Vázquez, la histeria afectaba a muchas “mujeres jóvenes” principalmente por los cambios psicológicos que podía suscitar el periodo menstrual. Isaac Vázquez, *Ligero estudio de algunos accidentes de la gran histeria...*, p. 14.

²⁸⁵ José Rafael Guadalajara, *Sara...*, p. 11.

Pacotillas quien era reconocido como un antiguo hacendado, rico y de “buena fama” que al morir su esposa se trasladó de Guanajuato a la Ciudad de México, en “pos de celebridades médicas y de óptimas medicinas”.²⁸⁶ Los dos últimos casos muestran que para los escritores la locura no era una enfermedad exclusiva de las clases medias o bajas, sino un fenómeno que atacaba por igual a ricos y pobres. Desde esta perspectiva, las propuestas narrativas de estos autores coincidían con la medicina mental vigente, la cual consideraba que muchas enfermedades mentales, por lo general, atacaban a los sectores medios de la sociedad debido a que éstos lograban desarrollar “cierto grado de inteligencia” y, por ende, quedaban expuestos a la influencia del medio social.²⁸⁷ Pero también reconocían que “las calamidades públicas con la pobreza y todas sus secuencias” podrían ser causas de las neurosis.²⁸⁸ En los relatos sentimentales se enfatiza que los varones perturbados por algún tipo de psicopatía eran huérfanos, otros más, individuos solitarios de los que desconocemos su historia familiar. Tal es el caso de los protagonistas-narradores en las obras de Pedro Castera, que en su mayoría vivían alejados del trato social. Claramente eran marginados de la sociedad: mineros, criminales, vagabundos y alcohólicos. Este último caso se refiere al padrastro de Carmen en la novela del mismo nombre, quien era descrito como un alegre bebedor y “enamorado colérico”; también nos referimos al “hipocondriaco” protagonista-narrador en *Querens*, de quien sabemos era un “alma solitaria” que después de salir de un hospital para hombres dementes, se trasladó a la ciudad

²⁸⁶ Porfirio Parra, *Pacotillas...*, p. 290.

²⁸⁷ José Olvera, “Discurso sobre causas...”, p. 54.

²⁸⁸ Juan Ramírez, “Juicio del que se suscribe...”, p. 55.

para vivir en el pueblo de Tlalpan.²⁸⁹ Finalmente, encontramos al narrador-protagonista en *Dramas de un corazón*, minero despechado invadido por una “pasión maldita” que decidió asesinar al dueño de un mineral y raptar a su futura esposa.²⁹⁰ Las obras no establecen claramente una correlación directa entre la condición social del individuo y la locura que luego experimentarían.

También había letrados y artistas que de igual forma sucumbían a accesos de locura por la vía pasional. Una constante era la desgracia y el infortunio, vivencias que desde el inicio de las narraciones determinan la vida mental de los varones. Ramiro, protagonista en la novela *Taide*, era adoptado, desde muy joven mostró virtudes en el violín y talento para el dibujo. Por su parte, Salvador Morello amante de Anselma en *Veleidosa*, era alumno de la Academia de Bellas Artes; cuya alma de artista contrastaba con su inminente pobreza. El mismo Francisco Téllez “Pacotillas” héroe de Porfirio Parra, era huérfano de padre y madre, por lo cual experimentó las limitantes económicas hasta su muerte. Este hecho caló hondo en su temperamento juvenil, a tal grado de que también tuvo un breve periodo de alcoholismo. El estado de orfandad y la adversidad familiar son una constante en la vida de los varones; no obstante, la desgracia afectó por igual a hombres y mujeres sin importar su origen social. Sin declararse abiertamente como escritores realistas, estas narrativas ofrecían elementos propios del naturalismo literario, el cual procuraba dar cuenta del “medio, tiempo y espacio” en que se desarrollaban los acontecimientos.²⁹¹ Estos elementos reforzaban la idea

²⁸⁹ Pedro Castera, *Querens*, El paso Texas, Talleres Linotipográficos de “La Patria”, 1923, p. 6. (Obra publicada en 1890)

²⁹⁰ Pedro Castera, *Dramas de un corazón...* p. 51.

²⁹¹ Emile Zola, *El naturalismo...*, p. 47, 263.

de que la locura era un problema de raigambre social. Ahora bien, ¿cómo son descritos moralmente los personajes? Las características “psicológicas” de los protagonistas revelan las percepciones sociales de mujeres y hombres, así como algunos comportamientos idiosincráticos propios de la sociedad porfiriana.

Susceptibles e impresionables

La moderación, el recato y la religiosidad fueron elementos de importancia en la caracterización moral de las mujeres protagonistas. El caso de Sara (Amalia) resulta ejemplar, debido a que se trata de una jovencita que encarna el ideal de la mujer decimonónica, reservada y ferviente católica: “Había en ella no sé qué aire de pureza y de candor que al contemplarla hacía pensar en las madonas del pincel de Urbino. Tenía en su faz la sonrisa hechicera de la niña y el recato y el rubor de la virgen cristina”.²⁹² Los autores exaltaban el recato y la vocación religiosa de sus personajes mujeres, aunado a la valoración que tenía la inocencia como unidad formativa de la moralidad. Carmen representa el idealismo y la belleza juvenil, ideales que varios literatos honraban mediante la exposición minuciosa de sus letras.²⁹³ Pedro Castera lo sintetiza de la siguiente manera: “Las orejas eran pequeñas y transparentes, el cuello redondo y como exuberante de morbidez, en las mejillas suavemente coloreadas, había la frescura y el brillo de la juventud. La gracia, la simpatía y la inocencia completaban aquella belleza soberana”.²⁹⁴ La madrastra de Carmen había decidido que no fuera a un colegio

²⁹² José Rafael Guadalajara, *Sara...*, p.18.

²⁹³ Esther Hernández Palacios, “Entre el ángel del hogar y la construcción de la patria: la poesía de las mujeres mexicanas del siglo XIX” en Rafael Olea Franco (editor), *La Literatura mexicana...*, p. 539.

²⁹⁴ Pedro Castera, *Carmen...*, p. 44.

para señoritas, las clases de religión, gramática, piano y bordado fueron dictadas por una profesora particular con el objeto de forjar en su moral el “buen gusto y cordialidad”. Sin embargo, a la edad de 15 años comenzó a estar triste, “llena de divagaciones y de accesos de estremecimiento incomprensible”.²⁹⁵ Cabe resaltar que desde inicios del siglo XIX, se consideraba que las muchachas debían aprender su rol “natural” en los círculos familiares, con el fin de convertirse en los “ángeles del hogar”.²⁹⁶ Resulta evidente que para muchos escritores del nacionalismo cultural oponerse a esos valores sobre la domesticidad de las mujeres era riesgoso, debido a que equivalía a colocarse dentro de los enemigos de la familia, la civilización y la república.²⁹⁷ Los escritores moralistas reproducían estereotipos profundamente arraigados en la mentalidad colectiva decimonónica.

Ahora bien, la constelación que nos ocupa pronto destacó que la impresionabilidad y la susceptibilidad eran pruebas de la debilidad moral de las protagonistas. En la descripción que realiza José Peón y Contreras de la joven Taide se destaca la “naturaleza endeble y delicada constitución”²⁹⁸ que la hacían susceptible y fácilmente impresionable. Taide se había educado como una señorita de “casa grande” por lo que había descuidado “las cualidades morales”. Sabía leer y escribir, era curiosa, inteligente, además de que pasaba los días frente al espejo y mirando por fuera del balcón. Sin embargo, “tenía la debilidad de

²⁹⁵ *Ibid.*, p. 29.

²⁹⁶ El propio José Joaquín Fernández de Lizardi opinaba que “no era bueno dejar mucho tiempo a una niña en la escuela”, porque adquirían malas costumbres, al tiempo que “perderían su inocencia y candor”. Cita tomada de María Teresa Bisbal Siller, *Los novelistas...* p. 81. Julia Tuñón, “Ensayo introductorio. Problemas y debates en torno a la construcción social y simbólica de los cuerpos”, en Julia Tuñón (comp.), *Enjaular los cuerpos. Normativas decimonónicas y feminidad en México*, México, El Colegio de México, 2008, p. 45.

²⁹⁷ Paulette Cécile Silva Beauregard, *De médicos, idilios y otras historias...*, p. 93.

²⁹⁸ José Peón y Contreras, *Taide...*, p.109.

amar hasta la exageración”.²⁹⁹ Los relatos sentimentales valoraron el deber/ser de las mujeres a partir de cualidades “naturalizadas” por la sociedad: el recato, la moderación y la debilidad moral. Estos estereotipos femeninos muy en boga durante la época, fueron compartidos por otras escritoras; por ejemplo, en la novela *Sonrisas y Lágrimas* escrita por las hermanas Larraínzar, se aludía a que la mujer debía ser religiosamente “recta y moderada” en su conducta, además de “tierna y moralmente bella cuando se mantiene virgen y pulcra”.³⁰⁰ De igual manera, los impresos de Vengas Arroyo publicados entre 1880 y 1920 realzaban la virtud de las mujeres como la honradez y devoción religiosa, así como la moderación y entrega amorosa.³⁰¹

Es importante resaltar que estas narrativas fueron escritas por hombres, lo cual revela el modelo sexuado hegemónico de fin de siglo. En algunos medios impresos de la Ciudad de México, se difundía la idea de que las mujeres debían ser pasivas, católicas y moderadas en su conducta, aunque muchas criticaran la supuesta “debilidad femenina” en tiempos ilustrados.³⁰² Durante el Porfiriato circularon todo tipo de ideas en torno a la condición social de la mujer, incluso la prensa capitalina dedicaba espacios en sus editoriales para moralizar y disuadir a las buenas conciencias de que el decoro y el recato moral, eran virtudes loables

²⁹⁹ *Ibid.*, p. 12.

³⁰⁰ Ernestina Larraínzar y Enriqueta Larraínzar, *Sonrisas y Lágrimas*, México, Imprenta de Ignacio Cumplido, Hospital Real núm. 3, t. I, 1883, p. 151.

³⁰¹ Elisa Speckman Guerra, “Pautas de conducta y código de valores en los impresos de Venegas Arroyo” en Rafael Olea Franco, *La literatura mexicana...*, p. 430.

³⁰² La escritora española y radicada en México desde 1883, Concepción Gimeno de Flanquer, consideró que si la mujer era débil, se debía a que se había dejado “arrastrar al abismo de la perdición”, ya sea porque “el vicio las atraía o porque, para vivir en su armonía depravada, necesitaba corromperse”. Concepción Gimeno de Flanquer, “No hay sexo débil”, *El Album de la mujer*, México, año 1, n. 12, 16 de septiembre de 1883, p. 19.

de la “dama mexicana”.³⁰³ Las narrativas que analizamos apuntalaron actitudes sociales muy comunes respecto a la “naturaleza de la mujer” como el “ángel del hogar”, y no dejaron de insistir en la impresionabilidad, susceptibilidad y debilidad como elementos íntegros de la moralidad femenina.

Débiles y sentimentales

Ahora bien, la debilidad y susceptibilidad también fueron atributos de la moralidad varonil mediante los cuales, los autores explicaron los accesos de locura que experimentaron sus personajes. Tal es el caso del artista Salvador Morello de quien sabemos era un extraordinario pintor, pero “demasiado impresionable”.³⁰⁴ Al celebrarse el domingo de carnaval, Salvador se encontró con Anselma del brazo de Diego Vargas, motivo suficiente para embarcarse hacia París y alejarse de ella para siempre. Pacotillas también experimentó el sentimentalismo como un rasgo de “debilidad”; es descrito como un individuo profundamente romántico y de “viva sensibilidad, de imaginación ardiente, era dado a la pereza del cuerpo y a la actividad del alma, era un soñador precoz y un poeta agraz”.³⁰⁵ Después de separarse del periódico *La Bandera del Progreso*, Pacotillas también perdió su plaza de practicante en el Hospital, razón por la cual cayó en un estado “opaco, melancólico y triste como el alma desilusionada”.³⁰⁶ La debilidad moral de mujeres y hombres es una constante en la descripción de los personajes, elementos

³⁰³ “La Coquetería”, *El Monitor Republicano*, 24 de febrero de 1882, p. 2; “La aptitud y la misión de la mujer”, *El Monitor Republicano*, 3 de mayo de 1883, p. 2; Concepción Gimeno de Flanquer, “La dama mexicana”, *El Monitor Republicano*, 19 de agosto de 1883, p. 2; Para entender los imaginarios femeninos durante la centuria decimonónica, Carmen Ramos Escandón, “Mujeres de fin de siglo. Estereotipos femeninos en la literatura porfiriana”, *Signos*, II, 1989, p. 51-83.

³⁰⁴ José Peón y Contreras, *Veleidosa...*, p. 119.

³⁰⁵ Porfirio Parra, *Pacotillas*, p. 49.

³⁰⁶ *Ibid.*, p. 281.

cruciales en la explicación estética de las locuras pasionales. Además, los relatos sentimentales dialogaban con las opiniones médicas imperantes durante la época, las cuales argumentaban que había individuos “débiles, mal constituidos, de una organización delicada” por haber tenido una educación “afeminada”.³⁰⁷ Resulta comprensible pensar que si la medicina mental y sectores amplios de la opinión pública consideraran la naturaleza de la mujer a partir de la “susceptibilidad”, automáticamente dedujeran que la “debilidad” masculina era producto de una educación feminizada.

Para esta constelación de escritores las pasiones y sentimientos desbordados tenían su correlato fisiológico; por ejemplo, Carmen padecía “dolores nerviosos” debido a una afección en el corazón;³⁰⁸ Taide había sido sonámbula con intensas fiebres, doña Rosa padecía “reblandecimiento en los sesos”;³⁰⁹ Esther, la prima de Sara (Amalia) había muerto de una “afección en el corazón”, mientras que aquella padecía intensas fiebres y ataques epilépticos que la llevaban a tener delirios.³¹⁰ Anselma protagonista de “veleidosa” estuvo una temporada en el hospital por una tuberculosis. Finalmente Pacotillas sufrió un periodo de alcoholismo antes de morir de tifo. En estos casos, los accesos de locura estaban directamente relacionados con enfermedades orgánicas. Si bien

³⁰⁷ Buenaventura Jiménez, *La histeria en el hombre...*, p. 13; Patrocino Biedma publicó el 22 de febrero de 1883 en *El Monitor Republicano*, un artículo en donde explicaba que la debilidad en ciertas personalidades masculinas, se debía a que sus cuerpos estaban atrapados en “almas femeninas”, causando una “considerable perturbación en todo el sistema vital, y sobre todo en el sistema nervioso”. Patrocino Biedma, “Las almas femeninas”, *El Monitor Republicano*, 22 de febrero de 1883, p. 1. Incluso el mismo Porfirio Parra a inicios de los noventa, consideró que había personalidades que se dejaban atrapar por un “funesto sentimentalismo” debido a su débil constitución y que además, aquellas cualidades “empobrecidas” en el carácter, se reforzaban con la lectura de novelas románticas. Porfirio Parra, “El Sentimentalismo...”, p. 1.

³⁰⁸ Pedro Castera, *Carmen...*, p. 46.

³⁰⁹ José Peón y Contreras, *Taide...*, p. 106.

³¹⁰ José Rafael Guadalajara, *Sara...*, p. 206.

las pasiones eran aspectos fundamentales en los comportamientos desmedidos, los escritores subrayaron el sustrato fisiológico que los predisponía a la locura. El protagonista-narrador en *Dramas de un corazón* describe el proceso de esta manera:

El corazón humano presenta profundos abismo ante la mirada escrutadora que lo sondea. El pensador se detiene ante ciertos problemas que le parecen como enfermedades de la mente o como deformidades morales. Fórmense en esa extraña como especie de concreciones sombrías. Las pasiones que lo agitan pueden distraerlo, ennobleciéndolo, o contraerlo, empequeñeciéndolo. *Ciertos sentimientos en él producidos, son hijos de la influencia nerviosa y de la debilidad cerebral.*³¹¹

Los relatos sentimentales producían ficciones psicopatológicas, las cuales compartían una visión organicista y psicologista de la enajenación mental. Estas narrativas describían a personajes moralmente desequilibrados, sensibles y fisiológicamente predispuestos a enloquecer. Para el caso del sentimentalismo varonil, es muy probablemente que sus actitudes pudieron cuestionar el modelo de masculinidad decimonónica enraizada en la virilidad, fortaleza y decisión, realzando la sensibilidad como reafirmación del artista moderno,³¹² temas que discutirán ampliamente los escritores modernos en su versión decadente.

³¹¹ Pedro Castera, *Dramas...*, p. 5. El mismo autor consideró que las facultades del individuo se agravaban por "el gasto excesivo de fuerza nerviosa y por el abuso de la imaginación", Pedro Castera, "Cosas que fueron" en *Impresiones y recuerdos...*, p. 65. Subrayado mío.

³¹² Ana G. Chaucifio Fernández, *La imagen de masculinidad en la novela de sensibilidad hispanoamericana*, México, Instituto de Investigaciones Lingüístico-Literarias/Universidad Veracruzana, 2003, p. 54. La sensibilidad como reafirmación del artista moderno es uno de los temas principales de las discusiones sobre los decadentistas que analizaremos más adelante.

Locuras pasionales

En los relatos sentimentales encontramos que los personajes afectados por algún tipo de locura no son víctimas de un poder psiquiátrico, disidentes políticos o mártires del control estatal.³¹³ Evidentemente surgieron en un contexto en el que no había una psiquiatría consolidada, tampoco modernos hospitales psiquiátricos a los cuales atribuirles leyendas negras o abusos de los médicos.³¹⁴ Para nuestra constelación de escritores, la locura de sus protagonistas estaba identificada con emociones y sentimientos de la vida privada: 1) amor pasional, 2) celos, 3) sentimientos de abandono y 4) “emociones fuertes” como la muerte de un familiar. Según se aprecia en las novelas, el amor pasional venía precedido por el anhelo de poseer al objeto y la violencia del deseo; los celos aparecían bajo el signo de la sospecha; el sentimiento de abandono emergía tras la separación de los amantes; la muerte de un familiar era causa de delirios. Con el imperio de las pasiones como telón de fondo, estos locos literarios pierden el dominio de sí hasta experimentar dramas apasionados que podían conducirlos a actitudes violentas y/o extravíos de la voluntad. Veamos a detalle cada uno de estos aspectos.

Amores pasionales

Cuando la pasión del amante es desbordante, el sentimiento amoroso se transformaba en locura. En *Un amor artístico* (1881) de Pedro Castera, el protagonista-narrador recuerda cómo, a mitad de la noche, escuchó las notas

³¹³ Tesis fundamentales en la perspectiva del “control social” inaugurada durante los años sesentas del siglo XX por Michel Foucault.

³¹⁴ Como lo mencioné en el primer capítulo, en la ciudad de México existían los viejos hospitales para enfermos mentales como San Hipólito (1566) y el Hospital del Divino Salvador (1700), los cuales fusionaban el trabajo hospitalario desde la lógica asistencial y la piedad cristiana. Andrés Ríos Molina, “Locura y encierro psiquiátrico en México...”, p. 75.

“dulces y lánguidas, triste y sollozantes” de una melodía ejecutada en un piano. Dentro de la casa, miró la fotografía enmarcada de una mujer, besó su rostro hasta que creyó poseerla completamente, desde entonces su pasión “se convirtió en delirio, en frenesí, en locura”.³¹⁵ El sentimiento de posesión constituyó un elemento clave en la dinámica patológica de muchos personajes, a tal grado de que las “pasiones desenfrenadas” eran vistas como enfermedades relacionadas con desequilibrios corporales. No poseer al objeto era proporcional a la enfermedad que producía. Recuerda el narrador de “Los ojos garzos”:

El corazón me palpitaba aceleradamente, mis sienas latían con fuerza, mi paso era vivo y rápido, una especie de angustia me oprimía el pecho y no sé qué ansiedad indefinible se había apoderado de mí, poniéndome trémulo, medroso, inquieto y en toda la plenitud de una exaltación, semejante a la que nos produce una intensa fiebre.³¹⁶

En la novela *Sara. Páginas del primer amor* se alude a un joven descrito como impetuoso amante, cortés y apasionado, que de tanto mirar a su vecina reclinada en su balcón le hizo creer que le pertenecía. Su pasión era tan desbordante que su cuerpo visibilizaba la violencia contenida: “Mi cuerpo temblaba, el corazón latía con violencia y con la dificultad respiraba: parecía que el corazón teniéndolo cerca quería saltar del pecho”. Cuando descubre que Sara ha enloquecido por culpa de su amor insatisfecho, el joven cae en un estado de “neurosismo” motivado por la “contrariedad y decepción”. Su locura consistía en la

³¹⁵ Pedro Castera, “Un amor artístico”, *La República. Semana Literaria*, año 1, n. 8, t. I, domingo 20 de noviembre de 1881, p. 96.

³¹⁶ Pedro Castera, “Los ojos garzos”, *La República. Semana Literaria*, año 1, n. 6, t. I, domingo 6 de noviembre de 1881, p. 73.

pérdida momentánea de la memoria, fiebres intensas e incoherencias justificadas por su “imaginación calenturienta”:

Los ardores de la fiebre habían hecho que mis labios, aunque con incoherentes frases, informaran a mi familia de lo que Sara había llegado a ser para mí. Después de luchar tanto y ayudado por el silencio y la quietud de mis días y de mis noches de convalecencia, pude al fin recordar enteros aquellos cuadros de mi fantasía; engendrados por el amor: brillantados por la decepción.³¹⁷

La separación de los amantes

La decepción y la separación de los amantes eran viejos temas literarios reactualizados a la luz de los conocimientos médicos. La enfermedad mental cobra atención estética, porque se trata de un tercero incómodo no siempre fácil de superar. Al respecto, es probable que muchos escritores hallaran este argumento médico en la novela *María* (1867) del colombiano Jorge Issacs, composición literaria bastante leída por los escritores mexicanos.³¹⁸ La novela daba cuenta del proceso psicopatológico de María y las consecuencias funestas de la separación. María es descrita como una joven devota, pálida y enferma a quien afectaban sobre manera “las emociones intensas”. Finalmente muere víctima de una “fiebre cerebral” causada por la prolongada ausencia de su amado. Doris Sommer consideró la enfermedad de María como una “restricción narrativa” que mantuvo separados a los amantes más certeramente que cualquier tragedia

³¹⁷ José Rafael Guadalajara, *Sara...*, p. 277.

³¹⁸ Lejos del gusto por lo exótico, la nostalgia, la descripción del paisaje y el mundo esclavista, Jorge Issacs imprimió a sus personajes de una melancolía, desarraigo y delirio amoroso con la cual buscaba dotarlos de un aire psicológico. La historia está ubicada en el Valle del Cauca y cuenta el idilio amoroso entre el expedicionario Efraín y la joven María quien padecía de una “epilepsia incurable”. Jorge Issacs, *María*, Barcelona, España, Editorial Bruguera, 1972.

personal.³¹⁹ La enfermedad como consecuencia de la separación fue un recurso estético bastante utilizado en la narrativa que estudiamos.

Por ejemplo, Carmen confesó a su madrastra que la pasión amorosa que sentía por su padre había degenerado en enfermedad: “Usted no sabe mamita que estoy muy mala de amor. El amor es una enfermedad. El corazón está muy hinchado de tanto como lo quiero”. Carmen había enflaquecido, estaba “pálida” y con “la boca abierta” que parecía aspirar el aire con “angustia”, para entonces era una “sombra de lo que fuera antes”.³²⁰ Debido al profundo amor que sentía por su padrastro, Carmen vino a menos, un comportamiento convaleciente que reflejaba viejas prácticas amorosas. Recordemos que las conductas amorosas durante el siglo XIX estaban alimentadas por los debates entre metafísicos, médicos y psiquiátricos sobre el estatuto de la pasión, la existencia de naturalezas sexuales y los peligros del exceso fisiológico.³²¹ Las ficciones psicopatológicas recogieron la tradición estética del romanticismo de la segunda mitad del siglo XIX, aunque resignificaron los hechos pasionales con algunas bases conceptuales de la medicina mental. Las historias coincidían con los puntos de vista médicos, sobre todo por considerar que la pasión amorosa podía derivar en un estado patológico. Así lo creía Ignacio Ramírez “El Nigromante”:

Un hospital mi amor es,

Todo quejas y dolores

Me derrama sus ardores

³¹⁹ Doris Sommer, *Ficciones fundacionales...*, p. 228.

³²⁰ Pedro Castera, *Carmen...*, p. 363-364.

³²¹ Philippe Aries y Georg Duby, *Historia de la vida privada*, Madrid, Taurus, t. IV, 1989, p. 525.

De la cabeza a los pies.
Si enfermo por ti me ves
Y si tu piedad divina
A premiar a mi fe se inclina,
Cásate con boticario
Y alivia mi mal Rosario
Con cualquier medicina.³²²

El amor desenfrenado y la pasión amorosa sucumbieron ante la mirada clínica finisecular, la cual degradó el mito romántico a un cuadro psicopatológico.³²³ Muchos escritores del nacionalismo cultural de la primera mitad del siglo XIX condenaron los excesos, el desequilibrio y la frustración como una acción negativa y dañina para el individuo,³²⁴ por lo que a finales de siglo los médicos-escritores mostraron los peligros clínicos de las pasiones contrariadas y su estrecha vinculación con la locura. En este sentido, no es posible considerar lo patológico como una mera “restricción narrativa”, como lo sostiene Doris Sommer, sino que se trató de un recurso estético mediante el cual los escritores buscaron moralizar a los lectores sobre las secuelas mentales que conlleva una vida pasional.

³²² Ignacio Ramírez, “Enfermedades de amor”, *La República. Semana Literaria*, México, t. I, año 1, n. 2, domingo 9 de octubre de 1881, p. 5.

³²³ Dominique Simonnet, *La más bella historia de amor*, Argentina, FCE, 2004, p. 109.

³²⁴ Carlos Illades, *Nación, sociedad y utopía...*, p. 120.

Pasiones arrebatadas

Los literatos homologaron la pasión amorosa a una enfermedad mental enfatizando el papel del medio social y la herencia. Para realizar su proyecto narrativo se valieron de imágenes convencionales de la novela decimonónica y apuntalaron ciertos conceptos traídos de la medicina psicopatológica de la época. Contrarios al proceso civilizatorio que suponía el ascenso del autocontrol y autoacción de las emociones y afectos propios de las sociedades modernas,³²⁵ muchos de los personajes literarios mostraban comportamientos desmedidos y pasionales que marcaban su falta de dominio de sí.³²⁶ Los sentimientos más nobles de pronto son transformados en pasiones que expresaban conductas arrebatadas enraizadas a la locura. Cuando doña Rosa, madre del joven violinista de nombre Ramiro, consideró que su vástago estaba enamorado de otra mujer, se vio inmersa en un estado de “exaltación” que la hizo perder el juicio. La pasión arrebatada, según nos dice José Peón y Contreras, explicaba el camino irremediable hacia la psicopatía. El narrador médico asiste al hundimiento moral de la madre despechada:

aquel sentimiento se desprendía siempre del alma de doña Rosa, puñal en mano, para herir profundamente su cerebro, y esa lleva en línea recta a la exaltación y al delirio; las razonables ideas y el juicio siempre inmutable y firme de aquella

³²⁵ Norbert Elías, *El proceso Civilizatorio*, México, FCE, 2009, p. 542.

³²⁶ El escritor francés Honoré de Balzac (1799-1850) consideró en su *Comedia Humana*, que una pasión bajo el yugo de la intensidad podía engendrar en monomanía. Rafael Torres Sánchez estudió la obra de Balzac desde el punto de vista del proceso civilizatorio y como una muestra de la sensibilidad decimonónica en el contexto de transición social y recomposición política. Rafael Torres Sánchez, *Balzac para historiadores*, México, CONACULTA, 2011, p. 35.

madre postiza en la forma, si se nos permite expresarnos así, pero en el fondo real y verdadera.³²⁷

Doña Rosa sentía un profundo miedo de que su hijo algún día tuviera el deseo de unir su vida a otra que no fuera la suya, entonces “se transfiguraba” hasta que perdía los estribos. Identificada como una enfermedad de la mente, la pasión amorosa también implicaba riesgos individuales dado que no siempre se conocían sus secuelas.³²⁸ Cuando el amor y la pasión se identificaban con un estado nervioso, la situación afectiva revelaba la acuciante debilidad del individuo, el cual podía sucumbir a cualquier desequilibrio mental. Un poema anónimo publicado en el diario *El Universal* el 6 de septiembre de 1888 decía lo siguiente: “El enfermo de males del alma, sea joven o viejo, es el débil y tímido esclavo, de horribles espectros”.³²⁹

La violencia del deseo

Los literatos pensaban que cuando las pasiones no eran controladas, éstas encontraban otra vía de escape: la violencia del deseo. El protagonista-narrador en *Dramas de un corazón* de Pedro Castera, consideraba que el anhelo de poseer al objeto amado despertaba “esa fiebre de deseos y esa exaltación de los sentidos, que en determinados casos puede llegar a producir un delirio enfermizo

³²⁷ José Peón y Contreras, *Taide...*, p. 41.

³²⁸ El escritor Manuel Sánchez Mármol lo describe muy bien en su novela *Pocahontas* de 1882. Cuando el dueño de la embarcación Sea Foam, Mr. Young, cuenta que cuando vio por primera vez a Miss. Young (Pocahontas) sintió que su pasión se convirtió en una “enfermedad peligrosa, cuanto que conociendo los síntomas patológicos, eludía el tratamiento de los físicos. Créame enamorado”. Manuel Sánchez Mármol, *Pocahontas (relación fantástica)*, México, Tipografía Juventud Tabasqueña de F. Chigliazza, 1882, p. 43.

³²⁹ “Espectros”, *El Universal*, jueves 6 de septiembre de 1888, p. 2. Poema firmado por Luzbel,

y a veces hasta el crimen”.³³⁰ Cuando el minero descubrió que aquella mujer estaba comprometida con un exitoso hombre de negocios de la industria minera, supo que su pasión estaba descoyuntada. En estos casos, recuerda el narrador, “la pasión es más bien una enfermedad y como tal debe tratársela”. Finalmente, el personaje discutió el hecho de que las pasiones, aunque necesarias para cultivar la vida interior de los hombres, podían hacer perder la razón y mostrar el rostro de la demencia:

Un ser sin pasiones es un ser muerto. Suprimid los deseos y suprimid los ímpetus. Suprimid las discusiones que se producen en nuestro interior por los razonamientos y se suprime la inteligencia; en este caso obtendréis al cretino que nada quiere; *dominado por la pasión al demente*. En los dos es el resultado: en uno, de la supresión de las pasiones y en otro de la exaltación de las mismas. En ambos ejemplos, la razón ha perdido su imperio. La razón debe estar antes que todo.³³¹

El poco dominio y control de las pasiones se habían convertido en un tema de suma relevancia para nuestra constelación de escritores, ya que explicaban *grosso modo* la pérdida de la razón de los hombres. Más allá de degradar el mito romántico a un proceso psicopatológico, estas ficciones psicopatológicas pusieron en circulación ideas, valores y actitudes sociales sobre los arrebatos pasionales, validando las percepciones médicas de la medicina mental vigente. Las narrativas hacían eco de la imagen negativa de la locura vista en el primer capítulo, en la cual las nociones de excesos pasionales eran el problema central para los

³³⁰ Pedro Castera, *Dramas de un corazón...*, p. 13.

³³¹ Pedro Castera, *Querens*, p. 25. *Cursivas mías.*

facultativos. Los escritores románticos-positivistas estuvieron inmersos en una época obsesionada con la exposición pública de los arrebatos sentimentales, la cual celebraba la moderación y el recato como valores propios de la civilidad.

Tengo celos

Para el caso de los celos, los autores ofrecieron explicaciones basadas en la sospecha, la traición y perjurio que sentían los protagonistas. Estas actitudes y valores sociales tampoco eran nada nuevos. En la sociedad novohispana hasta bien entrado el siglo XIX, los celos eran sentimientos y emociones privadas que podían conducir a actos de agresividad y violencia. Los comportamientos celotípicos reflejaban estructuras sociales mediante los cuales se desafiaban los códigos familiares y religiosos de la época.³³² En las narrativas, la pasión de los celos en ocasiones conducía a estados de furia y delirio, generalmente eran tratados como actos pasajeros de irracionalidad. Por ejemplo, en la novela *Taide. Contornos de la vida ideal*, se describen los celos y delirios compartidos entre Ramiro y su madre debido al amor que aquel sentía por la joven Taide. Cuando doña Rosa, madre de Ramiro, se enteró de aquella pasión, se llenó de celos y pidió a su hijo elegir entre su amor o el inminente despecho:

No, yo no trataré de abandonarla a usted, nunca... este es otro amor, este es otro... ¿Otro amor? Exclamó doña Rosa levantándose y como poseída de un acceso de locura; ¿otro amor? Pues bien, el suyo o el mío. ¡Madre! ¡El suyo o el

³³² Estos temas han sido estudiados por Teresa Lozano Armendares, "Penurias del cornudo novohispano", en Pilar Gonzalbo Aizpuru y Verónica Zárate Toscano (coord.), *Gozos y sufrimientos en la Historia de México*, México, El Colegio de México/Instituto Mora, 2007, p. 178. Ver de la misma autora, *No codiciarás la mujer ajena. El adulterio en las comunidades domésticas novohispanas. Ciudad de México, siglo XVIII*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Investigaciones Históricas, 2005.

mío! Madre... replicó Ramiro, retrocediendo algunos pasos. Contesta, ¡contesta pronto!, ¿no ves que me estoy muriendo? Madre mía. No... ¡yo no soy tu madre! Soy una infeliz mujer a quien devora el infortunio. Contesta ¿No me obedeces? ¡Obedéceme!, porque debes obedecerme.³³³

Los celos condujeron a la madre a estados de locura que terminaron por consumirla lentamente, en tanto que Ramiro huyó de la ciudad al sentirse acorralado por su mentora y luego despedido por Taide. Solo, en una casa deshecha y con un violín prestado, Ramiro reveló a su amada la condición mental en que se encontraba: “Taide, hace muchos días que me separé de tu lado. ¡Yo creo que voy a volverme loco!”. Los celos de Ramiro fueron consecuencia de las sospechas de que Taide tuviera otro amor, así comenzó a tener visiones, imágenes que lo atormentaban, “se le aparecían bajo mil formas, bajo mil diferentes aspectos”, su “exaltada imaginación” parecía abandonar su cerebro: “en ese caos en que parece que flota el cráneo mismo, especie de embriaguez sin malestar, sin congestión, sin sueño, como pudiera ser la del estúpido, como pudiera ser la del idiota”.³³⁴ En realidad, pareciera que José Peón y Contreras retrató a Ramiro como si fuera una persona con retrasado mental, tema que había estudiado cuando trabajaba en el Hospital de San Hipólito para hombres Dementes.³³⁵ Las representaciones de los celos eran pasiones que, desbordadas y excesivas, podían atacar el cerebro y ofuscar la razón:

³³³ José Peón y Contreras, *Taide...*, p. 97-98.

³³⁴ *Ibid.*, p. 67.

³³⁵ José Peón y Contreras, “Idiotía Microcefálica”, *Gaceta Médica de México*, t. VII, n. 5, México, 1 de agosto de 1872. En el texto examinó el caso del joven de nombre José que padecía una malformación craneal la cual explicaba su “estado idiota”. Este diagnóstico estaba relacionado con el retraso mental, proceso degenerativo de las facultades intelectuales y afectivas.

Los celos más absurdos y más injustificados y menos razonables, invadieron y se apoderaron de aquél cerebro y de aquél corazón. Las pasiones cegaron el alma, el celo dominó al amor, y después de una lucha terrible, esperó sufriendo como debería sufrir, un ser en quien el raciocinio se veía ofuscado por el exceso de la pasión.³³⁶

Los celos afectaban por igual a hombres y mujeres; la motivación constante eran la desconfianza y el temor a la traición. Cuando Carmen descubre que su padrastro tuvo un antiguo amorío con Lola, aparentemente su verdadera madre, comienza a manifestar “celos intensos” que conducen a la enfermedad moral: “Tengo celos de entonces, de aquél pasado, de lo que yo no vi, de lo que me han dicho, de lo que sospecho, de tus recuerdos, de tus pensamientos y de todo. ¡Tengo celos!” El médico consideró que, de persistir su actitud, empeoraría el estado de salud de la joven: “La enfermedad moral, es decir, la pasión y los celos, vienen a agravar más la enfermedad física”, y concluyó que, “si le causara una decepción, evidentemente moriría”.³³⁷ En realidad, los médicos interesados en la patología mental de la época consideraban los celos como una causa determinante, más no predisponente de la locura moral principalmente en las mujeres.³³⁸ Los “violentos arrebatos de la pasión”, como lo llamó el médico Porfirio Parra, hacían perder la regularidad del “proceso psíquico”, generando actos

³³⁶ Pedro Castera, *Dramas de un corazón...*, p. 152.

³³⁷ Pedro Castera, *Carmen...*, p. 177, 179, 192.

³³⁸ En las citadas conferencias del Dr. Secundino Sosa, se refirió específicamente a las pasiones psicopatológicas de esta manera: “pero si es celosa, si la familia está en la miseria, si en la viudez ve a sus hijos sin pan y sin porvenir (...) su pensamiento estará agitado por ideas, que por la debilidad de su juicio sean erróneas; su imaginación de cargará de falsas imágenes (...) le producirá el desequilibrio de las facultades mentales: la locura”. “Causas de la locura. Conferencias del Dr. Sosa”, *El Universal*, 7 de marzo de 1891, p. 2.

irreflexivos e involuntarios porque la libertad moral “estaría suprimida”.³³⁹ Las narrativas señalaban que los celos podían generar todo tipo de perturbaciones en la mente de los personajes, incluso comparaban aquel estado celotípico con una lucha interior que desvirtuaba los pensamientos.

Salvador Morello sintió celos al ver a Anselma del brazo de otro joven, inmediatamente manifestó una “masa confusa de pensamientos” semejante a una “penumbra sin límites” que “torturaban su cerebro”. La pasión profunda de los celos le hizo experimentar accesos de locura: “Volvió la vista alrededor, experimentó vehementes deseos de correr, de gritar, le espantó su locura, su delirio, la ebriedad, de su pasión profunda.” El narrador de la obra de José Peón y Contreras consideró que el joven artista sufría de “accesos de sentimentalismo”, un estado de confusión, extravagancia y caos mental producto de sus celos:

¡Qué multitud de ideas, extravagantes y extrañas, pululaban en la mente de Morello; Ideas que en el reducido espacio de su cráneo, se mezclaban, se confundían, como en inmensa plaza (...) con diferentes trajes abigarrados, de diverso idioma, que se empujan, se codean, ganando y perdiendo terreno, disputando, vociferando, sin comprenderse, hasta que la noche viene y las dispersa, quedando el sitio, donde hubo tanto movimiento y vida, envuelto en sombras, desolado, yermo, lóbrego como el caos.³⁴⁰

El carácter de Salvador Morello era “demasiado impresionable”, lo cual definió su acceso de locura que culminó en suicidio envenenándose con una medicina. Efectivamente, los relatos sentimentales argumentaban que las

³³⁹ Porfirio Parra, *Ensayo sobre la patogenia...*, p. 27.

³⁴⁰ José Peón y Contreras, *Veleidosa...*, p.116.

pasiones de los celos, podían afectar y modificar el estado mental de los personajes.

La muerte de un familiar

La muerte de un familiar también era motivo suficiente para enloquecer. Antonio, un viejo hacendado del norte del país sufrió la pérdida de su esposa. A partir de entonces, fue víctima de una lipemanía. Cuando llegó a la Ciudad de México para su inspección, el enfermo confesó al facultativo que su mal radicaba en un “agujero en la sien” que le “taladraba la cabeza”. Su familia declaró que los síntomas de su locura consistían en la insensibilidad hacia su familia y el despilfarro de su dinero: “una vez dio un rancho por un caballo flaco, otra vez le regaló una casa a un embustero, que lo enterneció contándole no sé qué historia, hablaba sólo, no hacía caso de sus hijos, y parecía haberles perdido el cariño”. El diagnóstico del médico indicaba que se trataba de un caso de melancolía e hipocondría, debido principalmente a su estado de tristeza e indefensión:

El pobre loco pertenecía a la clase de los mansos e inofensivos, los furibundos accesos con que le empezó la vesania habían desaparecido. Era dócil como un niño, se dejaba guiar y conducir por su hermano, a quien profesaba la adhesión que al amo tiene el perro. Su locura era melancólica, con predominio de ideas hipocondriacas y se manifestaba por la inmovilidad y el silencio.³⁴¹

Más tarde, el médico consideró que por “cierta atonía en la mirada” se trataba de un caso típico de “lipemanía” o “delirio melancólico”. Esta definición se ajustaba a las concepciones psiquiátricas decimonónicas que la consideraban un

³⁴¹ Porfirio Parra, *Pacotillas*, p. 298.

trastorno de las emociones con delirio sobre un objeto y predominio de una pasión triste o depresiva.³⁴² La melancolía de don Antonio servía para aleccionar a los lectores sobre el impacto de las “emociones fuertes” en el carácter, razón por la cual el médico-escritor decidió mostrarla en su definición íntegra, para que sirviera como elemento pedagógico. En este sentido, las narrativas sentimentales funcionaban como corolario de los saberes científicos imperantes, ya que difundían una serie de conocimientos de manera estética. Al igual que las discusiones de los médicos de la época, nuestra constelación de literatos no dejó de insistir en el substrato orgánico existente de cualquier trastorno mental. Por ejemplo, sobre la enfermedad hipocondriaca, dice un personaje-narrador de Pedro Castera, “no es tan imaginaria como se cree. De la hipocondría a la hepatitis, hay una corta distancia, y en las enfermedades, como en la mayor parte de las cosas de la vida, lo difícil es el principio”.³⁴³

Los médicos-escritores no discutieron de manera clara y contundente hasta qué punto las condiciones sociales y el género de vida incidía en los procesos de salud/enfermedad de sus personajes, pues evidentemente sus narrativas no eran tratados médicos. No obstante, nuestra constelación de escritores consideró que las locuras eran procesos de la vida privada en donde los personajes predispuestos biológicamente perdían la capacidad de controlar sus pasiones, razón por la cual experimentaban estados pasajeros de irracionalidad, extravíos de voluntad y tristezas patológicas. Además, los literatos no dejaron de

³⁴² Rafael Huertas, *El siglo de la clínica...*, p. 54; Germán Berrios, *Historia de los síntomas...*, p. 382.

³⁴³ Pedro Castera, *Querens*, p. 6.

insistir en que la desgracia y el infortunio resultaban factores relevantes en los accesos de locura.

4.2. La histeria literaria: entre la vigilancia y la prohibición

Las mujeres protagonistas en las obras de estudio fueron caracterizadas física y moralmente con algunos de los síntomas comunes de la histeria decimonónica, como las actitudes pasionales y el erotismo inmoderado. Los accesos histéricos otorgaban a los relatos sentimentales un semblante profundamente dramático para los lectores, justamente porque aparecerían indistintamente como causa y consecuencia del amor desmedido y/o la prohibición del encuentro. Estas narrativas no sólo ficcionalizaron la locura histérica en sus protagonistas, también evidenciaron los imaginarios sociales de la época sobre la fragilidad y la sexualidad desmedida de las mujeres porfirianas, ideas y valores avalados por el discurso médico de fin de siglo.

Como es sabido, a lo largo del siglo XIX la histeria se convirtió en la columna vertebral del alienismo francés. Los primeros alienistas decimonónicos consideraron que se trataba de un desorden nervioso que afectaba principalmente a las mujeres y producía incoherencia en los valores morales. Los síntomas principales se resumían en trastornos del afecto y la sensibilidad,³⁴⁴ pero también se insistió en que se trataba de una enfermedad relacionada con un erotismo

³⁴⁴ Diane Chauvelot, *Historia de la Histeria...*, p. 211. El propio Michel Foucault demostró que durante el siglo XIX, la histeria era el rostro "negativo" de la racionalidad médica, transformando un problema clínico en una cuestión moral. Michel Foucault, *Historia de la locura...*, p. 432-461; Edward Shorter, *Historia de la psiquiatría...*, p. 113-144.

exagerado.³⁴⁵ La historiografía ha mostrado que la histeria fue una enfermedad marcada por la cultura científica (letrada, patriarcal y burguesa), la cual sirvió para construir tipologías acerca de la feminidad anormal, condenando comportamientos marcados por la diferencia sexual.³⁴⁶ Incluso se ha llegado a afirmar que los médicos tuvieron por objeto silenciar las voces de las mujeres que no acataban los roles tradicionales de género.³⁴⁷ La notoriedad de las publicaciones, así como su rápida difusión identificó el XIX como el siglo de la apoteosis de la histeria. Rápidamente el término adquirió popularidad en la cultura literaria de la segunda mitad del siglo XIX.³⁴⁸ La constelación de escritores que nos ocupa, detallaron algunas fases clínicas de la histeria apelando a determinados conceptos e ideas médicas imperantes en la época, aunque ponderaron el hecho de que el histerismo estaba relacionado con la prohibición pública del deseo. Como muchas ficciones sentimentales latinoamericanas, la enfermedad revelaba a los lectores un

³⁴⁵ Jaques Postel y Claude Quérel (comps), *Nueva Historia de la Psiquiatría*, México, FCE, 2000, p. 274. Philippe Pinel ubicó la histeria dentro de la familia de las neurosis, las actitudes “autodestructivas” y “antisociales”, así como el abuso del alcohol o el lesbianismo fueron algunos comportamientos anormales que sirvieron para catalogar la moralidad de las mujeres, Dora B. Weiner, *Comprender y Curar...*, p. 199-200. Por otro lado, Jean-Martin Charcot (1825-1893) reconoció a partir de 1882 que se trataba de una “enfermedad psíquica por excelencia” que perturbaba a hombres y mujeres por igual. Roy Porter, *Breve historia de la locura...*, p.135.

³⁴⁶ George Didi-Huberman, *La invención de la histeria. Charcot y la iconografía de la Salpêtrière*, Madrid, Ensayos de Arte Cátedra, 2007, p. 112. Para el caso mexicano, véase el trabajo antropológico a cargo de Martha Lilia Mancilla Villa, *Locura y Mujer durante el Porfiriato*, México, Círculo Psicoanalítico Mexicano, 2001; Frida Gorbach, “La histeria y la locura. Tres Itinerarios en el México de fin de siglo”, en Laura Cházaro y Rosalinda Estrada (editoras), *En el umbral de los cuerpos. Estudios de Antropología e Historia*, México, BUAP/COLMICH/Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades, 2005, p. 97-116.

³⁴⁷ Marta Caminero-Santangelo, *The madwoman Cant´t speak. Or Why insanity is not subversive*, Cornell University Press, 1998, p. 2.

³⁴⁸ Janet Beiser, *Ventriloquized bodies. Narratives of Hysteria in Nineteenth-Century France*, Ithaca: Cornell University Press, 1994, p. 137. También véase, Gabriela Nouzeilles, “Asesinatos por sugestión: estética, histeria y transgresión”, *The Colorado Review of Hispanic Studies*, vol. 4, fall 2006, p. 309-325.

secreto escondido en la privacidad: la feminidad descontrolada y la sexualidad como peligro.³⁴⁹

Las mujeres que padecen accesos de histeria son descritas como jóvenes sentimentales y emocionalmente contrariadas. Cabe preguntarse, ¿cuáles son las razones por las que enfermaron? ¿Quién define el padecimiento? ¿Cómo se describe la psicopatía? Las obras ofrecen dos motivos principales: la rigidez del mundo emotivo y las tensiones familiares que experimentan las protagonistas. El personaje de Carmen descubre que su otrora protector no es su padre biológico; por su parte, la madrastra sospecha que “la niña” está enamorada debido a su actitud “silenciosa e indiferente” que había manifestado a consecuencia de la soledad. Exige a su hijo regañe a Carmen y confiesa a aquel que “su hija” lleva días quejándose del corazón. Según Carmen, se trataba de un “dolor nervioso” resultado de la separación familiar, aunque negó que estuviera realmente enferma e indicó que si su padrastro se volvía a ir, “entonces sí me enfermaré”.³⁵⁰ El protagonista-narrador detalló que la separación es el nudo emocional que desató el nerviosismo de la joven, reconoció que las “afecciones nerviosas persistentes” desaparecerían de continuar la pareja juntos.³⁵¹ Por su parte, Sara (Amalia) era víctima de una constante vigilancia cuando mostraba interés por el joven que diariamente veía en su balcón, al tal grado que la familia se trasladó al “mágico pueblo de Tacubaya” por considerar riesgoso que su hija se enamorara. En una carta, Sara le confiesa a su joven enamorado el temor de que algún día los

³⁴⁹ Doris Sommer, *Ficciones fundacionales...*, p. 253; Paulette Cécile Silva Beauregard, *De médicos, idilios y otras historias...*, p. 136.

³⁵⁰ Pedro Castera, *Carmen...*, p. 45-46.

³⁵¹ *Ibid.*, p. 52.

sorprendieran juntos: “Me vigilan mucho todavía, me cuesta mucho trabajo salir o hablarte y aunque María me cuida tengo miedo de que me vean alguna vez”.³⁵² Aunque su madre terminó por aprobar aquel amor, el padre de Sara consideraba la conducta de su hija como inmoral, ya que se trataba de “una loquita al corresponder a un novio que ni conocía”.³⁵³ Algunas narrativas de la época compartían la idea de que era un “deber sagrado” de los padres vigilar a los hijos para impedir a toda costa su “desmoralización”.³⁵⁴

En el último tercio del siglo XIX, se instituyó el modelo clasista de la sexualidad femenina, el cual representó un proceso de domesticación de su erotismo. Las autoridades médicas, religiosas y familiares sentían el vivo deseo de extender su autoridad cultural al cuerpo femenino, atribuyendo a las mujeres respetables una sexualidad secundaria y subordinada al matrimonio.³⁵⁵ Nuestras protagonistas de ficción se muestran determinadas por las reglas y conductas propias de las buenas costumbres porfirianas, según las cuales la moderación y el autocontrol de las pasiones constituían valores socialmente positivos. Para Julia Tuñón, la vigilancia de la sexualidad se intensificó en México durante las últimas décadas del siglo XIX. Según la autora, durante el Porfiriato se modeló una imagen bastante individualizada de la mujer-madre y esposa-procreadora con la que se pretendió alcanzar la estabilidad del país y construir un Estado fuerte, progresista y moderno. Las autoridades políticas, religiosas y médicas buscaron

³⁵² José Rafael Guadalajara, *Sara*, op. cit., p. 117.

³⁵³ *Ibid.*, p. 159.

³⁵⁴ Ernestina Larraínzar y Enriqueta Larraínzar, *Sonrisas y Lágrimas...*, p. 66-67.

³⁵⁵ Judith R. Walkowitz, “Sexualidades peligrosas”, en *Historia de las mujeres. El siglo XIX. Cuerpo, trabajo y modernidad*, t. 8, Madrid, Taurus, p. 64; Rosario Esteinou, *La familia en el México: lecturas de su modernidad. Siglos XVI al XX*, México, CIESAS/Miguel Ángel Porrúa, 2008.

que el erotismo femenino se identificara con la maternidad y la vida doméstica.³⁵⁶ La constelación de médicos-escritores compartió y validó estas percepciones, ficcionalizándolas en sus relatos sentimentales. Reiteraron que la exposición pública de las pasiones conllevaba terribles secuelas físicas, pero sobre todo, mentales. Según se aprecia en los textos, las familias de las histéricas tenían el encargo de salvaguardar el estado mental de sus hijas, mermando el deseo por medio de la prohibición.

En la tercera edición de *Amalia. Páginas del primer amor*, José Rafael Guadalajara mostró su punto de vista clínico a través de la firmeza del padre, quien consideró indispensable no generar incomodidad a la señorita con “asuntos de amores”, por lo que impidió cualquier intercambio epistolar entre Amalia y el amado por recomendación médica. Su juicio era contundente: “La contrariedad la enferma, las emociones fuertes la dañan”.³⁵⁷

³⁵⁶ Julia Tuñón, “Ensayo introductorio, Problemas y debates en torno a la construcción social y simbólica de los cuerpos”, en Julia Tuñón (comp), *Enjaular los cuerpos...*, p. 51.

³⁵⁷ José Rafael Guadalajara, *Amalia...*, p. 176.

zas de quien me dió el sér, por la luz que me alum-
bra, por mi fe.

»No huyes ya ¿verdad?

»Allá entre las sombras de mi mente veo que al
fin me miras. Estás pálida, ves lo que te escribo, y
al leerlo se suspende tu lloro; toman tus labios esas



curvas que les imprime una sonrisa ligera, y en tus
ojos hay lágrimas como las que se suspenden de las
pestañas de un niño cuyo llanto ha callado una ca-
rícia materna.

»Mañana cuando la luz comience, el angel de mi
amor que vela tus sueños irá á despertarte acari-

Imagen 5. La constante vigilancia que sufría Amalia (Sara) repercutió notablemente en su salud, y ante la negativa del padre para ver a su amado, la joven caía presa de llantos imprevistos y risas desmedidas. Fuente: José Rafael Guadalajara, *Amalia. Páginas del primer amor*, México, tercera edición, Editor de Eusebio Gómez de la Puente, 1911, p. 130.

Las historias indican que la vida contrariada de las protagonistas podía desembocar en accesos de histerismo. En este sentido, los autores coincidieron con los médicos mexicanos de la época quienes asociaron la desdicha, los amores prematuros y excesos venéreos con la etiología de la histeria.³⁵⁸ Creyeron que el padecimiento estaba directamente relacionado con el amor infructuoso. Cuando Salvador Morello descubrió que Anselma había sido amante de Antonio

³⁵⁸ Andrés Ríos Molina, *La locura durante la Revolución mexicana...*, p. 103.

Rojaso, decidió romper definitivamente con ella y le prohibió decididamente que lo buscara. La joven intentó escribirle sin recibir respuesta; ante esta situación, la tía Genoveva reveló que “la muchacha no quería más que el encierro”. Ella comenzó a enfermar, estar débil y ausente. Su tía le sugirió que lo dejara de ver porque consideraba que ese amor era causa de su mal. Anselma respondió con una negativa, aunque dudó hasta qué punto el amor era el origen y remedio de su enfermedad:

Pero tu enfermedad...si es eso lo que te enferma, prescinde. ¿Prescindir? ¡De Salvador! ¿Sabes lo que me dijo anoche? ¿Qué te dijo? Que el médico que me está curando, se empeña es verdad; pero que él cree que ¡vamos!, que si me empeñara más...que haciendo esfuerzos supremos...torturando a la ciencia...En fin...que él, Salvador, iba a curarme ¿comprendes? Extravagancias de enamorado.³⁵⁹

Aquella noche, Anselma soñó que Salvador, transformado en médico, le devolvía la salud y con ella “el bienestar y la ventura”. Después de recuperarse del estado inactivo en que se encontraba, Anselma no volvió a ver al artista más que en su franca agonía presa de la decepción. Estos relatos sentimentales enfatizaban que la ausencia y la separación podían ser nocivos para la vida mental de las mujeres. No solamente enseñaban a los lectores que las emociones fuertes y la contrariedad arrojaban al nerviosismo, sino que el miedo y el dolor podían generar visiones aterradoras que se volvían reales en la mente de quien

³⁵⁹ José Peón y Contreras, *Veleidosa...*, p. 62.

las padecía.³⁶⁰ Menciono otro ejemplo. Al percatarse de que Pacotillas había perdido su puesto de redactor en el periódico y la plaza como practicante en el hospital, Amalia sintió miedo de que algo le pasara a su desamparado amor. Tras esperarlo toda la noche sin un ápice de luz e invadida por pensamientos tenebrosos, ésta comenzó a tener visiones:

Unas veces se veía asaltada por enorme multitud de grandes y asquerosas ratas, que se aseaban por su cuerpo, clavaban en ella los ojitos relucientes, le hincaban en las carnes las afiladas garras, y le roían con los grandes dientes; otras veía a Paco muerto, ya cosido a puñaladas, ya herido por el rayo, ya arrastrado por caudaloso torrente, ya devorado por bestias feroces. No sollozaba ya, no lloraba, ahora aullaba; su voz se había enronquecido, su cabeza turbada por terrible dolor le parecía hueca, ya no se daba cuenta de que lo que sucedía, su razón turbia, enmarañada y confusa, estaba a dos líneas de la locura.³⁶¹

La imaginación desbordada y la razón obnubilada de Amalia son un síntoma de locura que el mismo Porfirio Parra consideró del tipo “nervioso”. Y aunque no calificó a su protagonista propiamente de histérica, explicó que dicho estado visionario consistía en la “idea fija” de creer que su amado había muerto. Las representaciones literarias de la histeria fueron una preocupación más amplia en la cultura escrita; la medicina mental y la prensa capitalina proporcionaron elementos que ayudaron a construir su imaginario social. Menciono un ejemplo. J. Valenzuela publicó en el diario *El Siglo Diez y Nueve* en su edición del 10 de junio de 1882, un artículo que llevaba por título “El hipnotismo y la histeria” donde

³⁶⁰ Estos temas son abordados en el cuento de Antonio Hermoso, “Alucinamiento”, *El Siglo Diez y Nueve*, 4 de abril de 1882, p. 2.

³⁶¹ Porfirio Parra, *Pacotillas*, p. 369.

buscaba aleccionar a los lectores y desterrar la “confusión general de ideas sobre esta materia.” El texto celebraba las aportaciones de Charcot y sus experimentos en la Salpêtrière, definió la histeria como una enfermedad de etiología orgánica propia del sexo femenino, cuyos síntomas eran “convulsiones generales, gritos, llantos, palabras incoherentes y actitudes pasionales” que determinaban trastornos muy graves en “la organización, como la motricidad, la vista o el gusto”.³⁶² A través de las páginas de los diarios, se creó una opinión pública que puso en circulación ideas, valores y actitudes relacionadas con la supuesta naturaleza “frágil del sexo femenino”, además, las editoriales solían ofrecer a sus lectores consideraciones médicas sobre la sensibilidad incontrolada.³⁶³ En resumen, los personajes de Amalia, Taide, Carmen y Sara (Amalia) comparten experiencias comunes de arrebatos sentimentales, que coinciden con alguno de los síntomas histéricos descritos por la medicina mental de la época.

Lo moral y el dolor nervioso

Los relatos sentimentales aludían a aspectos fisiológicos causantes del histerismo, tal y como lo mostraban muchos trabajos académicos de la época.³⁶⁴ A partir de 1882, año en que comenzaron a publicarse las obras que analizamos, Jean Martín Charcot había creado la primera cátedra de las enfermedades nerviosas,³⁶⁵ en tanto que en México la histeria despuntaba como tema relevante entre los médicos interesados en las cuestiones mentales. Los facultativos concibieron la histeria

³⁶² J. Valenzuela, “El hipnotismo y la histeria”, *El Siglo Diez y Nueve*, 10 de junio de 1882, p. 1.

³⁶³ Héctor Pérez Rincón, *El Teatro de las histéricas. De cómo Charcot descubrió, entre otras cosas, que también había histéricos*, México, FCE, 2015, p. 85.

³⁶⁴ Oliva López Sánchez, “La centralidad del útero y sus nexos en las representaciones técnicas del cuerpo femenino en la medicina del siglo XIX”, en Julia Tuñón (comp.), *Enjaular los cuerpos...*, p. 158.

³⁶⁵ Marcel Gauchet y Gladys Swain, *El verdadero Charcot...*, p. 22.

como desorden neurológico (producto de los nervios), aunque no descartaban el aspecto moral y la influencia de las pasiones en la etiología.³⁶⁶ Desde la óptica neurológica, la histeria dejaba de identificarse como un mal exclusivo en las mujeres, ya que había hombres histéricos que merecían un estudio particular de su “aparato nervioso”.³⁶⁷ Por otro lado, algunos autores definían la histeria como una “enfermedad caprichosa” debido a la multiplicidad de síntomas “insólitos”, y señalaron que las “conversaciones deshonestas” y las “estampas impúdicas” podían contribuir a la perturbación del carácter y de la inteligencia.³⁶⁸ Las ficciones sentimentales sometieron la mirada clínica al estudio moral de las protagonistas, abundando en los pormenores de la vida emocional femenina.

Ahora bien, a lo largo de las narrativas son *otros* lo que puntualizan la forma del padecimiento nervioso y la variedad de los síntomas. Los familiares y vecinos se encargaban de definir el dolor nervioso, y también eran ellos los primeros que brindaban asistencia durante o después del acceso histérico. Según la madrastra de Carmen, el sufrimiento de su hijastra se debía a su condición moral: “En esta enfermedad yo creo, comparando lo que he visto en ella hoy, con lo que he observado en los días anteriores, que la mayor parte viene de su estado moral”.³⁶⁹ Esta opinión estaba acorde con el primer veredicto del doctor que revisó a Carmen; éste ratificó que las contrariedades de aquel amor con su propio padrastro, la habían conducido a su estado actual de impaciencia, y aseveró: “creo

³⁶⁶ Issac Vásquez, *Ligero estudio de algunos de los accidentes de la gran histeria*, México, Imprenta del Comercio de Dublan y Compañía, 1882.

³⁶⁷ Buenaventura Jiménez, *La histeria en el hombre...*, p. 36.

³⁶⁸ Francisco Rodiles, *Breves apuntes sobre la histeria, seguidos de un apéndice sobre la locura histérica*, Puebla, México, Imprenta de Miguel Corona, 1885, p. 26; Salinas, Agustín, *Breve estudio sobre el tratamiento de la histero-epilepsia*, México, Antigua Imprenta de Murgía, 1886, p. 23.

³⁶⁹ Pedro Castera, *Carmen...*, p. 404.

que en esta enfermedad las contrariedades son dañosas y a pesar de todo [...] esa pobre niña está llena de inquietudes y de intranquilidad por causa de este amor”.³⁷⁰ En este caso, las hermanas Larraínzar quizá hubieran aconsejado atemperar la pasión por medio de la prudencia.³⁷¹ Sin lugar a dudas, para los autores las pasiones contrariadas eran la causa principal de los accesos. José Peón y Contreras describió “el nerviosismo” de Taide como un “embotamiento intelectual”, característica que había sido reconocida por algunos médicos de la época como una forma del carácter histero-epiléptico. Al igual que los otros autores, ponderó el sesgo de tristeza y sinrazón que invadía al personaje. Comenta el narrador:

[...] quedábase sumergida en ese voluptuoso estado de embotamiento intelectual en que los entreabiertos ojos; entrevén, en que el alma medio duerme y el labio medio sonrío, en que tal parece que sobre el lecho, como sobre una ola, flota el cuerpo con vaivén acompasado y dulce y que se desliza blandamente sin rumbo y sin objeto, vagando y vagando, como uno se imagina despierto vagan las sombras de la noche [...] ³⁷²

Los síntomas de Taide consistían en su falta de apetito, en la tristeza incomprensible y una marcada indiferencia hacia el amor de Ramiro. Según el médico que la visitó, consideró que la enfermedad de Taide era del tipo nervioso y que la acabaría “poquito a poco lo mismo que una vela que va ardiendo”. Detalló

³⁷⁰ *Ibid.*, p. 105.

³⁷¹ Las hermanas aconsejaban a las señoritas lo siguiente: “No, jamás la sensibilidad debe tener una influencia tan desmedida, pues los males que esto pudiera originarse serían terribles, y por eso es que la fortuna existe también en el catálogo de las virtudes, otra encantadora que nombramos prudencia, la cual tiene el arte de templar los grandes ímpetus y de poner una medida eficaz al desbordamiento impetuoso de las grandes pasiones”, Ernestina Larraínzar y Enriqueta Larraínzar, *Sonrisas y Lágrimas...*, p. 8.

³⁷² José Peón y Contreras, *Taide...*, p. 72.

que después de los accesos, Taide ponía “los ojos en blanco, se le alargaban las pestañas, no se le oye la respiración y se queda con la nariz perfilada y la boca entreabierta y del color del marfil la frente”.³⁷³ Acorde a la referencia moral del padecimiento nervioso, José Rafael Guadalajara describió con mayor detalle el papel crucial que desempeñaban las relaciones familiares en la emergencia de los accesos. Desesperado por la situación de indiferencia de Sara y consumido por el deseo de poseerla, el joven enamorado decidió buscarla en su casa. María, la mujer que ayudaba a los quehaceres en la familia, declaró que Sara estaba totalmente enferma. Un buen día al recoger flores para regalárselas al novio, Sara cayó en acceso nervioso; las contracciones musculares, la agitación y los gritos eran tomados como síntomas de su enfermedad:

De repente vi que se ponía rojo encendido, como si la sangre toda le subiera a la cara. Me vio con ojos espantados, agitó los brazos en el aire como si tuviera ansias horribles; quiso quejarse pero el grito se le ahogó en la garganta, murmuró algo incomprensible y cayó en el suelo sin que mis brazos pudieran detenerla.³⁷⁴

En la primera y segunda edición de la novela, José Rafael Guadalajara consideró que el mal de Sara se debía a un “ataque de sangre”; sin embargo, en la tercera edición ya se establece que se trataba de un verdadero ataque histérico producto de las emociones fuertes que había sufrido la joven. De acuerdo al dictamen del Dr. Zorral, médico de la familia, se trataba de un “histerismo del peor carácter que no combatido a tiempo, puede ser de fatales consecuencias”. Víctima de la vigilancia paterna y contrariada por la prohibición de su amor, la locura de

³⁷³ *Ibid.*, p. 107.

³⁷⁴ José Rafael Guadalajara, *Amalia...*, p. 241.

Sara (Amalia) se debió al drama emotivo que experimentó por la negativa familiar de aceptar su romance con el joven del balcón. El narrador menciona: “fijó en mí una mirada profunda, abierta, indagadora; y nerviosa, recia, horrible, soltó una carcajada. Amalia [...] estaba loca”.³⁷⁵ Quienes definían la psicopatía y describían los accesos, también establecían los términos en que se expresaba la enfermedad y las conductas anormales que presentaban las jovencitas. Sus dichos y concepciones son una muestra de la importancia que otorgaron los autores a las representaciones populares de la locura en la narrativa finisecular. Por ejemplo, don Cleofas, un peón que trabajaba en la Hacienda de los papás de Sara (Amalia), consideró que los ataques nerviosos estaban relacionados con la educación y actividades propias de la vida moderna que la predisponían al sentimentalismo:

Esas lecturas de novelas, ese piano que pone a las muchachas tan románticas y tan nerviosas; los teatros, los perfumes; y metidas siempre entre holandas que adivine usted si el marido puede sostener; la prohibición del novio después de haberlos hecho, los padres mismos, soñar amores con los libros y la música que les dan; rodeándoles de una atmósfera de romanticismo y lujo que enferma y que daña.³⁷⁶

³⁷⁵ *Ibid.*, p. 195.

³⁷⁶ *Ibid.*, p. 227. Este pasaje literario recuerda lo escrito décadas antes por el alienista francés Jean E. Esquirol en su tesis médica publicada en 1805: “Las pasiones son más vivas, más exaltadas, más eróticas en las mujeres [...] Hallaremos la causa [...] en los vicios de nuestra educación, en el abuso de la música, en la asiduidad de los teatros y de las sociedades desde la más tierna edad que despiertan las pasiones en una época de la vida en que los órganos propios para satisfacer están apenas esbozados, en la vida insulsa, inactiva e inaplicada, en la profusión de novelas cuya lectura provoca en las jóvenes una actitud precoz agitando su imaginación, inspirándoles ideas de una perfección imaginaria que ansían adquirir [...]” Jean Étienne Esquirol, *Sobre las pasiones...*, p. 35.

Estas ficciones sentimentales no sólo recogían las experiencias clínicas del alienismo francés, también presentaban un proyecto narrativo basado en la condenación de las pasiones de la vida privada. Los autores pusieron especial atención en la educación moral de la mujer, en sus actividades y pasatiempos ya que determinaban los sentimientos y las emociones que derivaban en síntomas relacionados con el histerismo. En *Querens*, Pedro Castera concibió el permanente estado sugestivo en que se encontraba una mujer y los experimentos que realizaban un científico loco y su fiel caballero espiritista. El protagonista-narrador consideró que aquella mujer en su estado normal carecía de inteligencia, pero “en el sueño magnético” y “el sonambulismo” funcionaba “la vida en ella con sus pasiones”.³⁷⁷ Mientras que el científico buscaba probar que los fenómenos del magnetismo e hipnotismo eran hechos científicos, el narrador procuraba que la fémina se enamorara de él por medio de la sugestión a la que constantemente era sometida. Así decidieron ambos personajes masculinos asociarse para “curarla” porque fuera del estado sugestivo, “la mujer era una idiota”.³⁷⁸ Sin embargo, los resultados no fueron los esperados y la ciencia revelaba sus limitaciones:

He aplicado todos los métodos. El ejercicio obligado para los músculos, alcaloides sobre el sistema nervioso, la electricidad por diversos sistemas, todos los medios que han puesto a mi alcance la naturaleza, la ciencia y el estudio y la práctica...He utilizado la naturaleza, tratando de despertar sus pasiones...y hasta hoy todo ha sido inútil. Sólo vive con la vida magnética.³⁷⁹

³⁷⁷ Pedro Castera, *Querens*, p. 48.

³⁷⁸ *Ibid.*, p. 74.

³⁷⁹ *Ibid.*, p. 76.

Para algunos escritores decimonónicos, el magnetismo y los fenómenos en torno al sonambulismo, no eran otra cosa que “milagros de terapéutica” y adivinación, alegando que tales “extravagancias deben condenarse por respeto a la ciencia”.³⁸⁰ Sin embargo, algunos médicos a través de la prensa buscaron insertar el magnetismo y la hipnosis en el mundo de la patología mental y desterrarla de la visión espiritualista.³⁸¹ El protagonista de Castera consideraba que la mujer sufría de insensibilidad, así, su narrador buscaba el control de la “mente” para reactivar las pasiones. En este sentido, el autor participaba de las fantasías de dominación que practicaron muchos médicos y escritores de finales del siglo XIX, al considerar que podían manipular el cuerpo femenino usando metales y sustituyendo la voluntad propia de un individuo por una voluntad extraña para dirigirla.³⁸²

En resumen, las representaciones literarias del histerismo lograron mostrar el grado de colonización del discurso médico en los relatos sentimentales, las narrativas de ficción conjugaron y compartieron fantasías colectivas de dominación del cuerpo y la voluntad. A través de las cuatro protagonistas pudimos observar que fueron representadas como jovencitas contrariadas, sensibles y proclives al histerismo, correlato indiscutible de los saberes científicos de la medicina mental de la época. Para finalizar este capítulo, examinaremos la figura

³⁸⁰ Manuel Sánchez Mármol, *Pocahontas...*, p. 79.

³⁸¹ Algunos ejemplos son: Dr. Escuder, “Hipnotismo I”, *El Universal*, 18 de agosto de 1888, p. 1; Dr. Escuder, “Hipnotismo II”, *El Universal*, 23 de agosto de 1888, p. 2. ; “La ciencia hipnótica. Sugestión”, *El Universal*, 4 de marzo de 1891, p. 1. Para una historia social del hipnotismo en el México finisecular, Mauro Sebastián Vallejo, “Magnetizadores, ilusionistas y médicos. Una aproximación a la historia del hipnotismo en México, 1880-1900”, *Trashumante. Revista Americana de Historia Social*, n. 5, enero-junio 2015, p. 201-219.

³⁸² J. Valenzuela, “El hipnotismo y la histeria”, *El Siglo Diez y Nueve*, 10 de junio de 1882, p. 2; “El Congreso de Blas. La moralización por el hipnotismo”, *El Monitor Republicano*, 24 de octubre de 1884, p. 2.

del médico, los métodos curativos y procedimientos clínicos que difundieron los relatos sentimentales como instrumentos de legitimación.

4.3 Entre la moralización y la voluntad de curar: médicos de locos

En las ficciones sentimentales, los médicos de locos fueron personajes importantes en la vida privada de los sectores medios, su función era actuar como salvaguardas de la higiene física y moral de los amantes desventurados. Eran personajes autorizados para dirimir en asuntos familiares y conflictos pasionales debido a su personalidad pública, actividades científicas y actitudes cordiales que frecuentemente mostraban en el trato con sus pacientes.³⁸³ Sin embargo, no son presentados como alienistas o psiquiatras propiamente dichos, sino como galenos interesados en la enfermedad mental dispuestos a normalizar las pasiones desbordadas por medio de la medicación, el destierro y el matrimonio. En los relatos sentimentales encontramos que para las familias, los galenos representaban una potestad moral pocas veces cuestionada, en tanto que los enfermos algunas veces contrariaban el diagnóstico desdeñando el medicamento prescrito. En general, los médicos son descritos como hombres cultos, humanistas, dispuestos en su voluntad de servir y amables en su trato con los enfermos. Las narrativas promovían todo tipo de terapias para erradicar los accesos nerviosos y las locuras pasionales: baños de agua fría, regímenes alimenticios, medicamentos antiespasmódicos, confinamiento manicomial y el

³⁸³ Para entender la injerencia de los médicos de la mente en la comprensión literaria de la enfermedad mental en la España finisecular, ver Richard A. Cardwell, "The Mad Doctors: Medicine and Literature in Finisecular Spain", en *Journal of the Institute of Romance Studies*, 4 (1996), p. 67-86; para el caso inglés, Christine Bolus-Reichert, "Architecture in the Family Way: Doctors, Houses, and Women, 1870-1900", *Victorian Studies*, 43.1, 2000, p. 121.

destierro de la Ciudad de México. Los médicos de locos consideraban necesario restituir la conducta moral del enfermo mediante la respiración de aires puros en Tacubaya y Cuernavaca. La distracción y los paseos también formaron parte del proceso terapéutico. En los relatos sentimentales, el matrimonio es representado como un remedio eficaz para acallar las pasiones de los amantes. En este sentido, la constelación de escritores románticos-positivistas hizo de los médicos personajes que simbolizaban un saber especializado dirigido a normalizar las pasiones descarriadas por medio del rito matrimonial.³⁸⁴

Ética médica

En la novela *Carmen* (1882) se alude a un médico traído de la capital y antiguo amigo del padrastro de la joven histérica, el cual consideró importante conocer “la manera de vivir de Carmen”, saber sus “costumbres, carácter, sentimientos e ideas”. Según declaró el padrastro, el médico había practicado un “reconocimiento detenido y concienzudo, retirándose después a recetar y prescribir un régimen que nos recomendó fuese observado con la mayor exactitud”. Mediante un trato dulce con la paciente implementó el interrogatorio, el cual buscaba determinar si se trataba de una afección orgánica o nerviosa.³⁸⁵ El padrastro de Carmen decidió tener otra opinión al respecto, así que mandó llamar al Dr. Manuel para que realizara una segunda inspección. Según la novela, los médicos podían destacar en cualquier sociedad “incrédula en las artes curativas” a través de su postura

³⁸⁴ En este punto coincidieron con los escritores nacionalistas de la generación de Ignacio Manuel Altamirano décadas antes, los cuales enfatizaron el matrimonio como un valor social necesario para acallar las pasiones. Le agradezco a la Dra. Ana Laura Zavala sus observaciones sobre este punto.

³⁸⁵ Pedro Castera, *Carmen...*, p. 92.

aristócrata y las distinciones que los cobijaban: “Manuel era un médico distinguido, especialista en las enfermedades del corazón y que se hacía notar en la sociedad por muchos títulos”. El Dr. Manuel era representado como un amante de su profesión, esmerado, recto en lo moral y bondadoso con los desamparados. Además de un hombre rico, promovía reuniones con sus colegas y lo consideraban un gran estudioso.

Las actitudes nobles y cordiales de los facultativos eran bastante frecuentes en nuestras obras de estudio. En la novela *Pacotillas* el tercer médico que atendió la lipemania que padecía don Antonio se describe como un individuo respetable, acreditado y renombrado doctor que vivía en una lujosa calle de la capital. En este caso, Porfirio Parra examinó a detalle las condiciones materiales en que ejercían los médicos; su intención era relacionar la posición social del facultativo con el valor profesional de la medicina. En la casa del médico había “elegantes corredores con masetas de porcelanas, conteniendo plantas exóticas” que imprimían un “aspecto sano y agradable” a la casa.³⁸⁶ Además, destacó su porte al representarlo como un hombre robusto, de “encendidos pómulos; vestía con esmero, sus maneras eran despejadas y agradables, hablaba con locuacidad y trataba con mucha amabilidad a sus enfermos”.³⁸⁷ La actitud del médico ante la enfermedad de don Antonio fue compasiva, atenta a los delirios del loco y comprensiva con su sufrimiento.

Estos relatos sentimentales buscaban infundir en el ánimo de los lectores concepciones honradas de los galenos, al ponderar la calidad moral y la voluntad

³⁸⁶ Porfirio Parra, *Pacotillas*, p. 309.

³⁸⁷ *Ibid.*, p. 313.

de servicio como prueba de su profesionalismo.³⁸⁸ Durante ese periodo, Justo Sierra había señalado que los médicos eran “soldados de la prevención social”, labor que no se reducía a prescribir medicinas sino a estudiar todos los aspectos del organismo social con el fin de erradicar sus males.³⁸⁹ Nuestras narrativas reflejaban algunas inquietudes propias del profesional médico durante el Porfiriato, debido a que el gremio, como se ha mencionado, buscaba afanosamente fortalecer su imagen pública enalteciendo las virtudes científicas y éticas de la medicina,³⁹⁰ mediante normas y códigos de conducta como la buena atención y franqueza hacia los pacientes.³⁹¹ Asimismo, hacían eco del llamado tratamiento moral llevado a cabo por el alienismo francés durante buena parte del siglo XIX, según el cual el alienista debía incidir sobre las ideas y pasiones a través de un trato dulce con el alienado.³⁹² Al respecto, en 1876, el doctor Pedro Diez de Bonilla elogió las virtudes del “médico de locos” y el buen talante para ser un “filósofo por necesidad” y “meditativo por carácter”, razón por la cual, éste debía estar al tanto de las “heridas del corazón para impedir, en la medida de sus posibilidades, el sufrimiento a la vista del paciente”.³⁹³ El aura sacerdotal, el estatuto moral y la

³⁸⁸ El escritor Ignacio Manuel Altamirano describió la visión carismática y el aura sacerdotal que muchas veces se tenía de los médicos en asuntos morales, a través de la figura del Dr. L [...] quien era descrito como “un literato instruido y amable, un hombre de mundo, algo desencantado de la vida, pero lleno de sentimiento y de nobles y elevadas ideas”. Finalmente, el literato consideró que el valor social de los médicos radicaba en “su santa misión como filántropo, como un sacerdote”. Ignacio Manuel Altamirano, *Clemencia*, México, Editorial Porrúa, 1944, p. 12.

³⁸⁹ Justo Sierra, “Discurso de clausura”, *Concurso científico en la Sesión solemne del 18 de agosto de 1895*, México, Cámara de Diputados, Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, 1895, p. 18.

³⁹⁰ Claudia Agostoni, “Médicos ecuestres, el arte de curar...”, p. 976.

³⁹¹ Claudia Agostoni, “El arte de curar...” en Claudia Agostoni y Elisa Speckman, *Modernidad...*, p. 103-104.

³⁹² Rafael Huertas, *Historia cultural de la psiquiatría...*, p. 58.

³⁹³ Pedro Diez de Bonilla, “El médico considerado moral y filosóficamente en diversos ramos de su profesión”, *El Observador Médico. Revista Científica de la Asociación médica Pedro Escobedo*, t. I, n. 9, 1 de julio de 1876, p. 133.

etiqueta médica eran valores sociales muy difundidos en buena parte de la literatura decimonónica nacional e internacional.³⁹⁴ Los médicos de locos eran representados como autoridades morales dispuestas a incidir en la mentalidad de sus pacientes, a través de recursos terapéuticos de diferente calado cuya finalidad era apaciguar el sufrimiento que aquejaba a los pacientes.

Baños, medicamentos y distracciones para relajar los nervios

Los relatos sentimentales aludían a una terapéutica ecléctica que se ajustaba a las ofertadas por la medicina mental de la época. El Dr. Manuel recomendó a Carmen el “ejercicio moderado”, insistió en “divagarla”, “pasearla”, “distrarla” y tener “conversaciones agradables” y “lecturas amenas” a fin de no contrariar “sus caprichos”. La autoridad moral del Dr. Manuel logró imponerse a las necesidades terapéuticas de la familia de Carmen, que buscaban un remedio verdaderamente eficaz, ya que “los baños fríos” no habían mejorado su nerviosismo. Pronto la familia se trasladó a Cuernavaca pensando que el clima cálido y la lejanía del bullicio de la capital ayudarían al mejoramiento mental de la joven:

El calor era excesivo pues el termómetro de Reaumur marcaba en la sombra 33 grados, pero aumentándose por esta causa la densidad atmosférica, respirándose con gran facilidad y sin esfuerzo alguno, como si los pulmones se hubieran dilatado o crecido, circunstancia que debería ser favorable a la enfermedad por nosotros combatida.³⁹⁵

³⁹⁴ Un panorama general aparece en Hugo Fernández de Castro Peredo, *Ética, moral y etiqueta médica en la literatura del siglo XIX*, México, Bitbuk, 2011.

³⁹⁵ Pedro Castera, *Carmen...*, p. 200.

El Dr. Manuel también recomendó al padraastro “la distracción” y “el ejercicio” como un remedio eficaz para “relajar los nervios”. Preocupado por la enfermedad de Carmen y la reacción de su madre ante la sospecha de amor incestuoso, el “calavera” tuvo que “divagarse por todos los medios posibles”, saliendo al teatro y recorriendo varios puntos de la ciudad tratando de ordenar su mente y pensamientos.³⁹⁶ El texto alude así a la concepción médica de la terapia de distracción, laboral y de ocupación bastante populares en el siglo XIX, las cuales formaban parte del tratamiento moral y ayudaban al desarrollo de las funciones mentales.³⁹⁷ Algunos pacientes, contrario a las prescripciones médicas, veían con desconfianza tomar los medicamentos por temor a reacciones secundarias. En la novela *Veleidosa* de José Peón y Contreras, Salvador, un pintor apasionado y sumido en la pobreza acudió a la sala de mujeres del Hospital de Jesús para buscar a su amada Anselma, quien había sido afectada por una ligera tisis.³⁹⁸ Según el artista, la situación de la joven era alarmante ya que tenía calentura y tos. Los médicos del hospital le recomendaron tomar “arsénico” y “aceite de Hogg” para estabilizar su temperamento nervioso y contrariado, pero Anselma se mostró reacia a la excesiva medicación por sospecha de futuros trastornos mentales: “¿Tomaste el alquitrán? Lo tomé. Pero el aceite de hígado de bacalao no, murmuró Genoveva. ¡Imposible dijo Anselma, yo no tomo eso, su vista solamente me descompone toda [...] me trastorna”.³⁹⁹ Anselma pronto se recuperó, pero su conducta adversa a la medicina revelaba el grado de

³⁹⁶ *Ibid.*, p. 302.

³⁹⁷ Rafael Huertas, *El siglo de la clínica...*, p. 219.

³⁹⁸ En siglo XIX, era el nombre que designaba la tuberculosis pulmonar. Un clásico estudio sobre el imaginario de la tuberculosis en la literatura del siglo XIX, Susan Sontag, *La enfermedad y sus metáforas. El sida y sus metáforas*, España, Debolsillo, 2011.

³⁹⁹ José Peón y Contreras, *Veleidosa...*, p. 85.

desconfianza que podía tener un sector de la población a la ingesta de productos curativos. Por su parte, para los accesos nerviosos que padecía Rosita, esposa del mafioso “Chango” enemigo público de Pacotillas, éste último le recomendó una dieta de “alimentos sustanciosos”, un “plan tónico” y, sobre todo, respirar “aire libre y puro”.⁴⁰⁰ Muchos personajes afectados por algún tipo de psicopatía, reclamaban a los médicos una respuesta inmediata que curara sus males. Los médicos, en cambio, consideraban el llamado del paciente como la justificación de su necesidad social.

De sangrías al confinamiento manicomial

Los relatos sentimentales consideraban que los baños, distracciones y el uso de medicamentos podían mejorar la salud de los personajes, pero no eran las únicas terapéuticas. También encontramos la pervivencia de la herbolaria, el uso de las sangrías y métodos de enfriamiento cerebral característicos de la terapéutica decimonónica contra las enfermedades mentales.⁴⁰¹ Cuando don Antonio perdió a su esposa, enloqueció y una “furia alterada se apoderó de su espíritu”. Según se observa en la novela *Pacotillas*, don Antonio murmuraba frecuentemente, se llenaba de injurias y decía mil picardías a propios y extraños. Ante estos

⁴⁰⁰ Porfirio Parra, *Pacotillas*, p. 477.

⁴⁰¹ Para María Blanca Ramos de Viesca, la hidroterapia en México estaba circunscrita al uso de agua fría en baños de inmersión. A partir de 1869 se introdujeron en el territorio nacional regaderas al estilo de la bañoterapia europea. La hidroterapia consistía en la aplicación de baños fríos dos veces por semana, las inmersiones y compresas estaban dirigidas a atacar afecciones histéricas, hipocondrías y melancolías, el objetivo era “regular el equilibrio de la circulación sanguínea” de todas las funciones cerebrales. María Blanca Ramos de Viesca, “La hidroterapia como tratamiento de las enfermedades mentales en México en el siglo XIX”, *Salud Mental*, octubre, año/volumen 23, n. 5, pp. 43-44. Para las sangrías como elemento terapéutico, María Blanca Ramos de Viesca y otros, “La sangría como recurso terapéutico en las enfermedades mentales en el México del siglo XIX”, *Salud Mental*, diciembre, año/volumen 25, n. 2006, p. 53-58. Según los autores, las sangrías se utilizaban en México en la práctica médica del hospital de San Hipólito; estaban dirigidas a afecciones histéricas o “sujetos con temperamento sanguíneo”. La técnica consistía en “sangrar” al enfermo con el fin de “purgar” el exceso de humores que afectaba las funciones cerebrales.

comportamientos anormales, el primer médico que lo examinó indicó que se trataba de “un ataque al cerebro”, procedió a “sangrarlo”, lo rapó y puso “vejigas con hielo en la cabeza”.⁴⁰² Esta respuesta terapéutica estaba dirigida a enfriar el cerebro debido a la profunda “excitación que presentaba”. El segundo médico que lo valoró fue el propio Francisco Téllez; luego de analizar su actitud “pensativa” y “melancólica” sugirió trasladarlo ya fuera a San Hipólito, para tenerlo bajo “protección y vigilancia” de un practicante, o enviarlo a una casa de alquiler en los alrededores de México al cuidado de dos enfermeros.⁴⁰³ En este caso, la locura de don Antonio podía merecer el encierro manicomial, mientras que la familia podía decidir sobre su enfermo.

Por otro lado, Pedro Castera consideró que en algunos casos de locura, el confinamiento podía ser “correctivo” y ratificó el valor pedagógico del encierro manicomial. En *Querens*, el personaje-narrador declaró: “cuando un ser así odia a la sociedad, se le corrige, se le castiga, se le educa. Las cárceles se han hecho para los criminales y los manicomios se sostienen para los dementes. Con el objeto de abrigar a seres semejantes, se han creado los hospitales por el estado”.⁴⁰⁴ Sin embargo, la injerencia del Estado en materia de manicomios todavía no estaba a la altura de las exigencias literarias, debido a que los únicos hospitales encargados de brindar atención a los enfermos mentales, como lo hemos mencionado, eran San Hipólito para Hombres y El Divino Salvador para

⁴⁰² Porfirio Parra, *Pacotillas*, p. 295-296.

⁴⁰³ *Ibid.*, p. 297.

⁴⁰⁴ Pedro Castera, *Querens*, p. 19-20.

Mujeres, por entonces ya denunciados por algunos diarios capitalinos como precarios, vetusto e insuficientes.⁴⁰⁵

Destierro y matrimonio

Para los médicos literarios, el destierro y el matrimonio constituía una excelente terapéutica para domesticar los sentimientos desbordados de los amantes, las pasiones desenfrenadas y los deseos incontrolados de los personajes. Cuando los accesos histéricos de Sara (Amalia) se hicieron más frecuentes, el destierro involuntario buscaba poner freno a sus joviales pasiones. Por recomendación médica, el padre de la joven decidió trasladar a la familia al apacible pueblo de Tacubaya para evitar que se enamorara.⁴⁰⁶ En una carta enviada al joven ardiente, Sara le confiesa el suplicio vivido por la separación anunciada:

¿Lo cree usted así? Me contestó. Este destierro es un purgatorio para mí. Me han traído para alejarme de usted y no queriendo que en usted piense me hacen meditar en un libro místico. ¡Cuando mi pensamiento está muy lejos!⁴⁰⁷

Las familias en contubernio con la autoridad moral de los facultativos, consideraban indispensable esclarecer los móviles de los romances y procuraban a toda costa acallar las pasiones de los jóvenes amantes. Acordes al impulso

⁴⁰⁵ Algunos ejemplos de estas denuncias en la prensa son: “El Hospital de locos”, *El Monitor Republicano*, 2 de marzo de 1882, p. 3; “Un Manicomio”, *El Monitor Republicano*, 5 de mayo de 1882, p. 1; “Los Enfermos del Hospital de la Canoa”, *El Monitor Republicano*, 16 de julio de 1882, p. 4; “San Hipólito”, *El Tiempo*, 14 de diciembre de 1883, p. 2; “San Hipólito”, *El Monitor Republicano*, 15 de agosto de 1884, p. 4; “Hospitales”, *El Monitor Republicano*, 1 de octubre de 1884, p. 3.

⁴⁰⁶ Tacubaya era un lugar de descanso y diversión para las elites de la ciudad de México, debido a su clima favorable y abundancia de agua. Fue una municipalidad de importancia para los habitantes acomodados desde el siglo XVIII, aunque en el XIX se multiplicaron la cantidad de propietarios que erigieron mansiones en su cabecera, transformándose en una exclusividad residencial. Sergio Miranda Pacheco, *Tacubaya: de suburbio veraniego a ciudad*, México, México, UNAM/Instituto de Investigaciones Históricas, 2007, pp. 13-14.

⁴⁰⁷ José Rafael Guadalajara, *Amalia...*, p. 59.

médico normalizador de las pasiones, también algunas familias en nuestras obras de estudio simpatizaban con el voto matrimonial, argumentando que se trataba de un infalible remedio socialmente necesario y culturalmente aceptado. Menciono un ejemplo. El Dr. N., gran amigo del padre de Sara (Amalia) fue persuadido por el joven para que abogara en favor de aquel “desdichado amor”. El médico consideró “necesario el casorio” para apaciguar las pasiones de la joven, pero éste no pudo consumarse porque Sara estaba en franco acceso de histerismo.⁴⁰⁸ Incluso la madre del joven enamorado en atención a la recomendación médica, consideró el matrimonio como un elemento terapéutico que acabaría con los accesos histéricos y destacó que “dicho mal”, era inédito en sus tiempos de amoríos:

Para ese mal desgraciado, casar a las mujeres dicen que es gran remedio; violenta tu boda, no pretendas ya los lujos que pretendías, procura hacerlo decente pero modestamente. Así se acabará esa horrible enfermedad que en mi tiempo, créelo, en mi tiempo no había [...]⁴⁰⁹

Por medio del matrimonio se negociaban las tensiones pasionales de los amantes, siempre y cuando fueran avaladas por la familia y la benignidad médica. En los relatos sentimentales, el matrimonio era visto como un valor terapéutico necesario para domesticar las pasiones desbordadas. Con ello, las narrativas articulaban una actitud socialmente impuesta por la medicina mental de la época, la cual veía en el voto marital un remedio eficaz para arrancar desde sus entrañas una enfermedad moralmente quejosa.⁴¹⁰ Por medio de las narrativas, los autores

⁴⁰⁸ *Ibid.*, p. 233.

⁴⁰⁹ José Rafael Guadalajara, *Amalia...*, p. 180.

⁴¹⁰ Francisco Rodiles, apoyado en la idea de que la histeria era un mal generado por causas morales, consideró que lo natural era “calmarla por los medios legales como el matrimonio”.

buscaron legitimar las ideas de los médicos de locos y sus procedimientos terapéuticos. Aunque no son mostrados como alienistas o psiquiatras propiamente dichos, aludían a experiencias médico-psiquiátricas imperantes durante la época. Las representaciones estéticas de los médicos de la mente buscaban reafirmar su imagen pública, indicando una oferta terapéutica diversa que fuera eficaz en mitigar el ímpetu de los amantes. La injerencia del médico en asuntos morales revelaba la importancia que tenían para los literatos ratificar la postura moral, ética y voluntad de servicio de los facultativos. Considero que estas narrativas no sólo sirvieron para legitimar al gremio médico, sino que tuvieron la impronta de poner en circulación ideas, valores y actitudes entre los lectores porfirianos, mediante los cuales se ponderó la autoridad moral de los facultativos en conflictos de orden pasional.

4.4 Conclusiones

La constelación de los médicos-escritores estuvo profundamente interesada en la enfermedad mental. Como pudimos observar, estos letrados se formaron entre la pléyade de románticos y positivistas de la segunda mitad del siglo XIX. Fueron médicos-escritores que buscaron moralizar sobre una multitud de asuntos de orden social, entre los que destacaron la domesticación de las pasiones. Escribieron relatos sentimentales en las que describieron desventurados amores

Francisco Rodiles, *Breves apuntes sobre la histeria...*, p. 58. Por su parte, Alejandro López, indicó que en los individuos predispuestos a la locura, podían “encontrar en el matrimonio un remedio preventivo, dado que reduce el peligro de la pasión a la mitad”. Alejandro López, *Algunos cuidados especiales a los enajenados*, Cuernavaca, México, Imprenta del Gobierno de Morelos, 1886, p. 11. Finalmente, Secundino Sosa decía que en el “buen matrimonio” rara vez puede “generar un desequilibrio en las facultades de una mujer [...]” Secundino Sosa, “Causas de la locura”, *El Universal*, 7 de marzo de 1891, p. 2.

de juventud y las consecuencias psicopatológicas de un erotismo descontrolado. Los escritores utilizaron estrategias narrativas propias del eclecticismo imperante a finales de siglo, como el romanticismo, realismo y naturalismo. Fueron letrados que no gozaron de plena autonomía en la esfera social ya que ocuparon puestos públicos; sin embargo, sus narrativas mostraron un alto grado de libertad creativa.

Pertenecieron a la elite política, cultural y científica durante la administración de Porfirio Díaz, ocupando puestos de importancia y participando en la creación de una cultura literaria. Publicaron novelas y narraciones cortas dirigidas a una reducida comunidad sentimental de lectores, los cuales podían encontrar advertencias claras sobre el peligro de las pasiones desbordadas. En sus ficciones sentimentales, las pasiones fueron resignificadas a la luz de los progresos de la medicina mental vigente, razón por la cual funcionaron como instrumentos pedagógicos dirigidos al disciplinamiento moral de la sociedad. A través de las narrativas, busqué demostrar que su literatura validó ideas médicas entorno a los accesos de locura, enfatizando que el mundo interior de los personajes siempre venía acompañada de una predisposición orgánica. Algunas veces clasificaron los comportamientos desmedidos con el lenguaje médico a su disposición; otras más se limitaron a describir el acceso.

Logramos identificar que estos relatos sentimentales no concluyeron en celebraciones matrimoniales satisfactorias debido a los accesos de enfermedad que padecieron muchos de los personajes pertenecientes a los grupos medios y populares. Los locos literarios de estos autores, experimentaron breves periodos de demencia generados por un entorno social desfavorable y unas condiciones de

vida particularmente difíciles. Estos personajes cayeron víctimas de pasiones contrariadas que imposibilitaron sus anhelos de uniones heterosexuales. Emociones como los celos, el infortunio, la decepción o el abandono fueron las causas predominantes que condujeron a los protagonistas a conductas fuera de sí. Histéricas, nerviosos y lipemaniacos formaron un repertorio de personajes con vidas apasionadas que escenificaban el lado oscuro de la razón; el sentimentalismo y la debilidad no eran más que expresiones de la pérdida momentánea de la voluntad que contravenían a la idea de un ciudadano libre y jurídicamente responsable. Los relatos sentimentales se rigieron por convenciones literarias y percepciones de la medicina mental, que permitieron a los lectores identificar los excesos pasionales como una amenaza para el desarrollo social.

Concluimos que estas narrativas sirvieron como instrumentos de legitimación de la medicina mental porfiriana, razón por la cual visibilizaron modelos de clasificaciones médicas que estigmatizaban la conducta apasionada. Estos autores reflexionaron sobre las pasiones como productoras de sujetos extraviados mentalmente y que, por lo tanto, encarnaban un peligro familiar y social. De igual manera, hicieron de la mujer un ser enfermo al patologizar su experiencia amorosa mediante la prohibición pública del deseo. En general, las locuras pasionales se identificaron con aspectos sociales que los propios médicos buscaron exorcizar mediante la medicación, confinamiento, matrimonio y destierro. En los siguientes capítulos examinaremos los cambios y continuidades de estas ideas, valores y actitudes a partir de la constelación modernista en su versión decadente. Se trataba de un grupo de escritores-periodistas que no tenían por

objetivo validar y legitimar el estatuto científico que la medicina mental buscaba ostentar, por el contrario, abandonaron las pasiones contrariadas para orientar sus argumentos estéticos a la exploración de las pasiones malsanas. Los decadentes usaron el lenguaje médico como una bandera contestataria.

Capítulo V

Escritores perversos, narrativas malsanas

*Cuando la literatura ha hecho suyo el campo de la fisiología,
la medicina ha tendido sus brazos a la región más oscura del misterio.*

Los Raros, Rubén Darío

(1896)⁴¹¹

*Otras enfermedades literarias son las que se comprenden bajo el
nombre de Magismo, Decadentismo, Delicuescencia, Simbolismo, etc.*

Literaturas malsanas. Estudios de psicología literaria. Pompeyo Gener

(1894)⁴¹²

Introducción

Los escritores-periodistas del modernismo decadente en el México finisecular, fueron una constelación de literatos que comenzó a manifestarse en 1893, y gozaron de cierta autonomía político-social al menos hasta 1903.⁴¹³ A diferencia de la constelación anterior, su proyecto narrativo no estuvo orientado a imaginar la nación mediante amores heterosexuales y educar al pueblo a través de narrativas moralistas; por el contrario, enarbolaron una bandera crítica de los comportamientos sociales presentando personajes patológicos, marginales y

⁴¹¹ Rubén Darío, *Los raros*, Barcelona, Casa editorial Maucci, segunda edición, 1905, p. 192.

⁴¹² Pompeyo Gener, *Literaturas malsanas. Estudios de patología literaria*, Madrid, Fernando Fé, librero, 1894, p. 6.

⁴¹³ Luego de estar inmersos en el trabajo literario, muchos escritores del grupo decadente terminaron como diputados, diplomáticos y comerciantes al finalizar el conflicto revolucionario. En este apartado, solo me interesa rescatar su labor literaria en el marco temporal elegido.

perversos. Los médicos porfirianos vieron en su literatura muestras elocuentes de enfermedad mental, razón por la cual patologizaron su labor creativa y condenaron sus producciones al considerarlas literaturas malsanas que podían trastornar la subjetividad de los lectores. Paradójicamente, los escritores decadentes utilizaron los términos médico-psiquiátricos en boga para construir su personalidad pública como atributo de distinción social, en tanto que su literatura ponía en circulación ideas vigentes sobre la locura-criminal, las perversiones sexuales y el suicidio como una propuesta contestataria. Pese a que consideraron la locura como una actitud pasional, los locos literarios de los decadentes fueron personajes varones, convalecientes y conscientes de su malestar en la modernidad. Es este sentido, los escritores-periodistas del decadentismo mexicano, construyeron narrativas sediciosas producto de los cambios sociales y culturales suscitados en el tránsito del siglo XIX al XX.

De 1875 a los inicios de la primera Guerra Mundial en 1914, Occidente experimentó un extraordinario y no menos complejo proceso de modernización en las artes pictóricas, arquitectónicas, musicales y literarias. Desde el punto de vista social, el arte moderno tuvo una injerencia notable en la sociedad. Para Eric Hobsbawm, este periodo se caracterizó por la “democratización de la cultura”, es decir, las actividades artísticas en general lograron penetrar en amplios sectores de la sociedad. La publicidad, el crecimiento de la riqueza entre las nuevas clases medias y la interconexión entre las principales ciudades del mundo, ayudaron a popularizar las artes. En este sentido, el grado de cultura era percibido como indicador de estatus social; por ejemplo, la introducción de pianos en los hogares

de trabajadores y campesinos comprados a plazos o el consumo de libros a bajo costo simbolizaba algunas de las aspiraciones individuales y colectivas. En definitiva, el arte moderno estaba en sintonía con la “era democrática”.⁴¹⁴ Los autores modernos necesitaban de un Estado y sociedad relativamente liberales para desarrollarse como artistas; empero, sus producciones muchas veces eran objeto de censuras sistemáticas por parte de los grupos privilegiados que sentían agraviada su moral. Entre objeciones y franco rechazo, hacia la segunda mitad del siglo XIX se creó un clima de “represión” profundamente hostil a la innovación moderna”.⁴¹⁵

Peter Gay consideró que la modernidad generó un “nuevo modo de entender la sociedad y el papel del artista”; muchos escritores preferían tomar caminos de insubordinación contra las elites en el poder que ajustarse a las necesidades del mercado y el progreso material. Por esta razón, los artistas no solo cuestionaron los cánones establecidos durante siglos, sino reivindicaron la soberanía de su arte más allá de cualquier fin utilitario.⁴¹⁶ El poeta francés Charles Baudelaire (1821-1867) ha sido considerado como el primer héroe de la modernidad al luchar contra las fuerzas materialistas que imponía el progreso burgués,⁴¹⁷ oponiendo una visión “pastoral del artista” que navega libremente

⁴¹⁴ Eric Hobsbawm, *La era del imperio...*, pp. 229, 232, 234.

⁴¹⁵ Peter Gay, *Modernidad. La atracción de la herejía de Baudelaire a Beckett*, España, Paidós, 2007, p. 37.

⁴¹⁶ *Ibid*, pp. 47, 55, 69. Sin lugar a dudas, dice el autor, Charles Baudelaire fue el primer héroe de la modernidad debido a que reveló a sus lectores su estado de ánimo y “desesperación existencial”.

⁴¹⁷ Sin embargo, el poeta gastó la mitad de la herencia de su padre en un año y por eso su madre lo incapacitó por prodigalidad. Agradezco a la Dra. Cristina Sacristán por el dato.

hacia un mundo espiritual.⁴¹⁸ Para el caso latinoamericano, varios estudios han demostrado que los escritores modernistas abandonaron los relatos sentimentales, criticaron el positivismo y los valores burgueses ampliamente aceptados entre los gustos de la sociedad, para explorar nuevos territorios narrativos marcados por el sincretismo estético, el rescate de lo irracional y el caos interior.⁴¹⁹ Tanto el naturalismo como el modernismo latinoamericano, asegura Gabriela Nouzeilles, se obsesionaron con lo anormal y lo patológico, exponiendo retóricas de la salud y enfermedad mediante las cuales describían cuerpos enfermos, géneros sexuales y clases sociales.⁴²⁰ En este sentido, los escritores del modernismo hispanoamericano frecuentaron modalidades textuales diversas, como el naturalismo, el simbolismo, el realismo y el decadentismo que, para el historiador de la cultura literaria en la actualidad, invalida cualquier clasificación a priori de su narrativa. Debemos pues considerar a los escritores del modernismo finisecular bajo el velo del eclecticismo literario.

Ahora bien, mientras que propios y extraños celebraban con bombo y platillo la era positiva y los adelantos materiales con el ascenso de los “científicos” en los comicios celebrados en 1892, un puñado de escritores identificados con el modernismo decadentista renovó el panorama literario de la época mediante narrativas que pretendían recrear el hastío, la violencia y la locura como una

⁴¹⁸ Marsall Berman, *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*, traducción Andre Morales Vidal, México, Siglo XXI, 2003, p. 138.

⁴¹⁹ Iván A. Shulman, “Reflexiones en torno a la definición del modernismo”, en Lily Litvak (editora), *El Modernismo*, Madrid, Taurus, 1981, p. 90; Klaus Meyer-Minnemann, “La novela modernista en Hispanoamérica”, en Hans-Otto Dill y otros, *Apropiaciones de la realidad en la novela hispanoamericana de los siglos XIX y XX*, Frankfurt-Madrid, 1994, p. 159-170.

⁴²⁰ Gabriela Nouzeilles, “Narrar el cuerpo propio...”, p. 151. La retórica de la enfermedad y las obsesiones literarias por la sexualidad también aparecen en la literatura decadente venezolana. Paeltte Cécil Silva Bearegard, *De médicos, idilios y otras historias...*, p. 208.

estética contestaría de fin de siglo. Asentados todos ellos en la capital mexicana, sus obras sacudieron la moral porfiriana despertando en general la animadversión pública.⁴²¹ Para médicos y críticos literarios su presencia en la cultura escrita del país no sólo confirmaba la “crisis moral” por la que atravesaban las letras nacionales, sino que sus actividades literarias expresaban el grado de degeneración alcanzado por un grupo de escritores claramente alejados del proyecto de reformismo social tal y como lo hizo la constelación de escritores analizados anteriormente. En este sentido, los modernistas en su versión decadente diferían de los anteriores esencialmente por su desapego a la función pedagógica, pero también por el cuestionamiento narrativo de los hábitos “civilizatorios” de moderación y recato ampliamente valorados por las clases dirigentes y los médicos interesados en las cuestiones mentales.

Los modernistas en su faceta decadente que analizaremos, pero no los únicos, fueron Alberto Leduc (1867-1908), Amado Nervo (1870-1919), José Juan Tablada (1871-1945), Ciro B. Ceballos (1873-1938), Rubén M. Campos (1876-1945) y Bernardo Couto Castillo (1880-1901). Estos escritores-periodistas comenzaron a manifestarse públicamente en 1893 y fueron percibidos negativamente debido a que su personalidad combativa y su narrativa subversiva encarnaban una visión del mundo que ponían en riesgo la “salud” de la sociedad

⁴²¹ Estas reacciones virulentas hacia la producción literaria no eran nada nuevas en el siglo XIX, recordemos que durante el periodo Ilustrado el Marqués de Sade fue condenado a través de sus escritos porque sus personajes eran de naturaleza criminal y pasional, a pesar de que el propio autor nunca cometió un crimen radical. Élisabeth Roudinesco, *Nuestro lado oscuro. Una historia de los perversos*, Barcelona, Anagrama, 2009, p. 52.

porfiriana en su conjunto.⁴²² Por su sentido sectario y “sensibilidad enfermiza”, los letrados porfirianos se empeñaron en mostrar la poca utilidad que tenía la narrativa decadente para el desarrollo de la nación, ya que atentaba contra el proyecto pedagógico-nacionalista que se había trazado el país desde la República Restaurada.⁴²³ Con la emergencia del escritor decadente entró en crisis la imagen romántica del literato como guía social que había dominado el panorama cultural durante siglos, adoptando un estilo bohemio sin pretender transformar el mundo.⁴²⁴ En el plano de las ideas, se declararon opuestos al credo positivista; en sus narrativas abordaron el sacrilegio, las perversiones sexuales, la muerte y la agonía a través de las cuales ponían énfasis en el héroe contradictorio y desequilibrado que representaba el propio artista.⁴²⁵ En México, las primeras referencias al término decadente aparecieron en 1888 y se prolongaron por lo menos hasta 1903, punto culminante de rechazo al movimiento.⁴²⁶ En su cruzada a favor de la pacificación del país y la higienización de los espacios públicos, el Estado porfiriano reaccionó de manera virulenta crucificando en la palestra pública

⁴²² *La construcción del modernismo*, (Antología), introducción y rescate a cargo de Belem Clark de Lara y Ana Laura Zavala Díaz, México, Biblioteca del Estudiante, UNAM, 2002, p. XII, XXIX. Para la escritura de este capítulo he utilizado las versiones periodísticas originales que se encuentran consignadas en dicha antología, así como otras fuentes sobre el decadentismo recabadas en los diarios de la época. No es el objetivo hacer una historia sobre el decadentismo, aunque podemos mencionar que Baudelaire fue un actor importante en la definición de la corriente, el cual reaccionó en contra del positivismo, mostró interés por el mundo interior del escritor y abogó por la libertad creativa. Klaus Meyer-Minnemann, *La novela hispanoamericana de fin de siglo*, México. FCE, 1991, p. 8; Leda Schiavo, *El éxtasis de los límites. Temas y figuras del decadentismo*, Argentina, Ediciones Corregidor, 1999. Más adelante se abordarán otros aspectos relevantes de dicha corriente estética.

⁴²³ Ana Laura Zavala Díaz, “La blanca lápida de nuestras creencias: notas sobre el decadentismo mexicano”, en Rafael Olea Franco (editor), *Literatura mexicana del otro fin de siglo*, México, El Colegio de México, 2001, p. 56.

⁴²⁴ Hans Hinterhäuser, *Fin de siglo. Figuras y mitos*, versión castellana de María Teresa Martínez, España, Taurus, 1980, p. 75-76; Rafael Gutiérrez Girardot, *Modernismo...*, p. 25.

⁴²⁵ David Jiménez Panesso, *Fin de siglo. Decadencia y Modernidad. Ensayos sobre el Modernismo en Colombia*, Instituto Colombiano de Cultura/Universidad Nacional de Colombia, 1994, p. 171.

⁴²⁶ A mi entender, el mejor trabajo histórico-filológico sobre el movimiento decadente en México, es de Ana Laura Zavala Díaz, *De asfódelos y otras flores del mal mexicanas...*, p. 33.

a los jóvenes decadentes por su “literatura malsana”. En este sentido, sus producciones fueron objeto de disecciones médicas y campañas de desprestigio lanzadas por médicos, críticos literarios y funcionarios públicos, fuertemente influidas por las teorizaciones sobre el arte degenerado propuestas por Max Nordau (1849-1923) y las ideas sobre las literaturas patologizantes de Pompeyo Gener (1848-1920). Mientras el higienismo burgués de fin de siglo fincaba su proyecto estatal en la salud de los ciudadanos, el programa del modernismo decadente se empeñó en mostrar la patología mental como argumento narrativo mediante el cual posicionaron su nuevo rol intelectual en la sociedad moderna.⁴²⁷ Para los decadentes, ser moderno también significaba incorporar los recursos lingüísticos de la medicina como instrumento de interpretación del cuerpo individual y el cuerpo social.⁴²⁸ En suma, la medicalización de las prácticas discursivas a las que estuvieron sujetas las producciones decadentes no fue un fenómeno exclusivo de México, sino un movimiento internacional iniciado en Occidente durante los últimos años del siglo XIX, el cual se extendió hasta las primeras décadas del XX con las propuestas sobre el “arte degenerado” en la Alemania nazi.⁴²⁹ Así, médicos, políticos y los propios escritores decadentes utilizaban los recursos de la medicina mental como instrumento hermenéutico para referirse a literaturas “saludables” escritas por literatos moralistas y ficciones “malsanas” engendradas por novelistas perversos.

⁴²⁷ *Ibid.*, p. 28. También ver Javier Blasco, “Hospital de furiosos y melancólicos, cárcel de degenerados, gabinete de estetas”, en *Anales de la Literatura Española*, vol. 23, n. 1-2, 1998, p. 27. Aníbal González, *La novela modernista hispanoamericana*, Madrid, Gredos, 1987, p. 11, 12, 28.

⁴²⁸ Estos argumentos han sido trabajados para el caso argentino, Gabriela Nouzeilles, *Ficciones somáticas...*, p. 61.

⁴²⁹ Andrew Scull, *La locura...*, p. 90.

El objetivo del presente capítulo es analizar los argumentos médicos mediante los cuales la elite porfiriana patologizó las producciones decadentes; asimismo, me interesa examinar la construcción de la identidad patológica que asumió como propia el grupo decadente. Busco comprender las razones por las cuales los letrados porfiristas medicalizaron la producción narrativa de los escritores del decadentismo mexicano. Lo que pretendo es mostrar que muchos analistas de la cultura escrita examinaron con ojo clínico las terribles consecuencias que acarrearba la propagación de “literaturas malsanas”, todas ellas escritas desde los bajos fondos de una mente perversa y degenerada. Para entender la virulencia social en contra del grupo decadente, primero es importante conocer el perfil social de los escritores-periodistas y las obras de estudio en el contexto cultural en el que escribieron.

5.1 Modernos y decadentes: el perfil social de los escritores

El 8 de enero de 1893, José Juan Tablada publicó su poema “Misa Negra” en el diario conservador *El País* de Jesús Rábago y Joaquín Escoto. Por su contenido erótico mezclado con elementos religiosos, los fundadores del periódico solicitaron al poeta atemperar sus colaboraciones que habían indignado a la esposa del presidente Porfirio Díaz, Carmen Romero Rubio.⁴³⁰ Doña Carmelita, la segunda esposa del mandatario, era famosa por su cultura, gustos refinados y la devoción

⁴³⁰ Rubén Lozano Herrera, *Las Veras y las burlas de José Juan Tablada*, México, Universidad Iberoamericana, Departamento de Historia, 1995, p. 126. Un análisis filológico e histórico del poema de José Juan Tablada se pueden consultar en el trabajo de Esther Hernández Palacios, “Misa Negra o el sacrilegio inacabado del modernismo”, en <http://cdigital.uv.mx/bitstream/123456789/1630/1/199177P5.pdf>, (Consultado el 1 de marzo de 2014). Para el escritor, historiador y ensayista Vicente Quirarte, la publicación de “Misa Negra” dio inicio a una nueva literatura nacional que exploraba sistemáticamente el lado oscuro de la consciencia humana. Vicente Quirarte, “Cuerpo, fantasma y paraíso artificial”, en Rafael Olea Franco (editor), *Literatura mexicana...*, p. 32.

católica que demostraba públicamente,⁴³¹ actitudes que sin duda influyeron en la decisión del régimen por tratar de silenciar la inmoralidad del poeta capitalino. Se ha considerado que José Juan Tablada buscaba infundir la duda entre los lectores sobre la manera en que los “burgueses” vivían el catolicismo y lo que las clases medias disfrutaban en silencio: el pecado.⁴³² Aunque en realidad no sabemos cuál pudo haber sido la reacción de los lectores potenciales tras la publicación, lo cierto es que ante las presiones de los altos mandos y los propietarios del diario, José Juan Tablada renunció a su cargo en la sección literaria y una semana después lanzó un pronunciamiento público que desataría una intensa polémica sobre la literatura modernista en su versión decadente. Más adelante exploraremos las retóricas médicas que encierran estas polémicas, por ahora es importante mencionar que “Misa negra” bien podría considerarse un “poema sedicioso” según la expresión de Robert Darton,⁴³³ no porque satirizara, criticara o ridiculizara a algún funcionario público corrupto, sino porque en realidad había logrado perturbar las buenas consciencias porfirianas mediante versos que exploraban abiertamente la sexualidad. De acuerdo al historiador norteamericano, los poemas sediciosos fueron sintomáticos del momento en el que Luis XV, rey de Francia entre 1715-1774, comenzaba a perder control sobre la obediencia de sus súbditos,⁴³⁴ pero en el México finisecular de Porfirio Díaz, reelecto por tercera ocasión en los comicios de 1892, el régimen se encontraba en el momento más álgido de su poder.

⁴³¹ Paul Garner, *Porfirio Díaz...*, p. 120, 141.

⁴³² Christina Karageorgou-Bastea, “Un arrebato decadentista: el pragmatismo corpóreo de José Juan Tablada”, en Rafael Olea Franco (editor), *La literatura mexicana...*, p. 46.

⁴³³ Robert Darton, *Poesía y Policía. Redes de comunicación en el París del siglo XVIII*, traducción de Antonio Saborit, México, Ediciones Cal y Arena, 2011.

⁴³⁴ *Ibid.*, p. 172.

El control y la censura de la prensa fueron elementos esenciales en la consolidación del poder presidencial, razón por la cual el encarcelamiento sistemático resultó una estrategia idónea para someter a los disidentes.⁴³⁵ El silenciamiento a José Juan Tablada se sumaba a otros casos de escritores y periodistas que habían sufrido censura y persecución política en 1893; por ejemplo, los jueces ordenaron las aprehensiones de los redactores de los periódicos opositores *El Diario del Hogar* y *El Demócrata*. En agosto de ese mismo año, había 29 periodistas de 9 diferentes diarios confinados en la cárcel de Belén. Cajistas, correctores y hasta voceadores podían ser detenidos por criticar abiertamente al régimen.⁴³⁶ Incluso, ante la oleada de sátiras políticas, actividades burlescas y celebraciones populares suscitadas en el Jockey Club a propósito de la quema de Judas en 1893, el gobierno buscó regular estas prácticas populares al considerar que amenazaban al régimen con el desorden.⁴³⁷ En este contexto de intensificación de la censura, persecución política y control de la prensa se dio a conocer la segunda generación modernista de escritores-periodistas,⁴³⁸ la cual rompió definitivamente con el proyecto pedagógico impulsado por Ignacio Manuel Altamirano, proponiendo una estética fincada en la defensa del arte por el arte

⁴³⁵ El caso más emblemático fue el de Filomeno Mata, director en Jefe de *El Diario del Hogar* quien se le encarceló por su jacobinismo radical por primera vez en 1889, al criticar abiertamente la segunda reelección de Díaz en 1888. Paul Garner, *Porfirio Díaz...*, p. 146. La regulación jurídica de la instrumentación de la censura se remonta a la administración de Manuel González (1880-1884) y el segundo mandato de Porfirio Díaz. Estos temas son abordados por Fausta Gantús, *Caricatura y poder político*. Particularmente el capítulo V.

⁴³⁶ Pablo Piccato, "Honor y opinión pública...", en Cristina Sacristán y Pablo Piccato (editores), *Actores, espacios y debates...*, p. 162.

⁴³⁷ William Beezley, *Judas en el Jockey Club y otros episodios del México porfiriano*, México, El Colegio de San Luis/CIESAS, 2010, pp. 26, 163. A partir de 1895, el Jockey Club dejó de participar en las celebraciones de quema de Judas y comenzó a promocionar los juegos floridos y los desfiles de bicicletas.

⁴³⁸ La primera generación modernista estaría compuesta por el mexicano Manuel Gutiérrez Nájera y los latinoamericanos José Martí y José Asunción Silva, entre otros.

mismo y en la exploración de temáticas consideradas durante la época como inmorales, indecentes y malsanas, como la sexualidad, el suicidio, la muerte y la violencia. Los modernistas en su versión decadentes se manifestaron públicamente en 1893 (año de irrupción de las polémicas sobre el decadentismo) hasta el cierre de la primera etapa de la *Revista Moderna* en 1903, órgano de publicación del modernismo hispanoamericano la cual ayudó a la consolidación del grupo. Durante este periodo, los escritores-periodistas mostraron un profundo interés por el movimiento decadente y sus propuestas literarias.

Ahora bien, la noción de decadentismo es histórica, compleja y polisémica, implica aseveraciones filosóficas, éticas y literarias. No es mi objetivo definirlo ni mucho menos acotarlo a un sentido particular.⁴³⁹ Sólo quiero resaltar que con el escritor Charles Baudelaire se utilizó el término para hablar de su obra. Algunas características del estilo decadente son el culto a la forma y voluntad de estilo refinado. En lo social, los decadentes mostraron una actitud contestataria, criticaron el positivismo y buscaron reivindicar la independencia del trabajo estético. Al nacionalismo burgués, los decadentistas oponían su cosmopolitismo e individualismo, lo cual muchas veces los identificaba como amoraless e incluso anárquicos.⁴⁴⁰ En México, algunos estudios han señalado que el decadentismo fue un movimiento literario producto de las influencias extranjeras y que los decadentes se convirtieron en artistas marginales, personalidades excéntricas y

⁴³⁹ Para conocer los significados históricos del término, consultar el libro de Matie Calinescu, *Cinco caras de la modernidad. Modernismo, vanguardia, decadencia, kitsch, postmodernismo*, presentación de José Jiménez, traducción de Francisco Rodríguez Martín, Madrid, Alianza, 2003.

⁴⁴⁰ Klaus Meyer-Minnemann, *La novela hispanoamericana...*, p. 8; Leda Schiavo, *El éxtasis de los límites...*; *Cuento modernista hispanoamericano*, en Fernando Díaz de Urdanivia (comp.), CONACULTA/Ábside cuento, 2008.

escritores excluidos de la modernidad.⁴⁴¹ Sin embargo, si realmente hubieran sido marginados por el Estado y excluidos de los círculos letrados, ¿cómo se explica que en la Ciudad de México lograron establecer un movimiento unificado, fundar una revista y publicar sus textos en los principales diarios de la capital? Considero que la historiografía ha construido “leyendas negras” alrededor del comportamiento público de los escritores decadentes, enalteciendo sus excesos étlicos, su vocación contestataria y crítica al materialismo burgués, lo cual resta importancia a las actividades prolíficas, las prácticas discursivas y, sobre todo, al papel que tuvieron sus narrativas en la conformación de un imaginario psicopatológico finisecular.

Con la finalidad de superar estas visiones maniqueas sobre el movimiento decadente, Ana Laura Zavala Díaz sostiene que no hubo una tradición decadentista mexicana sino manifestaciones, expresiones y momentos de esplendor durante diez años que van de 1893 a 1903. De acuerdo con la especialista, durante este periodo el decadentismo “a la mexicana” no sólo fue utilizado por los escritores-periodistas como bandera de rebeldía contra los discursos hegemónicos como el nacionalismo cultural y el positivismo, sino que también se usó como una herramienta para reorientar la literatura de la época, contribuir al progreso intelectual del país y formular propuestas críticas sobre su

⁴⁴¹ Existen varios trabajos clásicos que sostienen estas tesis, un par de ejemplos son: Rafael Gutiérrez Girardot, *Modernismo...*, p. 42; Rafael Pérez Gay, “La prosa de los noctámbulos”, en *Nexos*, 1 de agosto de 1987. Hoy en día, aunque con matices esta postura sigue siendo defendida. José Mariano Leyva, *Perversos y pesimistas. Los escritores decadentes mexicanos en el nacimiento de la modernidad*, México, Tusquets, 2013, p. 91.

realidad como artistas sometidos a las reglas de la oferta y la demanda.⁴⁴² Efectivamente, los modernistas en su versión decadente fueron una constelación de escritores, periodistas, traductores y ensayistas que se ganaban la vida escribiendo, debatiendo y compitiendo en los espacios de la cultura periodística de la capital. Según Ciro B. Ceballos, los escritores-periodistas durante la etapa final del siglo XIX ganaban entre 30, 50 y 100 pesos mensuales, “cantidades suficientes para satisfacer el costo de la vida, aunque modestamente fuere”.⁴⁴³ Comparados con otros salarios se puede observar que los decadentes podían subsistir de su trabajo intelectual; por ejemplo, en 1876 un trabajador de limpia ganaba 30 pesos al mes. En 1882, el Ayuntamiento pagaba 25 pesos mensuales a profesores de instrucción elemental; un alcaide de la cárcel percibía un sueldo de 100 pesos en el año 1884.⁴⁴⁴ Así pues, el literato como trabajador asalariado sin duda profesionalizó el campo de la escritura a partir de su inserción en los espacios periodísticos. Finalmente, los decadentes trabajaron en los diarios de mayor importancia, como *El Nacional* y *El País*, pasando por aquellos oficialistas como *El Universal*, *El Partido Liberal* y *El Imparcial*, hasta los más críticos del régimen como *El Diario del Hogar*, *El Mundo Ilustrado* y *El Siglo XIX*, entre otros. Esta apertura mediática a la producción de los decadentes nos ofrece una perspectiva de relativa tolerancia del régimen, porque a pesar de que ejercían

⁴⁴² Ana Laura Zavala Díaz, *De asfódelos y otras flores del mal mexicanas...*, pp. 14, 28, 86. El estudio de Ana Laura Zavala Díaz examina las polémicas sobre el decadentismo en México y el imaginario decadente a partir de un análisis filológico e histórico de autores como Alberto Leduc, Bernardo Couto Castillo, Ciro B. Ceballos y Rubén M. Campos.

⁴⁴³ Ciro B. Ceballos, *Panorama mexicano 1890-1910 (Memorias)*, edición crítica de Luz América Viveros Anaya, México, UNAM, 2006, p. 331.

⁴⁴⁴ Enriqueta Quiroz, “Vivir de un salario. El costo del consumo doméstico”, en Alicia Salmerón y Fernando Aguayo (coord.), *Instantáneas de la ciudad de México. Un álbum de 1883-1884*, t. I, Instituto Mora/UAM Cuajimalpa, 2013, p. 134.

crítica social en sus producciones también formaban parte de la elite cultural generando opinión pública. Al menos durante diez años, estos escritores-periodistas vivieron la contradicción de la modernidad porfiriana; recurrir a la crítica social dentro de un sistema de producción que podía cubrir sus necesidades de subsistencia.⁴⁴⁵

Cabe interrogarse, ¿cuál era el perfil social de los escritores-periodistas? ¿A qué sector social pertenecían? Leduc, Nervo y Campos nacieron en el interior de la República, en Querétaro, Jalisco y Guanajuato respectivamente; mientras que Tablada, Ceballos y Couto vieron la luz en la capital mexicana. Esta constelación de escritores nació en el periodo de Restauración de la República, en su juventud, desarrollaron sus dotes artísticas durante la consolidación del régimen de Porfirio Díaz en la década de los noventa.⁴⁴⁶ Los modernistas en su vertiente decadente fueron formados en la cultura positiva a la que posteriormente combatieron; por ejemplo, José Juan Tablada estudió en el Colegio Militar de Chapultepec, poco después en la Escuela Nacional Preparatoria; Amado Nervo cultivó ciencias y filosofía en su natal Jalisco; Bernardo Couto estudió en el Colegio Francés abierto por los maristas, institución apegada a los programas oficiales del régimen.⁴⁴⁷ Éste abandonó sus estudios siendo jovencísimo para

⁴⁴⁵ Ver estudio introductorio a Ciro B. Ceballos, *Panorama mexicano 1890-1910...*, p. 14.

⁴⁴⁶ Para el historiador Luis González, se trató de una generación que perteneció a la “minoritaria clase media” nacidos en un contexto familiar cuyo idioma era el español y que recibieron una educación “refinada” y de tono “afrancesado” en las principales ciudades de la época: París y Nueva York. Luis González, *La Ronda de las Generaciones*, México, SEP-Cultura, 1984, pp. 55-56. Sin embargo, la propuesta generacional del autor no incluye los intereses comunes y las filiaciones estéticas de los modernistas en su versión decadente.

⁴⁴⁷ Mílada Bazant, *Historia de la educación durante el Porfiriato*, México, El Colegio de México, sexta reimpresión, 2006, p. 200.

trasladarse a París, donde conoció a escritores franceses como Émile Zola y los hermanos Goncourt.

A excepción de Bernardo Couto quien provenía de una familia con solvencia económica y que le permitió llevar sus contribuciones literarias a los periódicos sin tener que preocuparse por la paga,⁴⁴⁸ el resto nació en un entorno social y familiar modesto.⁴⁴⁹ Sin embargo, esto no les impidió escalar en su juventud ciertos peldaños ocupando lugares de privilegio en la administración porfirista. Un claro ejemplo fue el poeta Amado Nervo, comisionado por el gobierno de Díaz como representante en la Exposición Universal de París en 1889, junto con los escritores Carlos Díaz Dufoo (1861-1941) y Ángel de Campo “Micros” (1868-1908).⁴⁵⁰ Alberto Leduc, Amado Nervo y Rubén M. Campos compartieron la desgracia de quedar huérfanos de padre y/o madre desde su infancia. Algunos pasaron experiencias sumamente difíciles. Por ejemplo, al quedar huérfano Alberto Leduc fue confinado junto con sus hermanos en un orfanato, donde recibió una educación basada en preceptos religiosos y del que

⁴⁴⁸ El abuelo de Bernardo Couto Castillo, José Bernardo Couto Pérez (1803-1862) fue diputado, senador, ministro de justicia y presidente de la Academia de San Carlos, autor de *Diálogo sobre la historia de la pintura en México*. Ángel Muñoz Fernández, “Bernardo Couto Castillo”, en Belem Clark de Lara y Elisa Speckman (edits.), *La República de las Letras...*, vol. III, p. 598. Ver el estudio introductorio a la obra *Asfódelos*, México, La Matraca/INBA, 1984. Bernardo Couto Castillo, *Obra Reunida*, edición, introducción, estudio preliminar y notas de Coral Velázquez Alvarado, México, UNAM, 2014.

⁴⁴⁹ Por ejemplo, Blanca Estela Treviño refiere que debido a la pobreza que padeció Alberto Leduc al morir su padre, soldado francés del mismo nombre quien había llegado durante el Imperio de Maximiliano, trabajó vendiendo juguetes en la capital antes de enrolarse en el periodismo. Alberto Leduc, *Un calvario. Memorias de una exclaustrada. María del Consuelo*, introducción y selección de Blanca Estela Treviño, México, UNAM, 2012.

⁴⁵⁰ Estos personajes se habían convertido en parte de la “red de propaganda de México” en el extranjero cuyo objetivo era mostrar que la nación estaba a la altura de los países modernos y civilizados. Mauricio Tenorio Trillo, *Artilugio...*, p. 228. Carlos Díaz Dufoo tuvo una relación ambivalente con el movimiento decadente, era crítico pero compartió algunos temas e intereses propios del movimiento. En cambio, Ángel de Campo tenía mayor interés por continuar con el proyecto de literatura nacional de Ignacio Manuel Altamirano.

escapó años después para trasladarse a Veracruz, con la misión de viajar al país de su progenitor.⁴⁵¹ En resumen, se trató de una constelación de escritores-periodistas de origen diverso, cosmopolitas, conocedores de lenguas extranjeras e interesados en los progresos culturales de la nación.

Además de la prensa periódica, las revistas literarias jugaron un papel esencial en la difusión del modernismo en general y del decadentismo en particular. Eran órganos de publicación que ayudaron a la profesionalización del escritor así como a la creación de redes literarias hispanoamericanas. Entre 1893 y 1903, los modernistas decadentes redactaron cuentos, poesías y ensayos para diversas revistas de la Ciudad de México. La *Revista Azul* (1896-1898) fundada por Manuel Gutiérrez Nájera y Carlos Díaz Dufoo fue una publicación que dio cabida a escritores hispanoamericanos presentando un perfil continental.⁴⁵² Ya desde su primer número, los redactores y propietarios establecieron que su objetivo era “defender la belleza”, para lo cual contaban con una publicación que alojaba a “la loca de la casa”, es decir, la imaginación según la expresión de Santa Teresa.⁴⁵³ Sin embargo, fue gracias a la *Revista Moderna* (1898-1903)⁴⁵⁴ que se

⁴⁵¹ La novela corta titulada *Un calvario. Memorias de una exclaustrada*, bien podría interpretarse como las vivencias del propio autor en una situación de confinamiento asilar. Por otra parte, los cuentos “En el litoral pacífico” y “El Aparecido (diario íntimo de un ex grumete de la Armada Nacional) incluidos en el libro *En torno de una muerta*, México, Tipografía de “El Nacional”, 1897, confirman la incursión del autor en la vida marítima de la Marina Nacional.

⁴⁵² La *Revista Azul* apareció el domingo 6 de mayo en 1894 y concluyó el 11 de octubre de 1896 como suplemento dominical de *El Partido Liberal*, periódico promotor del progreso y la vida social porfirista. Fundada por Manuel Gutiérrez Nájera y Carlos Díaz Dufoo, la revista tenía por objetivo dar cabida a las manifestaciones literarias del modernismo nacional y extranjero. Para un estudio detallado de la estética, forma y desarrollo de la publicación, ver el estudio introductorio de José Von Ziegler, a la edición facsimilar de *Revista Azul*, t. I, México, Dirección de Cultura/UNAM, 1988, p. IX-XXV. *El modernismo hispanoamericano, testimonios de una generación...*, p. 42.

⁴⁵³ *Revista Azul*, t. I, México, 6 de mayo de 1894, n. I, p. 1.

⁴⁵⁴ La *Revista Moderna* apareció en 1898 y cerró su primera etapa en 1903. Fue impresa en la Tipografía Carranza, luego pasó a la Imprenta de Eduardo Dublán. La *Revista Moderna* incorporó el uso de la fotografía y reproducciones de obras famosas, además, contó con ilustraciones de

consolidó el grupo y conformó un sistema literario moderno, el cual ayudó al desarrollo y profesionalización de la escritura de los modernistas. Con la *Revista Moderna*, los escritores tomaron partido en favor del modernismo cosmopolita.⁴⁵⁵ Cabe entonces establecer una distinción: a diferencia de la constelación de escritores estudiados con anterioridad a los que definí como letrados (por sus funciones pedagógicas y de gobierno), a este grupo identificado con el modernismo decadente se les puede estudiar propiamente como intelectuales (al menos, durante este periodo de diez años), porque en buena medida vivieron del trabajo literario a través de sus textos y mantuvieron cierta distancia o ambivalencia respecto a las instituciones del Estado.⁴⁵⁶ La defensa del arte por el arte era una declaración radical en salvaguarda de las obras artísticas del siglo XIX, así como una reivindicación de la soberanía de sus creadores.⁴⁵⁷ Los modernistas decadentes podían jactarse de ser un grupo de escritores que no respondían a los intereses estatales, mucho menos a exigencias sociales de algún tipo. Alberto Leduc, Amado Nervo, José Juan Tablada, Ciro B. Ceballos, Rubén M. Campos y Bernardo Couto Castillo fueron entusiastas literatos que no pretendían servir a la educación del pueblo o rescatar valores nacionalistas apelando a un

Julio Ruelas, flamante ilustrador de la publicación. Para un examen detallado de la estructura, circulación, publicaciones, temas, tendencias y escritores, ver el clásico estudio introductorio de Héctor Valdés, en *Índice de la Revista Moderna. Arte y Ciencia (1898-1903)*, México, UNAM/Centro de Estudios Literarios, 1967. Durante su primera época, la *Revista Moderna* acogió muchas colaboraciones de corte decadentista y el dibujante Julio Ruelas le otorgó una identidad artística por medio de viñetas y dibujos que resignificó los textos hacia una estética decadente. Ciro B. Ceballos, *En Turania. Retratos literarios*, edición crítica de Luz América Viveros Anaya, UNAM/Instituto de Investigaciones Filológicas, 2010, p. XXII.

⁴⁵⁵ Belem Clark de Lara y Fernando Curiel Defossé, *El modernismo en México a través de cinco revistas...*, p. 36.

⁴⁵⁶ Para una valoración histórica-literaria de los conceptos de letrados e intelectuales, sigo la propuesta mencionada anteriormente por Friedhelm Schmidt-Welle, "Letrados e intelectuales...", p. 30-31.

⁴⁵⁷ Peter Gay, *Modernidad...*, p. 69.

glorioso pasado. Su propósito era defender el arte en sí mismo allende al nacionalismo cultural que al mismo tiempo toleraban y denostaban.

Los centros de reunión y sociabilidad de los modernistas decadentes incluían bares, tabernas y cantinas (Salón Bach, Salón Weber, Bar Wondracek, entre otros) donde disfrutaban de la compañía de amigos literatos, funcionarios públicos y de las acaloradas discusiones contra el mundo burgués.⁴⁵⁸ También frecuentaban casas de prominentes médicos y empresarios, como Jesús Valenzuela, quien además de escritor, fue el mecenas del grupo que financió la *Revista Moderna*. Ciro B. Ceballos recordaba que en varias ocasiones Amado Nervo, José Juan Tablada y Bernardo Couto asistieron a la residencia del Dr. Samuel Morales Pereyra, entonces director del Hospital para Mujeres Dementes y activo colaborador en 1896 del proyecto de construcción de un nuevo manicomio en la capital (El Manicomio General La Castañeda, inaugurado en 1910). La casa estaba ubicada en un anexo al nosocomio en la calle de la Canoa; en ella los escritores disfrutaban de licores en compañía de las bellas hijas del facultativo. Una noche de navidad y a petición de los jóvenes escritores, el Dr. Morales les mostró algunos “casos interesantes” de locas que puso “nerviosos” a varios de los decadentes:

Esta señora enloqueció a consecuencia del suicidio de su hijo, a quien mucho amaba. Esta muchacha perdió la razón en el conventículo donde sus padres la

⁴⁵⁸ Rubén M. Campos ofrece en su obra *El Bar. La vida literaria de México en 1900*, interesantes datos sobre la vida de los modernistas y algunas anécdotas relevantes de la bohemia mexicana. Desafortunadamente, la obra no llegó a publicarse sino como facsimilar gracias a la voluntad filológica de Serge I. Zaitzeff, quien la rescató en 1996 de los archivos familiares. Según el propio Serge, el manuscrito estaba fechado en 1933 por el propio Campos, aunque se venía anunciando desde 1907 en la prensa capitalina. Rubén M. Campos, *El Bar. La vida literaria de México en 1900*, prólogo Serge I. Zaitzeff, México, UNAM, 2013.

internaron para hacerla desistir de un amor. Esta es una idiota. Esta es ninfómana. Esta también. Esta padece delirio de persecución. Aquella viejecita sufre de locura mística.⁴⁵⁹

Ciro B. Ceballos señaló que después de presenciar semejante espectáculo, varios de los asistentes salieron corriendo apresurados, como emergiendo de una “pesadilla horrenda”. Ceballos señaló que de aquellas visitas, el joven Bernardo Couto era el más “nervioso” del grupo. Esta anécdota prueba que los modernistas en su versión decadente no fueron marginales escritores de cantina, sino que también establecieron vínculos con la cúpula porfirista, sobre todo, con médicos de prestigio nacional. Estas relaciones entre escritores decadentes y personalidades médicas no era asunto exclusivo de la cultura porfiriana. Menciono un ejemplo. El famoso psiquiatra argentino José Ingenieros (1877-1925) celebraba almuerzos en casa de sus colegas médicos a los que asistían escritores como Leopoldo Lugones y Florencio Sánchez -el primero, colaborador de la *Revista Moderna*-, los cuales se convirtieron en “número obligado para los intelectuales y conferencistas europeos”, como sostiene Silvy Molloy. Para la autora, en su juventud Ingenieros fue un entusiasta poeta decadente que fundó una revista literaria, además, resultó un entrañable amigo de Rubén Darío, modernista por excelencia, a quien ayudaba a construir casos ficticiales de neurópatas.⁴⁶⁰ Sin duda, el imaginario psicopatológico de las narrativas decadentes estaba alimentado por la cercanía de los escritores con el

⁴⁵⁹ Ciro B. Ceballos, *Panorama mexicano 1890-1910...*, p. 390.

⁴⁶⁰ Silvy Molloy, “Diagnósticos del fin de siglo”, en Beatriz González Stephan y Richard Nelly (editores), *Cultura y Tercer Mundo: Nuevas identidades y Ciudadanías*, Caracas, Venezuela, Editorial Nueva Sociedad, 1996, p. 190.

mundo de la medicina mental, y en algún sentido, por experiencias de confinamiento manicomial de alguno de sus miembros. Recordemos que en septiembre de 1895, al parecer José Juan Tablada decidió pasar una breve temporada en el Hospital de San Hipólito para Hombres Dementes debido a su adicción a la morfina y la bebida. Con tristeza, Carlos Díaz Dufoo dio la noticia a los lectores de la *Revista Azul*:

Nuestro exquisito artista José Juan Tablada atraviesa hoy por una dolorosa y aguda crisis: es un envenenado de Baudelaire, un iniciado en los misterios de esa vida de las drogas estimulantes de la imaginación; el éter, la morfina, el haschich, esas emboscadas pérfidas de los sentidos han hecho en él presa y le desgarran sin piedad.⁴⁶¹

El consumo de morfina, heroína y otros enervantes, no parecía tener mayores restricciones entre algunos poetas finiseculares, más que el evidente deterioro de la salud de quien se hacía adicto a ellas. Por ejemplo, Antenor Lescano, médico, poeta y redactor de la *Revista Moderna*, no sólo dedicó su tesis de medicina al “estudio de la morfinomanía”, también consumió enervantes en búsqueda de “paraísos artificiales” que finalmente lo llevaron a una muerte prematura.⁴⁶² A diferencia de Pedro Castera que apareció recluido en San Hipólito

⁴⁶¹ Carlos Díaz Dufoo, “Azul Pálido”, *Revista Azul*, t. III, n. 20, 15 de septiembre de 1895, p. 320. Sin embargo, no logré constatar la noticia de la reclusión del escritor en San Hipólito. Bernardo Couto Castillo dedicó a José Juan Tablada su poema “Poemas locos. La canción del ajenjo”, en donde se describen las experiencias narcóticas del narrador vinculadas a estados alterados de la consciencia: “Las visiones iban y volvían, circulaban alrededor de mi cabeza, tristes las unas -con la tristeza de los destinos no cumplidos- riendo las otras, con risas guturales y lascivas, con la pacífica sonrisa de la inocencia otras; y la visión iba, volvía, desenrollándose las azuladas nubes, nubes de quimeras, al brotar y desprenderse del trono de ópalo!” Bernardo Couto Castillo, “Poemas locos. La canción del ajenjo”, *Revista Azul*, t. V, n. 5, 31 de mayo de 1896, p. 77-78.

⁴⁶² Ricardo Pérez Montford, *Tolerancia y Prohibición. Aproximaciones a la historia social y cultural de las drogas en México, 1840-1949*, México, Debate, 2016, p. 82.

en 1883 tras los asuntos del níquel, como lo mencioné anteriormente, probablemente José Juan Tablada había decidido combatir sus adicciones por medio del confinamiento. Más allá de las leyendas negras que estos episodios puedan suscitar, debemos subrayar que los escritores-periodistas decadentes tenían afición al alcohol y a ciertos estimulantes, lo cual distinguió su comportamiento público y los unió en su mocedad rebelde. Cabe subrayar que los excesos etílicos marcaron la existencia de algunos de estos escritores; en 1901 murió Bernardo Couto, seis años después Julio Ruelas (1870-1907), también se ha comentado que en 1908 falleció Alberto Leduc y en 1911 el poeta y abogado Jesús E. Valenzuela (1856-1911), todos ellos al parecer víctimas del etilismo.⁴⁶³

Entre 1893 y 1903, esta constelación de escritores publicó cuentos, novelas cortas y ensayos que examinaron, por un lado, los debates, tendencias y estilos relacionados con la escuela decadente; y por el otro, abordaron la locura criminal, el vicio y la violencia. En breve consignamos sólo las obras que estudiaremos en el próximo capítulo. Alberto Leduc publicó en 1894 dos novelas cortas tituladas *Un calvario. Memorias de una exclaustada* merecedora del premio literario lanzado por *El Universal* en 1893, y *María del Consuelo*,⁴⁶⁴ tres años después publicó *En torno a una muerte* con 10 narraciones breves que examinaban el suicidio, la muerte y la moral.⁴⁶⁵ Además, aparecieron una serie de cuentos publicados en el mismo diario que llevaron por título “Perfiles de almas”,

⁴⁶³ Rubén M. Campos, *El Bar. La vida literaria en México...*, p. 201-215.

⁴⁶⁴ Por ahora, sólo contamos con la edición facsimilar publicada en la colección Relato licenciado Vidriera, de la Coordinación Cultural de la UNAM. Alberto Leduc, *Un calvario. Memorias de una exclaustada. María del Consuelo*, introducción y selección de Blanca Estela Treviño, México, UNAM, 2012.

⁴⁶⁵ Alberto Leduc, *En torno a una muerte*, México, Tipografía de El Nacional, 1897.

“Siluetas de miseria”, “Cuentos nocturnos” y “Cuentos blancos”, narraciones en las que exploró el registro mental de personajes pasionales.⁴⁶⁶ Bernardo Couto Castillo publicó en 1897 *Asfódelos* su único libro. Se trató de una colección de 12 cuentos muchos de ellos publicados con anterioridad en la prensa capitalina, en los que abordó las relaciones entre la violencia, la locura y la criminalidad.⁴⁶⁷ Algunos de los cuentos también se publicaron en la *Revista Azul* y *Revista Moderna*. Para Ana Laura Zavala Díaz, 1897 fue el momento de mayor esplendor del decadentismo con la publicación de *Asfódelos* y *Oro y Negro* de Francisco M. de Olaguíbel (1874-1924),⁴⁶⁸ los cuales aparecieron en el contexto de la sustitución del término decadentismo por el de modernismo, lanzado por Amado Nervo un año antes.

⁴⁶⁶ “Cuentos nocturnos. Un asesinato”, *El Universal*, 9 de abril de 1893, p. 2; “Decadentismo. A los señores José Juan Tablada, Jesús Urueta, Francisco de Olaguíbel y Luis Vera”, *El País*, 29 de enero de 1893, p. 2; “Fragatita”, *El siglo Diez y Nueve*, 2 de mayo de 1896, p. 2, “Nuestra señora la Muerte”, *El Universal*, 7 de mayo de 1893, p. 1; “Perfiles del alma. Un cerebral”, *El Universal*, 26 de marzo de 1893, p. 4. Algunos de estos cuentos se encuentran reunidos en Alberto Leduc, *Fragatita y otros cuentos*, México, La Matraca, Premia Editora, 1984.

⁴⁶⁷ Bernardo Couto Castillo, *Asfódelos*, México, Eduardo Dublán Impresor, 1897. También publicó: “La vida de un artista”, *Diario del Hogar*, 22 de junio de 1893, p. 2; “Celos póstumos”, *Revista Moderna*, año 1, n. 7, 1 de noviembre de 1898, p. 107-108; “Poemas locos. La canción del ajenjo”, *Revista Azul*, t. V, n. 5, 31 de mayo de 1896, p. 77-78; “El poseído”, *Revista Moderna*, año III, n. 4, febrero de 1900, p. 57.

⁴⁶⁸ Francisco M. de Olaguíbel, *Oro y Negro*, Propileo de Amado Nervo, Toluca, Oficina tipográfica del gobierno, 1897.

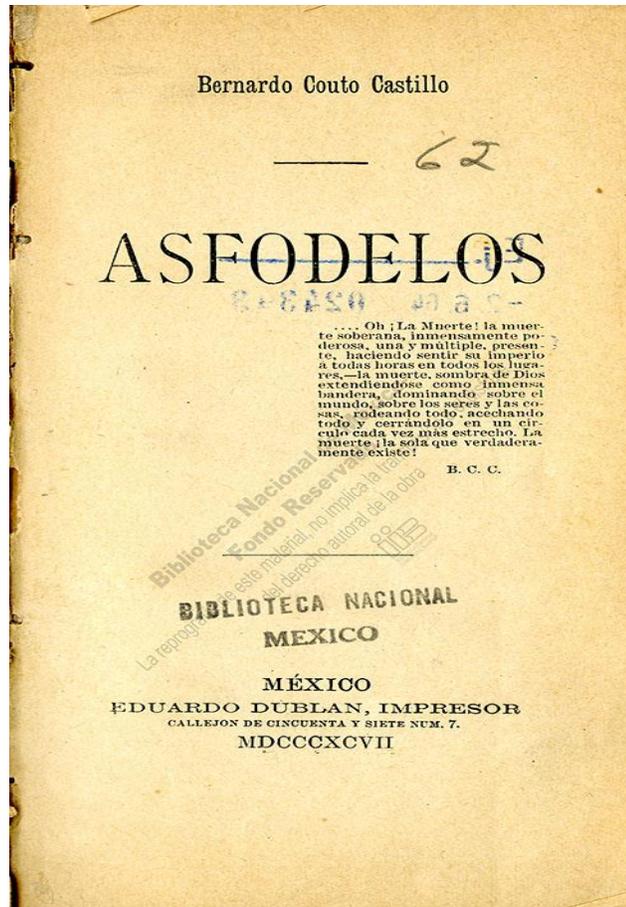


Imagen 6. Bernardo Couto Castillo fue uno de los más entusiastas escritores del grupo decadente. Se dice que estuvo enamorado profundamente de una prostituta, pero murió jovencísimo víctima del consumo de alcohol y varios enervantes. Su libro *Asfódelos* fue su única obra la cual fue publicada en la prestigiosa casa de Eduardo Dublán. Fuente: Bernardo Couto Castillo, *Asfódelos*, México, Eduardo Dublán Impresor, 1897.

En este periodo, los escritores comenzaron a tomar consciencia de que pertenecían a un movimiento continental con características propias y desligadas de las propuestas estéticas europeas.⁴⁶⁹ Un indicador de la relevancia que adquirieron las obras decadentes apareció en la columna de *El Universal* titulada “Libros y autores. 1897”, en la cual el redactor lamentó que se editaran tan pocos libros, entre los cuales figuraban *Croquis y Sepias* de Ciro B. Ceballos, *Asfódelos* de Bernardo Couto y *Cuentos Mexicanos* en los que se incluía un texto de Alberto

⁴⁶⁹ Ana Laura Zavala Díaz, *De asfódelos y otras flores del mal mexicanas...*, pp. 65, 156.

Leduc.⁴⁷⁰ En este sentido, más de la mitad de libros impresos en 1897 provenían de las plumas de los decadentes.

En 1901, Carlos Díaz Dufoo (1861-1941) ensayista, dramaturgo y economista, publicó su libro *Cuentos Nerviosos*, eran 16 cuentos donde el autor exploró la crueldad, la venganza y violencia vista desde la retórica médica de los nervios.⁴⁷¹ Aunque no figuró dentro del movimiento decadente, considero importante incluir algunos de sus cuentos porque compartió las obsesiones literarias del resto de escritores. Por su parte, Ciro B. Ceballos publicó *Claro Oscuro* en 1896, una colección de diez cuentos cuyos personajes encarnan la lujuria, el vicio y la perversión. Dos años después salió *Croquis y Sepias* en la casa editorial Eduardo Dublán, otra colección de cuentos en los que continuó con los temas decadentes. Para 1903 se imprimió *Un adulterio*, obra compuesta por cuentos en los que examinó el deseo de destrucción, los celos y la venganza.⁴⁷² Durante este periodo, José Juan Tablada publicó una serie de ensayos en los que defendió el decadentismo utilizando el discurso médico para identificar el movimiento con la patología mental.⁴⁷³ Desde mi perspectiva, el hilo conductor de estas narrativas sediciosas es la centralidad de lo irracional, la perversión y malicia con la que actuaban sus protagonistas varones. En definitiva, la producción de los modernistas en su versión decadente se publicó en las principales casas

⁴⁷⁰ "Libros y autores. 1897", *El Universal*, 1 de enero de 1898, p. 3.

⁴⁷¹ Carlos Díaz Dufoo, *Cuentos nerviosos*, México, J. Balleca y Compañía, sucesor, 1901.

⁴⁷² Ciro B. Ceballos, *Claro Oscuro*, librería Madrileña, 1896; *Croquis y Sepias (Retrato por Julio Ruelas)*, México, Eduardo Dublán Impresor, 1898; *Un Adulterio*, México, Imprenta de Eduardo Dublán, 1903.

⁴⁷³ "Cuentos mexicanos", *El Nacional*, 14 de octubre de 1897, p. 1; "Cuestión literaria. Decadentismo", *El País*, 15 de enero de 1893, p. 2; "Los modernistas mexicanos y *monsieur Prudhomme*" (dos entregas), *El Nacional*, 9 de enero de 1898, p. 3 y 16 de enero de 1898, p. 3; "El monstruo (Fantasías estéticas)", *Revista Moderna*, año II, n. 4, abril de 1899, p. 100-102.

editoriales de la capital, las cuales abrieron sus espacios de publicación a escritores que no pretendían educar al pueblo, claro indicador de la tolerancia e interés que podían tener los grupos encargados de gestionar la cultura porfiriana.

Para cerrar este apartado debemos preguntarnos, ¿a quién estaban dirigidas las obras? ¿Cuál era el perfil del público lector? Por el lenguaje refinado y contenido simbólico de las obras, es indudable que estaban dirigidas a una “minoría ilustrada” dispuesta a cumplir con las exigencias de los propios escritores.⁴⁷⁴ Un lector ideal habría sido un lector-artista, el cual podría compartir el contenido simbólico y velado de sus obras, pero un lector real no podría ser otro que un letrado perteneciente a los grupos privilegiados y sectores medios.⁴⁷⁵ Lo cierto es que se trataba de una literatura para literatos, incluido un reducido sector de la sociedad culta e informada de las innovaciones poéticas provenientes de Francia, y conocedora de la forma y el estilo de la lengua gala, ya que los decadentes solían incorporar párrafos en francés. Tal vez por estas razones, Carlos Díaz Dufoo consideró que el esfuerzo de los escritores modernos demandaba un “gasto de energía”, por lo que sentenció “el mismo gasto de energías se exige del lector”.⁴⁷⁶ Este “requisito”, sin duda, pudo haberles restado lectores, pero no tenemos indicios para constatarlo. De cualquier manera, los decadentes reclamaban lectores; por ejemplo, Ciro B. Ceballos pedía a gritos “un

⁴⁷⁴ Ana Laura Zavala Díaz, *De asfódelos y otras flores del mal mexicanas...*, p. 41.

⁴⁷⁵ Esta distinción entre lector ideal y lector real la establece Coral Velázquez Alvarado para el caso de Bernardo Couto, pero creo que bien podría aplicarse al resto de escritores decadentes. Bernardo Couto Castillo, *Obra Reunida...*, p. 62.

⁴⁷⁶ Carlos Díaz Dufoo, “El dolor de la producción”, *Revista Azul*, t. III, n. 14, 4 de agosto de 1895, p. 211.

ocioso que me lea”,⁴⁷⁷ declaración que, en cierta manera, exhibía las enormes dificultades que enfrentó el grupo decadente para encontrar públicos interesados en sus narrativas. En su libro *En Turania* publicado en 1902, el propio autor de *Croquis y Sepias* lamentó que en los inicios del siglo XX los sectores medios tuvieran más predilección por fórmulas literarias vetustas que por creaciones consideradas por ellos como refinadas: “la clase media, la menos burguesa, que es la que más lee y relativamente posee mejor ilustración, prefiere cualquier tirada de rimas lloronas a un relieve tallado en diamante puro por el egrario Díaz Mirón”.
Ciro B. Ceballos enfatizó que pocos leían a Amado Nervo y Bernardo Couto, “simplemente porque, en nuestra tierra, el gusto literario solo ensaya pasos embrionarios”.⁴⁷⁸ Para los escritores identificados con el decadentismo, la sociedad mexicana todavía no estaba preparada para un cambio cultural. Los propios literatos eran plenamente conscientes de que no contaban con un ejército de entusiastas seguidores, por esta razón, se quejaron amargamente de que en la vitoreada modernidad, la lectura fuera un asunto de elegidos. Amado Nervo lo expuso de la siguiente manera:

En general, en México se escribe para los que escriben. El literato cuenta con un cenáculo de escogidos que lo leen y acaba por hacer de ellos su único público. El *gros public*, como dicen los franceses, ni lo paga ni lo comprende, por sencillo que sea lo que escribe; ¿qué cosa más natural que escribir para los que si no lo pagan lo comprenden al menos?⁴⁷⁹

⁴⁷⁷ Ciro B. Ceballos, *Croquis y Sepias...*, p. IV

⁴⁷⁸ Ciro B. Ceballos, *En Turania*, p. 21.

⁴⁷⁹ Amado Nervo, “Fuegos fatuos. Nuestra Literatura”, *El Nacional*, 15 de junio de 1896, p. 1

Los críticos de la escuela decadente buscaron desestimar las acusaciones de Amado Nervo argumentando que el “pueblo mexicano” ya sabía leer y que realmente leía; una prueba de ello era la circulación de periódicos “de a centavo”.⁴⁸⁰ Aunque las personas tuvieran acceso a los cuentos publicados en los periódicos debido a sus bajos costos, no debemos olvidar, como ya se dijo anteriormente, que para 1895 sólo el 14% de la población nacional era alfabeta y el Distrito Federal tenía el 38%.⁴⁸¹ Si durante este periodo poca gente leía relatos sentimentales, seguramente era menos la interesada en cuentos perversos. Las prácticas de lectura de las obras decadentes no llegaron a ser un fenómeno social sino hasta décadas más tarde. En definitiva, muchos de los cuentos decadentes escritos entre 1893 y 1903 estaban dirigidos a los miembros de los órganos de las revistas e integrantes del grupo literario. Hemos podido confirmar que los libros llevaban dedicatorias escritas de puño y letra, mostrando el respeto que se tenían como escritores. Los decadentes comulgaron en el reconocimiento mutuo de sus capacidades estéticas, constituyendo así una confraternidad literaria de escritores-lectores-selectos que, en todo caso, hablaban el mismo lenguaje. Los debates médico-sociales sobre el decadentismo suscitados a partir de 1893, movilizaría a un sector de la elite cultural y científica de la época desatando acusaciones en contra de sus miembros, con la finalidad de mostrarlos como una amenaza para la sociedad.

⁴⁸⁰ Aurelio Horta, “Literatura para el pueblo”, *El Partido Liberal*, 20 de junio de 1896, p. 1.

⁴⁸¹ Mílada Bazant, “Lecturas del Porfiriato...”, p. 206.

5.2 Max Nordau y la patologización del arte moderno

El decadentismo en el México finisecular estuvo marcado desde sus inicios por el estigma de la locura y la patología mental que supuestamente padecía el literato. Los debates médico-sociales suscitados entre 1893 y 1903 sobre la pertinencia, adhesión y rechazo del movimiento literario que examinaremos más adelante, abrió un espacio de confrontación científico-cultural entre quienes lo consideraban inútil, incomprensible y malsano para la salud colectiva de la nación; y aquellos que lo defendían como un arte refinado, necesario para cultivar el espíritu y consecuente al progreso cultural del estado moderno. Estos debates fueron alimentados por las ideas organicistas sobre la patología mental de los literatos desarrolladas por el médico húngaro Max Nordau en su famosa obra *Entartung*.⁴⁸² Las polémicas sobre el decadentismo mexicano pusieron en circulación terminologías médicas, valores sociales y actitudes culturales relacionadas con la patologización de la actividad artística y la degeneración del literato. Un recuento general del proyecto nordausiano nos permitirá evaluar la importancia de la medicalización de las prácticas discursivas en la cultura médica y literaria en México.

A finales de siglo, algunos autores buscaron construir una percepción social negativa del poeta decadente mediante poemas satíricos publicados en los

⁴⁸² La obra *Entartung*, traducida en la cultura hispánica de la época como “Degenerescencia”, se publicó entre 1892 y 1893 en Alemania, dos años más tarde Auguste Dietrich la tradujo al francés. Max Nordau, *Dégénérescence*, Traduit de l’allemand Auguste Dietrich, troisième édition, Ancienne Librairie Germer Bailliere, Félix Alcan, Editeur, Paris, 1895. Para 1902, apareció la edición en español a cargo del médico madrileño Nicolás Salmerón y García. *Degeneración*, Traducción de Nicolás Salmerón y García, con epílogo del autor, t. I y II, Madrid, Librería de Fernando Fé Saenz de Jubera, Hermanos, 1902.

diarios oficialistas, los cuales pretendían estigmatizar al literato restándole todo valor estético:

Escritor funeral, genio sin cena,
Cantor de tumbas y demás horrores,
Perpetuo cazador de ruiseñores,
Espectro sin dinero y con melena.
Funerario conserje de la pena,
Perseguidor de parcas y dolores,
Safo barón, que al recordar amores,
Quieres morir por abreviar la escena.
Tu genio a abandonar tu humana zona,
No busques árbol, ni cordel, ni pena,
Que mi voz que la verdad abona:
Ponte al cuello las cuerdas de tu lira
Y cuélgate después...de tu persona.⁴⁸³

Muchos observadores de la literatura decadente consideraban sus propuestas como un objeto inútil y la manifestación palpable de estados neuróticos que atentaban contra la salud de los jóvenes literatos. Estas ideas estaban alimentadas por una ofensiva reaccionaria llevada a cabo en toda Europa. Las

⁴⁸³ Bernardo López García, "Un decadente", *El Universal*, 27 de agosto de 1893, p. 2. Estas mismas críticas aparecieron en el poema del escritor uruguayo Ricardo Sánchez, "Decadentismo", *El Diario del Hogar*, 31 de marzo de 1900, p. 4.

críticas al decadentismo habían incorporado la visión médica y organicista impuesta por Max Nordau, médico de origen hebreo y ferviente seguidor del credo positivista, que desde muy joven reaccionó en contra de la religión católica y abogó por la supresión de los instintos en favor de la racionalidad científica. Defendió la ética del trabajo y el altruismo como elementos necesarios para el progreso de las naciones.⁴⁸⁴ Además, fue una figura señera para el movimiento sionista y el judaísmo reconstruccionista en el periodo entreguerras.⁴⁸⁵ Implacable en sus teorías y demoledor en sus diagnósticos, Max Nordau influyó notablemente en la intelectualidad mexicana al establecer algunas líneas direccionales de psicología literaria.

Entartung era un término que se fue imponiendo en el lenguaje médico, social y cultural del Viejo Mundo. La importancia del libro del mismo nombre radicó en su carácter “divulgador” de una visión evolutiva de la vida en que la biología se consagraba como sustituto laico de Dios.⁴⁸⁶ Max Nordau utilizó el modelo del “caso clínico” prototipo del siglo XIX, (antecedentes hereditarios, síntomas, etiología, diagnóstico) para examinar clínicamente la literatura de su época. Los patrones de conducta y los valores morales del burgués europeo se impusieron como canon natural de las especies, cuya representación más acabada eran sus teorías sobre la degeneración de la actividad artística. El nuevo naturalismo y

⁴⁸⁴ P. M. Baldwin, “Liberalism, Nationalism, and Degeneration: The Case of Max Nordau”, *Central European History*, vol. 13, n. 2, 1980, p. 102. Además, Max Nordau puso en práctica un proyecto estatal de regeneración de las almas y los cuerpos para crear a un “judío nuevo”, su objetivo era purificarlos mediante matrimonios controlados, por lo que obligaban a las masas a abandonar sus “vicios” como el tabaco, alcohol y una sexualidad desordenada. Élisabeth Roudinesco, *Nuestro lado oscuro...*, p. 133.

⁴⁸⁵ Jacob Golomb, *Nietzsche and Zion*, Cornell University Press, 2004, p. 48.

⁴⁸⁶ Max Nordau, *Fin de siglo*, prólogo de José Luis Arántegui, Colección Heterohistorias, Madrid, 1999, p. 8.

realismo ofrecían al lector medio una visión de los bajos fondos (vicios, prostitución, alcoholismo) que la burguesía pretendía, sino erradicar, al menos controlar incorporando a sus narrativas teorías provenientes del campo de la medicina, la psiquiatría y la antropología criminal. La patologización del genio, según Rafael Huertas, respondió a la necesidad que tenían las elites de defenderse de las posibles influencias de ese arte comprometido en describir la realidad “desde abajo” entre las poblaciones a las que se pretendía controlar.⁴⁸⁷ La literatura moderna y decadente *fin de siglo* se había convertido en objeto de inspección médica y agente peligroso para el orden social.

En el prólogo a la edición francesa de *Dégénérescence* dedicado a su maestro, el médico y criminólogo italiano Césare Lombroso (1835-1909),⁴⁸⁸ Nordau señaló que no sólo los criminales, prostitutas y anarquistas conformaban la gran familia de los locos, manifestó abiertamente que los artistas “modernos” como los prerrafaelistas, simbolistas, diabolistas y decadentistas franceses presentaban una variedad de trastornos mentales producto de herencias malsanas y vicios adquiridos por las agitaciones en las grandes ciudades. Señaló que las obras de pintores, poetas y literatos satisfacían a todas luces “instintos malsanos”

⁴⁸⁷ Rafael Huertas, *Locura y Degeneración. Psiquiatría y Sociedad en el positivismo francés*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas/Centro de Estudios Históricos, Madrid, 1987, pp. 160-162.

⁴⁸⁸ Durante los años setenta del siglo XIX, Cesare Lombroso había esbozado una patografía de la imaginación lunática consistente con sus teorías sobre el degeneracionismo, basada en el estudio de obras pictóricas de grandes artistas de su tiempo. En su *The Man of Genius*, Lombroso consideró que el arte de los locos revelaba rasgos persistentes de una psique trastornada e indicó que muchas pinturas se caracterizaban por la distorsión, excentricidad y obscenidad de sus autores. Roy Porter, *Breve Historia de la locura...*, p. 172. Ver el clásico estudio introductorio a cargo de José Luis Peset y Mariano Peset a la obra, *Lombroso y la Escuela positivista italiana*, Madrid, Instituto Arnau de Vilanova, C.S.I.S, 1975.

que revelaban el semblante de su degeneración.⁴⁸⁹ En su disección literaria, Max Nordau tenía por objetivo desenmascarar las modas en el arte y la literatura de sus contemporáneos y probar la degeneración de los autores. Desde el punto de vista clínico y “según los elementos psico-fisiológicos que le han dado nacimiento” a las producciones artísticas, Max Nordau procuró analizar la predisposición orgánica de los artistas en cada contexto geográfico en que emergían sus propuestas. La ofensiva médico-social en contra de las propuestas literarias decimonónicas, también comenzó a reproducirse en el país ibérico. Mientras el proyecto nordausiano buscaba constatar por medio de la literatura el grado de degeneración del escritor, el ensayista y dramaturgo barcelonés Pompeyo Gener indagaba sobre los elementos malsanos en la narrativa de su época. Publicó su obra *Literaturas Malsanas. Estudios de Patología Literaria Contemporánea* en 1894, una prueba más del interés que sentían las elites culturales por las locuras literarias.⁴⁹⁰ A Pompeyo Gener no lo interesaba indagar sobre “las facultades mentales de los escritores” sino examinar las obras, tendencias y fines “para descubrir en ellas estados de descomposición patógena, adulteraciones venéreas”, entre otros aspectos. El autor catalán estaba interesado en las propiedades “malsanas de la literatura” en sí, por lo tanto, su tarea era prevenir a

⁴⁸⁹ Dice Max Nordau en la traducción francesa: “Le dégénéérés ne sont pas toujours des criminels, des prostitués, des anarchistes ou de fous déclarés; ils sont maintes fois des écrivains et des artistes. Mais ces derniers présentant le même traits intellectuels- et le plus souvent aussi somatique- que le membres de la même famille anthropologique qui satisfont leurs instincts malsains avec le surin de l’assassin ou la cartouche du dynamiteur, au lieu de les satisfaire avec la plume e le pinceau”, Nordau, Max, *Dégénérescence...*, p. VI.

⁴⁹⁰ La obra de Pompeyo Gener se publicó en 1894, estudios previos aparecieron entre 1885-1887 en la revista *Le Livre*, posteriormente en España en el periódico *El Liberal*. Pompeyo Gener, *Literaturas malsanas. Estudios de Patología literaria contemporánea*, Madrid, Fernando Fé, Librero, 1894; luego apareció una cuarta edición publicada en la Sociedad de Antropología de París, Barcelona, Juan Llordachs, 1900. Ambas ediciones se encuentran en el Fondo Reservado de la Hemeroteca Nacional de la UNAM. Utilizo las dos ediciones.

los lectores de la potencial carga patológica de la narrativa romántica, naturalista y decadente: “señalamos las literaturas nocivas para que todos se aparten de ellas, presentado a unas como productos accidentales de vicios corregidos, a otras como hijos de una falsa concepción del Universo de pueblos semibárbaros, o de un estado regresivo de naciones oprimidas por el absolutismo”.⁴⁹¹ Esta separación entre la vida patológica en la literatura (Max Nordau) y la literatura patologizante (Pompeyo Gener), marcó una ligera distinción entre ambos médicos.

Gener sostenía que la literatura podía ser un agente de “contagio” que afectaba a los lectores medios y argumentó que, así como existían enfermedades individuales y colectivas, también había “literaturas enfermas” que constituían verdaderos “casos patológicos” contrarios a la reproducción de la vida.⁴⁹² En cambio, Max Nordau procuró demostrar que detrás de una literatura patologizante existía un escritor degenerado, para demostrarlo, retomó el término *Moral Insanity* propuesto por Pritchard,⁴⁹³ con el cual designó tres características patológicas de los escritores: egoísmo, impulsividad y emotividad. Según esto, los autores “degenerados” sólo buscaban satisfacer una necesidad orgánica transformando las emociones en movimiento, lo cual iba a contracorriente del proyecto liberal fincado, al menos en el discurso, en el desarrollo social y el bien común. Llegó a

⁴⁹¹ Pompeyo Gener, *Literaturas malsanas. Estudios de patología literaria contemporánea*, Barcelona, de la Sociedad de Antropología de París, Juan Llordachs cuarta edición, 1900, p. VIII

⁴⁹² Pompeyo Gener, *Literaturas malsanas...*, p. 5.

⁴⁹³ El concepto de “locura moral” fue propuesto por James Cowles Prichard (1789-1848) en 1835, en oposición al concepto de monomanía de la escuela francesa, en donde el delirio era constitutivo de aquella forma de locura. Para Prichard, en la *Moral Insanity* el individuo presentaba “anomalías morales” sin alteraciones de la inteligencia y había clara ausencia de delirio. Estos debates están en Rafael Huertas, *El siglo de la clínica...*, p. 75. Además, el término de “locura moral” aludía a un trastorno conductual cuya característica común, además de la ausencia de delirio, era la tendencia del individuo al “abatimiento”, “tristeza” y una expresión inusual de “sentimientos intensos”. Germán E. Berrios., *Historia de los síntomas...*, p. 521.

concluir que los escritores no podían controlar sus pasiones dado que eran víctimas de “impulsiones repentinas”, por lo que la obra de arte era un catalizador de herencias, vicios y comportamientos desenfrenados que liberaban el “sistema nervioso de una tensión”.⁴⁹⁴

En su obra *Psico-fisiología del genio y del talento*,⁴⁹⁵ que por cierto fue traducida por el poeta y abogado Arturo Paz, hijo del respetado político y periodista Ireneo Paz, abuelo de Octavio Paz, Max Nordau distinguió entre el verdadero “hombre de genio” y el talento del “hombre vulgar”. Consideraba que el ingenio era un asunto de superioridad biológica; se trataba de un hombre que poseía “propiedades hereditarias superiores” que con sus órganos sanos “imagina actividades nuevas” para el conocimiento de la naturaleza humana.⁴⁹⁶ En el sistema de oposiciones nordausiano, los genios/sanos eran útiles a la sociedad, en tanto que tenían por finalidad expresar la virtud y la verdad; en cambio, los talentos/enfermos pretendían manifestar la belleza sin ninguna misión moralizadora, ya que sólo aportaban emociones malsanas que alteraban el

⁴⁹⁴ Max Nordau, *Degeneración...*, p. 32.

⁴⁹⁵ Max Nordau, *Psico-fisiología del genio y el talento*, traducida de la edición francesa por Arturo Paz, segunda edición, México, Imprenta, Lit. y Encuadernación de Ireneo Paz, 1898. También tradujo *Los criminales en el arte y la literatura*, obra de Enrico Ferri. La traducción del libro de Nordau prueba el interés que suscitaban sus teorías en el medio intelectual mexicano. Un revisión histórica del personaje, se encuentra en: <http://www.letraslibres.com/mexico-espana/tras-la-genealogia-paz-arturo-paz-solorzano-> [Consultado el 2 de enero 2017]

⁴⁹⁶ De hecho, en su visión jerarquizada del hombre occidental, Max Nordau llegó a señalar que el ingenio revelaba el grado máximo de perfección de la vida humana: “El ingenio es una formación extraordinaria que se aparta de las formaciones normales. Reposa sobre el desarrollo particular de un centro nervioso, a veces, también es muy posible de varios centros o aún de todos. Verifica a consecuencia de un molde extraordinariamente perfecto, todas las actividades a las que presiden la central excepcionalmente desarrolladas en él, con mucha mayor perfección que el hombre del tipo medio, hubiera verificado por el ejercicio de su central correspondiente llegadas al más alto grado de perfección que le sea accesible. Desde el punto de vista puramente fisiológico, se debería en realidad hablar de ingenio en todos los casos en que un centro cualquiera, un tejido cualquiera, está desarrollado de una manera extraordinaria, pasando en mucho la medida normal”, Max Nordau, *Psico-fisiología del genio...*, p. 63.

sistema nervioso del público.⁴⁹⁷ Consciente de las transformaciones que imponían la modernización en las ciudades, Nordau concibió que el fin de siglo designaba un estado de ánimo individual y colectivo de desazón, acompañado por un profundo desprecio hacia la moral tradicional, escenario en el cual germinaba la predisposición a la degeneración de las modernas escuelas literarias:

En el mundo civilizado reina incontestablemente una disposición de espíritu crepuscular que se expresa, entre otras cosas, por toda clase de modas estéticas extrañas. Todas estas nuevas tendencias, el realismo o el naturalismo, el decadentismo, el neomisticismo y sus subdivisiones, son manifestaciones de degeneración y de histeria, idénticos a los estigmas intelectuales de éstos clínicamente observados e incontestablemente establecidos; y la degeneración y la histeria por su parte son la consecuencia de un desgaste orgánico exagerado, sufrido por los pueblos a consecuencia del aumento gigantesco del trabajo que hay que suministrar y del notable crecimiento de las ciudades.⁴⁹⁸

Como hombre de convicciones religiosas ocultas, pero de espíritu liberal, señaló que el desenfreno, apego a los vicios, ambición desmedida, menosprecio a los semejantes y avidez de los placeres, anunciaban el fin de un periodo de la humanidad. Las producciones artísticas, por lo tanto, se engendraban en un terreno poco favorable para el orden y progreso de las naciones: el vicio y la

⁴⁹⁷ Max Nordau procuraba demostrar en sus detallados análisis, los efectos nocivos que representaba el vínculo entre el público y la obra. De Rembrandt a Baudelaire, el médico de origen hebreo señaló que estas obras buscaban “excitar y trastornar” los nervios de las personas debido a la “incoherencia, contradicción y extravagancia” que contenían. Por ejemplo, condenó la “sensualidad desnuda” en la obra del Marqués de Sade porque fomentaba “el vicio contra naturaleza y la degeneración”.

⁴⁹⁸ Max Nordau, *Degeneración...*, p. 69.

inmoralidad.⁴⁹⁹ En este sentido, el abatimiento moral, el tedio y el pesimismo eran algunos “estigmas morales” significativos que de manera alarmante se reproducían en la literatura, sobre todo modernista. Más que advertir signos de progreso, señaló Nordau, las nuevas tendencias literarias atestiguaban un retroceso debido a que eran producto de “espíritus enfermos” y de las “convulsiones del agotamiento”. Añadió que un fenómeno característico de los literatos degenerados era la formación de grupos o escuelas “cerradas, aisladas intratablemente de las escuelas vecinas”. Subrayó que “artistas sanos” no tendrían la necesidad de aliarse a grupos, sectas o pandillas con sus dogmas predicados “por el fundador de una nueva capilla artística o literaria” y quienes lo hacían, daban prueba de su “falta de personalidad” al quedar subyugados por un liderazgo con ideas patológicas.⁵⁰⁰ Max Nordau rápidamente se convirtió en el enemigo público número uno de ciertas literaturas en boga, sobre todo de aquellas que promovían el desenfreno, los vicios y la lujuria. Consideró que los escritores de la escuela decadente tenían una predilección por temas oscuros, como la muerte, la podredumbre y la enfermedad, tópicos que no eran otra cosa que manifestaciones de trastornos mentales. Lamentó que los literatos degenerados encabezados por los decadentes no pudieran enjuiciarse jurídicamente, ya que la sociedad corría un grave peligro al contar entre sus miembros con individuos distinguidos que esparcían con sus letras el germen de la maldad:

El artista que representa con agrado lo que es depravado, vicioso, criminal, que lo aprueba, quizás lo glorifica, no se distingue sino cuantitativamente y no

⁴⁹⁹ *Ibid.*, pp. 22-23.

⁵⁰⁰ *Ibid.*, p. 51. La formación de una escuela aislada del resto de la sociedad será un elemento retomado por los adversarios del decadentismo en México que examinaremos más adelante.

cualitativamente del criminal que practica de hecho todas esas cosas; es una cuestión de intensidad de la obsesión y de la fuerza de resistencia del juicio, acaso también de valor y cobardía, y nada más. Si la ley positiva no trata al criminal de intención con toda severidad como al criminal de acción, es porque el derecho penal persigue el hecho y no la intención, la manifestación objetiva, no sus raíces subjetivas.⁵⁰¹

El proyecto médico-social de Max Nordau colocó la degeneración como el eje fundamental de sus reflexiones sobre el progreso y la decadencia literaria de fin de siglo. Vislumbró que la literatura, al ser el motor principal que ponía en marcha las ideas e instituía la moralidad de los pueblos, había sido presa de los cuerpos degenerados y subjetividades patológicas de sus autores. En este sentido, considero que la medicalización de las prácticas discursivas era un complejo proceso médico-social mediante en el cual se utilizaban conceptos psiquiátricos para clasificar actitudes estéticas y patologizar ciertas tendencias literarias. Las ideas sobre el arte degenerado pronto encontraron cabida en las discusiones médicas porfirianas, develando así los temores de una elite que se resistía al cambio cultural.

5.3 Críticos y adversarios: la mirada médica sobre decadentismo

A partir de los años noventa del siglo XIX, los médicos de la capital comenzaron a observar en la sociedad porfiriana un estado generalizado de “agotamiento cerebral”, “cansancio nervioso” y “fatiga intelectual” que afectaba principalmente a los individuos que participaban en los progresos de la nación: médicos, abogados,

⁵⁰¹ *Ibid.*, vol. II, p. 133.

políticos, comerciantes, poetas y literatos. En la prensa capitalina, como *El Diario del Hogar*, *El Mundo Ilustrado* y *El Universal*, así como en las revistas médicas y científicas *La Gaceta Médica*, *La Medicina Científica* y *Revista Positiva*, cuyos objetivos eran fomentar la investigación nacional y tender puentes con la medicina europea,⁵⁰² se publicaron varios artículos científicos en los que se discutió las relaciones del progreso en las patologías sociales y, sobre todo, en la degeneración del arte moderno. Algunos redactores habían formado parte de la estructura política porfirista, conocían la lengua francesa y probablemente habían leído directamente a Max Nordau. El problema fundamental al que se enfrentaron los médicos-periodistas fue establecer los elementos causales de los trastornos del intelecto y enmarcarlos en la narrativa decadente, escuela literaria que rechazaron categóricamente.

Los médicos comenzaron por señalar que los fenómenos de los trastornos mentales y la patología del genio recaían, paradójicamente, en los individuos urbanos que formaban parte activa de la sociedad. Recordemos que para la medicina mental porfiriana, toda manifestación psicopatológica, particularmente las neurosis, eran consecuencia de un problema fisiológico y que los desequilibrios del sistema nervioso podían traducir los estragos que acarrearaba la modernidad.⁵⁰³ Como lo observamos en el segundo capítulo, la locura estaba vinculada con la urbe, de manera que muchos médicos comulgaron en una idea: la psicopatía afectaba a los sectores medios de la sociedad que habitaban las grandes ciudades. El historiador Moisés González Navarro señaló que la clase

⁵⁰² Martha Eugenia Rodríguez, "La prensa médica en México. El caso de la Escuela de Medicina (1879-1914)", en *Montalbán*, núm. 36, p. 135.

⁵⁰³ Andrés Ríos Molina, *La locura durante la Revolución mexicana...*, p. 99.

media durante el Porfiriato fue vista como “el núcleo modelo de la nación”, debido a que estaba conformada por grupos sociales de trabajadores y educados, ejemplos todos ellos de moderación y virtud.⁵⁰⁴ Sin embargo, para varios facultativos aquellos sectores medios, valorados por su recato y buen comportamiento, también eran propensos a la nerviosidad y la locura.

Los galenos comenzaron a dirigir sus esfuerzos en explicar las causas de los trastornos mentales en los trabajadores intelectuales y en comprender la patología que implicaba el talento artístico a partir de cuatro elementos: el desgaste orgánico, los excesos cerebrales, la degeneración e inutilidad del arte que mostraban los decadentes. El 10 de diciembre de 1891, el ilustre médico Porfirio Parra estimó que si los “hombres de letras” (entre los que destacó a los literatos, poetas y periodistas) pretendían “conservar y fortalecer” sus facultades mentales, debían someterse a una alimentación de “fácil digestión”, “ejercicio muscular al aire libre” y contar con “un sueño reparador”. Estos códigos higiénicos estaban dirigidos a todas aquellas “personas de talento” que exponían su cerebro a grandes excitaciones con su trabajo intelectual.⁵⁰⁵ Atraídos por la fascinación y el rechazo que suscitaban las psicopatías, los médicos interesados en la cuestión mental se empeñaron en ofrecer una respuesta científica a la intensa actividad intelectual y focalizar socialmente el problema de los excesos cerebrales. Para el

⁵⁰⁴ El autor agregó: “Justo Sierra y Francisco Bulnes creían que la clase media era la única que podía regir los destinos de la patria”. Moisés González Navarro, *Sociedad y cultura en el Porfiriato*, México, CONACULTA, Colección Cien de México, 1994, p. 147.

⁵⁰⁵ Porfirio Parra, “Higiene de los poetas, literatos, periodistas y otras personas de talento”, *El Universal*, 10 de diciembre de 1891, p. 1. Un par de semanas después, el galeno chihuahuense aseveró que la inteligencia que mostraban ciertas personalidades públicas caracterizadas como geniales, podía encubrir manifestaciones neuropáticas propias de un desarreglo en los centros nerviosos. “Los neurópatas”, *El Universal*, 21 de enero de 1892, p. 4.

médico chileno Luis Vergara Flores, el llamado “cansancio nervioso” estaba muy presente en los profesionistas, estudiantes, literatos y poetas, debido a que se trataba de un padecimiento netamente fisiológico generado por el trabajo excesivo, el ejercicio exagerado y la intensa labor intelectual. En su trabajo reproducido en México, destacó que la “debilidad nerviosa” que afectaba al grueso de la población citadina inmersa en actividades eruditas, no era más que la traducción funesta de la civilización moderna:

Las pasiones mal correspondidas, amores frustrados, ambiciones no satisfechas; los trastornos y cambios de fortuna producen el mismo resultado fatal; igualmente las emociones intensas, como sucede en las grandes revoluciones, en las guerras, en todos los cataclismos sociales y políticos, son causa eficiente del cansancio nervioso; y más que todo, esta civilización moderna, formada por tan diversos elementos, en los cuales la lucha por la existencia se manifiesta con caracteres alarmantes.⁵⁰⁶

Los médicos porfirianos fueron conscientes de que las primeras víctimas psicopatológicas de fin de siglo, eran aquellos individuos que ayudaban a edificar el progreso de la nación. Se creía que por su trabajo intelectual y constantes preocupaciones fácilmente podían sucumbir a los trastornos nerviosos.⁵⁰⁷ Para muchos médicos, las patologías mentales afectaban “en mayor grado a los literatos”, cuyo rol todavía era concebido como indispensable para el sostenimiento, desarrollo y funcionamiento moral de la sociedad.⁵⁰⁸ Con

⁵⁰⁶ Luis Vergara Flores, “Neuropatía y aberración intelectual”, *La Medicina Científica*, t. VL, n. 13, julio de 1893, p. 202.

⁵⁰⁷ De Mosso, “La fatiga cerebral”, *La Medicina Científica*, t. VI, 1 de noviembre de 1893, p. 335.

⁵⁰⁸ “La carne y el cerebro”, *La Medicina Científica*, t. VII, 1 de marzo de 1894, p. 84.

pesimismo, los médicos valoraron el cierre de la centuria decimonónica como un periodo de crisis en que la peste de la neurosis inundaba al por mayor las letras de sus contemporáneos.

A poco menos de un año de la publicación de *Entartung* de Max Nordau, la medicalización de la actividad literaria cobró gran auge en las principales revistas médicas de la Ciudad de México y en la prensa capitalina. El “hombre de genio” y la cuestión de la degeneración, logró insertarse en las discusiones públicas debido a la ansiedad y alarma que producían en la sociedad la degradación de la raza humana.⁵⁰⁹ Sin embargo, es importante señalar que en medio de estas discusiones los galenos eran muy cautelosos en difundir los nombres de aquellos literatos del territorio nacional que pudieran estar degenerados. En cambio, en un primer momento centraron su atención en personalidades artísticas internacionales, como Balzac, Mozart, Poe, Newton y Chopin, entre otros, y en describir con perspectiva patológica a las “nuevas escuelas literarias” que iban floreciendo en el orbe.⁵¹⁰ Los criterios que utilizaron para patologizar las literaturas modernas no eran muy claros, aunque fundamentalmente estaban basados en la supuesta “incongruencia” y “mal gusto” que promovían los escritores y artistas modernos. La crítica médica a las modernas propuestas literarias en boga, encontraba en lo patológico un lugar cada vez más común porque no se ajustaban a los gustos de los mismos galenos influidos por Max Nordau. Menciono un ejemplo. El médico y escritor Gonzalo Aróstegui indicó que los simbolistas franceses hallaban en la repetición de las

⁵⁰⁹ Max Nordau, “El neurosismo en el siglo que viene”, *El Universal*, 26 de agosto de 1894, p. 2

⁵¹⁰ Jaime Weir, “Genio y degeneración”, *La Medicina Científica*, t. VIII, 1 de marzo de 1895, pp. 70-71.

palabras, “un signo de debilidad mental” ya que usaban sustantivos “absolutamente incoherentes”.⁵¹¹ Concebía la “excentricidad” como un “desorden intelectual” generado por factores hereditarios, en los que se podía detectar la personalidad antisocial de algunos escritores:

Esos seres, en gran parte, tienen una conducta desigual: son irritables, perezosos, instintivos, pueden tener inteligencia y cultura medianas, o por el contrario, exteriorizarse con facultades brillantísimas y exuberantes. La herencia es la puerta por donde entra la degeneración, y desde pequeños puede el observador atento descubrir que esos enfermos son candidatos a la vesania.⁵¹²

La teoría de la degeneración tuvo ámbitos de influencia más allá del contexto médico, como hemos visto, también sirvió de fundamento teórico para la criminología, la antropología criminal y los estudios literarios.⁵¹³ En este sentido, el modelo degeneracionista fue un instrumento de detección de anormalidades artísticas y literarias que animó a muchos escritores y críticos, a lanzar ataques sucintos a las narrativas del modernismo decadentista. Victoriano Salado Álvarez fue un activo detractor del modernismo decadente quien escribió varios artículos en contra de ese movimiento que, “proclamando la imitación de no sé qué neurosismo que en Francia imperan ha pretendido echar abajo en un día la obra de muchos años y de muchos esfuerzos”.⁵¹⁴ Uno de los más entusiastas

⁵¹¹ Gonzalo Aróstegui, “Los excéntricos”, *La Medicina Científica*, t. VIII, n. 20, 15 de octubre de 1895, p. 315.

⁵¹² Idem.

⁵¹³ Marcelo Sánchez, “La teoría de la degeneración en Chile (1892-1915), en César Leyton, Cristián Palacios y Marcelo Sánchez, *Bulevard de los pobres. Racismo científico, higiene y eugenesia en Chile e Iberoamérica, siglos XIX y XX*, Chile, Museo Nacional de Odontología/Ocho Libros, 2015, pp. 35-61.

⁵¹⁴ Victoriano Salado Álvarez, *De mi cosecha. Estudios de crítica*, Guadalajara, Imprenta de Ancira y Hermano A. Ochoa, 1899, p. IX

detractores fue el ya aludido Hilarión Frías y Soto (1831-1895), destacado escritor y crítico literario quien redactó para *El Siglo Diez y Nueve* una serie de artículos en los que aprovechó el espacio para atacar abiertamente al movimiento decadentista en México.⁵¹⁵ Siguiendo a Max Nordau, Frías y Soto consideró que el decadentismo mexicano era producto de los excesos étlicos y una manifestación elocuente de la patología mental que padecían sus escritores:

Hoy surge el decadentismo, el bastardo del arte engendrado en un manicomio entre los vapores alcohólicos del ajeno; pero en ese baturrillo de palabras, nada hay literario, ni artístico, porque faltan la psiquis, la idea que brota del sentimiento y el pensamiento que nace del juicio y despiden rayos de luz que llevan por todas partes la verdad que guía, o el principio que redime a un pueblo”.⁵¹⁶

Tal y como ocurría en el contexto francés o español, la medicalización de las prácticas discursivas en México había bifurcado la literatura moderna en dos senderos: por un lado, aquella que reproducía la virtud y la verdad; por el otro, la que representaba el vicio y la degeneración. Llamaron “arte libertino” al que tenía por objetivo expresar la “belleza” sin ninguna misión moralizadora y muy pronto encontraron en “los extravíos del decadentismo moderno” una literatura de absoluto rechazo.⁵¹⁷

Hacia los últimos años del siglo XIX, varios escritores creían que el decadentismo había “contaminado” a la juventud latinoamericana que militaba en

⁵¹⁵ Algunos ejemplos de sus artículos son: “Copos de Espuma”, *El Siglo Diez y Nueve*, 20 de octubre de 1894, p. 1; “Los olvidados. Juan B. Delgado”, *El Siglo Diez y Nueve*, 13 de octubre de 1894, p. 1; “Los del porvenir. Micros (Ángel de Campos)”, *El Siglo Diez y Nueve*, 27 de octubre de 1894, p. 1.

⁵¹⁶ Hilarión Frías y Soto, “Por la provincia. Fulgor y Sombra. Por José Felipe Costellot”, *El Siglo Diez y Nueve*, 28 de diciembre de 1895, p. 1.

⁵¹⁷ Sin nombre, “El arte y la moral”, *El Mundo Ilustrado*, 9 de enero de 1898, p. 18.

el campo de las letras y exhortaron a las “nuevas generaciones” a no afiliarse a sus principios “degenerados”.⁵¹⁸ Los temores hacia el decadentismo se extendieron a los periódicos católicos que reaccionaron de manera virulenta. Por ejemplo, para los redactores del diario católico *La Voz de México*, el decadentismo literario “corrompía la moral” de la sociedad, porque sus partidarios eran “imitadores serviles del decadentismo francés” que profanaban el lenguaje castellano, escribiendo narrativas sin sentido de utilidad.⁵¹⁹ Hasta los funcionarios públicos del régimen se manifestaron contrarios al movimiento decadente. Agustín Aragón, médico, ingeniero y funcionario público destacó que muchos “literatos modernos” no tenían la “preparación intelectual necesaria” ni mucho menos un organismo necesariamente “fuerte” para soportar las agitaciones sociales y políticas del nuevo siglo XX.⁵²⁰ Preocupados por tal situación, los críticos no encontraron otro camino que evidenciar los nombres de aquellos escritores decadentes que sólo labraban el culto a su persona, eximiéndose de su responsabilidad moral de educar al pueblo:

[...] ellos no buscan la verdad ni guían a los hombres a ningún fin; antes bien se sustraen a los anhelos de los hombres y se encierran casi siempre en su yo: Darío, Lugones, Tablada, Dávalos, Neruo, etc., han sido y son poetas que yo

⁵¹⁸ Germán Luna, “Ideal. Al eximio americanista N. Bolet Peraza”, *El Diario del Hogar*, 22 de abril de 1897, p. 1.

⁵¹⁹ “En qué consistía la decadencia de los latinos”, *La Voz de México*, t. XXX, n. 368, 28 de noviembre de 1899, p. 1. Por su parte, el diario católico del estado de Puebla *El Amigo de la Verdad*, publicó un artículo en el que comparó dos autores de escuelas diferentes: de un lado colocó al escritor nacionalista Rafael Delgado de quien elogiaron su narrativa sentimental y de pertenecer a la “escuela clásica” de Homero, Virgilio y Petrarca; y por el otro, denostaron a Amado Neruo por no ser un “artista ni cosa que se le parezca” y de formar parte de la escuela de “los neuróticos y desequilibrados” decadentes. “Comparemos”, *El Amigo de la Verdad*, t. I, n. 102, 6 de agosto de 1899, p. 1; Salvador Brambila Sánchez, “La corrupción literaria. Sentido de estas palabras”, *La Voz de México*, n. 191, 26 de agosto de 1902, p. 1

⁵²⁰ Agustín Aragón, “Alocución”, *Revista Positiva*, n. 27, 26 de febrero de 1903, p. 117.

llamo personalistas, es decir, poetas que escriben y pulimentan la frase para expresar lo que ellos piensan e imaginan y no lo que sienten e imaginan los hombres de la vida contemporánea.⁵²¹

La última ofensiva de la que tenemos registro en contra del decadentismo en México llegó a través de un texto publicado en la prestigiosa *Revista Positiva* en 1903, año que coincide con el cierre de la primera etapa de la *Revista Moderna*. Se trataba del trabajo escrito por el ensayista y crítico literario Atenedoro Monroy, ensayo premiado un año antes en los juegos florales realizados en el estado de Puebla. El premio revelaba las inquietudes que suscitaban las narrativas decadentes entre la elite porfiriana, pero sobre todo, la necesidad irrefrenable que tenía el Estado por combatir toda forma de anarquía cultural. Quizá por esta razón, el ensayo buscaba desprestigiar definitivamente la “escuela decadente” en México mostrando a los escritores adherentes como poetas enfermos muy nocivos para el orden y el progreso del país: “La escuela poética apellidada comúnmente decadentista, no es, en mi sentir, sino la reaparición extraña en nuestros tiempos de una de esas crisis patológicas de la literatura que con diversos nombres y caracteres constitutivos se han desarrollado en todas partes”.⁵²² Apoyado en las teorías de Max Nordau y Pompeyo Gener a los que citaba constantemente, el crítico literario consideró que el decadentismo en México era un “estrago funesto, olvido del buen gusto y corrupción de las artes”, y que los jóvenes escritores adherentes no eran más que “ovejas descarriadas en el

⁵²¹ Francisco Medina, “El modernismo literario. ¿Procede del positivismo?”, *Revista Positiva*, n. 28, 26 de marzo de 1903, p. 157.

⁵²² Atenedoro Monroy, “Valor estético de las obras de la Escuela Decadentista”, *Revista Positiva*, n. 29, 23 de abril de 1903, p. 13.

campo de la literatura”.⁵²³ Atenedoro Monroy enumeró cinco elementos esenciales por los cuales el decadentismo debía desterrarse definitivamente del país: 1) porque atentaba contra la lengua castellana al privilegiar el idioma francés; 2) no representaba un proyecto nacional; 3) imitaba modelos extranjeros (principalmente el francés); 4) era una narrativa enferma y por lo tanto; 5) el escritor era un ser antisocial. Era firme la creencia de que el desapego al proyecto nacional, por un lado, y el contenido “enfermo” de las narrativas, por el otro, podían llevar a la sociedad a una crisis moral generalizada, razón por la cual el ensayista patologizó con implacable destreza la producción de los decadentes, presentándolos como escritores con algún grado de enajenación mental:

[...] escuela poético-literaria de origen metafísico, en que se traduce un hondo y amargo malestar social de cansancio y decrepitud, por medio de símbolos oscuros e ininteligibles, expresiones rebuscadas o alteradas caprichosamente en su significación, metros de calentadas disonancias o virtualidades musicales de absoluta libertad y novedad, rimas regresivas y fantasías y alucinaciones personalísimas, propias solo de la neurosis y el desequilibrio mental.⁵²⁴

La medicalización de las prácticas discursivas del proyecto decadente involucró a médicos, funcionarios y críticos literarios, se trató de un procedimiento calculado que no sólo ayudó a construir percepciones alarmistas acerca del valor social de las narrativas, sino que también permitía mostrar a una elite porfirista en su cruzada a favor de la higienización del conjunto social. Según los adversarios, el decadentismo sólo existía en la imaginación de los escritores, más no en la

⁵²³ *Ibidem.*

⁵²⁴ *Ibid.*, p. 195.

progresista vida nacional a la que aspiraban los porfiristas. Sin embargo, para los escritores decadentes fue de suma importancia la dimensión psicopatológica, no sólo para posicionar una estética contestataria, sino para mostrarse bajo el alarido público como escritores de sensibilidad refinada.

5.4 Neuróticos e hiperestésicos: la personalidad pública de los decadentes

El 15 de enero de 1893, José Juan Tablada publicó una carta titulada “Cuestión literaria. Decadentismo” en el diario *El País* al que había renunciado una semana antes tras la publicación de su poema “Misa Negra”. La misiva estaba dirigida a los escritores Balbino Dávalos, Jesús Urueta, José Peón del Valle (hijo de José Peón y Contreras), Alberto Leduc y Francisco de Olaguíbel, en la cual consideró que “la escuela decadente” era la única “en que hoy puede obrar libremente el artista”. Tablada criticó la hipocresía de la elite que toleraba más a un “bicicletista exhibiendo los asquerosos bellos” que un poema de “ligero cote en el seno de una musa”.⁵²⁵ La carta de José Juan Tablada desató un intenso y fructífero debate sobre el nuevo posicionamiento de los creadores en la cultura escrita nacional, polémica mediante la cual, como hemos visto, los escritores decadentes fueron criticados más por cuestiones “extraliterarias” que por sus “convicciones estéticas”.⁵²⁶ La defensa que hicieron los escritores-periodistas del movimiento decadente entre 1893 y 1896 (año en que Amado Nervo sustituyó el término por el de modernismo), permite comprender los usos del discurso de la medicina

⁵²⁵ José Juan Tablada, “Cuestión literaria. Decadentismo”, *El País*, 15 de enero de 1893, p. 2.

⁵²⁶ Ana Laura Zavala Díaz, “La blanca lápida de nuestras creencias...”, p. 56. Para comprender las polémicas sobre la conformación, orientación y significado del movimiento decadente en México, ver de la misma autora el primer capítulo de su libro, *De asfódelos y otras flores del mal mexicanas...*, p. 31-87.

psicopatológica en la construcción de la personalidad pública de los modernos literatos.

Como hemos visto, la mirada clínica de Max Nordau y Pompeyo Gener comenzó a utilizarse en varios rincones del orbe. Médicos, psiquiatras y escritores apelaron a sus teorías sobre la degeneración para diseccionar la composición, estructura y mentalidad de los artistas modernos, o bien, para construir personajes y situaciones en sus narrativas.⁵²⁷ La historiografía ha mencionado que las ideas de Max Nordau tuvieron buena recepción en el medio cultural porfirista. Los juicios sociales sobre la degeneración del literato moderno terminaron por transformar la concepción misma de la literatura y su función social.⁵²⁸ También se ha mostrado que las hipótesis de Nordau encajaron muy bien con el positivismo y liberalismo en México, debido a que las políticas científicas del régimen seguían el principio del bien común, el combate a la degeneración y la preservación de la especie humana, razón por la cual la elite mexicana buscó afanosamente implementar una estrategia de defensa social basada en la creencia de que la burguesía representaba la clase “sana” que debía regir los preceptos morales de la nación.⁵²⁹ Sin embargo, no sabemos cómo fueron utilizadas por los propios escritores

⁵²⁷ Existen varios trabajos al respecto, uno de los más importantes es el de William Greenslade, *Degeneration, culture and the novel 1880-1940*, New York, Cambridge University Press, 1994.

⁵²⁸ Christian Sperling, “Vamos en un tren se suicidas. La recepción de la teoría de la degeneración en la crítica cultural de Carlos Díaz Dufoo, Revista Azul 1894-1896”, *Hipertexto*, n. 16, 2012, p. 29. La recepción de Max Nordau revelaba las formas de apropiación del discurso nordausiano en el plano latinoamericano como un contradiscurso que pretendía hacer frente a las instituciones conservadoras de la sociedad. Algunas ideas de Max Nordau como el modelo del cuerpo puro y la degeneración del genio artístico, llegaron rápidamente al contexto latinoamericano gracias a las traducciones que hacían los intelectuales, médicos y escritores. Para los usos médico-literarios de Max Nordau en las letras latinoamericanas, ver, Erin Graff Zivin, “Diagnósticos modernistas de Max Nordau: Darío, Ingenieros y Silva leen al médico judío”, *Estudios*, vol. 14, n. 28, (julio-diciembre 2006), p. 182.

⁵²⁹ Ana Laura Zavala Díaz, *De Asfódelos y otras flores del mal mexicanas...*, p. 62.

adherentes al decadentismo en México. Cabe preguntarse, ¿por qué la patología mental fue tan importante para el grupo decadente? Los escritores-periodistas adherentes al decadentismo utilizaron el discurso de la medicina mental para construir su personalidad pública y así distinguirse como literatos con una sensibilidad exquisita y superior al resto de los intelectuales porfirianos. Por supuesto, seguían las tendencias de los escritores modernos de la época, los cuales se había apropiado de sintomatologías neuróticas para mostrar su persona y definir el contenido de sus producciones.⁵³⁰

En México, los decadentes utilizaron los conceptos estudiados en capítulos anteriores, como la neurosis e histeria, incluyendo el término de hiperestesia (sensibilidad exagerada) para describir la fisiología y el temperamento que los caracterizaba como grupo literario. En su misiva del 15 de enero de 1893, José Juan Tablada distinguió el “decadentismo moral”, el cual entendía como una manifestación de un “estado común” de hastío y desaliento generado por los excesos de civilización; del “decadentismo literario”, el cual consistía en la forma en que los poetas percibían la realidad a través de una fisiología común y una sensibilidad patológica:

Ese es nuestro de estado de ánimo, esa es nuestra fisonomía de nuestras almas, y ese estado y esa fisonomía es lo que se llama decadentismo moral, porque el decadentismo únicamente literario, consiste en el refinamiento de un espíritu que huye de los lugares comunes y erige a Dios de sus altares a un ideal estético, que la multitud no percibe pero que él distingue con una videncia moral, con un poder para sentir lo suprasensible, que no por ser raro deja de ser un hecho casi

⁵³⁰ Gabriela Nouzelles, “Narrar el cuerpo propio...”, p. 152.

fisiológico en ciertas idiosincrasias nerviosas, en ciertos temperamentos hiperestesiados.⁵³¹

El 23 de enero de 1893, el poeta Jesús Urueta publicó otra misiva en el mismo diario capitalino en la cual respondía que el decadentismo literario no era reflejo del decadentismo moral, sino que era el estado general de la sociedad. Aludiendo a las ideas de Max Nordau, consideró que los decadentes estaban “enfermos de civilización” razón por la cual se refugiaban en “paraísos artificiales”. Sin embargo, para Urueta el verdadero trabajo de los escritores decadentes era expresar emociones “indefinibles” y “enfermas”.⁵³² Sin importar la condena pública, tras la publicación de “Misa Negra” varios escritores adherentes al movimiento decadente comenzaron a identificarse con algunas de las enfermedades de “moda” para la medicina mental vigente, entre las cuales destacaban la neurosis y la histeria. La tarea de los escritores decadentes era traducir sensaciones desconocidas y anómalas que no necesariamente provenían de la patología mental del escritor, sino del medio social en que vivían. En palabras de Alberto Leduc, “por un verdadero estado de absoluto e irremediable desaliento”.⁵³³ Para

⁵³¹ José Juan Tablada, “Cuestión literaria...”, p. 2. A más de dos décadas de experimentar la polémica sobre el decadentismo, José Juan Tablada buscó desmarcarse de aquél estigma que representó haber lanzado el término: “La palabra decadente me fue aplicado como un estigma cuando tenía veinte años...”. José Juan Tablada, *La Feria de la vida (memorias)*, México, Ediciones Botas, 1933, p. 184. Esta obra fue publicada por entregas entre 1925-1927 en el diario *El Universal*. Para un análisis crítico de la obra, ver el estudio introductorio y las notas de Fernando Curiel Defosse, en José Juan Tablada, *Obras IX. La Feria de la vida. Memoria I*, México, Nueva Biblioteca Mexicana, UNAM, 2010.

⁵³² Dice Urueta: “El decadentista recurre a los diccionarios viejos, visita los trasterios llenos de baratijas, cuyos colores ha desleído el polvoso tiempo, es amigo de los pintores, es amigo de los cielos en que el Sol da pinceladas de infinitos tonos; porque nota sensaciones indefinibles, enfermas, tiene que romper sus frases, darles el color de un chal viejo, el estrechamiento de un lomo de gato acariciado [...] Las frases de los Goncourt tienen toda la fascinación de un ataque de histeria”. Jesús Urueta, “Hostia. A José Juan Tablada, *El País*, t. I, n. 18, 23 de enero de 1893, p. 1.

⁵³³ Alberto Leduc, “Decadentismo. A los señores José Juan Tablada, Jesús Urueta, Francisco de Olaguíbel y Luis Vera”, *El País*, t. I, n. 23, 29 de enero de 1893, p. 2.

los nuevos adherentes, el decadentismo se vinculaba con los terrenos de la patología mental, pero que a diferencia de otras patologías sociales, no contaba con un historial de defunciones:

Se afecta uno de eso, como puede contagiarse de tifo o de viruela. Por fortuna nadie se muere de decadentismo. Es un estado patológico sin consecuencias fatales. Cuando más, se rompe una válvula y el corazón se desangra en endecasílabos [...]⁵³⁴

Considero que para los adherentes al decadentismo, la idea de “contagio” se volvió una metáfora central en el proceso de identificación con los ideales estéticos del grupo, ya que a través de la defensa de la libertad del arte y el régimen de lo patológico como atributo de distinción social, los nuevos escritores podían encontrar una nueva propuesta estética que no cumplía con funciones de gobierno y mucho menos con exigencias de ponderación nacionalista.⁵³⁵ Pese a su relación ambivalente respecto al movimiento decadentista en México, Carlos Díaz Dufoo⁵³⁶ compartió con los decadentistas el hecho de percibir una “sensibilidad enfermiza” característica del literato moderno. Consideró que su generación estaba marcada por “grandes dolencias pasadas” y desdichas acumuladas en el fin de siglo, razón por la cual el artista se encontraba en la paradoja de ser el único individuo capacitado para traducir el mundo interior a

⁵³⁴ Claudio Frollo, (Ignacio M. Luchichí López), “Ya soy decadente”, *El Universal*, 12 de febrero de 1893, p. 3. Los adherentes al decadentismo se percibían como traductores de los estragos de la modernidad: “El poeta moderno es analítico y soñador, sus sueños se fundan en su individualidad refinada, en la hiperestesia de su temperamento.” Jeanbernat, “Decadentismo”, *El Diario del Hogar*, 22 de febrero de 1893, p. 2.

⁵³⁵ Eduardo Colín, “Papel del decadentismo en las letras”, *La Patria*, 20 de febrero de 1898, p. 2.

⁵³⁶ En las páginas de la *Revista Azul*, Carlos Díaz Dufoo defendió la idea de que el artista moderno era un enfermo de la civilización, aunque también criticó a los decadentes por su postura ante el mundo. Estos aspectos se estudian en Ana Laura Zavala Díaz, *De asfódelos y otras flores del mal mexicanas...*, p. 60.

costa de su propia desaparición: “La intelectualización de las sensaciones es un placer de un supremo artista, pero es también el lento, persistente suicidio de un espíritu enfermo”.⁵³⁷ Los retratos literarios descritos por Ciro B. Ceballos en su libro *En Turania*, son el ejemplo más elocuente de la injerencia del discurso psiquiátrico en la construcción de la personalidad patológica de los decadentes. El autor elaboró diagnósticos estéticos sobre Amado Nervo, Jesús Valenzuela, Alberto Leduc, Balbino Dávalos, Julio Ruelas, Bernardo Couto Castillo, entre otros; mediante los cuales exaltaba lo psicopatológico como atributo de distinción social. Ceballos asistía como médico para examinar la personalidad patológica de los autores. Menciono un ejemplo. Sobre Amado Nervo señaló: “toda la personalidad externa de Amado Nervo, de Amado el Magnífico, de Amado el Pacífico, de Amado del piadoso, me produjo, al conocerle, una sensación evocadora de lo extraño, de lo fantástico, de lo funambulesco [...] Avizoré en él una excesiva irritabilidad nerviosa”. Al hablar, Amado Nervo gesticulaba y contorsionaba su cuerpo, además, de acuerdo al diagnóstico de Ceballos, padecía “frecuentes intermitencias, abstracciones de beato”.⁵³⁸ Ciro B. Ceballos retrató a sus colegas decadentes a partir del discurso de la medicina mental de la época, lo cual permite

⁵³⁷ Carlos Díaz Dufoo, “Fragmento”, *Revista Azul. El Domingo del Partido Liberal*, t. II, n. 8, 23 de diciembre de 1894, p. 118. El autor estuvo interesado en discutir la patología del artista más allá del valor de la obra. Su percepción del artista moderno lo vinculó en más de un sentido con las propuestas de Max Nordau, sobre todo al considerar que “el arte es un caso de patología psíquica”, debido a la excesiva sensibilidad que reinaba en los poetas. Carlos Díaz Dufoo, “Documentos Humanos”, *Revista Azul. El Domingo del Partido Liberal*, t. II, n. 19, 10 de marzo de 1895, p. 303; “Impresiones internas (Fragmento) Luis G. Urbina”, *El Domingo del Partido Liberal*, t. III, n. 7, 16 de junio de 1895, p. 110-111; “El dolor de la producción”, *El Domingo del Partido Liberal*, t. III, n. 14, 4 de agosto de 1895, p. 209-210.

⁵³⁸ Ciro B. Ceballos, *En Turania...*, p. 50-51. Sobre Balbino Dávalos mencionó que llevaba en su interior “la tristeza amarguísima y punzante de los iluminados”. Sobre José Juan Tablada señaló: “Su sensibilidad moral atormenta siempre a su imaginación poblándolo de castas y obscenas apariciones. Es un manojo de nervios tocando al palo magnético de las concupiscencias”; sobre Bernardo Couto consideró que su literatura procedía de “algún museo patológico”.

comprender su hegemonía en el medio intelectual porfiriano. En suma, para los escritores identificados con el decadentismo, lo psicopatológico ocupó un lugar de privilegio ya que les otorgaba personalidad pública y los distinguía como seres sensibles en un entorno médico-social que buscaba combatir las patologías sociales, mediante un programa educativo, higiénico y de profilaxis social.

5.5. Conclusiones

Los escritores-periodistas del decadentismo en México fueron una constelación de intelectuales que gozaron de cierto poder en la esfera pública al defender su proyecto literario como una estética que sumaba esfuerzos a los progresos culturales del país. Sin embargo, denunciaron airadamente que el decadentismo no merecía tal censura ya que no habían renunciado al ideal de la belleza. Insistimos en que la publicación de sus ideas y alegatos eran una muestra de la tolerancia del régimen porfirista, aún y a pesar de que los decadentes se consideraban agraviados por un sector de la elite que los consideraba poco más que poetas degenerados y candidatos a la locura. Abogaron para que sus detractores y lectores algún día comprendieran sus temas y estilos, en lugar de descalificarlos por su personalidad pública y extravagancia literaria. No obstante, los adversarios y críticos de la escuela decadente aseguraban haber encontrado en su modo de vivir y narrativas sediciosas, signos contundentes de locura y degeneración. En este sentido, la elite porfiriana hizo un llamado a la sociedad para defenderse del contagio inmoral que representaba sus narrativas.

Médicos, funcionarios públicos y críticos literarios consideraron que la escuela del modernismo en su versión decadente no procedía del positivismo, debido a que no tenía un método de trabajo y tampoco apostaba por revelar la verdad. En cambio, aseguraban que los escritores renegaban de la vida moderna manifestándose contrarios al compromiso nacional de educar al pueblo. La implacable visión medicalizante propuesta por Max Nordau y Pompeyo Gener, logró cimentar en la medicina y cultura porfiriana la creencia de que los progresos de la civilización influían en el ánimo de los sectores medios y en las tendencias malsanas de la literatura decadentista. Los galenos interesados en la literatura moderna enfatizaron que el decadentismo rendía culto a la persona, por lo que su descontento se agravó no sólo al considerarla una propuesta contraria a la empresa colectiva del progreso, sino porque claramente eximía a los escritores de cualquier compromiso con el desarrollo moral de la sociedad. Médicos, funcionarios y críticos literarios creyeron que la degeneración era el sustrato fisiológico de todas las producciones artísticas modernas, logrando así que los escritores decadentes abandonaran el término y lo sustituyeran por el amplio concepto de modernismo.

La patologización de las prácticas discursivas respondió a la necesidad que sentía la elite porfiriana por defenderse de tendencias culturales contrarias al proyecto de organización social. Pero también a la injerencia de la medicina en asuntos literarios; los adversarios del decadentismo lanzaron discursos alarmistas que terminaron por patologizar la actividad del escritor decadente y medicalizar sus producciones artísticas mediante la utilización de la teoría de la degeneración.

El trabajo intelectual de los escritores-periodistas decadentes era considerado fruto de cuerpos que habían heredado los atavismo de familias patológicas; mentes perversas inmiscuidas en los sinsabores de la civilización y el desencanto. Sin embargo, no debemos olvidar que la pugna médico-social en contra de las letras modernas abrió un espacio de confrontación cultural en la cual los adherentes y simpatizantes del decadentismo, revelaron que la sensibilidad patológica del artista moderno podía ser un símbolo de identidad colectiva. Para los decadentes, la locura funcionaba como una estrategia narrativa para construir la mentalidad perversa de sus personajes de ficción y criticar los valores de los burgueses porfirianos. A continuación, exploraremos el imaginario psicopatológico en los decadentes y los conceptos médicos utilizados por los escritores para estructurar sus producciones estéticas.

Capítulo VI

Entre pervertidos, suicidas y locos-criminales

En vez de tomar una copa de ajenjo, se lee una obra nueva.
Hay mayor cantidad de substancia tóxica en ésta que en aquella. Del
éxtasis opalino salís al manicomio, al hospital, a la obscura bocaza de
la tierra; de la literatura actual saldréis con una vida artificial,
hiperestesiada la sensibilidad, con extraños sobre-saltos,
dispuesto a todos los dolores, con una mezcla de asco y miedo [...]

Carlos Díaz Dufoo⁵³⁹

Yo he conocido la miseria, la última, la negra, en mis largas
excursiones a pie por valles y montañas; he vivido la dolorosa
vida de los manicomios y de las prisiones; las cefalalgias con sus
círculos inquisitoriales han oprimido mi cráneo por semanas largas y
torturantes; pero así quiero la vida, con cefalalgias,
con loqueras, con hambre, con dolor [...]

Alberto Leduc⁵⁴⁰

Introducción

Los locos literarios de los escritores decadentes, son personajes de ficción regidos por pasiones malsanas (lujuria, vicios, egoísmo) y una mentalidad perversa. A diferencia de los locos literarios que presentaban accesos de locura motivada por pasiones contrariadas en un entorno familiar fragmentado y de intensa vigilancia, los personajes descritos por los decadentes son representados como individuos

⁵³⁹ Carlos Díaz Dufoo, "Venenos literarios", *Revista Azul*, t. V, n. 4, 24 de mayo de 1896, p. 50.

⁵⁴⁰ Alberto Leduc, "Verdades eternas", *Revista Azul*, n. 1, año 1, 1 de julio de 1898, p. 13.

convalecientes, perversos y generalmente sin historia, con la característica de tener una voluntad lujuriosa, criminal y suicida. En sus ficciones psicopatológicas, los escritores-periodistas decadentes aludieron y discutieron ampliamente con las visiones científicas propuestas por los facultativos porfirianos, sobre todo al presentar el mundo interior de personajes conscientes de su condición neurótica. En este sentido, la función de las narrativas no era erigirse como instrumentos pedagógicos y de legitimación del discurso médico-psiquiátrico; por el contrario, buscaban criticar abiertamente las clasificaciones médicas y subvertir el ideal normativo presentando locuras literarias como un fenómeno estético y contestatario. Además, los cuentos sediciosos del modernismo decadente elegidos para este apartado, lejos de pretender ilustrar a la sociedad mexicana, buscaron posicionar sus narrativas en el mercado cultural para reclamar lectores, compitiendo con las noticias sensacionalistas de fin de siglo. El proyecto narrativo de los decadentes hizo del fenómeno psicopatológico un elemento esencial de los protagonistas, y sobre todo, un espacio de crítica social por medio del cual mostraron su flamante autonomía como productores de ficción.

En el imaginario psicopatológico de fin de siglo, la exploración de las enfermedades era esencial para el proyecto decadentista. Por ejemplo, la catalepsia fue un padecimiento que despertó acalorados debates entre los médicos en Occidente; sin embargo, pronto llegaron a la conclusión de que se trataba de una parálisis corporal total y súbita. De acuerdo al historiador de la psiquiatría Germán Berrios, la catalepsia en el siglo XIX era un trastorno que desconectaba sensorialmente al individuo, venía acompañado de anestesia y

analgésia, el cuerpo quedaba en una postura pasiva con amnesia total después del episodio. Se decía que los estudiantes, los miembros de las órdenes religiosas y los militares eran propensos al padecimiento.⁵⁴¹ Aunque en el siglo XIX no se le consideró como una enfermedad mental, el cuadro sintomatológico de la catalepsia despertó interés entre los escritores finiseculares en México. Alberto Leduc, Carlos Díaz Dufoo y Laura Méndez de Cuenca, entre otros, escribieron cuentos en los que utilizaron el cuadro clínico como una estrategia narrativa para infundir miedo entre los lectores sobre la experiencia de ser enterrado vivo.

En el cuento “El litoral del pacífico”, Alberto Leduc narró la historia del marinero Arainza, quien había abusado de todas “los alcoholes y narcóticos modernos”. El narrador lo describía como un hombre silencioso, con “inquietudes extrañas” y “extravagantes maneras”, es decir, se trataba de un “neurópata cosmopolita”. Al paso del tiempo, el bergantín se detuvo en la bahía de San Bartolomé donde supuestamente había fallecido Arainza. Veinte horas después de los funerales, el barco elevó anclas y cuando la tripulación se disponía a arrojar el cuerpo al mar, el personal lo descubrió con huellas de sufrimiento y una rata junto a su ataúd: “Los desenterradores pronunciaron mudos; el oficial hablando a solas murmuró: lo enterraron vivo...era cataléptico...ahora lo recuerdo”.⁵⁴² La misma estrategia narrativa la encontramos en los cuentos titulados “Catalepsia”, escritos por los reconocidos literatos y periodistas Carlos Díaz Dufoo y Laura Méndez de

⁵⁴¹ Germán E. Berrios, *Historia de los síntomas de los trastornos mentales...*, pp. 462-465. De hecho, el concepto era tan importante en la medicina europea que el propio neurólogo francés Jean M. Charcot incluyó el fenómeno de la catalepsia en el concepto de histeria, ya que se podía inducir en la paciente por medio de la sugestión.

⁵⁴² Desafortunadamente no tengo la fecha de publicación del texto, pero debió aparecer a finales del siglo XIX, el cuento está incluido en *Fragatita y otros cuentos*, Premia editora/La Matraca, 1984, p. 24.

Cuenca (1853-1928).⁵⁴³ Aunque no eran autores identificados con el movimiento decadente, también utilizaban la retórica médica en sus escritos.⁵⁴⁴ Sus textos procuraban provocar miedos a los lectores sobre el proceso de sepultura, incluyendo la visión interior (experiencia psicológica) de personajes conscientes de su incapacidad para controlar la rigidez de su cuerpo. En su cuento “Catalepsia” publicado originalmente el 20 de mayo de 1894 en la *Revista Azul* e incluido en su libro *Cuentos Nerviosos* de 1901, Carlos Díaz Dufoo narró el instante en que un hombre tuvo la “consciencia de su caída” al ser testigo de cómo lentamente lo enterraban vivo:

!Y me sentí allí, rígido, inmóvil! ¡Era yo! Me sentía encerrado en aquella armadura de acero. ¡Mi cuerpo! Había encontrado mi cuerpo! El alma se acercó temblando y se posó sobre mis labios, fríos, helados. “Qué fría es la muerte!”⁵⁴⁵

Estas narrativas sobre la catalepsia eran una respuesta estética a las ansiedades colectivas que despertaban en general las enfermedades a finales del siglo XIX e inicios del XX, pero también una muestra elocuente de los usos

⁵⁴³ Laura Méndez de Cuenca comenzó su carrera literaria hacia 1890, trabajó en favor de la educación del país a través de la literatura. Como sus contemporáneos, fue ecléctica en su forma y estilo literario, viajó a Estados Unidos y Europa para recabar información sobre pedagogía. Padece diabetes con síntomas de histeria. Según Roberto Sánchez Sánchez, la escritora consideraba que las enfermedades eran producto de las condiciones sociopolíticas que las engendraban. Las referencias a la medicina venían a través de sus personajes, como es el caso del narrador en “Catalepsia”: “Yo recordaba haber leído en un libro de medicina, que los efectos de la catalepsia eran los mismos que yo experimentaba; es decir, lucidez completa del espíritu e inercia también completa de la materia. El accidente que me retenía en el lecho era una catalepsia”. Laura Méndez de Cuenca, *Semblanzas y otros cuentos*, edición crítica, estudio preliminar, notas e índice, Roberto Sánchez Sánchez, México, UNAM, 2010, pp. 12, 77, 109.

⁵⁴⁴ Los usos de la medicina en la narrativa también lo podemos observar en autores como Amado Nervo, pues el novelista estableció diferentes diálogos fructíferos con los fundamentos teóricos del campo científico. Estos argumentos son abordados por Christian Sperling, “La medicina mental en la novela corta hispana: el caso de Amado Nervo”, *Asclepio. Revista de historia de la medicina y de la Ciencia*, vol. LXIII, n. 1, enero-junio, 2011, p. 65-88.

⁵⁴⁵ Carlos Díaz Dufoo, “Catalepsia”, *Revista Azul*, t. I, n. 3, 20 de mayo de 1894, p. 35-36; utilizo la versión del mismo autor que está en su libro, *Cuentos Nerviosos...*, p. 20.

estéticos del discurso médico en la narrativa modernista. A diferencia de las perspectivas médicas centradas en el estudio del organismo, los escritores del modernismo hispanoamericano no sólo exploraron el conflicto psíquico y la sensibilidad del protagonista con su realidad,⁵⁴⁶ también apelaron a la fisiología y concretamente a la medicina mental, porque de esa manera orientaban a los lectores decimonónicos sobre la identidad patológica de los personajes.⁵⁴⁷ Gabriela Nouzeilles sostiene que la estructura del “caso clínico” decimonónico, es decir, el interés por los antecedentes del enfermo, la etiología, el diagnóstico y el tratamiento de la enfermedad, fue la matriz narrativa que sustentaban las novelas naturalistas en el positivismo argentino.⁵⁴⁸ Resulta interesante esta aseveración porque permite comprender el grado de asimilación de los contenidos médicos que llevaron a cabo los escritores finiseculares, en este caso los porteños.

Para el caso mexicano, sabemos que este proceso de recepción del “caso clínico” en la narrativa decadente llegó por la asimilación del discurso “patologizante” atribuido a la difusión de los estudios del aludido Max Nordau. En este sentido, la enfermedad mental aparece como “símbolo de la experiencia interior del artista”, según Christian Sperling,⁵⁴⁹ razón por la cual los personajes de los decadentes suelen adoptar características de los héroes convalecientes que se debaten entre el amor, la locura y la muerte, tal y como lo ha trabajado la

⁵⁴⁶ Klaus Meyer-Minnemann, “La novela modernista hispanoamericana...”, p. 165.

⁵⁴⁷ Paulette Cécile Silva Beauregard, *De médicos, idilios y otras historias...*, p. 166.

⁵⁴⁸ Gabriela Nouzeilles, *Ficciones somáticas...*, p. 138. Para el caso español, Pura Fernández, “Scientia Sexualis...”, p. 227-244.

⁵⁴⁹ Christian Sperling, *La narrativa modernista de México...*, p. 242.

especialista Ana Laura Zavala Díaz.⁵⁵⁰ Estos estudiosos de la narrativa decadente también han mencionado que el interés de los escritores por la medicina mental proviene de las convenciones literarias que aprendieron de escritores como Edgar Allan Poe, Charles Baudelaire, Rachepin, entre otros, pero como hemos visto hasta ahora, las teorías sobre la enfermedad mental y las representaciones de la locura circulaban en los mismos diarios capitalinos donde escribían los literatos. De manera que podemos afirmar que los decadentes mexicanos encontraron en las discusiones públicas, discursos médicos y convenciones literarias los elementos médico-psiquiátricos mediante los cuales estructuraron legítimamente sus ficciones psicopatológicas.

Ahora bien, coincido con Vicente Quirarte en que los escritores decadentes crearon una “galería de personajes neuróticos y siniestros”⁵⁵¹ que revolucionaron la sensibilidad moderna. En este caso, una de las tareas del historiador sería conocer qué función tenía la retórica de los nervios en la narrativa decadente. Al respecto, José Mariano Leyva argumentó que los decadentes utilizaron términos como “neurosis” para enmarcar la centralidad fisiológica de los procesos mentales en los personajes,⁵⁵² pero no nos dijo nada sobre su empleo

⁵⁵⁰ La autora sostiene que Alberto Leduc “como otros escritores decadentes”, tuvo en su trabajo literario una amplitud de registros estéticos, y que asimiló el discurso “psicologizante” de manera ambigua. Ana Laura Zavala Díaz, *De asfódelos y otras flores del mal mexicanas...*, p. 92.

⁵⁵¹ Vicente Quirarte, “Cuerpo, fantasma y paraíso artificial...”, p. 33.

⁵⁵² Para José Mariano Leyva, el uso de la retórica de los nervios en la narrativa decadente era la confirmación de una mirada “nostálgica” presente en sus pesquisas literarias. Dice el autor: “Y para culminar su invectiva, los pocos términos recientes que los decadentes sí usaban, eran aquellos que contravenían la propia actualidad. La palabra neurosis y neuróticos se repetían en diferentes páginas, en distintos autores. El término era tan antiguo como 1769, cuando lo acuñó el médico escocés William Cullen, y esta primera referencia se aplicaba a males fisiológicos”. José Mariano Leyva, *Perversos y pesimistas...*, pp. 169-170. Considero que los decadentes en realidad resignificaron el término y lo ajustaron a las necesidades estéticas y las visiones médicas de la época.

estético y función social. Considero que para conocer el imaginario psicopatológico que encierra la narrativa decadente, es importante saber cómo, porqué y para qué usaron los términos psiquiátricos en boga.

Estas interrogantes nos permitirán entender, por un lado, la circulación de términos médicos en el medio cultural de los decadentes; y por el otro, la función que adquirieron en las narrativas. Sobre este punto, coincido con Thomas Anz en el sentido de que en las ficciones literarias sobre locos en el modernismo “se concentran como en ningún otro motivo las características de una crítica cultural”. De acuerdo al autor, el “loco” funciona como una imagen negativa “contra las virtudes burguesas”, entre las que se encontraban la “autodisciplina, la ética del trabajo, el orden, el cumplimiento de los deberes y sobre todo, el control de los afectos”.⁵⁵³ Efectivamente, tanto los escritores decadentes en México como del resto de América Latina, se obsesionaron con la sexualidad anómala, el suicidio y la criminalidad porque encontraban en dichos temas un resquicio para posicionar sus preocupaciones artísticas, mostrar su conocimiento del mundo psicopatológico y para establecer una crítica a los valores burgueses por medio de personajes patológicos, anómalos y criminales.⁵⁵⁴ A diferencia de la constelación romántica-

⁵⁵³ El autor se refería al expresionismo alemán, pero creo que su propuesta se ajusta muy bien a la postura contestataria de los decadentes mexicanos. Thomas Anz, “La esquizofrenia como sintomatología de época. La patología y la poetología alrededor de 1910”, en Wolbang Bonjers y Tanja Olbrich (comps), *Literatura, cultura y enfermedad*, Argentina, Paidós, 2006, pp. 148-149.

⁵⁵⁴ Afortunadamente, hoy en día contamos con una mayor producción historiográfica sobre la literatura como espacio de crítica social, algunos ejemplos son: para el caso chileno, Andrea Kottow, « Historias de locuras en la literatura chilena del siglo XIX, o la modernidad y sus vicisitudes », *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* [En ligne], Colloques, mis en ligne le 09 juin 2014, consulté le 24 février 2016. URL: <http://nuevomundo.revues.org/66914>; DOI: 10.4000/nuevomundo.66914; para el caso brasileño, Nádia Maria Weber Santos, « "Você, Quaresma, é um visionário": alma nacional e loucura em *Triste fim de Policarpo Quaresma* de Lima Barreto », *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* [En línea], Debates, Puesto en línea el 28 enero 2006,

positivista examinada anteriormente que escribió relatos sentimentales describiendo el perfil social de sus personajes, los escritores decadentes optaron por mostrar de manera puntual la subjetividad de sus protagonistas. Otra diferencia sustancial es que para la primera constelación las mujeres padecían accesos de histeria producto de las pasiones contrariadas del amor; en cambio, en los modernistas decadentes la figura femenina aparece como un ser amenazante que despierta miedo a los héroes melancólicos o es causa de su convalecencia.⁵⁵⁵ En las narrativas de los escritores decadentes, los personajes varones fueron representados con diversas patologías mentales de la época.

Por lo anterior, el objetivo de este capítulo es analizar las representaciones de la locura y los elementos médico-psiquiátricos utilizados en las narrativas decadentes. Me interesa identificar sus temas, ideas y obsesiones literarias que alimentaron el imaginario psicopatológico de fin de siglo, razón por la cual examino las actitudes de los escritores en torno a las psicopatías en el tránsito del siglo XIX al XX. Considero que sus propuestas estéticas muchas veces compitieron con el periodismo sensacionalista para ganar lectores interesados en la perversión y la anormalidad. Lo que pretendo es señalar que para los literatos, lo psicopatológico no debía excluirse, al menos desde el plano narrativo; por el contrario, mediante sus cuentos buscaron *despatologizar* los comportamientos pasionales, anómalos y criminales mostrándolos como una muestra facunda de la modernidad literaria que experimentaban.

consultado el 1 marzo 2015. URL: <http://nuevomundo.revues.org/1513>; DOI: 10.4000/nuevomundo.1513.

⁵⁵⁵ Para mayor referencia al respecto, ver Ana Laura Díaz Zavala, *De asfódelos y otras flores del mal mexicanas...*, p. 21.

6.1 De lujurias, concupiscencias y otros placeres morbosos

Los modernistas en su versión decadente escribieron narrativas sediciosas en las que abordaron temas como la profanación de cuerpos muertos, la zoofilia y el sacrilegio, es decir, abordaron las desviaciones orgánicas y sexuales que, como lo hemos visto, el propio régimen de Porfirio Díaz procuraba combatir mediante la aplicación del método científico, instrumentos jurídicos, instituciones de Estado y campañas de higiene pública.⁵⁵⁶ Las considero sediciosas porque perturbaban las consciencias de la elite y trasgredían códigos morales, pero sobre todo, porque alimentaban fantasías de miedo, sensualidad y terror entre la población citadina cada vez más acostumbrada a las contrariedades de la vida en sociedad. Ciro B. Ceballos destacó en el cuento titulado “El viejo error” en el que relata el infortunado divorcio entre el modesto mozo Pedro de Guevara y la millonaria pero ociosa Loulie Parks, que las intimidades sociales podían divertir “a una sociedad ávida de emociones de índole malsana”.⁵⁵⁷

En las narrativas decadentes desfilaron una variedad de personajes patológicos fundamentalmente varoniles entre los que destacaban poetas, escultores, jugadores, mujeriegos, aristócratas, prostitutas, vagabundos, violadores, burgueses, criminales, los cuales estaban caracterizados por padecer enfermedades físicas y mentales: había tuberculosos, histéricos, neurasténicos,

⁵⁵⁶ Estos aspectos se abordan en Andrés Ríos Molina, *La locura durante la Revolución mexicana...*, capítulo 1. Claudia Agostoni, *Monuments of Progress. Modernization and Public Health in Mexico City, 1876-1910*, University of Calgary Press/University Press of Colorado/Instituto de Investigaciones Históricas, 2003. Capítulo 3. Para un estudio de la monstruosidad y las desviaciones orgánicas, Frida Gorbach, *El monstruo objeto imposible. Un estudio sobre la teratología mexicana, siglo XIX*, México, Itaca/UAM-Xochimilco, 2008.

⁵⁵⁷ Ciro B. Ceballos, *Croquis y Sepias...*, p. 120.

degenerados, suicidas, alcohólicos, sifilíticas, hiperestésicos, melancólicos y neuróticos. La enfermedad física y mental atacaba por igual a todos los grupos sociales; el perfil de los personajes-narradores reflejaba la injerencia del paradigma médico organicista vigente durante la época. La ambición, los excesos, la envidia, la afición al alcohol, las drogas, el placer erótico y la precocidad eran las principales causas de los arrebatos pasionales. Si en la constelación de los médicos-escritores las pasiones contrariadas fueron un elemento central en la propensión a la locura de sus personajes, para los modernistas decadentes fueron las pasiones malsanas las causantes de las sexualidades anómalas. Menciono unos ejemplos. En el cuento “Monografía” de Ciro B. Ceballos, se menciona que un gran orador como Monseñor Hermógenes Arcipreste, entregó al protagonista-narrador un cuaderno con las intimidades escritas por una mujer, se trataba de un “curioso caso psicológico”. El manuscrito decía que Benedicta tenía 18 años, era descrita como una mujer bella, de tez blanca y “cultura mediana”, su padre había sido un contratista corrupto y su madre una devota que protegía al borracho de su marido. En las confesiones, Benedicta describió que a los 14 años en el colegio para señoritas, comenzó a salir con un niño “y sin rubores junté mi boca con la suya y sin malicias permití que su mano precozmente libertina profanara mi cuerpo en momentos de infantil lujuria”.⁵⁵⁸ Luego de aquel incidente, fue castigada y enviada al confesionario. Al paso del tiempo, Benedicta se hizo nerviosa, histérica y aficionada a las novelas las cuales colmaban sus deseos sensuales. En un baile conoció a otro joven, su madre quería que se casara con él, pero ella se rehusó.

⁵⁵⁸ *Ibid.*, p. 58.

Un día, Benedicta se encontró con un hombre en el parque, dibujó un retrato de su rostro el cual usaba por las noches para excitarse:

¡Qué impúdicas revelaciones eróticas le hice en voz baja! En las noches al correr los pabellones del lecho, acometíanme pudores de recién casada, parecía que las pupilas del retrato observaban con pecaminosa insistencia mis movimientos y cuando el sueño llovía mi pensamiento con sus partículas de oro, sentía junto a mi rostro un aliento ardoroso y escuchaba ternezas a la vez que unos labios se tendían hacia mi anhelante boca para desflorar allí sus besos.⁵⁵⁹

En la narrativa de los decadentes las representaciones del mundo interior de los protagonistas permitían a los lectores, acercarse a la manera de elucubrar los deseos, las reacciones sobre su entorno y las argumentaciones que lanzaban en su defensa. Son personajes-narradores que, pese a no tener una historia precisa, exhibían sus motivaciones por medio de actos pecaminosos. Las pasiones malsanas lanzaban a los protagonistas a comportamientos anómalos. Por ejemplo, en el cuento “El Guantelete” el narrador describe el proceso de exhumación llevado a cabo por Walterio W., quien era descrito como un tuberculoso aficionado a los salones que llevaba una “vida orgiástica”, había sido jugador de casino, mujeriego y apostador. Luego de sufrir un despecho, Walterio hurgó entre papeles viejos donde encontró el retrato de una mujer de la que se sintió enamorado. Buscó el cadáver de la dama, según el narrador, pasó largas noches junto al cuerpo inerte develando las pasiones malsanas que poseían su mentalidad patológica: “Mi sensualidad insana asociada al loco deseo de saber algo más respecto a la muerta se me impuso tan poderosamente que careciendo

⁵⁵⁹ *Ibid.*, p. 85.

de ánimo para atajar mis impulsiones amorosas, me decidí a hacer efectivo el deseo de exhumar el cadáver de la que desde hacía tiempo me perseguía con sus apariciones”.⁵⁶⁰ Los profanadores eran hombres descritos como malvados y faltos de moral, que sólo buscaban satisfacer sus instintos. En el cuento “La muerta” se describe a Santiago, hijo de un sepulturero quien era “malvado y cruel como un cuervecillo”, había perdido la sensibilidad ante el sufrimiento humano, y cuando se disponía a enterrar a una mujer, sintió una “cruda e insana” necesidad de tocarla, y “allí en ese tálamo negro y horrendo, lo violaba”.⁵⁶¹ Sin lugar a dudas, eran episodios que narraban un erotismo perverso agravado por alguna enfermedad física, una vida desenfrenada y carente de educación. Estas narrativas entendían lo anormal como una transgresión al estatuto moral y social del momento. Veamos otro ejemplo elocuente.

En la novela corta titulada “Un adulterio” de Ciro B. Ceballos, se narra la experiencia amorosa de Rogelio Villamil, un hombre convaleciente, burgués y tuberculoso enamorado de la viuda y adinerada Geraldine Kerse, mujer de refinados gustos y apasionada de su primate Jack. Rogelio es descrito como un ateo que envidiaba la dicha obrera. Cuando llegó a la adolescencia se volvió “precoz, nervioso, exaltado e imaginativo”, su carácter cambió con el despertar sexual: “Un pie, una mano enguantada, una garganta desnuda tenía el privilegio de llenarle el encéfalo de pensamientos obscenos y de alucinaciones nocturnas y de lujurias desconocidas”.⁵⁶² A petición del médico, Rogelio fue trasladado al campo para relajar sus nervios, a su regreso se casó con Geraldine e

⁵⁶⁰ Ciro B. Ceballos, *Un adulterio*, México, INBA/La Matraca, 1982, p. 76.

⁵⁶¹ Ciro B. Ceballos, *Croquis y Sepias...*, p. 149.

⁵⁶² Ciro B. Ceballos, *Un adulterio...*, p. 19.

inmediatamente mandó echar a Jack de la casa. Geraldine enfureció, a los tres meses se separaron debido a que el marido sospechaba que su amada lo traicionaba. Una noche Rogelio escuchó bramidos en la habitación de su ex mujer y la sorprendió “completamente desnuda” y copulando “con horrible rijo con el cuadrumano” de Jack.⁵⁶³ Sin lugar a dudas, estas narrativas fomentaban entre los lectores porfirianos visiones anormales en torno a la sexualidad humana, escenas de pasiones descontroladas, episodios de lujurias insanas a través de personajes patológicos y deseosos de satisfacer sus necesidades corporales; seres orgánicamente predispuestos a realizar acciones que atentaban contra la moral. Los escritores decadentes presentaban a los varones como personajes inclinados a saciar sus deseos sexuales; en cambio, mostraban a la mujer como pecadora, lo cual contrastaba con el estereotipo decimonónico del ángel del hogar. Tal y como sucedía en el decadentismo venezolano, el amor era examinado como un instinto sexual en las narrativas mexicanas, basta con recordar que en Venezuela, los escritores apelaron a las transgresiones sexuales no sólo para alimentar los debates sobre la función del artista moderno, sino para mostrar el empleo de conceptos tomados de las ciencias médicas.⁵⁶⁴ Aunque en los cuentos sediciosos no se hablara ampliamente de degeneración, los personajes -lujuriosos y pervertidos- estaban predispuestos fisiológicamente a realizar actos y comportamientos anormales. No debemos olvidar que para los escritores decadentes, las narrativas buscaban coadyuvar en los progresos culturales de la

⁵⁶³ *Ibid.*, p. 46.

⁵⁶⁴ Paulette Cécile Silva Beauregard, *De médicos, idilios y otras historias...*, p. 215. Estas inquietudes literarias aparecieron en la revista “Cosmopolis” (1894-1895), órgano moderno para la promoción de los escritores de finales de siglo.

nación mediante una estética contestataria; sin embargo, también revelaban las inquietudes, angustias y temores de una sociedad capitalina que según se creía, atravesaba por una terrible crisis moral.

En los inicios del siglo XX, recuerda Moisés González Navarro, era frecuente que los amantes se entregaran frenéticamente a las prácticas amoratorias en los espacios públicos, exhibiendo sin recato y a los ojos de los transeúntes el espectáculo de hombres y mujeres que satisfacían sus necesidades corporales a media calle. Ante tan inveteradas costumbres resultó ineficaz la multa de cuatro reales y la instauración de mingitorios en los espacios recreativos. De hecho, para 1903, el gobierno de la capital ordenó la consignación de quienes en lugares públicos se entregaran “a exclamaciones y ademanes contrarios a las buenas costumbres”.⁵⁶⁵ Según el prestigiado historiador, los funcionarios públicos y las personalidades respetables culparon de la degradación moral a la “literatura obscena de creciente circulación en cuarteles y colegios; las pinturas pornográficas en las paredes; la demanda de figuras lúbricas de barro, hechas en Guadalajara”. Incluso señalaron que las causas de la crisis moral por la que atravesaba el país se debían a la temprana adquisición de enfermedades venéreas, el número creciente de abortos, infanticidios, concubinatos, violaciones y adulterios en las casas de vecindad.⁵⁶⁶ Julio Guerrero, funcionario del régimen y especialista de la criminalidad en México, consideró que el vacío moral por el cual atravesaba la sociedad se debía a la separación de la Iglesia en la educación moral del pueblo. Por esta razón, buscó combatir esa lujuria callejera entre

⁵⁶⁵ Daniel Cosío Villegas, *Historia Moderna de México. El Porfiriato*, a cargo de Moisés González Navarro, Argentina, Editorial Hermes, p. 409.

⁵⁶⁶ *Idem.*

“léperos y artesanos” que a fuerza de “presiones musculares procuran encender la brama”. Guerrero buscó establecer restricciones educativas apelando a la moral católica para salvar del abismo a las almas pecadoras: “En efecto, el gran lauro del partido liberal en México es haber separado al Estado de la Iglesia; pero su gran error es haber laicizado la instrucción pública, sin sustituir la moral católica con otra”.⁵⁶⁷

Las campañas moralizadoras del Estado debían estar dirigidas a los sectores populares, “más propensos por su condición material y social a la promiscuidad, la poligamia y la poliandria, es decir, los estadios inferiores del amor”.⁵⁶⁸ Las coacciones moralistas contra la sexualidad configuró un proyecto de ciudadano modelo a partir de la familia y la educación, por lo tanto, la prostitución y las manifestaciones carnales no eran bien vistas. La afamada *Santa* (1903) de Federico Gamboa, probablemente haya sido leída como una novela aleccionadora en la cual la prostitución era el símbolo de la inevitable corrupción moral engendrada en la vida moderna.⁵⁶⁹ Desde luego, las narrativas decadentes compartían las obsesiones de la elite por la relajación de las costumbres en los sectores bajos, pero los decadentes buscaban mostrar a los lectores que las perversiones sexuales también estaban presentes en personajes de los sectores privilegiados. Por ejemplo, en el cuento “El Delito” de Ciro B. Ceballos se describe

⁵⁶⁷ Julio Guerrero, *La génesis del crimen en México. Estudio de Psiquiatría Social*, Librería de la Vda. de Ch. Bouret, México/París, 1901, pp. 314, 321.

⁵⁶⁸ Ver el estudio de Carlos Illades titulado: “La crisis moral de la sociedad moderna”, en Federico Gamboa, *Todos somos iguales frente a las tentaciones. Una antología general*, selección, estudio preliminar y cronología Adriana Sandoval, Ensayos críticos Carlos Illades, José Luis Martínez Suárez, Felipe Reyes Palacios, México, FCE/FIM/UNAM, 2012, p. 483.

⁵⁶⁹ José Luis Martín Suárez, “Santa: una lectura social. Representación literaria de aspectos culturales del Porfiriato”, en Federico Gamboa, *Todos somos iguales frente a las tentaciones...*, p. 303.

a Don Fermín como un viejo funcionario, rico y aficionado a los placeres de la carne, quien podía “satisfacer las concupiscencias” con dinero. Lo mismo había tenido “como esclavas la maestra de escuela, la hija del recaudador de rentas, la hermana del secretario, la mujer del juez de letras, y tantas y tantas que sólo esperaban una palabra de sus labios para entregársele y saciarlo hasta la hartura de placeres”.⁵⁷⁰ Esta caracterización ficcional de Don Fermín lanzaba una crítica mordaz a un sector de las clases privilegiadas que satisfacían sus necesidades corporales a punta de monedas.

Considero que estas narrativas sediciosas no sólo representaban con fascinación y horror los bajos fondos de la moralidad porfiriana, sino que también lograban liberar impulsos, deseos y necesidades ocultas de una población que podía regocijarse con ciertos eventos malsanos.⁵⁷¹ La emergencia de los reportajes sensacionalistas, las crónicas de burdel y notas policiacas de finales de siglo, pusieron de manifiesto que los eventos siniestros y sucesos malsanos habían logrado posicionarse entre los gustos de los lectores medios de la capital. Ante el surgimiento de la prensa sensacionalista -la cual se remonta a la fundación del diario oficialista *El Imparcial* en 1896-, los lectores capitalinos podían disfrutar a bajo costo y con un tiraje de 50 000 ejemplares, noticias escandalosas sobre adulterios, crímenes y homicidios, los cuales mediante el uso de novedosas tipografías y fotografías condicionaban los aspectos de la moral pública.⁵⁷² En este

⁵⁷⁰ Ciro B. Ceballos, *Claro-Obscuro...*, p. 111.

⁵⁷¹ Tal y como sucedía con la lectura de cierta “literatura pornográfica” en los círculos sociales en Occidente. Estos y otros aspectos se abordan en Peter Gay, *La experiencia burguesa. De Victoria a Freud. La educación de los sentidos*, México, FCE, 2000. Ver capítulo 2.

⁵⁷² Alberto del Castillo, “Surgimiento del reportaje policiaco en México”, *Tramas*, n. 5, junio 1993, p. 130.

sentido, la narrativa decadente sobre pasiones malsanas competía con las crónicas y reportajes policiacos en el mercado cultural porfiriano para reclamar lectores. Además, los cuentos de los decadentes no eran los únicos placeres malsanos que la capital ofrecía a su público consumidor. A poco más de tres años de la llegada del cinematógrafo en agosto de 1896, los hombres de los sectores medios disfrutaban de “funciones para hombres solos” mediante proyecciones de películas con escenas subidas de tono.⁵⁷³ Ante la aparente demanda de diversiones de índole malsana en la capital, las narrativas de los escritores decadentes podían ofrecer a la comunidad anónima de lectores varones la posibilidad de liberar impulsos eróticos (malsanos y pervertidos) muchas veces ocultos en la privacidad del hogar.

Estos cuentos mostraron episodios de lujuria y vejación que sin duda alarmaron y fascinaron por su detallada visión de los bajos fondos, en los cuales varios protagonistas-narradores violaban a mujeres indefensas, justificando sus acciones al estado de incontinencia, condición orgánica y mentalidad perversa. En el cuento “El Delito” de Ciro B. Ceballos, se narra una terrible violación ejecutada por Juan Pablo Bringas. El protagonista es descrito como un joven positivista y amante de los libros que no había sufrido ningún desengaño debido a su egoísmo. Era sarcástico con las mujeres a quienes despreciaba con hipocresía. No era rico ni pobre, hablaba tres idiomas. Según el narrador, Juan prefería “un buen vicio a una mala virtud”, en su juventud había preferido las bibliotecas que a los amores, poco tiempo después, se enamoró de una “mozuela” humilde a quien violó en el

⁵⁷³ Aurelio de los Reyes, *Los orígenes del cine en México (1896-1900)*, México, FCE, 2013, p. 121.

lecho de muerte de la madre. Juan Pablo sintió un doble remordimiento por la profanación del lecho materno y la violación de la joven inocente, situación dramática que lo condujo hacia los territorios de la locura:

Miraba a los hombres temeroso, procuraba esquivar su presencia a los agentes de policía, y volvía el rostro despavorido al escuchar los más insignificantes rumores, imaginando en su locura que extrañas voces le nombraban y en todos los ruidos eran gritos delatores, que arrojaba la muerta desde su tálamo injuriado [...] Era un alarido que se introducía en su cerebro como víbora de fuego, y al retorcerse allí, trastornaba las circunvoluciones de su pensamiento, apagaba todas las claridades, para poblar su mente con esas pesadillas del pecado [...]⁵⁷⁴

En el programa decadente, lo anormal generalmente se definía como transgresión a los valores del catolicismo, tal y como lo evidenció el poema “Misa Negra” de José Juan Tablada. La violación de una mujer inocente, católica y recatada tenía la función de provocar sentimientos de animadversión o liberar impulsos malsanos entre los lectores, al mismo tiempo que mostraba el mundo pervertido de los victimarios que sólo buscaban saciar sus bajos instintos. En la novela corta *El Enemigo* de Efrén Rebolledo, el narrador describió a Gabriel Montero como un personaje idealista, fastidiado y vicioso que buscaba el amor para colmar sus “fatales sentidos”. Gabriel se enamoró de Clara, una de las tres hermanas Medrano. En su juventud, Gabriel soñaba con mujeres desnudas y orgías desmedidas, sus noches eran un “hervidero de pesadillas sensuales”, pero todo era una “lujuria cerebral”. Ante la incapacidad para confesarle su amor, un buen día visitó a Clara en su casa con el objetivo de violarla, “para terminar el

⁵⁷⁴ Ciro B. Ceballos, *Claro-oscuro...*, p. 92.

conflicto; para acabar con aquella lucha en que cedía la voluntad, en que se tumbaba la consciencia; y el deseo, irritado hasta el paroxismo, saltaba bramando aquella virgen en flor”.⁵⁷⁵ Tras la vejación, Gabriel sintió arrepentimiento. Entre lujuriosas, pervertidos, profanadores y violadores, estos personajes-narradores del decadentismo en México proporcionaron imágenes negativas de las pasiones malsanas que subvertían el orden moral de la sociedad porfiriana. A través de sus narrativas, los escritores presentaron a personajes concupiscentes, patológicos y anómalos arrastrados por pasiones malsanas como elementos centrales en sus accesos de locura.

6.2 Suicidas literarios

“Hoy que está de moda levantar la tapa de los ataúdes [...] leer cartas que no van dirigidas a uno y no sólo leerlas, sino publicarlas, ser, en suma, un repórter indiscreto, nadie tomará a mal que yo publique [...] la carta de un suicida”.⁵⁷⁶ Según Manuel Gutiérrez Nájera, la noticia había sido tomada de “la gacetilla arlequinesca de un periódico”, aunque seguramente El Duque Job usó la misiva de un suicida como estrategia narrativa no sólo para competir con los diarios capitalinos y reclamar lectores, sino también para expresar algunos puntos de vista sobre el suicidio en México. En las notas de un suicida, éste se describía como un hombre de mediana edad que pecó en su juventud, luego decidió entregarse “al gran libro de la Ciencia” hasta despojar el velo de “las sencillas creencias de mi infancia”. Al paso de los años perdió la fe en Dios, repitiendo en

⁵⁷⁵ Efrén Rebolledo, *El Enemigo*, México, Edición de la Revista Moderna, Eduardo Dublán Impresor, 1900, p. 82.

⁵⁷⁶ Manuel Gutiérrez Nájera, “Carta de un suicida”, *Revista Azul*, t. III, n. 21, 22 de septiembre de 1895, p. 321-323. Fechado en el año de 1888.

su cabeza: “¡Hijos del siglo, todos somos huérfanos!”. Gutiérrez Nájera no trató al suicida como un loco, sino como un personaje que atravesaba una crisis moral, un segregado confeso ante las exigencias de la vida moderna: “Caballero: voy a matarme porque no tengo una sola moneda en mi bolsillo, ni una sola ilusión en mi cabeza. El hombre no es más que un saco de carne que debe llenarse con dineros. Cuando el saco está vacío, no sirve para nada”.⁵⁷⁷ El suicidio fue un tema que inquietó fuertemente a las elites gobernantes de las principales ciudades modernas del mundo, pero también un motivo literario que obsesionó a muchos escritores desde finales del siglo XVIII hasta la segunda mitad del XIX. Las narraciones decadentes sobre suicidas no solamente reflejaban las preocupaciones sociales sobre el suicidio, sino que estetizaban las motivaciones de los suicidas literarios como una estrategia narrativa que buscaba competir en el mercado cultural de finales del siglo.

De acuerdo a Georges Minois, a lo largo de la historia el suicidio voluntario ha sido visto como un crimen, pero su significación no ha dependido tanto de estadísticas gubernamentales sino de valores religiosos, filosóficos y culturales que imprimen cada época.⁵⁷⁸ Para el historiador francés, el término “suicidio” surgió poco antes del 1700, el cual reemplazó a la expresión “meurtre de soi-même” del Antiguo Régimen. Georges Minois sostiene que en el tránsito del siglo XVIII al XIX, los motivos de los suicidas pasaron de ser actos filosóficos con una fuerte carga intelectual, a experiencias sentimentales que atestiguaban lo absurdo

⁵⁷⁷ *Ibid.*, p. 322.

⁵⁷⁸ Georges Minois, *Historie du suicide. La société occidentale face à la mort volontaire*, París, Fayard, 1995. El trabajo es un estudio de larga duración sobre las actitudes sociales, culturales, médicas y políticas en Occidente hacia el suicidio y los motivos cambiantes de los suicidas desde el Antiguo Régimen hasta la primera mitad del siglo XX.

de la condición humana. El novelista Johann Wolfgang von Goethe (1749-1832), fue sin lugar a dudas el maestro del suicidio romántico y filosófico, el cual alimentó los debates sociales mediante la difusión de una obra que narraba un amor imposible que finalizó en el suicidio de su protagonista en *Las desventuras del joven Werther* (1774) El tema del enamorado suicida se reprodujo rápidamente entre los escritores de toda Europa, razón por la cual la “werthermania”, como lo llamó Minois, generó inquietudes entre las elites europeas, acusando a Goethe de inmoral y a su obra como la causante de una ola de suicidios suscitados tras la publicación.⁵⁷⁹ Sin embargo, la acusación era injustificada, ya que el autor era ante todo un novelista y no un apologista del suicidio.

En el tránsito al siglo XIX y con el surgimiento del alienismo francés, el suicidio dejó de ser entendido desde un punto de vista filosófico y religioso, Philippe Pinel y su discípulo Jean Étienne Esquirol, lo consideraron como un síntoma de la alienación mental. En 1821, Esquirol señaló que el suicidio sobrevenía por “delirios sociales”, por una “emoción impulsiva”, “delirium orgánico”, lipemanía (tristeza patológica), pero todavía no quedaba claro si se trataba de una enfermedad mental propiamente dicha. Para 1838, la explicación psiquiátrica adquirió mayor relevancia debido a que el propio Esquirol lo consideró un “acto secundario” relacionado con un trastorno emocional y la locura”.⁵⁸⁰ Estas explicaciones influyeron notablemente en la medicina mental mexicana de finales del siglo XIX. Sabemos que durante la primera mitad de la centuria, la explicación médica sobre el suicidio acentuaba los efectos del contexto social y las pasiones

⁵⁷⁹ *Ibid.*, pp. 308, 312.

⁵⁸⁰ Germán E. Berrios, *Historia de los síntomas de los trastornos mentales...*, p. 541.

de los individuos como causantes del mal. Durante este periodo se le entendió no como una enfermedad mental, sino como “enfermedad moral” producto de las cambiantes condiciones políticas y sociales, como el proceso de secularización, los progresos científicos y las prácticas de lectura de autores “modernos”.⁵⁸¹ Para el último tercio del siglo XIX, los médicos porfirianos interesados en las cuestiones mentales consideraron el suicidio desde un punto de vista fisiológico, moral (psíquico) y social. Menciono un ejemplo. En 1899, el prestigiado médico José Olvera indicó que el suicidio tenía por causa predisponente un mal “funcionamiento de las celdillas nerviosas” en el cerebro, además, los desórdenes políticos, el nihilismo y el materialismo podían alterar las funciones de la inteligencia y la voluntad. Consideró el suicidio como una “aberración del sentido moral” por tres razones: iba en contra de la voluntad divina, era un trastorno del intelecto y por tratarse de una amenaza social. Para José Olvera y el resto de los médicos de la mente, el suicidio era resultado de un organismo débil, predispuesto y susceptible al influjo de las pasiones externas:

Los maestros, los libros, los compañeros [...] etc., graban con caracteres casi indelebles imágenes e ideas que dependen de las ideas e imágenes ejercidas por la educación literaria, moral, pasional, proporcionadas por las personas superiores que se imponen, influyendo poderosamente sobre el educando para asemejarlo en el genio, en el carácter. Las tribulaciones públicas se imponen poderosamente sobre la moral del pueblo exaltándole o abatiéndole hasta la exageración, haciendo nacer pasiones públicas que determinan la comisión de

⁵⁸¹ Francisco Javier Beltrán Abarca, “La construcción de la epidemia de suicidios: interpretaciones y confrontaciones de los letrados en torno a sus causas sociales. Ciudad de México, 1830-1876”, *Trashumante. Revista Americana de Historia Social*, n. 5, enero-junio 2015, pp. 67, 74, 77.

crímenes espantosos y la práctica de virtudes heroicas; los efectos de esas sugerencias poderosas que influyen sobre las multitudes, la historia nos lo muestra en cada pueblo y en cada época.⁵⁸²

En el código penal que entró en vigor en 1872, el suicidio no era considerado propiamente un delito: “El que de muerte a otro con voluntad de éste y por su orden, será castigado con cinco años de prisión. Cuando solamente lo provoque el suicidio, o le proporcione los medios de ejecutarlo; sufrirá un año de prisión, si se verifica el delito. En caso contrario, se le impondrá una multa de cincuenta a quinientos pesos”.⁵⁸³ Por un lado, el asesinato -que sólo dañaba al individuo-, era visto como un doble atentado ya sea porque transgredía el orden social o debido a que atentaba contra la sociedad.⁵⁸⁴ Por el otro, en términos jurídicos el suicidio no era considerado un delito porque no dañaba a otras personas, tampoco suponía una violación al contrato social; sin embargo, en algunos estados como en Guadalajara sí era visto como un atentado a la moral pública cuando llegaba a causar escándalo.

En la prensa finisecular, el suicidio muchas veces despertó sentimientos de compasión y rechazo, los suicidas generalmente eran descritos como personas pasionales vinculadas con patologías sociales propias del Porfiriato: alcoholismo, enfermedades venéreas, degeneración, las cuales se arraigaban en los grupos medios y bajos de la sociedad. Según las editoriales, la muerte voluntaria estaba

⁵⁸² José Olvera, “Algunas palabras sobre el suicidio”, *Gaceta Médica*, t. XXXVI, n. 19, México, Imprenta de El Siglo XIX, 1899, p. 480.

⁵⁸³ Utilizo la siguiente versión: *Código penal para el distrito federal y el territorio de baja California sobre delitos del fuero común y para toda la república sobre delitos contra la federación*. Zacatecas, Imprenta del hospicio de niños de Guadalupe, 1902.

⁵⁸⁴ Elisa Speckman, *Crimen y castigo. Legislación penal...*, p. 31.

directamente vinculada a las condiciones de vida que rodeaba a los suicidas.⁵⁸⁵ De acuerdo al historiador Alberto del Castillo, la percepción social del suicidio (en particular del femenino) en la prensa de la Ciudad de México, desató explicaciones encontradas pero complementarias; los católicos responsabilizaron al ateísmo generalizado y la influencia perniciosa de la prensa, mientras que los sectores letrados y progresistas lo consideraban un fenómeno patológico y hereditario que se presentaba en los grupos sociales incapaces de adaptarse al medio social.⁵⁸⁶ La publicación de tratados médicos, instrumentos jurídicos y noticias sensacionalistas sobre la infortunada vida de suicidas hombres y mujeres, así como las respuestas de los sectores letrados, religiosos y científicos al problema de sus causas, revelaba el grado de preocupación que sentía la elite, pero también la fascinación que despertaba la muerte voluntaria entre un sector de la sociedad mexicana.⁵⁸⁷ Los suicidas literarios expuestos en las narrativas decadentes son una respuesta estética a esas ansiedades colectivas y valores sociales ciertamente ambiguos sobre el fenómeno del suicidio. Mediante la

⁵⁸⁵ Para el caso de la prensa yucateca, Luis Roberto Canto Valdes, "La muerte voluntaria en Yucatán durante el Porfiriato", *Secuencia*, n. 82, enero-abril 2012, p. 73-100; para el caso de Guadalajara, Miguel Ángel Isais Contreras, "Suicidio y opinión pública en Guadalajara de finales del siglo XIX: representaciones y censuras", en Federico de la Torre (editor), *Anuario 2005. Seminario de estudios regionales*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 2007, p. 107-133.

⁵⁸⁶ Alberto del Castillo, "Notas sobre la moral dominante a finales del siglo XIX en la ciudad de México. Las mujeres suicidas como protagonistas de la nota roja", en Claudia Agostoni y Elisa Speckman (editoras), *Modernidad, tradición y alteridad...*, p. 325; para un análisis de la criminalidad femenina en la legislación penal, Elisa Speckman Guerra, "Las flores del mal. Mujeres criminales en el Porfiriato", *Historia Mexicana*, vol. XLVII, n. 1, 1997, p. 183-229.

⁵⁸⁷ Así lo muestra la novela de Ángel de Campo "Micros", *La de los claveles dobles* publicada en la revista *Cómico* en 1899, en la cual aborda con fascinación y rechazo el suicidio de la joven de 17 años Sofía Ahumada, quien se arrojara desde una de las torres de la Catedral de la Ciudad de México. Afortunadamente contamos con un extraordinario facsimilar editado por la UNAM. Ángel de Campo, *La de los claveles dobles. Ni amor al mundo ni piedad al cielo. El suicidio de Sofía Ahumada. Expediente de prensa y literatura mexicanas*, estudio preliminar, compilación y edición Miguel Ángel Castro, UNAM, Colección Ida y Regreso, 2008.

exploración de las motivaciones de los suicidas, los escritores-periodistas mostraron el grado de asimilación que tenían de los discursos médicos y sociales.

¿Quiénes eran los suicidas literarios de los decadentes? Se trataban de personajes-narradores fundamentalmente varones, jóvenes que provenían de contextos urbanos o vivían en la capital al momento de ejecutar sus acciones. Que fueran en su mayoría hombres suicidas se puede explicar por lo que mencionamos arriba, en el imaginario decadente, el papel de la mujer prácticamente se reducía a ser la causa de la convalecencia del héroe melancólico o una amenaza que podía enloquecerlos. Entre los ejemplos que hemos escogido se encuentran mozos despechados, centinelas enloquecidos, aristócratas refinados y lectores taciturnos. También encontramos el caso de una mujer que prefirió suicidarse a matrimoniarse en contra de su voluntad. A través de las descripciones de los narradores-protagonistas podemos saber algo sobre el entorno de los suicidas; no obstante, poco o nada sabemos sobre su condición física. Esto no quiere decir que a los decadentes no les interesara describir la fisiología del suicida, pero quizá no consideraron necesario hacerlo debido a que trataban el asunto, al igual que los facultativos, como una cuestión de la nerviosidad. Para los escritores decadentes, lo importante era registrar los pensamientos y transmitir las motivaciones de los suicidas, razón por la cual los autores buscaron despertar sentimientos de fascinación o rechazo entre los lectores, presentando narrativas que situaban a los personajes arrojándose de lo alto de una Iglesia, envenenándose, ahorcándose sigilosamente o disparándose a sangre fría con un revólver. A partir de la propuesta de Georges Minois, podemos

considerarlos como suicidios románticos porque las motivaciones más importantes fueron causadas por el desamor, pero también hubo suicidios filosóficos debido a que los personajes decidían renunciar a la vida moderna. A partir de las motivaciones de los suicidas podemos conocer la circulación de ideas médico-psiquiátricas vigentes en la época. Cabe interrogarse, ¿cómo fueron descritos los suicidas literarios en los cuentos decadentes?

En “Perfiles de almas. Un Cerebral” publicado el 26 de marzo de 1893 en las páginas de *El Universal*, Alberto Leduc describió el paulatino deterioro moral de Daniel que lo llevó al suicidio. De acuerdo al narrador, Daniel era un ávido lector, pero estaba convencido de que Lucecita no lo amaba. El amigo-narrador consideró que era un hombre atormentado debido a la constante “elaboración cerebral”.⁵⁸⁸ Daniel se disparó en la cabeza. Recuerda el narrador que una tristeza “infinita, incurable, inmensa” rodeaba el carácter de su amigo, pero ahora, su cadáver estaba postrado con “los labios pálidos”, los cabellos manchados de sangre y la ancha frente de “soñador, de loco, de neurópata”.⁵⁸⁹

⁵⁸⁸ Alberto Leduc, “Perfiles de almas. Un Cerebral”, *El Universal*, 26 de marzo de 1893, p. 4. El texto se reprodujo con algunas modificaciones en la *Revista Moderna*, año III, n. 15, agosto de 1900, p. 232-235, venía acompañado de una ilustración realizada por Julio Ruelas.

⁵⁸⁹ *Ibid.*, p. 4

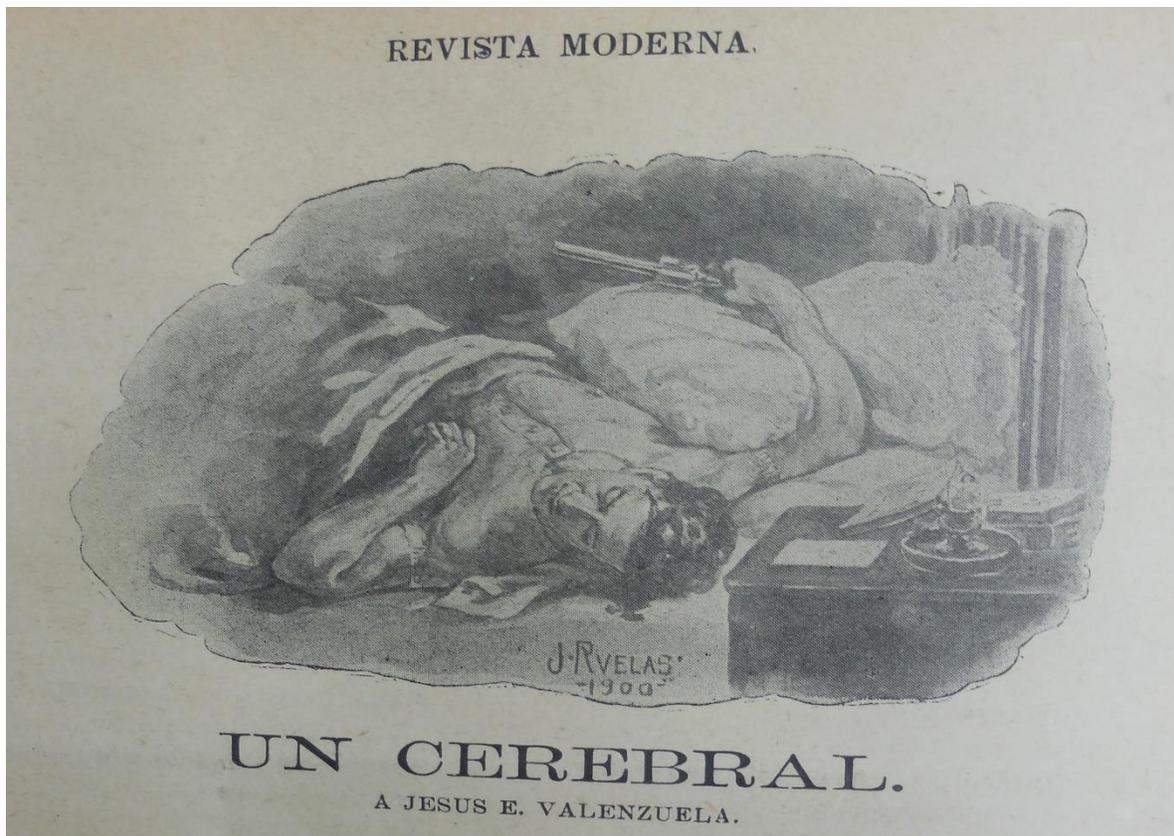


Imagen 7. En la magistral litografía realizada por Julio Ruelas, se observa a Daniel, el joven suicida tumbado en la cama, todavía vestido y sosteniendo el arma. A la derecha, un buró viejo reguarda sus preciados libros, al fondo, una luz tenue que parece escapar de la oscuridad y las sombras. Además, en la litografía se puede apreciar la sien perforada por la bala del revólver, sin duda, una escena profundamente dramática y quizá perturbadora para un sector de la sociedad porfiriana. Fuente: Alberto Leduc, "Un cerebral", *Revista Moderna*, año III, n. 15, agosto de 1900, p. 232-235.

El cuento se reprodujo sin cambios sustanciales en la *Revista Moderna* en su edición de agosto de 1900, el cuento venía ilustrado con una litografía realizada por Julio Ruelas. En la imagen 7 se puede observar a Daniel recostado en su cama, sangrando sigilosamente mientras sostiene el revólver con su mano derecha. La visión del ilustrador Julio Ruelas mostraba la dramática escena del suicida con el semblante tranquilo, cobijado por una tenue luz y rodeado de sus preciados libros.⁵⁹⁰ Veamos otros ejemplos. En el cuento titulado "¿Por qué?" de

⁵⁹⁰ Un estudio clásico sobre la figura de Julio Ruelas como pintor y dibujante se encuentra en Teresa del Conde, *Julio Ruelas*, UNAM/Instituto de Investigaciones Estéticas, 1976. También

Bernardo Couto Castillo, el personaje-narrador es descrito como un joven convaleciente que decidió quitarse la vida debido al tedio de su existencia, estaba frustrado en el amor. Buscó “los placeres intelectuales”, pero sólo encontró “vacilación, angustia y tortura”.⁵⁹¹ Por su parte, la señorita Magdalena decidió quitarse la vida ingiriendo un veneno luego de que su madre le comunicara su decisión de matrimoniarla con un hombre al que no amaba. En este cuento titulado “La envenenada” de Alberto Leduc, el narrador trató el suicidio de Magdalena como una salida moral, en la cual la protagonista tomó una decisión precipitada pero condenable, al considerar su muerte voluntaria como un pecado.⁵⁹² En ocasiones, los motivos de los suicidas no estaban relacionados con desventuras amorosas, sino con la propia enfermedad. En el cuento “Diario de un simple”, un joven lector de J. W. Von Goethe envió una carta al narrador-protagonista en el que explicaba por qué se había ahorcado. Según el narrador, se trataba de “un depravado moral” que se deleitaba con “heroínas tísicas” y mujeres muertas; se consideraba un enfermo cuyo trastorno había nacido “en lo profundo, ha echado raíces muy ondas, se parece al del ahorcado de la calle de la Vieille Lanterne”.⁵⁹³ Finalmente encontramos a Pedro, el centinela de un batallón que no había podido dormir por la intensa jornada de trabajo. Por la noche, recordaba el suicidio de un camarada suyo la noche anterior, el cual le advirtió con talante profético que no viviría al día siguiente. Presa de terribles visiones en donde veía al camarada muerto, Pedro “desprendiendo la correa de su Remington, ató uno de los extremos

pueden consultarse los trabajos de Carlos Monsiváis, Antonio Saborit y Teresa del Conde, incluidos en el libro, *El viajero lúgubre. Julio Ruelas modernista, 1870-1907*, España, Museo Nacional de Arte/Instituto Nacional de Bellas Artes, 2007.

⁵⁹¹ Bernardo Couto Castillo, *Asfódelos...*, p. 137.

⁵⁹² Alberto Leduc, *En torno a una muerta...*, p. 1897.

⁵⁹³ Ciro B. Ceballos, *Croquis y Sepias...*, p. 192.

a una cama y comenzó a pasarse la otra extremidad alrededor del cuello”.⁵⁹⁴ Otros protagonistas buscaron suicidarse, pero no lograron hacerlo debido a su arrepentimiento, tal es el caso de Jacinto, “un mozo romántico” que, pese a sus esfuerzos por quitarse la vida tras el despecho de Rosalinda, sintió recelo de arrojarlo cuando estaba en las alturas de la Catedral, al rescatarlo, Juan estaba completamente loco.⁵⁹⁵ Y no era el único personaje enloquecido tras su fallido intento. Luego de violar a Victoria en la recámara de su madre muerta, Juan Pablo Bringas pensó en el suicidio, según esto, el narrador consideró que tras la vejación había sido presa de un acceso de locura vinculado a procesos orgánicos y pasiones incontrolables:

Los nervios de Bringas, irritados por las emociones anteriores, hacían vibrar su organismo con esa sensibilidad que sobreviene a las grandes crisis morales y que tan cara se hace pagar al efectuarse la consecuente reacción física. Huía como un loco escapando del manicomio [...] Mascullaba frases inconexas, mil ideas negras e incoherentes picoteaban su mente como cuervos voraces, [...] y ansioso de liberarse de su peso, pensaba en el suicidio, suponiendo [...] que lanzándose al supremo enigma, lograría un consuelo a sus padecimientos.⁵⁹⁶

La retórica de los nervios funcionaba en las narrativas como un catalizador de las discusiones públicas sobre el suicidio en la época. En muchos ejemplos los intentos para quitarse la vida revelaban la situación psicopatológica de los personajes, los cuales eran retratados como individuos nerviosos predispuestos a

⁵⁹⁴ Carlos Díaz, Dufoo, *Cuentos nerviosos...*, p. 35.

⁵⁹⁵ Rubén Campos, “Un suicidio”, *Revista Moderna*, año IV, n. 24, segunda quincena de diciembre de 1901, p. 7.

⁵⁹⁶ Ciro B. Ceballos, *Claro-Obscuro...*, pp. 98, 99.

tener accesos de locura. Una lectura minuciosa de los documentos literarios nos permite entrever que en las elucubraciones de los narradores-protagonistas se presenta una subjetividad doliente, ya que a menudo se quejan amargamente de su mundo circundante y de lo amenazante, caótico y confuso que les resulta la situación de su mundo interior. En este punto coincido con Ana Laura Zavala Díaz cuando sostiene que en los relatos de tendencia decadente, el principal conflicto del héroe melancólico esta “vinculado a su imposibilidad de sustraerse del afuera, de ese materialista mundo exterior” que asecha la integridad de los personajes.⁵⁹⁷

Ahora bien, pese a incluir la nerviosidad en muchos de sus cuentos, los escritores-periodistas de tendencia decadente no ofrecieron explicaciones fisiológicas contundentes sobre el fenómeno del suicidio, evidentemente sus narrativas no eran tratados médicos, pero insistieron en que las motivaciones de los suicidas literarios estaban vinculadas a las condiciones psicológicas de los personajes. En este sentido nos preguntamos, ¿cuáles fueron los motivos recurrentes de los suicidas? Las motivaciones no eran unívocas, en realidad había una gran variedad de razones, argumentaciones y justificaciones a sus actos suicidas. Iban como se ha dicho, desde el despecho amoroso a la renuncia del mundo provocado por el fastidio. El término de neurosis no sólo se utilizaba para construir el perfil de algunos suicidas literarios, sino también era un instrumento narrativo mediante el cual los personajes podían expresar sus puntos de vista sobre el padecimiento que los aquejaba. Un ejemplo contundente lo encontramos

⁵⁹⁷ Ana Laura Zavala Díaz, *De asfódelos y otras flores del mal mexicanas...*, p. 160.

en “Diario de un simple” de Ciro B. Cabellos, en el que el narrador-protagonista justificó su inminente suicidio por una enfermedad cerebral:

“!Confusión demoniaca! Creyérose que en bullente microcosmos de mi cráneo produce la sangre inflamada muchas explosiones rojas. ¡Oigo ruido de alas! Estoy seguro que mariposea y vuela en el espacio un suspiro del extramundo o algún fluido psíquico sensible a mi neurosis”.⁵⁹⁸

En varios ejemplos, los suicidas literarios se concebían como enfermos nerviosos cuya vida desordenada había afectado su carácter. Sobre este punto, el escritor-periodista Carlos Díaz Dufoo logró imprimir, a través de un personaje, la visión organicista que tenía sobre el suicidio: “¿Qué ignorada celdilla de aquel cerebro vibró en el triste momento [...]?”.⁵⁹⁹ Otros narradores-protagonistas consideraban que un historial familiar patológico determinaba sus acciones suicidas; en otros simplemente se trataba de una salida moral a las presiones sociales. Un aspecto a destacar en las narrativas es que la lectura de ficciones modernas es mostrada como la causa primordial de la conducta suicida. En este punto, los narradores-protagonistas coincidían con los postulados médicos en el sentido de que la lectura de ciertas novelas, cuentos y poesías podía “contagiar” a los lectores. La idea de contagio se volvió central en la manera de justificar las motivaciones. Los suicidas literarios leían a los decadentes, además de tratados filosóficos de escritores como Schopenhauer y Hegel, y poesías de Baudelaire, Goethe, Poe, entre otros. Menciono un ejemplo ilustrativo que hemos mencionado arriba. Luego de pegarse un tiro en la cabeza, la abuela de Daniel, protagonista en

⁵⁹⁸ Ciro B. Cabellos, *Croquis y Sepias...*, p. 190.

⁵⁹⁹ Carlos Díaz Dufoo, “El cuarto del suicida”, *Revista Azul*, t. IV, n. 20, 15 de marzo de 1896, p. 312.

“Perfiles de almas. Un Cerebral”, responsabilizó a esos “libros modernos” que sólo diseminaron pasiones malsanas y herejías en la mentalidad patológica de su amado hijo adoptivo:

Esos libros señor -dijo doña Carmelita-, esos libros lo mataron; no fue la bala del revólver, sino esos impíos, miserables, que no saben el daño que hacen a las almas con sus herejías. La anciana interrumpió su anatema y se puso a sollozar, me quedé meditando sobre la terribilísima responsabilidad literaria y sobre los cargos que doña Carmelita hacía a nuestros maestros inmortales, y decidido a perder mi fisiología del amor por Beyle, le dije [...] ⁶⁰⁰

Mediante recursos narrativos que iban de la decepción, la renuncia existencial a la del contagio literario, los escritores decadentes establecieron que el suicidio era un medio de salida muchas veces elegido por los personajes-narradores. Los autores se sirvieron de la retórica de los nervios para explicar el suicidio, aunque no ofrecieron argumentaciones fisiológicas contundentes, entendían que se trataba de un problema nervioso (orgánico) agravado por un conflicto interno y un entorno social perjudicial. Es importante señalar que mediante los suicidas literarios los escritores decadentes traducían los estragos que dejaba la modernidad, los personajes resolvían sus conflictos interiores por medio de la renuncia existencial. En el plano social, tampoco debemos olvidar que estas narrativas buscaban ofrecer un producto cultural que resultara atractivo para los lectores porfirianos, y sin lugar a dudas, el suicidio como la locura-criminal, eran asuntos que vendían muy bien a finales de siglo.

⁶⁰⁰ Alberto Leduc, “Perfiles de almas...”, p. 76.

6.3 Locos-criminales

Por las noches, Federico contemplaba el brillo de la luna, pero el chasquido inclemente de la puerta y los constantes aullidos de un perro habían alterado sus nervios. En el relato “Cuentos nocturnos. Un asesinato” publicado en *El Universal* el 9 de abril de 1893, Alberto Leduc describió a Federico como un joven estudiante de medicina, pobre y fastidiado por el estudio de la “Anatomía descriptiva”; luego de escuchar constantemente los ladridos, lanzó su furia en contra del sabueso negro que le había perturbado la calma. Recuerda el narrador: “Y Federico, rápido, violentísimo, grotescamente aterrado, con los ojos desencajados y la navaja de barba abierta, montó sobre la cabeza de Tom, le oprimió con fuerza el cuello entre ambas rodillas, y hundió la hoja entre la piel negra y peluda del perrazo [...]”⁶⁰¹ Tres años después el mismo autor publicó “Fragatita” en las páginas de *El Siglo Diez y Nueve*, en donde narró el asesinato cometido por la sifilítica prostituta Cuca Mojarrás, mejor conocida como Fragatita debido a sus amantes marineros. Cuca tenía por amante a Pierre Douairé, contraamaestre de un barco que frecuentaba el puerto veracruzano, pero Juan Sánchez estaba enamorado de ella, así que una noche Fragatita lo emborrachó y asesinó porque aquel hombre había lastimado a su amante francés.⁶⁰² Los relatos de Alberto Leduc, así como varios cuentos de tendencia decadente de finales de siglo, ponían al alcance de los lectores de la capital, una propuesta literaria que versaba sobre las motivaciones del criminal, la criminalidad y los hechos de sangre. Los modernistas en su versión decadente

⁶⁰¹ Alberto Leduc, “Cuentos nocturnos. Un asesinato”, *El Universal*, 9 de abril de 1893, p. 2.

⁶⁰² Alberto Leduc, “Fragatita. A Clara Luna”, *El Siglo Diez y Nueve*, 2 de mayo de 1896, p. 2. Cuento incluido en *Fragatita y otros cuentos*. Presentación de Ignacio Trejo Fuentes, México, Instituto Nacional de Bellas Artes-Primiá editora, (La Matraca 26. Segunda serie), 1984.

también se obsesionaron con el fenómeno de los asesinatos y los homicidas, pues su interés no era otro que mostrar crímenes literarios como una propuesta de su flamante modernidad literaria, pero sobre todo como una estrategia narrativa para competir en el disputado mundo del periodismo de los bajos fondos, de reportajes sensacionalistas, noticias escalofriantes y gacetillas escandalosas que hicieron del asesinato una mercancía redituable. Es importante destacar que los escritores-periodistas se sirvieron de las ideas científicas sobre la criminalidad en boga para construir narrativas “objetivas”,⁶⁰³ es decir, que resultaran verosímiles para un público consumidor de hechos sanguinarios. La asimilación del discurso médico-psiquiátrico ayudó a posicionar la retórica de los nervios en sus propuestas estéticas, las cuales alimentaron el imaginario psicopatológico de fin de siglo.

En México, el combate a la criminalidad fue uno de los asuntos públicos prioritarios para la administración de Porfirio Díaz. La historiografía ha demostrado que el discurso sobre la criminalidad fue producto de la elite en el poder; su objeto de estudio eran los grupos sociales marginales, mientras que los bajos fondos de la capital plagados de contextos insalubres eran generalmente el espacio de operación de las instancias encargas de combatir su proliferación. La finalidad de los grupos en el poder era castigar a los transgresores y justificar su necesidad de

⁶⁰³ Los decadentes en México compartieron con el naturalismo literario de Emile Zola, el interés por incluir en sus narrativas de ficción elementos teóricos y conceptos clínicos retomados de la antropología criminal y el alienismo francés. Sin embargo, para Zola y sus seguidores, la llamada “novela científica” era un instrumento de denuncia social ya que los personajes criminales y prostitutas coincidían con los casos reales descritos por los psiquiatras y criminalistas. En este sentido, el naturalismo tenía como objetivo someter el arte a las reglas de la ciencia para exponer los vicios de las lacras de la sociedad. En cambio, los decadentes presentaban los crímenes literarios como una estética contestataria a los valores burgueses. Rafael Huertas y José Luis Peset, “Psiquiatría, crimen y literatura (I): El criminal nato en el naturalismo zoliano”, *Rev. Asoc. Neuropsiquiatría*, vol. V, n. 13, 1985, p. 132-150; “Psiquiatría, crimen y literatura (y II). La mujer prostituta y la mujer criminal en la obra de E. Zola”, *Rev. Asoc. Neuropsiquiatría*, vol. VI, n. 18, 1986, p. 353-365.

gobernar al grueso de la sociedad.⁶⁰⁴ Con el afán de defender a los ciudadanos, la inteligencia porfiriana explicó la criminalidad desde una perspectiva fisiológica (fisonomías, gustos, costumbres transmitidas por la vía hereditaria), en la cual la noción de “degeneración” era particularmente efectiva, explica Pablo Piccato, debido a que fundía argumentaciones científicas con clasificaciones morales que colocaban a los ciudadanos en una escala, cuyos peldaños más bajos eran los criminales, las prostitutas y mendigos.⁶⁰⁵ En este sentido, los médicos interesados en las cuestiones mentales jugaron un papel muy importante en la patologización de los actos criminales y en el proceso de criminalización de la locura.

En España, por ejemplo, la medicina legal contribuyó a construir la idea de que los criminales eran individuos orgánicamente predispuestos y degenerados, por lo que los médicos de la mente asumieron una función política y comenzaron a controlar el crimen y administrar el Estado moderno.⁶⁰⁶ En el contexto mexicano, según Andrés Ríos Molina, los médicos legistas representaban intereses particulares de una elite temerosa de la reproducción de individuos peligrosos cuyos comportamientos anormales y criminales atentaran contra el proyecto de nación moderna que tanto anhelaban los porfiristas.⁶⁰⁷ Como lo mencionamos arriba, en el *Código civil para el Distrito Federal y Baja California* se tipificaba el delito como un acto que “violaba” la ética y causaba daño a la sociedad. El

⁶⁰⁴ Elisa Speckman Guerra, *Crimen y Castigo...*, p. 114. También, Robert Buffington, *Criminales y ciudadanos en el México moderno*, México, Siglo XXI, 2001.

⁶⁰⁵ Pablo Piccato, “La construcción de una perspectiva científica: miradas porfirianas a la criminalidad”, *Historia Mexicana*, vol. XLVII, n. 1, 1997, p. 160.

⁶⁰⁶ Ricardo Campos Marín y otros, *Los ilegales de la naturaleza. Medicina y Degeneracionismo en la España de la Restauración*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 2000, p. 55. Para un análisis de la función política de la psiquiatría, Michel Foucault, *Los anormales*, traducción de Horacio Pons, México, FCE, 2002.

⁶⁰⁷ Andrés Ríos Molina, *La locura durante la Revolución mexicana...*, p. 71.

delincuente era aquél que cometía alguna infracción voluntaria de una ley penal, pero no reconocía como responsables a los individuos que delinquirían sin tener conocimiento de su ilícito.⁶⁰⁸ En el artículo 34 se detallaban las circunstancias que excluían la responsabilidad criminal: “Violar una ley penal hallándose el acusado en estado de enajenación mental que le quite la libertad, o le impida enteramente conocer la ilicitud del hecho u omisión de que se le acusa”.⁶⁰⁹ En este sentido, no se consideraban responsables a los sujetos que actuaban bajo el influjo de la demencia o por hallarse en estado de “embriaguez completa”; de igual modo, se consideraban exentos a los ancianos en estado de decrepitud y a los menores de nueve años. No obstante, el artículo 34 en materia de responsabilidad -señala Cristina Sacristán- no suponía una novedad, pues la legislación antigua de “Las Siete Partidas” ya consideraba la locura como eximente de culpabilidad.⁶¹⁰ Es importante resaltar que en todo caso, el código formalizó la intervención del médico en la tarea de indagar el estado mental de un individuo que violara alguna ley padeciendo locura intermitente. Para los médicos legistas lo importante no era discutir la libertad moral del sujeto, sino el grado de responsabilidad y determinar su peligrosidad. Mediante la colaboración científica en asesinatos célebres, los médicos de la mente podían implementar, difundir y visibilizar una serie de herramientas teóricas en los tribunales, mediante las cuales no sólo buscaban

⁶⁰⁸ Elisa Speckman, *Crimen y Castigo...*, p. 35.

⁶⁰⁹ *Código penal para el distrito federal y territorio de la Baja California sobre delitos de fuero común y para toda la república sobre delitos contra la federación*, Zacatecas, Imprenta del Hospicio de Niños en Guadalupe, 1902, art. 34.

⁶¹⁰ Cristina Sacristán, *Locura y justicia en México. La Psiquiatría, la familia y el individuo frente a la modernidad liberal: El caso Raygosa (1873-1877)*, tesis inédita en Antropología Social y Cultural, España, Universitat Rovira I Virgili, 1999, p. 177.

colaborar con la administración de justicia, sino también procuraban legitimarse socialmente como expertos en la enfermedad mental.⁶¹¹

Ahora bien, si funcionarios, médicos y grupos dirigentes buscaban justificar su necesidad de gobernar a los rijosos criminales clasificando sus conductas y patologizando sus móviles, los homicidas literarios en la narrativa decadente asumían estas inquietudes, miedos y obsesiones sociales, con la gran diferencia de que para los escritores eran propuestas estéticas modernas en las que representaban al criminal como un ser reflexivo, refinado y culto, en algún sentido contrario a las visiones positivistas defendidas por la elite. Sin bien la literatura de los modernistas tenía como finalidad moralizar sobre la cuestión criminal como lo sugiere Elisa Speckman,⁶¹² no hay que olvidar -como lo he venido proponiendo- que las narrativas también buscaban satisfacer fantasías homicidas entre los lectores y con ello, conjugar sentimientos de fascinación y rechazo en torno al comportamiento psicopatológico de los asesinos. Por ejemplo, en la cultura porteña de fin de siglo escritores como Atilio Chiappori y Eduardo Homberg, escribieron relatos policiales sobre crueles homicidios que hicieron legible la violencia hacia la mujer y demostraron que esos crímenes literarios conjugaban fantasías colectivas de una época moderna.⁶¹³ Los crímenes en la literatura decadente recogían las preocupaciones sociales alrededor del fenómeno criminal, aunque los escritores-periodistas mostraban audacia estética para ofrecer un producto que compitiera en el mercado de letras, el cual estaba dirigido

⁶¹¹ José Antonio Maya González, "Locura y criminalidad...", p. 128-148.

⁶¹² Elisa Speckman Guerra, *Crimen y Castigo...*, p. 152.

⁶¹³ Gabriela Nouzeilles, "Asesinatos por sugestión...", p. 309-325.

a un público interesado en los hechos de sangre. Cabe interrogarse, ¿quiénes eran los criminales literarios y a qué sector social pertenecían?

Se trataban de personajes-narradores de los sectores medios y bajos de la sociedad. Con la poca información que se brinda en las narrativas sabemos que muchos vivían en la capital al momento de ejecutar sus asesinatos. Eran profesionistas, médicos, estudiantes, artistas, pintores y escultores provenientes de los sectores populares con una historia trágica. Esta variedad de individuos no permite establecer una tipología literaria definitiva, pero evidencia la gran diversidad de protagonistas que consumaron sus actos delictivos. Eran descritos como individuos reflexivos que elucubraban metódicamente sus móviles: en reiteradas ocasiones narraban con detalle sus crímenes, recordaban sus hazañas o confesaban sus íntimas motivaciones, asumiendo su responsabilidad como ejecutores con voluntad y malicia. Como asegura Coral Velásquez, eran personajes “amorales” regidos por las reglas del mundo interior”.⁶¹⁴ Ante amigos, confesores y tribunales de justicia, varios protagonistas-narradores negaron rotundamente estar afectados por alguna patología mental. En los relatos elegidos para este apartado, se muestran con detalle las motivaciones que los llevaron a asesinar niñas, esposas y mujeres indefensas. En la gran mayoría de casos, se trataba de matadores de mujeres de mediana edad que saciaron sus deseos sanguinarios con perversidad y conciencia de sus actos.

⁶¹⁴ La autora refiere esta caracterización a los personajes asesinos de Bernardo Couto Castillo después de 1898, considero que también aplica para varios de los personajes estudiados en este apartado. Ver el estudio introductorio a Bernardo Couto Castillo, *Obra reunida...*, p. 144.

En el cuento “Blanco y Rojo” escrito en 1897 por Bernardo Couto Castillo, el narrador relató el proceso de sentencia de muerte de Alfonso Castro y sus confesiones redactadas desde la prisión. Castro había matado a su amante debido a la necesidad irrefrenable que tenía por sentir “emociones placenteras”. El personaje es descrito como un joven refinado, conocedor del francés, alemán e italiano, al que le fascinaban los poemas de Charles Baudelaire y Edgar Allan Poe. Había tenido una vida desenfadada y plagada de excesos. En la imagen 8, se puede observar a un personaje fumando plácidamente en una banca y que el lector supone es el asesino antes de su reclusión. Con seguridad, el autor de la litografía fue Eugenio Olvera (1866-1904), flamante dibujante de *El Mundo Ilustrado* en donde se publicó el cuento originalmente el 21 de marzo de 1897, y quien inauguró la sección gráfica del diario moderno *El Imparcial* de Rafael Reyes Spíndola.⁶¹⁵ En la litografía, el personaje viste un elegante traje negro que le imprime un gesto aristócrata, la mano izquierda se encuentra reclinada en la mejilla sosteniendo la mirada al horizonte en clara actitud melancólica. En el cuento, Alfonso argumentó ante los jueces que nació “inquieto” y solitario, razón por la cual se refugió en los libros raros, “los enfermizos, libros que me turbaban, y que helado mi corazón, marchitando mis sentimientos, halagaban mi imaginación despertando mis sentidos a goces raras veces naturales”.⁶¹⁶

⁶¹⁵ Julieta Ortiz Gaitán, *Imágenes del deseo*, UNAM, 2003, p. 145.

⁶¹⁶ Bernardo Couto Castillo, *Asfódelos...*, p. 99.



Imagen 8. En la litografía realizada por Eugenio Olvera, se observa a un hombre elegantemente vestido, de corbatín oscuro y pelo enmarañado, el cual se encuentra sentado fumando apacible un cigarrillo. Además, se le observa con la mirada taciturna y con la mano izquierda sosteniendo el rostro, figura triste y reflexiva que mira indiferente al horizonte. Fuente: Bernardo Couto Castillo, “Cuento Criminales. Blanco y Rojo”, *El Mundo Ilustrado*, 21 de marzo de 1897, p. 186.

En “¿Asesino?” del mismo autor, el protagonista-narrador de nombre Silvestre Abad describió a sus amigos el “encanto y placer” que le produjo asesinar a una niña que se encontró en la calle. Contrario al refinamiento de Alfonso Castro, Silvestre es descrito como un joven poco brillante, feo, sin dinero y hambriento, en las calles inspiraba repulsión entre los paseantes. Sin embargo, el crimen no había sido cometido para obtener capital, sino por el placer de asesinar.

Según el narrador, al momento de estrechar el cuello inocente de su víctima, Silvestre Abad confesó haber sentido “inefable placer cuando mis dedos se hundían en la carne”.⁶¹⁷ Estos relatos enfatizaban la voluntad de malicia de los personajes para ejecutar sus asesinatos, todo con la finalidad de obtener oscuros placeres por sus actos. En otros relatos podemos conocer las confesiones detalladas del criminal. Por ejemplo, en “El caso Pedro” de Ciro B. Ceballos, el narrador encontró en las hojas de un libro del criminalista italiano Cesare Lombroso, una misiva escrita por Pedro dirigida a Fabricio en la cual especificaba por qué había asesinado a su hermano Renato con un veneno de su botica. Pedro era descrito como un hombre recto y estudioso que logró licenciarse en medicina, pero que había tenido una vida poco afortunada debido a los maltratos y humillaciones sufridas por parte de su madre y hermano. Cuando murió el padre, el testamento favoreció a Renato. Sin embargo, la razón por la que decidió asesinarlo fue porque éste tuvo un amorío con su mujer. Según el narrador: “Apliqué todas las revelaciones de la moral escrupulosa, y con una arteria de matoide, esperé la ocasión propicia para consumir mi delito”.⁶¹⁸

Las confesiones de los matadores también se realizaban en los salones de justicia. En “Un crimen raro” escrito también por Ciro B. Ceballos, se narra el asesinato de una mujer perpetrado por su esposo quien declaró en el Palacio de Justicia que la asesinó porque la confundía con la muerte, “porque de noche...de noche...me daba miedo”.⁶¹⁹ De acuerdo con las indagaciones de los magistrados, se constató que la esposa era trabajadora y amorosa en el hogar, por lo que no

⁶¹⁷ *Ibid.*, p. 87

⁶¹⁸ Ciro B. Ceballos, *Croquis y Sepias...*, p. 11.

⁶¹⁹ *Ibid.*, p. 19.

había motivos maritales que justificaran el uxoricidio. El homicida era descrito como un antiguo estudiante de medicina a quien la sangre horrorizaba y que, al abandonar sus estudios, obtuvo un empleo como ayudante de fotógrafo en cárceles y hospitales, en donde tomaba copias de películas de “ajusticiados, suicidas, ahogados,” razón por la cual, explica el narrador-protagonista, sus “nerviosidades crecieron gradualmente hasta adquirir tamaños espeluznantes”.⁶²⁰ Se dio a la bebida, las barajas y el burdel, lo cual trajo efectos desastrosos en su organismo. Siguiendo con otro relato de Ciro B. Ceballos, en “La obra maestra” se describe el asesinato de una mujer cometido por Antíoco Estrambasaguas, pintor “desventurado y muy raquítico” descrito como un individuo “perverso, refinado en gustos, amable y cordial”, también era aficionado al opio, al alcohol y a la morfina. Según el narrador, Antíoco decidió matar a su musa para consumir definitivamente su gran obra de arte a través de su cuerpo inerte.⁶²¹ Finalmente, en “El vengador” escrito por Carlos Díaz Dufoo, se narra la terrible confesión en los tribunales de justicia de un hijo que asesinó a su anciana madre. Según el narrador, se trataba de un estudiante pobre que sobrevivía de una beca “del poder público”. Una noche al verla recostada recordó las ofensas cometidas por parte de su progenitora, en aquel instante “se agolpó a mi cerebro, inundándolo con resplandores rojizos como las olas de un mar de fuego”,⁶²² llevando las manos a la garganta y apretando sin compasión. Según se informaba en el relato, el joven asesinó a su mamá en venganza por los años de abandono y, sobre todo, por

⁶²⁰ *Ibid.*, p. 21.

⁶²¹ *Ibid.*, p. 172.

⁶²² Carlos Díaz Dufoo, *Cuentos Nerviosos...*, p. 50, 51.

haberse entregado a la vida orgiástica.⁶²³ Estas narrativas sobre crímenes sanguinarios, asesinatos horripilantes y homicidios despiadados, antes de aparecer en forma de libro primero se publicaron en los diarios de mayor circulación de la Ciudad de México, por lo tanto, estaban en competencia con otras modalidades textuales que también exploraban el fenómeno de los asesinatos.

Como es sabido, el tema de la criminalidad fue un asunto que preocupó a la cultura científica del siglo XIX, el cual prosperó gracias al florecimiento de gacetillas atroces, reportajes sanguinarios y literatura novelesca. Observadores y moralistas condenaron el interés “malsano” por la representación criminal, razón por la cual el relato criminoso se convirtió en símbolo de esa “mala cultura” que convenía limitar o erradicar.⁶²⁴ En Francia, la propagación mediática del crimen resultó redituable para los grandes periódicos del país galo, alcanzando tirajes de 5 000 000 de ejemplares de los cuatro principales diarios nacionales. En este sentido, sostiene Dominique Kalifa, los autores de novela criminal y policiaca inmersos en el periodismo, difundían representaciones del crimen muy cercana por su estilo, retórica y espíritu, a las gacetillas de la prensa cotidiana.⁶²⁵ En varios sentidos, pues, los relatos criminales escritos por literatos profesionales eran una extensión de la gacetilla informativa, aunque ésta claramente no tenía una función estética. En el terreno social, la circulación de relatos criminales logró impactar en la privacidad de las familias en los hogares de los sectores medios. Un ejemplo de ello son las retóricas sensacionalistas surgidas en torno a la figura de Jack “El

⁶²³ *Ibid.*, p. 50.

⁶²⁴ Dominique Kalifa, *Crimen y cultura de masas en Francia...*, p. 13.

⁶²⁵ *Ibid.*, pp. 55, 56.

Destripador”, las cuales ayudaron a forjar fantasías aleccionadoras sobre los peligros de transgredir los estrechos límites del hogar para adentrarse en las peligrosas calles londinenses.⁶²⁶ Por supuesto que durante la administración porfirista, la sociedad capitalina no estuvo alejada de la propagación periodística del fenómeno criminal.

Hacia finales de siglo, los nuevos reporteros colocaron la mirada en los problemas sociales que aquejaban al país; uno de ellos era la criminalidad. El reportaje policiaco resultó una pieza clave para modelar las actitudes sociales hacia el delincuente, despertando sentimientos de temor y fascinación por el submundo de los asesinos. Como lo mencionamos arriba, con la fundación del diario oficialista *El Imparcial* en 1896; se transitó de “la hegemonía del artículo político al imperio del reportaje”, este cambio, sostiene Alberto del Castillo, fue resultado de la introducción de tecnologías, así como del uso de fotografías que privilegiaban los intereses de empresa. Los reporteros se profesionalizaron, mientras que los artículos literarios y las noticias sensacionalistas se convirtieron en mercancías vendidas a bajo precio.⁶²⁷ Criminales célebres como El Tigre de Santa Julia y Francisco Guerrero “El Chalequero”, entre otros, fueron dotados por un aureola de fascinación, horror y satanización por parte de los reporteros, desatando el miedo social por los criminales. La violencia hacia la mujer en la prensa popular, como *El Diablito Rojo*, *La Guacamaya* o *El Diablito Bromista* -

⁶²⁶ Judith R. Walkowitz, *La ciudad de las pasiones terribles. Narraciones sobre el peligro sexual en el Londres victoriano*, Madrid, Ediciones Cátedra/Universitat de Valencia/Instituto de la Mujer, 1992, p. 23. Agradezco a César Valdés la referencia.

⁶²⁷ Alberto del Castillo, “Prensa, poder y criminalidad a finales del siglo XIX en la ciudad de México”, en Ricardo Pérez Montfort (coord.), *Hábitos, normas y escándalo. Prensa, criminalidad y drogas durante el Porfiriato tardío*, México, Ciesas/Plaza y Valdes, 1997, pp. 30, 31, 34; “El surgimiento del reportaje policiaco...”, p. 137.

formadores de una consciencia proletaria-, también era un tema recurrente en estos periódicos. En los diarios se insertaban poemas que hablaban de desventuras amorosas y sospechas de perjurio, narrativas que reiteraban la ansiedad que sentían los hombres ante la traición femenina, espectro donde se engendraba la violencia hacia ese sector de la población.⁶²⁸ En definitiva, el combate de la elite hacia la criminalidad y la construcción social de los criminales fueron elementos clave que ayudaron a definir la imagen de los bajos fondos en el México porfiriano.⁶²⁹ De esta manera, por su modelo informativo estrechamente asociado a las gacetillas y el reportaje, las narrativas de los decadentes producían bienes simbólicos en torno a la figura del asesino, los cuales competían por reclamar lectores con la prensa sensacionalista de fin de siglo. Muchas de estas narraciones estaban alimentadas por fantasías sociales en donde la locura y el crimen eran tolerados e incluso secretamente solicitados a través de la prensa.⁶³⁰ Ahora bien, ¿cuáles fueron las motivaciones de los homicidas literarios? ¿Qué elementos médico-psiquiátricos utilizaron los decadentes para explicar la criminalidad?

En los cuentos decadentes elegidos en este apartado encontramos un esfuerzo de los protagonistas-narradores por explicar las motivaciones que los condujeron al asesinato; estas se resumían en el despecho amoroso, los celos, las

⁶²⁸ Robert Buffington, "La violencia contra la mujer y la subjetividad masculina en la prensa popular de la ciudad de México en el cambio de siglo", en Claudia Agostoni y Elisa Speckman (editoras), *De normas y transgresiones. Enfermedad y Crimen en América Latina (1850-1950)*, UNAM, 2005, p. 310.

⁶²⁹ Para una lectura histórica de los bajos fondos durante el Porfiriato, James Alex Garza, *The Imagined Underworld. Sex, Crime, and Vice in Porfirian Mexico City*, Lincoln, NE: University of Nebraska Press, 2007. Existe versión en español, *El lado oscuro del Porfiriato. Sexo, crimen y vicios en la ciudad de México*, México, Aguilar, 2013.

⁶³⁰ Esto también ocurría con los relatos policíacos en la Argentina de fin de siglo. Gabriela Nouzeilles, "Asesinatos por sugestión...", p. 310.

sospechas de traición y el deseo irrefrenable por asesinar. A diferencia de muchos individuos de la vida real que durante el Porfiriato acudían al robo como una estrategia de subsistencia,⁶³¹ los criminales literarios no realizaban asesinatos con fines utilitarios, sino simplemente buscaban satisfacer deseos perversos. En general, las motivaciones de los locos criminales en la narrativa decadente estaban vinculadas a pasiones malsanas y deseos anómalos resueltamente llevados al acto. Muchos protagonistas-narradores atribuían a las condiciones sociales desfavorables y un ambiente familiar enrarecido como las causantes de sus actos criminosos. Por ejemplo, en “El caso Pedro” el protagonista-narrador consideró que su infortunada historia familiar había actuado psicológicamente en su decisión para asesinar a su hermano Renato:

Yo fui la consecuencia de un devaneo juvenil, el intruso, el bastardo, el espurio a quien la madre postiza aborreció siempre por suponerlo un obstáculo para hacer efectivo los derechos de su vástago al capital del marido. Soy caviloso, e imagino, arrancando mi suposición de muchas observaciones astutas que, la mujer que me asiló en su materno claustro no era muy virtuosa, también estoy persuadido de que mi engendrador me despreció siempre, porque sospechaba con buenas o malas razones, que yo no era hijo suyo, sino de cierto oficial imperialista a quien mató en desafío por rivalidades amorosas y políticas intrigas.⁶³²

⁶³¹ Muchas veces, algunas personas de los sectores desfavorecidos recurrían al robo de mercancías para empeñarlas y obtener algo de dinero. Estas personas, además, establecían redes de solidaridad con los empleados de las casas de empeño, garantizando así la subsistencia de algunos individuos más pobres. María Dolores Lorenzo, *El Estado como Benefactor. Los pobres y la asistencia pública en la Ciudad de México 1877-1905*, El Colegio de México/El Colegio Mexiquense, 2011, p. 205.

⁶³² Ciro B. Ceballos, *Croquis y Sepias...*, p. 3.

Algunos personajes se percibían a sí mismos como seres miserables en un sentido moral y material, viviendo en las calles de la limosna y embrutecidos por el alcohol. Por ejemplo, en el cuento “El Ratero” de Ciro B. Ceballos, la pobreza y marginación explicaban la predisposición del personaje hacia el crimen. Nacido en un tugurio y bajo el cobijo de una “madre malvada”, por la sangre de aquél hombre corrían “herencias de añejos vicios, atavismos de una raza degenerada”.⁶³³ La biología, el tono de piel y la desdicha social eran las condicionantes que explicaban sus fatales estigmas. El narrador se colocaba en el lugar del psiquiatra y criminalista que observa “objetivamente” las marcas fisiológicas de la criminalidad: “!Observadle: en sus andrajos que no logran ocultar su carpe enjuta y de bronceos tonos, en su sonrisa horrible y la mirada cobarde de sus selváticas pupilas, lleva un drama forjado en la noche, es el tipo que persigue el alienista para determinar al desequilibrado”.⁶³⁴ Sus narrativas ponían en circulación conceptos “científicos” sobre el criminal nato de Lombroso,⁶³⁵ pero su postura estética se alejaba de la función política de la antropología criminal y la medicina mental. Los decadentes ofrecían a los lectores propuestas estéticas en las que visibilizaban el fundamento orgánico de los criminales, pero en ningún momento declararon la exclusión de los transgresores y el confinamiento manicomial por su fisonomía anómala. Los relatos sobre criminales coincidieron con la clínica psiquiátrica decimonónica en su visión fisiológica del crimen, dado

⁶³³ Ciro B. Ceballos, *Claro-Obscuro...*, p. 191.

⁶³⁴ *Ibid.*, p. 193.

⁶³⁵ La antropología criminal nació en Italia en la segunda mitad del siglo XIX, Cesare Lombroso centró su análisis en el organismo del individuo, en la constitución fisiológica y en los estigmas físicos que revelaban las tendencias criminosas de los sectores populares. Según esto, la organización biológica (asimetría en la cabeza, ojos pequeños, tono de piel, etc.) podía ofrecer elementos de análisis para determinar a un criminal nato. Estas ideas tuvieron una fuerte repercusión en el México de fin de siglo. Ver, Elisa Speckman, *Crimen y Castigo...*, pp. 93-114.

que identificaban lo anormal con las herencias morbosas y estigmas físicos.⁶³⁶ No obstante, en los relatos de tendencia decadente, los narradores-protagonistas negaron que sus acciones criminosas estuvieran motivadas por alguna psicopatía.

Para los decadentes, la mentalidad de los criminales estaba dominada por ideas, impulsos y deseos perversos por consumir sus actos criminales. Considero que la reiteración de los personajes por negar su locura buscaba privilegiar los argumentos reflexivos, voluntarios y maliciosos de los homicidas literarios más allá de la caracterización psicopatológica de sus acciones sanguinarias. Veamos un par de ejemplos. Cuando un hombre confesó el asesinato de su esposa de nombre Violante, el personaje-narrador consideró en un primer momento su condición mental como la causa de su uxoricidio: “Yo soy muy nervioso, increíblemente nervioso, también soy muy cobarde, ignominiosamente cobarde, los delirios de persecución desde la más tierna infancia fueron mi tormento”.⁶³⁷ Al confundir que el cuerpo de Violante se asemejaba a la muerte, una noche sacó una daga pensando que era “un esqueleto que peleaba conmigo pugnando por ahorcarme”. En la audiencia ratificó que su historia era verídica, sólo que ahora trataba de exculparse de su locura. Un ejemplo contundente lo encontramos en la actitud de Alfonso Castro, protagonista en “Blanco Rojo” escrito por Bernardo Couto. En la audiencia, Castro declaró no estar loco y que estaba lúcido al momento de asesinar a su amante; no se consideró un “asesino vulgar” o un “loco” cualquiera, a pesar de que su abogado hacía lo imposible para atribuir su acto “a

⁶³⁶ Ricardo Campos Marín, “Crimen y locura. La patologización del crimen en la España de la Restauración”, *Norba. Revista de Historia*, vol. 20, 2007, p. 85-105.

⁶³⁷ Ciro B. Ceballos, *Croquis y Sepias...*, p. 19.

un momento de enajenación mental”. El asesino se consideró un ser superior, un alma refinada:

Un loco, evidentemente no lo soy, pienso, discurro, y obro como el común de los mortales, mejor muchas veces. Soy un enfermo, no lo niego, un enfermo, sí, pero un enfermo de refinamientos, un sediento de sensaciones nuevas.⁶³⁸

Como en este caso, los relatos criminales también podían desafiar los argumentos esgrimidos por la medicina mental y la criminalística de la época, que identificaba la criminalidad con los sectores populares y la pobreza (material, moral e intelectual). Por supuesto que la crítica literaria hacia la psiquiatría no era exclusivo de México, en Brasil, por ejemplo, Joaquim Machado de Assis (1839-1908) había publicado en 1882 su novela *O Alienista*, en el que reprochó las clasificaciones psiquiátricas a partir de la actitud ambivalente de su personaje médico.⁶³⁹ Si algunos asesinos literarios de los decadentes negaban su locura y justificaban sus actos homicidas como experiencias placenteras, la inteligencia porfiriana condenaba este tipo de expresiones culturales procurando desestimar sus ideas sobre la personalidad patológica de los matadores de mujeres. Julio Guerrero condenó el hecho de que en la Ciudad de México circularan libremente “cartas eróticas, poesías, cuentos y novelas con ilustraciones al crayón o a la acuarela” que estremecían y horrorizaban a la sociedad por su contenido malsano, incluso señaló que los niños de doce años y catorce tenían accesos a los

⁶³⁸ Bernardo Couto Castillo, *Asfódelos...*, p. 97.

⁶³⁹ Existen varios artículos que trabajan la ficción de la locura en la obra desde una perspectiva foucaultiana, a mi juicio uno de los más logrados es, Roberto Gomes, “O Alienista: loucura, poder y ciencia”, *Tempo Social*, Rev. Sociol. USP, S. Paulo, n. 5, 1994, p. 145-160.

impresos.⁶⁴⁰ Otro especialista como Carlos Roumagnac destacó que los criminales tenían una “organización mental defectuosa”, por lo que reiteró que el objetivo de su libro *Los criminales en México* era despejar de velos, creencias erróneas y explicaciones irreverentes sobre el problema social del crimen, profundamente desvirtuado por la prensa y la literatura moderna: “procuraré dar a conocer figuras típicas de ellos, a fin de interesar en su favor, por un lado que podrían continuar con más éxito que yo su estudio, y por el otro a las gentes de buena voluntad, que acaso no conocen al delincuente *más que bajo el pavoroso y repugnante aspecto que le dan la novela y el reportazgo sensacionalista*”.⁶⁴¹ Las narrativas de los decadentes establecían interpretaciones en competencia con la mirada científica capitalina; para los escritores-periodistas el asunto de la criminalidad era un fenómeno estético que usó el discurso médico-psiquiátrico tanto para perfilar psicológicamente a sus personajes como una estrategia narrativa para competir en el mercado cultural. En cambio, para los especialistas en la ciencia criminal, las narrativas sólo desvirtuaban las concepciones positivas que eran fruto de los progresos de la nación, estigmatizando la figura del asesino despiadado como un degenerado engendrado en los lupanares de la sociedad. Los escritores decadentes usaron la retórica de los nervios como un elemento central en la construcción de la mentalidad maliciosa y perversa de los asesinos, quienes se regocijaban ante la incredulidad que sus actos despertaban.

⁶⁴⁰ Julio Guerrero, *La Génesis de Crimen en México...*, pp. 321, 322.

⁶⁴¹ Carlos Roumagnac, *Los criminales en México. Ensayo de Psicología criminal*, México, Tipografía El Fénix, 1904, p. 10. También en su libro *Matadores de Mujeres*, el propio autor arremetió contra los “criminalistas-poetas” que infundían ideas erróneas sobre los asesinos de mujeres. Carlos Roumagnac, *Matadores de Mujeres. (Segunda parte de crímenes sexuales y pasionales)*, México, Librería de Ch. Bouret, 1910, p. 19.

6.4 Conclusiones

Entre 1893 y 1903, la narrativa decadente dio a conocer a una comunidad ilustrada de lectores capitalinos, un conjunto de narraciones que buscaron competir en el mercado noticioso y sensacionalista de finales de siglo. Los modernistas en su versión decadente escribieron relatos sediciosos sobre individuos lujuriosos, personalidades suicidas y homicidas mediante los cuales utilizaron la retórica de los nervios y la degeneración para construir, explicar y justificar sus comportamientos anormales. En general, las causas, motivaciones y explicaciones de las actitudes subversivas de los locos literarios estaban vinculadas a pasiones malsanas, como los placeres de la carne, los deseos de venganza, el despecho amoroso, el asesinato, el consumo de enervantes, entre otros, las cuales provocaban una fisiología anormal en los narradores-protagonistas. Mientras que los médicos, funcionarios e intelectuales buscaban combatir las expresiones pasionales y la criminalidad mediante instrumentos jurídicos, conceptos médicos y sanciones morales, los escritores decadentes visibilizaban a personajes que encarnaban el lado oscuro de la modernidad porfiriana. Mediante la asimilación de la idea fisiológica acerca de la nerviosidad, los autores decadentes diseñaron estrategias narrativas con el fin de “objetivar” la mentalidad de sus personajes y delinear conflictos psicológicos que fueran verosímiles para los lectores cada día más acostumbrados a las noticias escandalosas. Este afán de verosimilitud explicaría en buena medida la virulenta respuesta que desataron sus propuestas estéticas entre los médicos, funcionarios y crítica literaria porfiriana. Los relatos decadentes tuvieron la función de

despatologizar los comportamientos considerados anormales, es decir, construyeron narrativas que si bien asimilaban el discurso patologizante de la medicina mental, lo hacían para mostrar que las actitudes de los personajes no eran resultado de desequilibrios mentales, sino manifestaciones sensibles de una mente reflexiva y perversa. Los cuentos sediciosos resignificaron la cuestión psicopatológica incluyendo lo anormal como elemento central de sus narrativas.

Las ficciones psicopatológicas del modernismo decadente establecieron una crítica a los valores y comportamientos instituidos por la sociedad porfiriana. Desde el punto de vista de la defensa social, eran sediciosas porque alteraban el orden público; pero también eran propuestas estéticas que compitieron con los reportajes sensacionalistas y las crónicas de sangre para alcanzar un mayor número de lectores. En el plano literario, apostaron por una estética diferente a la descrita por los médicos-escritores del nacionalismo cultural, escribiendo cuentos de amores desventurados, anormales y patológicos, de suicidas taciturnos y homicidas maliciosos, por medio de los cuales tradujeron su experiencia de la modernidad, participando así en los progresos culturales de la nación. Los cuentos sediciosos ofrecieron a los lectores interpretaciones que dialogaban con otros discursos científicos sobre las patologías sociales, como la sexualidad anómala, el suicidio y la locura-criminal. En este sentido, para los escritores-periodistas la locura era un bien simbólico cuya representación entraba en disputa con los saberes científicos; estetas y médicos porfirianos desplegaron distintos puntos de vista que a final de cuentas, ayudaron a delinear el imaginario psicopatológico de fin de siglo.

En suma, los relatos de tendencia decadente fueron una respuesta estética a las ansiedades, inquietudes y miedos que sentía la sociedad capitalina en torno a las patologías sociales, una sociedad vale decirlo enfrascada entre el combate a los comportamientos pasionales y la fascinación oculta por los placeres malsanos. Las locuras de los personajes-narradores manifestaban la inconformidad con su entorno, moderno y progresista, expresando una subjetividad doliente compuesta de reclamos, odios y deseos de venganza. Tal vez por ello, las narrativas no buscaban ensalzar la vitoreada modernidad, sino todo lo contrario, pretendían traducir los estragos que dejaban los adelantos de la civilización. La promesa de felicidad anclada a la idea de progreso, en todo caso, no era un asunto reservado para los hombres modernos quienes pagaron en cuerpo y alma los derroteros del proceso civilizatorio, sino un subterfugio para los individuos errantes trastocados por la enfermedad mental:

Tal vez la felicidad que tanto buscamos, sólo existe aquí, en la triste casa, en los pobres cerebros desequilibrados, en los seres que viven de una quimera, de una mentira, de una locura, en fin.⁶⁴²

⁶⁴² En el cuento "Un aprensivo" de Bernardo Couto Castillo, un "loco" tenía la preocupación constante de que la muerte lo asechaba, así que intentó por todos los medios persuadirla para que no reclamara su existencia. El amigo-narrador consideró que ese hombre tenía un cerebro desequilibrado; no obstante, luego de reflexionar, señaló que su "locura" también lo salvaba de sus terribles visiones. Bernardo Couto Castillo, *Asfódelos...*, p. 162.

Consideraciones finales

El propósito fundamental de este trabajo fue analizar el proceso mediante el cual la literatura finisecular mexicana ficcionalizó la locura y las estrategias utilizadas por los escritores para construir sus narrativas. Las ficciones psicopatológicas examinadas en esta investigación fueron una respuesta literaria a las preocupaciones científicas, miedos sociales y obsesiones colectivas que suscitaron las enfermedades mentales en el tránsito del siglo XIX al XX en la Ciudad de México. Los relatos sentimentales del nacionalismo cultural y los cuentos sediciosos del modernismo decadente fueron dos propuestas que hicieron de la locura un argumento estético; ambos proyectos creativos formaron parte de una atmósfera general de fascinación y rechazo hacia los arrebatos pasionales, en la cual la medicina mental, la prensa capitalina y la literatura del modernismo confabularon -mediante diálogos fructíferos y tensiones irreconciliables-, una red de discursos médico-sociales que terminaron por delinear el imaginario psicopatológico durante el Porfiriato. Dicho imaginario estaba sustentado en la idea de que la locura era un asunto de pasiones incontroladas y comportamientos transgresivos, en la falta de control de la vida interior de los individuos en el contexto de una modernidad que fomentaba el progreso, exigía orden e imponía la moderación como valores civilizatorios. El énfasis de la investigación fue analizar, por un lado, el papel de las pasiones en la etiología de la locura en los discursos y prácticas médicas, así como las percepciones sociales de los locos generadas en los rotativos; y por el otro, examinar las representaciones de la demencia en la narrativa mexicana en algunas obras literarias.

Los abordajes de la locura en clave literaria formaron parte de un proceso de permanente diálogo entre medicina mental, prensa y literatura, en el marco de un conjunto de actividades médicas ocurridas dentro y fuera de los hospitales para dementes de la capital. A partir de estos intereses mutuos se conformó en la Ciudad de México una colectividad de opinantes compuesta por médicos, periodistas y escritores igualmente obsesionados por el mundo de la locura; saberes expertos, conocimientos profanos y abordajes estéticos posicionaron los trastornos mentales en las hendiduras de la opinión pública porfiriana. Sin embargo, no debemos olvidar que letrados e intelectuales trabajaron en plataformas de información diferentes; por consiguiente, los destinatarios fueron igualmente diversos según las características de los impresos. Mientras que los médicos adaptaban teorías foráneas, clasificaban comportamientos pasionales y clamaban por la higiene pública, los periódicos delineaban con preocupación y cierta exageración, el semblante de un país “enloquecido” y encaminado a la bancarrota moral. Insistí en que las disertaciones científicas y valoraciones periodísticas lograron diseminarse en la cultura escrita capitalina, en este sentido, no faltaron las voces públicas que celebraron con regocijo los romances disciplinarios entre la literatura y la psiquiatría en ciernes, porque veían en esta alianza el mecanismo idóneo para combatir y frenar el supuesto incremento de patologías sociales en el país:

Hoy sentimos que ya es hora de abandonar aquella despreocupación y este desprecio, y tratamos de oponer a la creciente miseria y criminalidad diques más fuertes que los hasta el presente construidos. El arte no podía permanecer

extraño a esta preocupación general, y de aquí que los artistas se hayan convertido en clínicos.⁶⁴³

El autor del artículo hacía referencia a una conferencia publicada en Roma, en la cual se reconocía la importancia del método científico en la corriente del naturalismo y su relación con la psiquiatría,⁶⁴⁴ además, ponderó las bondades que permitía la novela científica al estudio de los delincuentes y degenerados porfirianos. Sin embargo, a lo largo de esta investigación he procurado resaltar que en el México finisecular no hubo un estilo literario definido, sino eclécticas corrientes estéticas propias del periodo de estudio. Procuré destacar que las constelaciones de escritores aquí estudiados sí elaboraron diagnósticos estéticos amparándose en el “caso clínico” como recurso narrativo que, por lo demás, les permitió sondear los sinuosos territorios de la enfermedad mental. Con su literatura asumieron posturas diferentes ante las diversas problemáticas de la vida privada y pública, representando a una variedad de personajes hombres y mujeres de los sectores medios y grupos populares con características pasionales específicas y modalidades fisiológicas precisas. Cabe entonces preguntarse, ¿qué significaron las ficciones psicopatológicas durante el Porfiriato? Las ficciones psicopatológicas pusieron en evidencia que la locura pasional era una

⁶⁴³ [X.X.X], “Psiquiatría (La labor de Gabriel D’Annunzio ante la psiquiatría)”, *Revista Moderna. Arte y Ciencia*, año 2, núm. 11, noviembre de 1899, p. 335-336.

⁶⁴⁴ Es muy probable que el autor haya sido Salvador Quevedo y Zubieta (1856-1939), periodista, escritor, abogado, médico y político porfiriano que ha sido identificado con el naturalismo en México. “X.X.X” era uno de los seudónimos que solía utilizar el escritor. María del Carmen Ruíz Castañeda y Sergio Márquez Acevedo, *Diccionario de seudónimos, anagramas, iniciales y otros alias usados por escritores mexicanos y extranjeros que han publicado en México*, UNAM, 2000, p. 664.

“enfermedad de época”, según la expresión de Jochen Hörish,⁶⁴⁵ porque la elite científica y cultural porfiriana percibió, calificó y bautizó su tiempo como un periodo amenazado por la locura pasional. Las ficciones canalizaron muchos de los miedos sociales hacia las enfermedades mentales, prueba de ello fue que las propias narrativas asumieron lo psicopatológico puesto en el centro de las discusiones públicas, como una respuesta a las actitudes colectivas. En el plano cultural, las ficciones psicopatológicas establecieron lo que he llamado un *sentido común psicopatológico* que logró articularse con la sociedad, el cual estaba anclado a la idea de que los excesos pasionales justificaban la existencia de una variedad de locuras. Fue compartido por médicos, periodistas y literatos que lograron negociar desde sus respectivos espacios de trabajo, este consenso que finalmente logró imponerse como una idea hegemónica en el México finisecular. Al diseminarse en los espacios culturales de la capital, la locura adquirió significados amplios e irreductibles a la mirada experta, por lo que se convirtió en un territorio disputado desde distintos frentes: medicina mental, prensa y literatura; como disputadas fueron sus representaciones, ideas y usos literarios. Es claro que los discursos médicos, periodísticos y estéticos compitieron de manera autónoma con el fin de instaurar sus propias perspectivas, valoraciones y referentes entre una minoría de lectores capitalinos.

Los médicos-escritores y los escritores-periodistas fueron dos constelaciones profundamente sensibles y obsesionadas con los asuntos psicopatológicos, reconocieron que su responsabilidad como productores de

⁶⁴⁵ Jochen Hörish, “Las épocas y sus enfermedades. El saber patognóstico de la literatura”, en *Literatura, cultura, enfermedad*, op. cit., p. 51.

bienes culturales era ofrecer un testimonio literario que al mismo tiempo entendiera, reflejara y tradujera el pulso de aquellos representantes de una nación alarmados por la irrupción de arrebatos pasionales. Así pues, las ficciones psicopatológicas “objetivaron” un conjunto de discusiones médicas, actitudes periodísticas y valoraciones estéticas centrales para la sociedad mexicana, enfrascada entre la fascinación y el rechazo hacia los fenómenos de la locura. Al construir un sentido común sobre la enfermedad mental, las ficciones psicopatológicas establecieron un marco de interpretación abierto a las discusiones sociales. Concluyo que las ficciones psicopatológicas mostraron, por un lado, los temores que se apoderaron de un sector de la elite porfiriana ante las contrariedades de las pasiones incontroladas, y por el otro, manifestaron las convicciones literarias de dos proyectos narrativos que hicieron de la locura un producto social y cultural propio de la modernidad porfiriana.

Fuentes consultadas

Archivos

Archivo Histórico de la Secretaría de Salud

*Fondo Beneficencia Pública, Sección, Establecimientos Hospitalarios, Serie:
Hospital San Hipólito.*

Hemeroteca Nacional de México

Biblioteca Nacional

Fondo Reservado

Biblioteca “Nicolás León” del Departamento de Historia y Filosofía de la Medicina

Fondo reservado

Fondo común

Biblioteca “Miguel Lerdo de Tejada”

Fondo común

Biblioteca “Rubén Bonifaz Nuño”

Fondo común

Biblioteca Antonio Caso de la Facultad de Derecho

Fondo común

Biblioteca “Rafael García Granados” del Instituto de Investigaciones Históricas

Fondo común

Biblioteca "Ernesto de la Torre Villar" del Instituto de Investigaciones Dr. José

María Luis Mora

Fondo común

Hemerografía

Periódicos:

El Asilo de Mendigos

El Centinela Español

El Chisme

El Combate

La Cucaracha

La Defensa Católica

El Diario del Hogar

La Libertad

México Gráfico

El Monitor Republicano

El Mundo Ilustrado

El Siglo Diez y Nueve

La Patria

El Popular

El Tiempo

El Tiempo Ilustrado

El Universal

La Voz de México

Revistas

Revista Azul

Revista Moderna

Reglamentos

Código Penal para el distrito federal y territorio de la Baja California sobre delitos del fuero común y para toda la república sobre delitos contra la federación, México, Zacatecas, Imprenta del Hospicio de Niños en Guadalupe, 1902.

Fuentes primarias

(libros, artículos, tesis)

Agüeros, Victoriano, *Escritores Mexicanos Contemporáneos*, México, Imprenta de Ignacio Escalante, 1880.

Alfaro, Manuel, "Apuntamientos sobre los enfermos del Hospital del Divino Salvador", *La Independencia Médica*, t. I, núm. 15, 15 de agosto de 1880, p. 127-131.

Altamirano, Ignacio Manuel, *Clemencia*, México, Editorial Porrúa, 1944.

Aragón, Agustín, "Alocución", en *Revista Positiva*, núm. 27, 26 de febrero de 1903, p. 113-121.

-----, *La Psicología*, México, Imprenta y Encuadernación de Müller, 1902.

Alvarado, Miguel, "Apuntes para formar la historia del mal epiléptico", en *Gaceta Médica de México*, núm. 18, 1883, pp. 449-459.

Aróstegui, Gonzalo, "Los excéntricos", en *La Medicina Científica*, T. VIII, núm. 20, 15 de octubre de 1895, p. 313-315.

Biedma, Patrocinio, "Las almas femeninas", en *El Monitor Republicano*, 22 de febrero de 1883, p. 1.

Blanco, Ramiro, "La salud y la enfermedad", en *El Monitor Republicano*, 3 de septiembre de 1883, p. 2.

Blasques, F., "Patogénesis de la epilepsia", en *La Independencia Médica*, t. I, núm. 36, 1881, p. 296-305.

Castera, Pedro, *Las minas y los mineros. Los maduros. Dramas de un corazón. Querens*. Prólogo Luis Mario Schneider, México, Editorial Patria, 1987.

-----, *Querens*, El paso Texas, Talleres Linotipográficos de "La Patria", 1923.

-----, *Dramas de un corazón*, México, Tipografía de E. Dublan y Comp., 1890.

-----, *Impresiones y recuerdos*, México, Imprenta del Socialista de S. López, Juan de Mata Rivera impresor, 1882.

-----, *Carmen. Memorias de un corazón*, México, Tipografía de La República, prólogo de Vicente Riva Palacio, 1882.

-----, "Los ojos garzos", en *La República. Semana Literaria*, Tomo I, año 1, núm. 6, México, domingo 6 de noviembre de 1881, p. 71-75.

-----, "Un amor artístico", *La República. Semana Literaria*, domingo 20 de noviembre de 1881, p. 94-97

-----, "Los ojos Garzos", *La República. Semana Literaria*, domingo 6 de noviembre de 1881, p. 71-74.

Campos, Rubén, *El bar. La vida literaria en México en 1900*. Prólogo de Serge I. Zaïtzeff, México, UNAM/Coordinación de Humanidades, 1996.

-----, "Un suicidio", *Revista Moderna*, año IV, núm. 24, segunda quincena de diciembre de 1901, p. 7.

Ceballos, Ciro B., *En Turania. Retratos Literarios*, edición crítica de Luz América Viveros Anaya, México, UNAM/Instituto de Investigaciones Filológicas, 2010.

-----, *Panorama mexicano 1890-1910 (Memorias)*, estudio introductorio y edición crítica de Luz América Viveros Anaya, UNAM/Coordinación de Humanidades, 2006.

-----, *Un Adulterio*, México, Imprenta de Eduardo Dublán, 1903.

-----, *Croquis y Sepias (Retrato por Julio Ruelas)*, México, Eduardo Dublán Impresor, 1898.

-----, *Claro Oscuro*, librería Madrileña, 1896.

Chaix, Carlos L., *Estudio patogénico, diagnóstico y psicológico de la epilepsia*, México, Imprenta de la Viuda de Murguía e Hijos, 1870.

Cien años de censos de población, México, INEGI, 1996.

Colín, Eduardo, "Papel del decadentismo en las letras", en *La patria*, 20 de febrero de 1898, p. 2.

Couto Castillo, Bernardo, "El poseído" en *Revista Moderna*, año III, núm. 4, febrero de 1900, p. 57.

-----, "Celos póstumos" en *Revista Moderna*, año 1, núm. 7, 1 de noviembre de 1898, p. 107-108.

-----, *Asfódelos*, México, Eduardo Dublán impresor, 1897.

-----, "Poemas locos. La canción del ajeno", *Revista Azul*, t. V. núm. 5, 31 de mayo de 1896, p. 77-78.

-----, "¿Asesino?", en *El Mundo Ilustrado*, 25 de octubre de 1896, p. 262.

-----, "La vida de un artista", en *Diario del Hogar*, 22 de junio de 1893, p. 2.

Darío, Rubén, *Los raros*, Barcelona, Casa editorial Maucci, segunda edición, 1905.

Díaz Dufoo, Carlos, *Cuentos nerviosos*, México, J. Balleca y Compañía, sucesor, 1901.

-----, "Venenos literarios", en *Revista Azul*, t. V, núm. 4, 24 de mayo de 1896, p. 50.

-----, "El cuarto del suicida", en *Revista Azul*, t. IV, núm. 20, 15 de marzo de 1896, p. 312-313.

-----, "Azul Pálido", en *Revista Azul*, t. III, núm. 20, 15 de septiembre de 1895, p. 320.

-----, "El dolor de la producción", en *Revista Azul*, t. III, núm. 14, 4 de agosto de 1895, p. 209-210.

-----, "Documentos Humanos", en *Revista Azul*, t. II, núm. 19, 10 de marzo de 1895, p. 303

-----, "Impresiones internas (Fragmento) Luis G. Urbina", en *Revista Azul*, t. III, núm. 7, 16 de junio de 1895, p. 110-111.

-----, "Fragmento", en *Revista Azul*, t. II, núm. 8, 23 de diciembre de 1894, p. 118.

-----, "Un problema fin de siglo", en *Revista Azul*, t. I, núm. 23, 7 de octubre de 1894, p. 356-357.

-----, "Catalepsia", en *Revista Azul*, t. I, núm. 3, 20 de mayo de 1894, p. 35-36

De Mosso, "La fatiga cerebral", en *La Medicina Científica*, t. VI, 1 de noviembre de 1893, p. 334-336.

Díaz Milian, Andrés, "Los hombres de genio", en *El Siglo Diez y Nueve*, 11 de enero de 1892, p. 1.

-----, "La antropología criminal", en *El Siglo Diez y Nueve*, 14 de noviembre de 1892, p. 1.

-----, "Las enfermedades del espíritu", en *El siglo Diez y Nueve*, 26 de octubre de 1883, p. 1-2.

Diccionario de la lengua española, por la Real Academia Española, decimotercera edición, Madrid, Imprenta de los Sres. Hernando y Compañía, 1899.

Diez de Bonilla, Pedro, "El médico considerado moral y filosóficamente en diversos ramos de su profesión", *El Observador Médico. Revista Científica de la Asociación médica Pedro Escobedo*, t. I, núm., 9, 1 de julio de 1876, p. 129-133.

Dr. X, "Los neurasténicos ¡incurables!", *El Universal*, 20 de mayo de 1891, p. 1.

Espejo, José, "Histérico", *Gaceta Médica de México*, núm. 5, 1840, p. 20-22.

Flores, Manuel, "La urbanidad, la higiene y la moral", en *El Mundo Ilustrado*, 17 de septiembre 1899, p. 194.

-----, "El tratamiento que debe darse a los hijos", en *El Mundo Ilustrado*, 7 de agosto de 1898, p. 194-195.

Fernández de Lizardi, José Joaquín, *La quijotita y su prima. Historia muy cierta con apariencias de novela*, tercera edición, t. I, Méjico, Imprenta a cargo de Mariano Arévalo, 1836.

Frías y Soto, Hilarión, "Por la provincia. Fulgor y Sombra. Por José Felipe Costellot", en *El Siglo Diez y Nueve*, 28 de diciembre de 1895, p. 1.

-----, "Copos de Espuma", en *El Siglo Diez y Nueve*, 20 de octubre de 1894, p. 1-2.

-----, "Los olvidados. Juan B. Delgado", en *El Siglo Diez y Nueve*, 13 de octubre de 1894, p. 1-2.

-----, "Los del porvenir. Micros (Ángel de Campos)", en *El Siglo Diez y Nueve*, 27 de octubre de 1894, p. 1-2.

-----, "Cartas de un loco", en *El Diario del Hogar*, 21 de julio de 1882, p. 1-2.

-----, "Cartas de un loco", en *El Diario del Hogar*, 25 de julio de 1882, p. 1-2.

Frollo, Claudio, (Ignacio M. Luchichí López), "Ya soy decadente", en *El Universal*, 12 de febrero de 1893, p. 3.

Gener, Pompeyo, *Literaturas malsanas. Estudios de patología literaria*, Madrid, Fernando Fé, librero, 1894.

-----, *Literaturas malsanas. Estudios de patología literaria contemporánea*, Barcelona, de la Sociedad de Antropología de París, Juan Llordachs cuarta edición, 1900.

Gimeno de Flanquer, Concepción, "No hay sexo débil", en *El Álbum de la mujer*, México, núm. 12, año 1, 16 de septiembre de 1883, p. 19.

-----, "La dama mexicana", *El Monitor Republicano*, 19 de agosto de 1883, p. 2.

González Ureña, Jesús, "Manera de explorar la personalidad psíquica de los individuos", *Gaceta Médica*, t. III, México, Tipografía Económica, 1903, p. 208-216.

Gómez, Elías A., *Fenómenos psíquicos de la Epilepsia*, México, Imprenta de la Escuela Correccional, 1888.

Guadalajara, José Rafael, *Amalia. Páginas del primer amor*, México, tercera edición, Editor de Eusebio Gómez de la Puente, 1911.

-----, Sara. *Páginas del primer amor*, México, Imprenta de las Escalerillas, 1891.

Guerrero, Julio, *La Génesis del crimen en México. Estudio de Psiquiatría Social*, Librería de la Vda. De Ch. Bouret, México/París, 1901.

Gutiérrez Nájera, Manuel, "La vida artificial", en *Revista Azul*, t. I, núm. 12, 22 de julio de 1894, p. 177-179.

-----, "Carta de un suicida", en *Revista Azul*, t. III, núm. 21, 22 de septiembre de 1895, p. 321-323.

Hermoso, Antonio, "Alucinamiento", en *El Siglo Diez y Nueve*, 4 de abril de 1882, p. 2.

Hidalgo y Carpio, Luis, "Delirio nervioso", en *Periódico de la Academia de Medicina de México*, t. V, núm. 1, 1 agosto de 1840, p. 429-440.

-----, "Lecciones sobre la epilepsia considerada bajo el punto de vista de la medicina legal", en *Gaceta Médica de México*, 1870, núm. 5, pp. 134-143.

Horta, Aurelio, "Literatura para el pueblo", en *El Partido Liberal*, 20 de junio de 1896, p. 1.

Jeanbernat, "Decadentismo", en *El Diario del Hogar*, 22 de febrero de 1893, p. 2.

Jiménez, Buenaventura, *La histeria en el hombre*, México, Imprenta de Epifanio D. Orozco y Compañía, 1882.

Julio David, "El amor considerado como neurosis", en *El Estudio. Semanario de Ciencia Médica. Órgano del Instituto Médico Nacional*, t. II, núm. 17, 28 de abril de 1890, p. 258-261.

-----, "El amor considerado como neurosis II", en *El Estudio. Semanario de Ciencia Médica*, t. II, núm. 18, 1890, p. 278-281.

Lara y Pardo, Luis, "La prensa médica en México", en *La Escuela de Medicina*, vol. XIX, núm. 14, 31 de julio de 1904, p. 337-340.

Larraínzar, Ernestina, Larraínzar, Enriqueta, *Sonrisas y Lágrimas*, México, Imprenta de Ignacio Cumplido, Hospital Real núm. 3, t. I y II, 1883.

Leduc, Alberto, *Un calvario. Memorias de una exclaustrada. María del consuelo*, introducción y selección de Blanca Estela Treviño, México, UNAM, 2012.

-----, *Fragatita y otros cuentos*, México, Puebla (La Matraca), 1984.

-----, "Verdades eternas", en *Revista Azul*, núm. 1, año 1, 1 de julio de 1898, p. 13.

-----, *En torno a una muerta*, México, Tipografía de El Nacional, 1897.

-----, "Fragatita", en *El siglo Diez y Nueve*, 2 de mayo de 1896, p. 2

-----, "Cuentos nocturnos. Un asesinato", en *El Universal*, 9 de abril de 1893, p. 2.

-----, "Decadentismo. A los señores José Juan Tablada, Jesús Urueta, Francisco de Olaguíbel y Luis Vera", en *El País*, 29 de enero de 1893, p. 2.

-----, "Nuestra señora la Muerte", en *El Universal*, 7 de mayo de 1893, p. 1.

-----, "Perfiles del alma. Un cerebral", en *El Universal*, 26 de marzo de 1893, p. 4.

-----, "Cuentos nocturnos. Un asesinato", en *El Universal*, 9 de abril de 1893, p. 2.

L. Marco, "Higiene moral", en *El Municipio Libre*, 7 de mayo de 1887, p. 1-2.

López, Alejandro, *Algunos cuidados higiénicos especiales de los enajenados*, Cuernavaca, Imprenta del gobierno de Morelos, 1886.

López García, Bernardo, "Un decadente", en *El Universal*, 27 de agosto de 1893, p. 2.

Luna, Germán, "Ideal. Al eximio americanista N. Bolet Peraza", en *El Diario del Hogar*, 22 de abril de 1897, p. 1.

Luzbel, "Espectros", *El Universal*, jueves 6 de septiembre de 1888, pp. 2.

Mazari, Marcos, *Breve estudio de algunas causas de la epilepsia en México*, México, Tipografía Barrueco hermanos, 1885.

Medina, Francisco, "El modernismo literario. ¿Procede del positivismo?", en *Revista Positiva*, núm. 28, 26 de marzo de 1903, p. 156-158.

Mejía, Demetrio, *Estadística de la mortalidad en México*, México, Imprenta Ignacio Escalante, 1879.

-----, "Notas sobre dos casos de histeria en el hombre", en *Gaceta Médica de México*, t. XIII, núm. 25, 1878, p. 473-479.

Mendoza y Vizcaino, Federico, "Carmen", en *La Patria*, 28 de abril de 1882, p. 2.

Montes de Oca, Vicente, *Breve exposición de los principales tratamientos de la histeria y la epilepsia y algunas apuntamientos para contribuir al estudio científico de la IPOMEA (Tumba-Vaqueros)*, México, Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, 1893.

Monroy, Atenedoro, "Valor estético de las obras de la Escuela Decadentista", en *Revista Positiva*, núm. 29, 23 de abril de 1903, p. 225-275.

Nervo, Amado, "Fuegos fatuos. Nuestra Literatura", en *El Nacional*, 15 de junio de 1896, p. 1.

Nordau, Max, *Degeneración*, traducción de Nicolás Salmerón y García, con epílogo del autor, t. I y II, Madrid, Librería de Fernando Fé Saenz de Jubera, Hermanos, 1902.

-----, *Psico-fisiología del genio y el talento*, traducida de la edición francesa por Arturo Paz, segunda edición, México, Imprenta, Lit. y Encuadernación de Ireneo Paz, 1898.

-----, *Dégénérescence*, Traduit de l'allemand Auguste Dietrich, troisieme édition, Ancienne Librairie Germer Bailliere, Félix Alcan, Editeur, Paris, 1895.

-----, "El neurosismo en el siglo que viene", en *El Universal*, 26 de agosto de 1894, p. 2

Novísimo diccionario de la lengua castellana que corresponde a la última edición íntegra del publicado por la Real Academia Española, París, Librería de Garnier Hermanos, 1875.

Ochoa y Tapia, Germán, *Ligeras consideraciones sobre la influencia que tiene lo moral en las enfermedades*, México, Imprenta de Francisco Díaz de León, 1881.

Olaguíbel, Francisco M., de, *Oro y Negro*, Propileo de Amado Nervo, Toluca, Oficina tipográfica del gobierno, 1897.

Osorio y Bernard, Manuel, “Una casa de locos”, *La Libertad*, 2 de julio de 1884, p. 1.

Olvera, José, “Examen de los reos presuntos de locura”, en *Gaceta Médica. Academia Nacional de Medicina de México*, t. XXIV, México, Imprenta de Ignacio Escalante, 1889, p. 33-44.

-----, “Discurso sobre causas de las neurosis en México”, en *El Observador Médico. Revista Científica de la Asociación Médica Pedro Escobedo*, México, t. I, núm.4, 1 de febrero de 1870, p. 49-54.

-----, “Algunas palabras sobre el suicidio”, en *Gaceta Médica de México*, t. XXXVI, núm. 19, México, Imprenta de El Siglo XIX, 1899, p. 474-485.

Parra, Porfirio, *Pacotillas*, Barcelona, Tipolitografía de Salvat e hijo, 1900.

-----, “Las localizaciones cerebrales y la psicología”, en *Gaceta Médica de México*, Tomo I, núm. 17, 1901, p. 207-212.

-----, “Enumeración y clasificación de las formas de sensibilidad”, en *Gaceta Médica de México*, t. XXXV, México, Imprenta de El Siglo XIX, 1898, p. 462-468.

-----, “Los neurópatas”, en *El Universal*, sección del Doctor, 21 de enero de 1892, p. 4.

-----, "Irresponsabilidad criminal fundada en un impulso de naturaleza patológica de causa pasional", *Gaceta Médica*, t. XXVII, México, Imprenta del Gobierno Federal en el ex arzobispado, 1892, p. 99-102.

-----, "Los nerviosos", en *El Universal*, 22 de junio de 1892, p. 2.

-----, "Epilepsia", en *El Universal*, 1 de junio de 1892, p. 2

-----, "El sentimentalismo. Lecturas", en *El Universal*, 28 de febrero de 1891, p. 1.

-----, "La ley de la herencia. El organismo humano", en *El Universal*, 31 de enero de 1891, p. 1.

-----, "Higiene de los poetas, literatos, periodistas y otras personas de talento", en *El Universal*, 10 de diciembre de 1891, p. 1.

-----, "La higiene de los poetas", en *El Siglo Diez y Nueve*, 21 de diciembre de 1891, p. 1.

-----, "La higiene de los poetas II", en *El Siglo Diez y Nueve*, 22 de diciembre de 1891, p. 1

-----, "Una definición de enfermedad", *Gaceta Médica de México*, Tomo XXIII, México, Imprenta de Ignacio Escalante, 1888, p. 59-65.

-----, *Contribución al estudio de la fuerza nerviosa*, México, Imprenta de E. Orozco y Compañía, 1879.

-----, *Ensayo sobre la patogenia de la locura*, México, Tipografía Literaria, 1878.

Peón y Contreras, José, *Veleidosa*, México, Imprenta de Francisco Díaz de León, 1891.

-----, "Introducción", en *Álbum Literario, Científico, de Artes y de Modas*, Tomo I, núm. 1, Mérida, 15 de agosto de 1891, p. 2.

-----, "Idiotía Microcefálica", en *Gaceta Médica de México. Periódico de la Academia de Medicina*, t. VII, núm. 15, México, 1872, p. 268-274.

Pinel, Felipe, *Tratado médico-filosófico de la enajenación del alma o manía*, traducción al español del Dr. Luis Guarnerio T. Avellaneda, Madrid en la Imprenta Real, 1804.

Pizarro, Nicolás, *La coqueta*, México, Imprenta de Ana Echeverría de Pizarro e hijos, 1861.

Pola, Librado, *Ligeras consideraciones sobre la patogenia de la epilepsia*, México, Imprenta de El Partido Liberal, 1891.

Poulat, Julio, "Artículos curiosos para personas ilustradas. 13 de agosto. La fiesta de los locos", en *El Mundo Ilustrado*, 11 de agosto de 1895, p. 6-7.

Ramírez, Ignacio, "Enfermedades de amor", en *La República. Semana Literaria*, México, t. I, año 1, núm. 2, domingo 9 de octubre de 1881, p. 5.

Ramírez, Juan, "Juicio del que se suscribe. Sobre las causas de las neurosis en México", en *El Observador Médico. Revista Científica de la Asociación Médica Pedro Escobedo*, México, t. I, núm.4, 1 de febrero de 1870, p. 55-56.

Ramos, José, "Breve nota sobre la ceguera nerviosa", *Gaceta Médica*, t. XXXVI, México, Imprenta de El Siglo XIX, 1899, p. 8-13.

Rebolledo, Efrén, *El Enemigo*, México, Edición de la Revista Moderna, Eduardo Dublán Impresor, 1900.

Rivadeneira, Mariano, *Apuntes para la estadística de la locura en México*, México, Oficina Tip. de la Secretaría de Fomento, 1887.

Roa, Agustín A., *Consideraciones generales acerca de la enajenación mental*, México, Imprenta del Colegio de San Antonio, 1870.

Rodiles, Francisco, *Breves apuntes sobre la histeria, seguidos de un apéndice sobre la locura histérica*, Puebla, México, Imprenta de Miguel Corona, 1885.

Román, Alberto, *Responsabilidad legal en las personas afectadas de histeria*, México, Imprenta y Encuadernación de Hoeck y Hamilton, 1898.

Roumagnac, Carlos, *Los criminales en México. Ensayo de Psicología criminal*, México, Tipografía El Fénix, 1904.

-----, *Matadores de Mujeres. (Segunda parte de crímenes sexuales y pasionales)*, México, Librería de Ch. Bouret, 1910.

Ruiz Zárate, Francisco, *Cuentos de manicomio. Los que no llegan a San Hipólito*, Morelia, Talleres de la Escuela Industrial Militar "Porfirio Díaz", 1903.

-----, *Cuentos funambulescos*, Morelia, Talleres de la Escuela Industrial Militar "Porfirio Díaz", 1903.

Salado Álvarez, Victoriano, *De mi cosecha. Estudios de crítica*, Guadalajara, Imprenta de Ancira y Hermano a. Ochoa, 1899.

Salinas, Agustín, *Breve estudio sobre el tratamiento de la histero-epilepsia*, México, Antigua Imprenta de Murgía, 1886.

Sánchez Mármol, Manuel, *Pocahontas (relación fantástica)*, México, Tipografía Juventud Tabasqueña de F. Chigliazza, 1882.

Sánchez, Ricardo, "Decadentismo", en *El Diario del Hogar*, 31 de marzo de 1900, p. 4.

Serrano, Rafael, *Fragmentos de psiquiatría óptica*, Puebla, Imprenta de Miguel Corona, 1884.

Sexto censo de población 1940. Resumen General, Secretaría de Economía Nacional, División General de Estadística, 1943.

Sierra, Justo, "Discurso de clausura", en *Concurso científico en la Sesión solemne del 18 de agosto de 1895*, Cámara de Diputados, México, Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, 1895, p. 1-45.

Sosa, Secundino, "Tratamiento de los epilépticos", en *Gaceta Médica de México*, t. I, núm. 17, 1901, p. 189-191.

-----, "La responsabilidad en los epilépticos", *Gaceta Médica de México*, t. XXIX, México, Imprenta del Gobierno Federal en el ex arzobispado, 1893, p. 96-106.

-----, "Sobre la locura. Conferencias", en *El Universal*, 7 de febrero de 1891, p. 2

-----, "El Dr. Sosa", en *El Universal*, 14 de febrero de 1891, p. 2.

-----, "Conferencias del Dr. Sosa", en *El Universal*, 21 de febrero de 1891, p. 3.

-----, "Escuela de Medicina. Conferencias del Dr. Sosa", en *El Universal*, 28 de febrero de 1891, p. 3.

-----, "Causas de la locura. Conferencias del Dr. Sosa", en *El Universal*, 7 de marzo de 1891, pp. 2.

-----, "Escuela de Medicina. El Dr. Sosa", en *El Universal*, 14 de marzo de 1891, p. 3.

-----, "Conferencias del Dr. Sosa", en *El Universal*, 11 de abril de 1891, p. 3.

-----, "Causas de la locura. Conferencias del Dr. Sosa", *El Universal*, 7 de marzo de 1891, p. 2

Tablada, José Juan, *Obras IX. La Feria de la vida. Memoria I*, México, Nueva Biblioteca Mexicana, UNAM, 2010.

-----, *La Feria de la vida (memorias)*, México, Ediciones Botas, 1933

"Cuentos mexicanos", en *El Nacional*, 14 de octubre de 1897, p. 1.

-----, "Cuestión literaria. Decadentismo", en *El País*, 15 de enero de 1893, p. 2.

-----, "Los modernistas mexicanos y *monsieur Prudhomme*", en *El Nacional*, 9 de enero de 1898, p. 3.

-----, “Los modernistas mexicanos y *monsieur Prudhomme*”, en *El Nacional*, 16 de enero de 1898, p. 3.

-----, “El monstruo (Fantasías estéticas)”, en *Revista Moderna*, año II, núm. 4, abril de 1899, p. 100-102.

Valenzuela, J., “El hipnotismo y la histeria”, en *El Siglo Diez y Nueve*, 10 de junio de 1882, p. 1.

Vázquez, Isaac, *Ligero estudio de algunos accidentes de la gran histeria*, México, Imprenta del comercio, de Dublan y Compañía, 1882.

Verdugo, Agustín, *Discursos, alegatos y estudios jurídicos*, t. I, México, Tipografía de la F. Barroso Hermano y Compañía, 1894.

Vergara Flores, Luis, “Neuropatía y aberración intelectual”, en *La Medicina Científica*, t. VI, núm. 13, julio de 1893, p. 200-204.

Villada, Juan, *Simulación de la Epilepsia*, México, Imprenta El Lápiz del Águila”, 1900.

“Víctor Hugo, clínico. Un caso de delirio de persecución observado y descrito por Víctor Hugo”, en *La Escuela de Medicina*, t. XVII, núm. 12, México, 15 de junio de 1902, p. 265-268.

Weir, Jaime, “Genio y degeneración”, en *La Medicina Científica*, t. VIII, 1 de marzo de 1895, p. 70-71.

[X.X.X], “Psiquiatría (La labor de Gabriel D’Annunzio ante la psiquiatría)”, en *Revista Moderna. Arte y Ciencia*, año 2, núm. 11, noviembre de 1899, p. 335-336.

Zamarripa, Joaquín, I., *Contribuciones al estudio médico-legal de los alienados*, México, Tipografía de la Escuela Industrial de Huérfanos, 1892.

Bibliografía

Ackerknecht, Erwin A., *Breve historia de la psiquiatría*, Buenos Aires, EUDEBA, 1962.

Agostoni, Claudia, *Monuments of progress. Modernization and Public Health in Mexico City, 1876-1910*, University of Calgary Press/University Press of Colorado/Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 2003.

-----, "Médicos ecuestres, el arte de curar y los galenos en la historia nacional (Ciudad de México, 1877-1911), en *Ciencia Saúde Colectiva*, núm. 3 (3), 2008, pp. 974-984.

-----, "Imágenes y representaciones de los profesionales de la medicina: entre el público, la ciencia y la prensa. Ciudad de México, 1877-1911", *Anuario IEHS*, núm. 21, 2006, pp. 399-419.

-----, "Que no traigan al médico. Los profesionales de la salud entre la crítica y la sátira (Ciudad de México, siglo XIX-XX), en Cristina Sacristán y Pablo Piccato (coordinadores), *Actores, espacios y debates en la historia de la esfera pública en la Ciudad de México*, México, Instituto Mora, 2005, p. 97-120.

-----, "El arte de curar: deberes y prácticas médicas porfirianas" en *Modernidad, tradición y alteridad. La ciudad de México en el cambio de siglo (XIX-XX)*, Claudia Agostoni y Elisa Speckman (editoras), México, IIH-UNAM, 2001, p. 97-111.

Agostoni, Claudia; Ríos Molina, Andrés, *Las estadísticas de la salud en México. Ideas, actores e instituciones, 1810-2010*, con la colaboración de Gabriela Villareal Levy, México, Secretaría de Salud/UNAM, 2010.

Aldo Conti, Norberto, *Historia de la depresión. La melancolía desde la Antigüedad hasta el siglo XIX*, Argentina, Editorial Polemos, 2007.

Alvarado, Lourdes, "Porfirio Parra y Gutiérrez. Semblanza Biográfica" en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, Álvaro Matute, (editor), México, UNAM/Instituto de Investigaciones Históricas, vol. 11, 1988, p. 183-199.

Anderson, Benedict, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, 2006.

Anz, Thomas, "La esquizofrenia como sintomatología de época. La patología y la poetología alrededor de 1910", en Wolbang Bonjers y Tanja Olbrich (comps), *Literatura, cultura y enfermedad*, Argentina, Paidós, 2006, pp. 139-156.

Araujo Pardo, Alejandro, *Novela, historia y lecturas. Usos de la novela histórica del siglo XIX mexicano: una lectura historiográfica*, México, Universidad del Claustro de Sor Juana/UAM, 2009.

Aries, Philippe, Duby, Georg, *Historia de la vida privada*, Madrid, Taurus, t. IV, 1989.

Armstrong, Nancy, *Deseo y ficción doméstica. Una historia política de la novela*, presentación de Giulia Colaizzi, traducción de María Coy, Ediciones Cátedra/Universitat de València/Instituto de la Mujer, 1991.

Armus, Diego, "Curas de reposo y destierros voluntarios. Narraciones de tuberculosos en los enclaves serranos de Córdoba", en Wolfgang Bongers y Tanja Olbrich (comps), *Literatura, cultura y enfermedad*, Buenos Aires, Paidós, 2006, pp. 115-137.

Ayala Flores, Hubonor, *Salvaguardar el orden social. El Manicomio del estado de Veracruz (1883-1920)*, México, El Colegio de Michoacán, 2007.

-----, "Los dementes, la locura y el manicomio en la prensa porfiriana de Orizaba, Veracruz", en *La prensa como fuente para la historia*, Celia del Palacio Montiel (coord.), Universidad de Guadalajara/Miguel Ángel Porrúa, 2006, pp. 99-119.

Baldwin, P. M., "Liberalims, Nationalism, and Degeneration: The Case of Max Nordau", en *Central European History*, Vol. 13, No. 2, 1980, pp. 99-120.

Bangaud, Jean, "La epilepsia antes del descubrimiento del electroencefalograma", en Jacques Postel y Claude Quérel (coords), *Nueva Historia de la Psiquiatría*, México, FCE, pp. 247-254.

Bazant, Mílada, "Lecturas del porfiriato", en *Historia de la lectura en México*, México, Ediciones del Ermitaño/El Colegio de México, 1988.

-----, *Historia de la educación durante el porfiriato*, México, El Colegio de México, sexta reimpresión, 2006

Beauregard Paulette Cécile, Silvia, *De médicos, idilios y otras historias. Relatos sentimentales y diagnósticos de fin de siglo*, Santa Fe de Bogotá, Colombia, Convenio Andrés Bello, 2000.

Beguín, Albert, *El alma romántica y el sueño. Ensayo sobre el romanticismo alemán y la poesía francesa*, México, FCE, 1981.

Beizer, Janet, *Ventriloquized bodies. Narratives of Hysteria in Nineteenth-Century France*, Ithaca New York, Cornell University Press, 1994.

Beltrán Abarca, Francisco Javier, “La construcción de la epidemia de suicidios: interpretaciones y confrontaciones de los letrados en torno a sus causas sociales. Ciudad de México, 1830-1876”, en *Trashumante. Revista Americana de Historia Social*, núm. 5, enero-junio 2015, pp. 61-82.

Bercherie, Paul, *Los fundamentos de la clínica. Historia y estructura del saber psiquiátrico*, Argentina, Manantial, 2014.

Berlin, Isaiah, *Las raíces del romanticismo*, Madrid, Taurus, 2000.

Berrios, Germán E., *Historia de los síntomas de los trastornos mentales. La psicopatología descriptiva desde el siglo XIX*, México, FCE, 2008.

-----, y Roy Porter (Ed), *Una historia de la psiquiatría clínica*, Madrid, Fundación Española de Psiquiatría y Salud Mental/Triacastela, 2012.

Beezley, William, *Judas en el Jockey Club y otros episodios del México porfiriano*, México, El Colegio de San Luis/CIESAS, 2010.

Berman, Marsall, *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*, traducción Andre Morales Vidal, México, Siglo XXI, 2003.

Bing, François, “La teoría de la degenerescencia”, en Jacques Postel y Claude Quézel (coord.), *Nueva Historia de la Psiquiatría*, México, FCE, 2000, pp. 225-229.

Bisbal Siller, María Teresa, *Los novelistas y la ciudad de México (1810-1910)*, México, Ediciones Botas, 1963.

Blasco, Javier, "Hospital de furiosos y melancólicos, cárcel de degenerados, gabinete de estetas", en *Anales de la Literatura Española*, vol. 23, núm. 1-2, 1998, pp. 19-50.

Bobadilla Encinas, Gerardo, *Estudios sobre literatura mexicana del siglo XIX. Reflexiones críticas e historiográficas*, Madrid, Editorial Pliegos, 2009.

Bolus-Reichert, Christine, "Architecture in the Family Way: Doctors, Houses, and Women, 1870-1900", en *Victorian Studies*, 43.1, 2000, pp. 120-122.

Bongers, Wolfgang, "Literatura, cultura, enfermedad. Una introducción", en Wolfgang Bongers y Tanja Olbrich (comps), *Literatura, cultura, enfermedad*, Argentina, Paidós, 2006, pp. 13-27.

Buffington, Robert, "La violencia contra la mujer y la subjetividad masculina en la prensa popular de la ciudad de México en el cambio de siglo", en Claudia Agostoni y Elisa Speckman (editoras), *De normas y transgresiones. Enfermedad y Crimen en América Latina (1850-1950)*, UNAM, 2005, pp. 287-325.

Brushwood, John S., *The Romantic novel in Mexico*, Columbia, Missouri, The University of Missouri Studies, 1954.

-----, *México en su novela. Una nación en busca de su identidad*, México, FCE, 1998.

Caimari, Lila (compiladora), *La ley de los profanos. Delito, justicia y cultura en Buenos Aires, 1870-1940*, Argentina, FCE, 2007.

Caminero-Santangelo, Marta, *The madwoman Cant´t speak. Or Why insanity is not subversive*, Cornell University Press, 1998.

Campo, Ángel, de, *La de los claveles dobles. Ni amor al mundo ni piedad al cielo. El suicidio de Sofía Ahumada. Expediente de prensa y literatura mexicanas*, estudio preliminar, compilación y edición Miguel Ángel Castro, UNAM, Colección al siglo XIX. Ida y Regreso, 2008.

Campos Marín, Ricardo, *El caso Morillo: crimen, locura y subjetividad en la España de la Restauración*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas/Frenia, 2012.

Campos, Marín, Ricardo, Rafael Huertas y José Martínez Pérez, *Los ilegales de la naturaleza. Medicina y Degeneracionismo en la España de la Restauración*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 2000.

-----, "Crimen y locura. La patologización del crimen en la España de la Restauración", en *Norba. Revista de Historia*, vol. 20, 2007, pp. 85-105.

Canto Valdes, Luis Roberto, "La muerte voluntaria en Yucatán durante el Porfiriato", en *Secuencia*, núm. 82, enero-abril 2012, pp. 73-100.

Cardwell, Richard A., "The Mad Doctors: Medicine and Literature in Finisecular Spain", en *Journal of the Institute of Romance Studies*, 4 (1996), pp. 67-86.

Carrillo, Ana María, "Economía, política y salud pública en el México porfiriano", *História, Ciências, Saúde-Manguinhos*, Río de Janeiro, vol. 9; 81, 2002, pp. 67-87.

Castillo, Alberto, del, "El surgimiento de la prensa moderna en México", en Belem Clark de Lara y Elisa Speckman Guerra (edición), *La República de las letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico*, t. II, UNAM, 2005, pp. 105-118.

-----, "Notas sobre la moral dominante a finales del siglo XIX en la ciudad de México. Las mujeres suicidadas como protagonistas de la nota roja", en Claudia Agostoni y Elisa Speckman (editoras), *Modernidad, tradición y alteridad. La ciudad de México en el cambio de siglo (XIX-XX)*, México, UNAM, 2001, pp. 319-338

-----, "Surgimiento del reportaje policiaco en México", en *Tramas*, núm. 5, junio 1993, pp. 127-137.

-----, "Prensa, poder y criminalidad a finales del siglo XIX en la ciudad de México", en Ricardo Pérez Montfort (coordinador), *Hábitos, normas y escándalo. Prensa, criminalidad y drogas durante el Porfiriato tardío*, Ciesas/Plaza y Valdes, 1997, p. 17-73.

Carballido, Emmanuel, *Diccionario crítico de las letras mexicanas en el siglo XIX*, México, Océano/CONACULTA, 2001.

Chartier, Roger, *Cultura escrita, literatura e historia*, México, FCE, 2006.

-----, *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*, España, Gedisa editorial, 2005.

Chauciño Fernández, Ana G., *La imagen masculina en la novela de sensibilidad hispanoamericana*, México, Universidad Veracruzana/Instituto de Investigaciones Lingüístico-Literarias, 2003.

Chauvelot, Diane, *Historia de la Histeria. Sexo y violencia en lo inconsciente*, Madrid, Alianza Editorial, 2001.

Clark de Lara, Belem, *Letras mexicanas del siglo XIX. Modelo de Compresión Histórica*, UNAM/Instituto de Investigaciones Filológicas, 2009.

-----, “¿Generaciones o Constelaciones?” en Belem Clark de Lara y Elisa Speckman Guerra (comp.), *La República de las letras. Asomos a la cultura escrita del México Decimonónico*, México, vol. I, UNAM, 2005, pp.11-46.

-----, *Tradición y modernidad en Manuel Gutiérrez Nájera*, México, Instituto de Investigaciones Filológicas/UNAM, 1998

-----, “Una crónica de las polémicas modernistas” en *La literatura mexicana del otro fin de siglo*, Rafael Olea Franco (editor), México, El Colegio de México, 2001, pp. 61-83.

-----, y Fernando Curiel Defossé, *El modernismo en México a través de cinco revistas*, UNAM/Instituto de Investigaciones Filológicas, 2000.

-----, y Zavala Díaz, Ana Laura, *La construcción del modernismo* (antología), UNAM, 2002.

Caminero-Santangelo, Marta, *The madwoman Cant´t speak. Or Why insanity is not subversive*, Cornell University Press, 1998.

Clúa Ginés, Isabel, “La morbidez de los textos: literatura y enfermedad en el fin de siglo”, en *Frenia. Revista de Historia de la Psiquiatría*, vol. IX-2009, pp. 33-52.

Conde, Teresa, del, *Julio Ruelas*, UNAM/Instituto de Investigaciones Estéticas, 1976.

Conway, Christopher, “El libro de las masas: Ignacio Manuel Altamirano y la novela nacional” en Rafael Olea Franco (editor), *Doscientos años de narrativa mexicana. Siglo XIX*, Pamela Vicenteño Bravo (colaboradora), vol. I, México, El Colegio de México, 2010, pp. 39-58.

Couto Castillo, Bernardo, *Obra Reunida*, Edición, introducción, estudio preliminar y notas de Coral Velázquez Alvarado, UNAM, 2014.

Cuentos románticos, prólogo, selección y notas de David Huerta, México, UNAM/Biblioteca del Estudiante, 2011.

Darton, Robert, *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa*, México, FCE, 2011.

-----, *Censores trabajando. De cómo las Estados dieron forma a la literatura*, México, FCE, 2014.

-----, *Poesía y Policía. Redes de comunicación en el París del siglo XVIII*, traducción de Antonio Saborit, México, Ediciones Cal y Arena, 2011.

Didi-Huberman, George, *La invención de la histeria. Charcot y la iconografía de la Salpêtrière*, Madrid, Ensayos de Arte Cátedra, 2007.

Dixon, Thomas, *From Passions to Emotions*, Cambridge University Press, 2003.

Doménech Montagut, Asunción, *Medicina y enfermedad en las novelas de Emilia Pardo Bazán*, Valencia, Centro Francisco Tomás y Valiente/UNED Alzira-Valencia/Colección interciencias 9, 2000.

Domenella, Ana Rosa (coord), *(Re) escribir la historia desde la novela de fin de siglo*, Argentina-Caribe-México, UAM/Miguel Ángel Porrúa, 2002.

Dosse, François, *El arte de la biografía. Entre historia y ficción*, México, Universidad Iberoamericana, 2007.

Duno-Gottberg, Luis, "Narrativas somáticas y cambio social: notas para el cuadro venezolano", *Estudios. Revista de investigaciones literarias y culturales*, vol. 17, número 34, julio-diciembre, 2009, pp. 403-437.

Elías, Norbert, *El proceso Civilizatorio*, México, FCE, 2009.

Elisa Speckman Guerra, Claudia Agostoni y Pilar Gonzalbo Aizpuru (coords) *Los miedos en la historia*, El Colegio de México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2009.

Esquirol, Jean Étienne, *Sobre las pasiones consideradas como causas, síntomas y remedios de la alienación mental*, Prólogo de José Luis Peset, Asociación Española de Neuropsiquiatría, Madrid, 2000.

Esteinou, Rosario, *La familia en México: lecturas de su modernidad. Siglos XVI al XX*, México, CIESAS/Miguel Ángel Porrúa, 2008.

Feder, Lillian, *Madness in Literature*, New Jersey, Princeton University Press, 1980.

Felman, Shoshana, *Writing and Madness. (Literature, Philosophy, Psychoanalysis)*, Stanford University Press, 2003.

-----, *La folie et la chose littéraire*, París, Seuil, 1978.

Fernández de Castro Peredo, Hugo, *Ética, moral y etiqueta médica en la literatura del siglo XIX*, México, Bitbuk, 2011.

Fernández, Pura, “*Sciencia Sexuallis* y saber psiquiátrico en la novela naturalista decimonónica”, en *Asclepio. Revista de Historia de la Medicina y de la Ciencia*, vol. XLIX, núm. 1, 1997, pp. 227-244.

Flaubert, Gustave, *Madame Bovary*, traducción de Carmen Martín Gaité, Fabula Tusquets Editores, 2002.

Flores y Troncos, Francisco de Asís, *Historia de la medicina en México desde la época de los indios hasta el presente*, t. III, Edición facsimilar con advertencia de Juan Somolinos Placencia, México, Instituto Mexicano del Seguro Social, 1982.

Florescano, Enrique, (coordinador), *Arma la historia. La nación mexicana a través de los siglos*, México, Grijalbo, 2009.

Foucault, Michel, *Historia de la locura en la época clásica*, t. I y II, México, FCE, 2002.

-----, *La vida de los hombres infames*, Argentina, Editorial Altamira, 1996.

-----, *Historia de la sexualidad. La voluntad de saber*, Argentina, Siglo XXI editores, 2008.

-----, *Los anormales*, traducción de Horacio Pons, México, FCE, 2002.

Freire de Araujo Lima, Elizabeth Maria, "Machado de Assis e a psiquiatria: um capitulo das relações entre arte e clínica no Brasil", *Hist. cienc. saude-Manguinhos*, vol. 16 núm.3, Rio de Janeiro july/sept. 2009, pp. 641-654.

Galí Boadilla, Monserrat, *Historia del bello sexo: La introducción del Romanticismo en México*, México, UNAM/Instituto de Investigaciones Estéticas, 2002.

Gamboa, Federico, *Todos somos iguales frente a las tentaciones. Una antología general*, selección, estudio preliminar y cronología Adriana Sandoval. Ensayos críticos Carlos Illades, José Luis Martínez Suárez, Felipe Reyes Palacios, México, FCE/FIM/UNAM, 2012.

Gantús, Fausta, *Caricatura y poder político. Crítica, censura y represión en la Ciudad de México, 1876-1888*, El Colegio de México/Instituto Mora, 2009.

Garner, Paul, *Porfirio Díaz. Del héroe al dictador. Una biografía intelectual*, México, Planeta, 2010.

Garza, James Alex, *The Imagined Underworld. Sex, Crime, and Vice in Porfirian Mexico City*, Lincoln, NE: University of Nebraska Press, 2007.

-----, *El lado oscuro del Porfiriato. Sexo, crimen y vicios en la ciudad de México*, México, Aguilar, 2013.

Gauchet, Marcel y Gladys Swain, *El verdadero Charcot. Los caminos imprevistos del inconsciente*, Argentina, Nueva Visión, 2000.

Gay, Peter, *La experiencia burguesa. De Victoria a Freud. La educación de los sentidos*, t. I, traducción Evangelina Niño de la Selva, FCE, México, 1992.

-----, *Modernidad. La atracción de la herejía de Baudelaire a Beckett*, España, Paidós, 2007.

Goldgel, Víctor, *Cuando lo nuevo conquistó américa. Prensa, moda y literatura en el siglo XIX*, Argentina, Siglo XXI, 2013.

Goldstein, Jan, "The Uses of Male Hysteria: Medical and Literary Discourse In Nineteenth-Century France", en *Representations*, No. 34 (Spring 1991), pp. 134-165.

Golomb, Jacob, *Nietzsche and Zion*, Cornell University Press, 2004.

Gomes, Roberto, "O Alienista: loucura, poder y ciencia", en *Tempo Social, Rev. Social*, USP, S. Paulo, núm. 5, 1994, pp. 145-160.

Gonzalbo Aizpuru, Pilar (coord.), *Amor e Historia. La expresión de los afectos en el mundo de ayer*, México, El Colegio de México, 2013.

Gonzalbo Aizpuru, Pilar; Zárate Toscano, Verónica, (coords.), *Gozos y sufrimientos en la historia de México*, México, El Colegio de México/Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2007.

González Navarro, Moisés, *Estadísticas sociales del Porfiriato, 1877-1910*, México, Secretaría de Economía/Dirección General de Estadísticas, 1956.

-----, *Sociedad y cultura en el Porfiriato*, México, CONACULTA, Colección Cien de México, 1994.

González Peña, Carlos, *Historia de la literatura mexicana*, México, Editorial Porrúa, S.A, 1950.

González Silva, Matiana y Polh-Valero, Stefan, “La circulación del conocimiento y las redes del poder: en la búsqueda de nuevas perspectivas historiográficas sobre la ciencia”, en *Mem. Soc.* [online]. 2009, vol.13, n.27, p. 7-11

González, Aníbal, *La novela modernista hispanoamericana*, Madrid, Gredos, 1987.

González, Luis, *La ronda de las generaciones*, México, SEP, 1984.

Gorbach, Frida, “¿Dónde están las mujeres de La Castañeda? Una aproximación a los expedientes clínicos del manicomio, 1910”, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, Debates, 2011, (En línea), Puesto en línea el 31 de marzo de 2011. URL: <http://nuevomundo.revues.org/61046>. (Consultado el 03 de mayo de 2011).

-----, “El encuentro de un monstruo y una histérica. Una imagen para México en los finales del siglo XIX”, *Nuevos Mundos Mundos Nuevos*, Debates, 2006, (En línea), Puesto en Línea el 18 de diciembre de 2006. URL: <http://nuevomundo.revues.org/3123>. (Consultado el 05 de mayo de 2011).

-----, “El Tratamiento moral de la locura y el sujeto moderno. México a finales del siglo XIX”, en Serena Brigidi y Josep M. Comelles (eds.), *Locuras, culturas e historia*, Tarragona, España, Publicaciones URV, 2014, p. 49-66.

-----, “La histeria y la locura. Tres itinerarios en el México de fin de siglo”, en Laura Cházaro y Rosalinda Estrada (editoras), *En el umbral de los cuerpos. Estudios de Antropología e Historia*, México, BUAP/COLMICH/Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades, 2005, p. 97-116.

Graff Zivin, Erin, “Diagnósticos modernistas de Max Nordau: Darío, Ingenieros y Silva leen al médico judío”, *Estudios*, 14: 28, (julio-diciembre 2006), pp. 171-186.

Guinzburg, Carlo, *El hilo y las huellas. Lo verdadero, lo falso y lo ficticio*, Argentina, FCE, 2010.

Gutiérrez Girardot, Rafael, *Modernismo. Supuestos históricos y culturales*, México, FCE, 1988.

Greenslade, William, *Degeneration, Culture and The Novel 1880-1940*, Cambridge University Press, 1994.

Karageorgou-Bastea, Christina, "Un arrebató decadentista: el pragmatismo corpóreo de José Juan Tablada", en Rafael Olea Franco (editor), *La literatura mexicana del otro fin de siglo*, México, El Colegio de México, 2001, pp. 35-46.

Koppen Prubmann, Elke y Mauricio Sánchez Mechero, (coords.), *Los trazos de las ciencias. Circulación de conocimiento en imágenes*, México, UNAM, 2013.

Hale, Charles A., *La Transformación del liberalismo en México a fines del siglo XIX*, México, FCE, 2002.

Hernández Chávez, Alicia, *La tradición republicana del buen gobierno*, México, Fideicomiso Historia de las Américas/COLMEX/FCE, 1993.

Hernández López, Conrado (coord), *Historia y Novela Histórica: coincidencias, divergencias y perspectivas de análisis*, México, El Colegio de Michoacán, 2004.

Hernández Palacios, Esther, "Entre el ángel del hogar y la construcción de la patria: la poesía de las mujeres mexicanas del siglo XIX" en *La Literatura mexicana del otro fin de siglo*, Rafael Olea Franco (editor), México, El Colegio de México, 2001, pp. 537-544.

Hinterhäuser, Hans, *Fin de siglo. Figuras y mitos*, versión castellana de María Teresa Martínez, España, Taurus, 1980.

Hobsbawm, Eric, *La era del imperio, 1875-1914*, México, Booket, 2015.

-----, "Misa Negra o el sacrilegio inacabado del modernismo", en <http://cdigital.uv.mx/bitstream/123456789/1630/1/199177P5.pdf>, (Consultado el 1 de marzo de 2014).

Hidalgo, Luciana, "Machado de Assis, Lima Barreto e a verdade da loucura", en *Matraga*, Río de Janeiro, vol. 15, núm. 23, jul/dez, 2008, pp. 140-154.

Historia de la vida privada, dirigida por Philippe Ariés y George Duby, Madrid, Taurus, t. IV, 1984.

Huertas, Rafael, *Historia cultural de la psiquiatría. (Re) Pensar la locura*, España, Los libros de la Catarata, 2012.

-----, "Psiquiatría y literatura en la España de la transición: los renglones torcidos de Dios (1979)", en *Rev. Latinoam. Psicopat. Fund.*, São Paulo, 20(1), 142-164 mar. 2017.

-----, "Locura y subjetividad en el nacimiento del alienismo. Releyendo a Gladys Swain", en *Frenia*. vol. X-2010, pp. 11-22.

-----, *El siglo de la clínica. Para una teoría de práctica psiquiátrica*, Madrid, Novalia Electronic Editions, 2005.

-----, "La novela experimental y la ciencia positiva", en *Llull*, vol. 7, 1984, pp. 29-52.

-----, "Memorias de Ultrafrenia (1890). La novela científica y los territorios de la subjetividad", en *Revista de Estudios Hispánicos*, núm. 44, 2010, pp. 31-55.

-----, *Locura y Degeneración. Psiquiatría y sociedad en el positivismo francés*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas/Centro de Estudios Históricos, 1987.

----- y Peset, José Luis, "Psiquiatría, crimen y literatura (I): El criminal nato en el naturalismo zoliano", en *Rev. Asoc. Neuropsiquiatría*. vol. V, núm. 13, 1985, pp. 132-150.

-----, "Psiquiatría, crimen y literatura (y II). La mujer prostituta y la mujer criminal en la obra de E. Zola", en *Rev. Asoc. Neuropsiquiatría*. vol. VI, núm. 18, 1986, pp. 353-365.

Illades, Carlos, *Nación, Sociedad y Utopía en el romanticismo mexicano*, México, CONACULTA, 2005.

-----, y Sandoval, Adriana, *Espacio social y representación literaria en el siglo XIX*, México, UAM/Plaza y Valdés, 2000.

Isaías Contreras, Miguel Ángel, "Suicidio y opinión pública en Guadalajara de finales del siglo XIX: representaciones y censuras", en Federico de la Torre (ed.), *Anuario 2005. Seminario de estudios regionales*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 2007, pp. 107-133.

Issacs, Jorge, *María*, Barcelona, España, Editorial Bruguera, 1972.

La Huella del viento. José Peón y Contreras. Obra poética I, presentación y selección a cargo de Rubén Reyes Ramírez, México, Ediciones de la Universidad Nacional de Yucatán, 1998.

La novela corta en el primer romanticismo mexicano, estudio preliminar, recopilación, edición y notas de Celia Miranda, con un ensayo de Jorge Ruedas de la Serna, México, UNAM/Instituto de Investigaciones Filológicas, 1998.

Jiménez Panesso, David, *Fin de siglo. Decadencia y Modernidad. Ensayos sobre el Modernismo en Colombia*, Instituto Colombiano de Cultura/Universidad Nacional de Colombia, 1994.

Kottow, Andrea, « Historias de locuras en la literatura chilena del siglo XIX, o la modernidad y sus vicisitudes », *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* [En ligne], Colloques, mis en ligne le 09 juin 2014, consulté le 15 juin 2015. URL: <http://nuevomundo.revues.org/66914>; DOI: 10.4000/nuevomundo.66914.

Lorenzo, María Dolores, *El Estado como Benefactor. Los pobres y la asistencia pública en la Ciudad de México 1877-1905*, México, El Colegio de México/El Colegio Mexiquense, 2011.

Lozano Armendares, Teresa, "Penurias del cornudo novohispano", en Pilar Gonzalbo Aizpuru y Verónica Zárate Toscano (coord.), *Gozos y sufrimientos en la Historia de México*, , México, El Colegio de México/Instituto Mora, 2007, pp. 161-184.

-----, *No codiciarás la mujer ajena. El adulterio en las comunidades domésticas novohispanas. Ciudad de México, siglo XVIII*, México,

Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Investigaciones Históricas, 2005.

Lozano Herrera, Rubén, *Las Veras y las burlas de José Juan Tablada*, México, Universidad Iberoamericana, Departamento de Historia, 1995.

La misión del escritor. Ensayos mexicanos del siglo XIX, organización y presentación de Jorge Ruedas de la Serna, UNAM/Coordinación de Humanidades/Dirección General de Publicaciones, 1996.

Lombroso y la Escuela positivista italiana. Introducción a cargo de José Luis Peset y Mariano Peset, Madrid, Instituto Arnau de Vilanova, C.S.I.S, 1975.

López Sánchez, Oliva, (coord.) *La pérdida del paraíso. El lugar de las emociones en la sociedad mexicana entre los siglos XIX y XX*, México, UNAM/Facultad de Estudios Superiores Iztacala, 2011.

-----“La centralidad del útero y sus nexos en las representaciones técnicas del cuerpo femenino en la medicina del siglo XIX”, en Julia Tuñón (compiladora), *Enjaular los cuerpos. Normativas decimonónicas y feminidad en México*, México, El Colegio de México, 2008, pp. 147-184.

Mancilla Villa, Martha Lilia, *Locura y Mujer durante el porfiriato*, México, Círculo Psicoanalítico Mexicano, 2001.

Mariano Leyva, José, *Perversos y pesimistas. Los escritores decadentes mexicanos en el nacimiento de la modernidad*, México, Tusquets, 2013.

Martínez Barbosa, Xóchitl, *El Hospital de San Andrés. Un espacio para la enseñanza, la práctica y la investigación médicas, 1861-1904*. México, Siglo XXI Editores, 2005.

Martínez, José Luis, *La expresión nacional*, México, CONACULTA, 1995.

Mata, Óscar, *La novela corta mexicana en el siglo XIX*, UNAM/UAM-Azcapotzalco, 2003.

Martínez, José Luis, "México en busca de su expresión", en *Historia General de México*, México, El Colegio de México, 2000, pp. 707-755.

Matute, Álvaro, "Justo Sierra, el positivista romántico", en Belem Clark de Lara y Elisa Speckman Guerra (comp), *La República de las letras. Asomos a la cultura escrita del México Decimonónico*, México, t. III, UNAM, 2005, pp. 429-444.

Maya González, José Antonio, "Ficciones psicopatológicas: locura y medicina mental en la novela *Pacotillas* de Porfirio Parra", *Revista Culturas Psi/Psy Cultures*, vol. 2, Buenos Aires, septiembre 2014, pp. 73-86.

-----, "Locura y criminalidad en el discurso médico porfiriano: el caso de Enrique Rode, 1888-1891", en *Trashumante. Revista Americana de Historia Social*, núm. 5, enero-junio 2015, pp. 128-148.

-----, "De peligrosos a compradores: remedios milagrosos para la epilepsia durante el Porfiriato, ciudad de México", en Andrés Ríos Molina (coordinador), *La psiquiatría más allá de sus fronteras. Instituciones y representaciones en el México contemporáneo*, México, UNAM, 2017, pp. 133-182.

Méndez de Cuenca, Laura, *Semblanzas y otros cuentos*, edición crítica, estudio preliminar, notas e índice, Roberto Sánchez Sánchez, México, UNAM, 2010.

Menton, Seymour, *El cuento hispanoamericano*, México, FCE, 2011.

Meyer-Minnemann, Klaus, *La novela hispanoamericana de fin de siglo*, traducción Alberto Vital, México, FCE, 1991.

-----, "La novela modernista en Hispanoamérica", en Hans-Otto Dill y otros, *Apropiaciones de la realidad en la novela hispanoamericana de los siglos XIX y XX*, Frankfurt-Madrid, 1994, pp. 159-170.

Minois, Georges, *Historie du suicide. La société occidentale face à la mort volontaire*, París, Fayard, 1995.

Miranda Pacheco, Sergio, *Tacubaya: de suburbio veraniego a ciudad*, México, UNAM, 2007.

Mollier, Jean-Yves, *La lectura en Francia durante el siglo XIX*, México, Cuadernos de Secuencia/Instituto Mora, 2009.

Molloy, Silvy, "Diagnósticos del fin de siglo", en Beatriz González Stephan y Richard Nelly (editores), *Cultura y Tercer Mundo: Nuevas identidades y Ciudadanía*, Caracas, Venezuela, Editorial Nueva Sociedad, 1996, pp. 171-200.

Montalvo Ortega, Enrique, *José Peón y Contreras*, México, Senado de la República, 1987.

Montiel, Luis, *Alquimia del dolor. Estudios sobre medicina y literatura*, Tarragona, España, Publicaciones URV, 2014.

-----, "El nacimiento de la psicología en el espíritu de la literatura. Los orígenes literarios de la psiquiatría alemana decimonónica", en *Frenia. Revista de Historia de la Psiquiatría*, vol. X, 2010, pp. 75-94.

Morros Mestres, Bienvenido, "La historia de Paulina Porreño en la Fontana de Oro de Galdós", en *BHI*, t. I, núm1, juin 2008, pp. 333-370.

Moscoso, Javier, *Historia cultural del dolor*, México, Taurus, 2011.

Muñoz Fernández, Ángel, "Bernardo Couto Castillo", en Belem Clark de Lara y Elisa Speckman (editoras), *La República de las Letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico*, t. III, UNAM, 2005, pp. 595-609.

Murguía, Adriana, Teresa Ordorika y León Lendo, "El estudio de los procesos de medicalización en América Latina", en *História, Ciências, Saúde - Manguinhos*, vol. 23, núm. 3, julio-septiembre, 2016, pp. 635-651.

Neves, Margarida de Souza, "O grande mal no Cemiterio dos Vivos: diagnósticos de epilepsia no Hospital Nacional de Alienados", en *História, Ciências Saúde- Manguinhos*, Rio de Janeiro, vol. 17, sulp. 2, dez. 2010, pp. 293-311.

Nordau, Max, *Fin de siglo*, prólogo de José Luis Arántegui, Colección Heterohistorias, Madrid, 1999.

Nouzeilles, Gabriela, *Ficciones somáticas. Naturalismo, nacionalismo y políticas médicas del cuerpo (Argentina 1880-1910)*, Argentina, Beatriz Viterbo Editora, 2000.

-----, "Asesinatos por sugestión: estética, histeria y transgresión" en *The Colorado Review of Hispanic Studies*, vol. 4, fall, 2006, pp. 309-325.

-----, "Narra el cuerpo propio. Retórica modernista de la enfermedad", en *Estudios. Revista de Investigaciones literarias*, año 5, núm, 9, Caracas, ene-jun, 1997, pp. 149-176.

Novella, Enric, *La ciencia del alma. Locura y modernidad en la cultura española del siglo XIX*, España/Frankfurt, Iberoamericana/Vervuet, 2013.

-----, "La medicina de las pasiones en la España del siglo XIX", *Dynamis*, 2011; 31(2): 453-473.

Nunes Alexim, Sílvia, "Histeria e psiquiatria no Brasil da Primeira República" en *História, Ciências, Saúde-Manguinhos*, vol. 17, suple. 2., dez, Rio de Janeiro, Brasil, 2010, pp. 373-389.

O'Byrne Curtis, Margarita Rosa, *La razón de la sinrazón: La configuración de la locura en la narrativa de Benito Pérez Galdós*, Madrid, Ediciones del Cabildo de Insular de Gran Canaria, 1996.

Owsei, Temkin, *The Fallen Sickness. A History of Epilepsy from de Greeks to the Beginnings of the Modern Neurology*, Baltimore and London, Johns Hopkins Press, 1971.

Padel, Ruth, *A quien los dioses destruyen. Elementos de la locura griega y trágica*, México, Sexto Piso, 2005.

Pérez Gay, Rafael, "La prosa de los noctámbulos", en *Nexos*, 1 de agosto de 1987. <https://www.nexos.com.mx/?p=4827>. (Consultado el 3 de abril de 2015)

Piccato, Pablo, *La tiranía de la opinión pública. El honor en la construcción de la esfera pública en México*, traducción Lucía Rayas, El Colegio de Michoacán/Instituto Mora, 2015.

-----, "Honor y opinión pública: la moral de los periodistas durante el Porfiriato temprano", en Cristina Sacristán y Pablo Piccato (editores), *Actores, espacios y debates en la historia de la esfera pública en la ciudad de México*, México, Instituto de Investigaciones Históricas/Instituto Mora, 2005, pp. 145-178.

-----, "La construcción de una perspectiva científica: miradas porfirianas a la criminalidad", *Historia Mexicana*, vol. XLVII: 1, 1997, p. 133-181.

Pigeaud, Jackie, "La antigüedad y los comienzos de la psiquiatría en Francia", en Jacques Postel y Claude Quézel (comps), *Nueva historia de la psiquiatría*, México, FCE, 2000, pp.137-153.

-----, "Le rôle des passions dans le pensé médicale de Pinel à Moreau de Tours", en *History and Philosophy of the Life Sciences*, vol. 2, núm. 1, 1980, pp. 123-140.

Piva, María Laura, "El "Pinel Argentino": Domingo Cabred y la psiquiatría de fines del siglo XIX", en Marcelo Monserrat (comp.), *La ciencia en Argentina entre siglos*, Argentina, Cuadernos Argentinos Manantial, 2000, pp. 71-86.

Plumed, Javier, "La etiología de la locura en el siglo XIX a través de la psiquiatría española", *Frenia*, vol. IV-2-2004, pp. 69-91.

Ponnau, Gwenhaël, *La folie dans la littérature fantastique*, Paris, Editions du Centre National de la Recherche Scientifique, 1987.

Porter, Roy, *Breve historia de la locura*, España, FCE, 2002.

-----, *A social history of madness: the world through the eyes of the insane*, New York, Weidenfeld & Nicolson, 1988.

Poot Mejía, Gabriel, *Los mexicanos en el espejo del Porfiriato y la Revolución. Finales del siglo XIX y principios del XX*, México, Fomento Cultural Banamex, 2010.

Postel, Jaques y Claude Quérel (comps), *Nueva Historia de la Psiquiatría*, México, FCE, 2000.

Quereilhac, Soledad, "Ecos de lo oculto en el Buenos Aires de Entre-siglos: intervenciones de escritores e intelectuales en medios de prensa", en *Literatura y Lingüística*, Santiago, Chile, núm. 28, 2013, pp. 91-106.

-----, "Reflexiones sobre una sensibilidad de época. La imaginación científica en la literatura y el periodismo (1896-1910)", en *Badebec*, vol. 4, núm. 8, marzo 2015, pp. 32-59.

Quirarte, Vicente, "Cuerpo, fantasma y paraíso artificial", en Rafael Olea Franco (editor), *Literatura mexicana del otro fin de siglo*, México, El Colegio de México, 2001, pp. 19-33.

Quiroz, Enriqueta, "Vivir de un salario. El costo del consumo doméstico", en Alicia Salmerón y Fernando Aguayo (coordinadores), *Instantáneas de la ciudad de México. Un álbum de 1883-1884*, t. I, Instituto Mora/UAM Cuajimalpa, 2013, p.119-136.

Ramos de Viesca, María Blanca, "La hidroterapia como tratamiento de las enfermedades mentales en México en el siglo XIX", en *Salud Mental*, octubre, año/volumen 23, núm., 2005, pp. 41-46.

-----, "La sangría como recurso terapéutico en las enfermedades mentales en el México del siglo XIX", en *Salud Mental*, diciembre, año/volumen 25, 2006, p. 53-58.

-----, Andrés Aranda Cruzalta, Benjamín Dultzin y Carlos Viesca, "La sangría como recurso terapéutico en las enfermedades mentales en el México del siglo XIX", en *Salud Mental*, diciembre, año/volumen 25, 2006, pp. 53-58.

Ramos Escandón, Carmen, "Mujeres de fin de siglo. Estereotipos femeninos en la literatura porfiriana" en *Signos*, II, 1989, p. 51-83.

-----, "Mujeres positivas. Los retos de la modernidad en las relaciones de género y la construcción del parámetro femenino en el fin de siglo mexicano, 1880-1910", en Claudia Agostoni y Elisa Speckman (editoras), *Modernidad, tradición y alteridad. La ciudad de México en el cambio de siglo (XIX-XX)*, México, UNAM, 2001, pp. 291-317.

Rimke, Heidi, "From sinners to degenerates: the medicalization of morality in the 19th century", *History of Human Sciences*, february 2002, vol. 15, n. 15, pp. 59-88.

Régnier-Bohler, Danielle, "Ficciones", en *Historia de la vida privada*, t. IV, dirigida por Philippe Ariés y Goerges Duby, Madrid, Taurus, 1991, pp. 311-392.

Reyes Ramírez, Rubén, *La huella del viento. José Peón y Contreras. Obra poética I*, México, Ediciones Universidad Nacional de Yucatán, 1998.

Reyes, Aurelio, de los, *Los orígenes del cine en México (1896-1900)*, México, FCE, 2013.

Rieger, Branimir, *Dionysus in Literature. Essays on Literary Madness*, Bowling Green State University Popular Press, 1994.

Ríos Molina, Andrés, *La locura durante la Revolución mexicana. Los primeros años del Manicomio General La Castañeda, 1910-1920*, México, El Colegio de México, 2009.

-----, *Cómo prevenir la locura. Psiquiatría e higiene Mental en México, 1934-1950*, México, Siglo XXI/UNAM, 2016.

-----, *Memorias de un loco anormal. El caso de Goyo Cárdenas*, México, Debate, 2010.

-----, "El niño y la niebla. La enfermedad mental según Rodolfo Usigli y Roberto Gavaldón", en *Cuicuilco*, núm. 45, enero-abril, 2009, pp. 27-50.

-----, "Locura y encierro psiquiátrico en México: el caso del Manicomio La Castañeda, 1910" en *Antipoda*, núm. 6, enero-junio, 2008, pp. 73-90.

-----, "Relatos pedagógicos, melodramáticos y eróticos. La locura en fotonovelas y comics, 1963-1979", en Andrés Ríos Molina (coordinador),

La psiquiatría más allá de sus fronteras. Instituciones y representaciones en el México contemporáneo, México, UNAM, 2017, pp. 257-307.

-----, "Reflexiones psiquiátricas sobre los crímenes del *El Sapo* (1954), Elisa Speckman y Salvador Cárdenas (eds), *Crimen y Justicia en la historia de México. Nuevas Miradas*, México, Suprema Corte de Justicia, 2011, pp. 387-408.

Riva Palacio, Vicente, *Los cerros. Galería de Contemporáneos*, estudio introductorio por Clementina Díaz y de Ovando, México, UNAM/CONACULTA, 1996.

Rivera-Garza, Cristina, *La Castañeda. Narrativas dolientes desde el Manicomio General*, México, Tusquets, 2010.

-----, "Por la salud mental de la nación: vida cotidiana y Estado en el Manicomio General La Castañeda, México, 1910-1930", *Secuencia*, 51, Instituto Mora, 2001, pp. 57-89.

Rodríguez, Martha Eugenia, "Semanarios, gacetas, revistas y periódicos médicos del siglo XIX mexicano", *Boletín*, vol. 11, núm. 2, México, 1997, pp. 61-96.

-----, *La Escuela Nacional de Medicina 1833-1910*, México, UNAM/Departamento de Historia y Filosofía de la Medicina, 2008.

Rodríguez González, Yliana, "Ángel de Campo: modalidades de la escritura", en Rafael Olea Franco (editor), *Doscientos años de narrativa mexicana*, México, El Colegio de México, 2010, p. 227-249.

Rodríguez de Romo, Ana Cecilia, Gabriela Castañeda López y Rita Robles Valencia, *Protagonistas de la medicina científica mexicana, 1800-2006*, México, UNAM/Facultad de Medicina/Plaza y Valdés, 2008.

Romanticismo Francés (Antología de Textos), Marialba Pastor (coord.), México, UNAM/Facultad de Filosofía y Letras, 2010.

Rony, Jérôme-Antoine, *Las pasiones*, traducción Brenda Salmón, México, Lito Arte S.A, 1992.

Rosas Salas, Sergio Francisco, “El círculo católico de Puebla, 1887-1900”, en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, núm. 43, enero-junio 2012, p. 35-67.

Roudinesco, Élisabeth, *Nuestro lado oscuro. Una historia de los perversos*, Barcelona, Anagrama, 2009.

Rougemont, Denis, de, *Amor y Occidente*, México, CONACULTA/Editorial Cien Mundo, 2001.

Ruíz Castañeda, María del Carmen; Márquez Acevedo, Segio, *Diccionario de seudónimos, anagramas, iniciales y otros alias usados por escritores mexicanos y extranjeros que han publicado en México*, UNAM, 2000.

Ryan, Vanessa. “Fictions of Medical Minds: Victorian Novels and Medical Epistemology”, en *Literature and Medicine*, 25.2 (2006): 277–297.

Saborit, Antonio, *Los Imprescindibles*, Selección y prólogo, Antonio Saborit, Ediciones Cal y Arena, 2004.

Sacristán, Cristina, “Una valoración sobre el fracaso del Manicomio de La Castañeda como institución terapéutica, 1910-1944” en *Secuencia*, núm. 51, septiembre-diciembre, México, 2001. pp. 91-120.

-----, “La locura se topa con el Manicomio. Una historia por contar” en *Cuicuilco*, México, volumen 16, núm. 45, enero-abril, 2009, pp. 163-188.

-----, “Entre curar y contener. La psiquiatría mexicana ante el desamparo jurídico, 1870-1944” en *Frenia*, Vol. II-2, 2002, p. 61-80.

-----, “Ser o no ser modernos. La salud mental en manos del Estado mexicano, 1861-1968” en *Espacio Plural*, año XI, número 22, 1 de septiembre 2010, pp. 11-23.

-----, “La contribución de la Castañeda a la profesionalización de la psiquiatría mexicana, 1910-1968”, en *Salud Mental*, vol. 33, núm., 6, nov-dic 2010, pp. 473-480.

-----, *Locura y justicia en México. La Psiquiatría, la familia y el individuo frente a la modernidad liberal: El caso Raygosa (1873-1877)*. Tesis inédita en Antropología Social y Cultural, España, Universitat Rovira I Virgili, 1999.

Safransky, Rüdiger, *El Romanticismo. Una odisea del espíritu Alemán*, trad. Raúl Gabás, Barcelona, Fábula Tusquets, 2012.

Samuel, Lawrence R., *Freud en Madison Avenue. Investigación motivacional y publicidad subliminal en América*, traducción Alma Alexandra García Martínez, México, Paidós, 2015.

Sánchez Cuervo, Antolín, *Las polémicas en torno al Krausismo en México (siglo XIX)*, México, UNAM, 2004.

Sandoval, Adriana, "La *Carmen* de Pedro Castera", en *Literatura Mexicana*, vol. XVI, núm. 1, 2005, pp. 7-26.

Scull, Andrew, *La locura: Una breve introducción*, España, Alianza Editorial, 2013.

Schiavo, Leda, *El éxtasis de los límites. Temas y figuras del decadentismo*, Argentina, Ediciones Corregidor, 1999.

Schmidt-Welle, Friedhelm, "Letrados e intelectuales en Argentina y México: algunas figuras emblemáticas", en Friedhelm Schmidt-Welle (coord.), *La historia intelectual como historia literaria*, México, El Colegio de México, 2014, pp. 15-34.

Schneider, Luis Mario; Curiel, Guadalupe; Castro, Miguel Ángel, *Biblios. Boletín semanal de información bibliográfica publicado por la Biblioteca Nacional (1919-1926) y su galería de escritores*, México, UNAM, 1999.

Secord, James A. "Knowledge in Transit", en *Isis*, vol. 95, N. 4 (december 2004) pp. 654-672.

Shorter, Edward, *Historia de la psiquiatría. Desde la época del manicomio a la era de la fluoxetina*, Barcelona, J. y C. Ediciones Médicas, S.L., 1999.

Shulman, Iván A., "Reflexiones en torno a la definición del modernismo", en Lily Litvak (editora), *El Modernismo*, Madrid, Taurus, 1981, pp. 65-96.

Simonnet, Dominique, *La más bella historia de amor*, Argentina, FCE, 2004.

Somolinos D'Ardois, Germán, *Historia de la psiquiatría en México*, México, SEP/Setentas, 1976.

Sontag, Susan, *La enfermedad y sus metáforas. El sida y sus metáforas*, España, Debolsillo, 2011.

Speckman, Elisa, *Crimen y Castigo. Legislación penal, interpretaciones de la criminalidad y administración de justicia (Ciudad de México, 1872-1910)*, México, El Colegio de México/UNAM, 2007.

-----, "Pautas de conducta y códigos de valores en los impresos de Vengas Arroyo, en Rafael Olea Franco (editor), *La literatura mexicana del otro fin de siglo*, México, El Colegio de México, 2001, pp. 425-448.

-----, "Las flores del mal. Mujeres criminales en el Porfiriato", en *Revista Mexicana*, XLVII: 1, 1997, p. 183-229.

-----, Claudia Agostoni y Pilar Gonzalbo Aizpuru (coords), *Los miedos en la historia*, México, El Colegio de México/Universidad Nacional Autónoma de México, 2009.

-----, "Las posibles lecturas de *La República de las Letras*. Escritores, visiones y lectores", en Belem Clark de Lara y Elisa Speckman (comp.), *La República de las letras. Asomos a la cultura escrita del México Decimonónico*, México, vol. I, UNAM, 2005, pp. 47-72.

Sperling, Christian, *La narrativa modernista de México: sensibilidad finisecular y el discurso científico sobre la consciencia humana*, tesis para obtener el grado de doctor en Letras, UNAM/Instituto de Investigaciones Filológicas, 2009.

-----, "La medicina mental en la novela corta hispana: el caso de Amado Nervo, en *Asclepio. Revista de Historia de la Medicina y la Ciencia*, vol. LXIII, núm. 1, enero-junio 2011, pp. 65-88.

Staples, Anne, "Los Bandidos de Río Frío como fuente primaria para la historia de México", en Rafael Olea Franco (editor), *La literatura mexicana del otro fin de siglo*, México, El Colegio de México, 2001, pp. 345-352.

Suárez de la Torre, Laura, "La producción de libros, revistas, periódicos y folletos en el siglo XIX", en , Belem Clark de Lara y Elisa Speckman Guerra (edición), *La República de las letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico*, t. II, México, UNAM, 2005, pp. 9-25.

-----, (coord.), *Constructores de un cambio cultural: impresores-editores y libreros en la ciudad de México, 1830-1855*, México, Instituto Mora, 2003.

Tenorio Trillo, Mauricio, *Artifugio de la nación moderna. México en las exposiciones universales, 1880-1930*, México, FCE, 1998.

Thérenty, Marie-Eve, *La invención de la cultura mediática. Prensa, literatura y sociedad en Francia en el siglo XIX*, México, Instituto Mora/Cuadernos Secuencia, 2013.

Tinianou, Juri, "Sobre la evolución literaria", en Tzvetan Todorov (comp), *Teoría de la literatura de los formalistas rusos*, trad. Ana María Nethol, México, Siglo XXI, 2010, pp. 123-139.

Tola de Habich, Fernando, "Propuesta para una periodización generacional de la literatura mexicana del siglo XIX", en Belem Clark de Lara y Elisa Speckman Guerra (comp), *La República de las letras. Asomos a la cultura escrita del México Decimonónico*, México, vol. I, UNAM, 2005, pp. 203-220.

Torres Sánchez, Rafael, *Balzac para historiadores*, México, CONACULTA/El Centavo, 2011.

Tuñón, Julia, "Ensayo introductorio. Problemas y debates en torno a la construcción social y simbólica de los cuerpos" en *Enjaular los cuerpos. Normativas decimonónicas y feminidad en México*, Julia Tuñón (comp), México, El Colegio de México, 2008, pp. 11-65.

Urías Horcasitas, Beatriz, "Degeneracionismo e higiene mental en el México posrevolucionario, (1920-1940)", *Frenia*, vol. IV-2-2004, pp. 37-67.

Valdés, Héctor, *Índice de la Revista Moderna. Arte y Ciencia (1898-1903)*, México, UNAM/Centro de Estudios Literarios, 1967

Vallejo, Mauro Sebastián, "Magnetizadores, ilusionistas y médicos. Una aproximación a la historia del hipnotismo en México, 1880-1900", en *Trashumante. Revista Americana de Historia Social*, núm. 5, enero-junio 2015, p. 201-219.

Venancio, Ana Teresa, "El hospicio nacional de alienados en la prensa de río de janeiro (1903-1911)", en *Asclepio. Revista de Historia de la Medicina y de la Ciencia*, 69, (2), julio-diciembre 2017, p.1-14.

Vila Vilar, Enriqueta, « Historia y Literatura: un largo debate para un caso práctico », *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* [En ligne], Débats, mis en ligne le 31

janvier 2009, consulté le 21 juin 2016. URL: <http://nuevomundo.revues.org/52533>;
DOI: 10.4000/nuevomundo.52533.

Von Ziegler, José, *Revista Azul*, México, Dirección de Cultura/UNAM, 1988.

Walkowitz, Judith R., *La ciudad de las pasiones terribles. Narraciones sobre el peligro sexual en el Londres victoriano*, Madrid, Ediciones Cátedra/Universitat de Valencia/Instituto de la Mujer, 1992.

-----, "Sexualidades peligrosas" en *Historia de las mujeres*, t. VIII, Madrid, Taurus, pp. 63-97.

Warner, Ralph E., *Historia de la novela mexicana en el siglo XIX*, México, Antigua Librería Robredo, 1953.

Weber Santos, Nádia Maria, « "Você, Quaresma, é um visionário": alma nacional e loucura em *Triste fim de Policarpo Quaresma* de Lima Barreto », *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* [En ligne], Débats, mis en ligne le 28 janvier 2006, consulté le 11 august 2014. URL: <http://nuevomundo.revues.org/1513>; DOI: 10.4000/nuevomundo.1513.

Weiner, Dora B., *Comprender y Curar. Philippe Pinel (1745-1826). La medicina de la mente*, México, FCE, 2002.

Zavala Díaz, Ana Laura, *De asfódelos y otras flores del mal mexicanas. Reflexiones sobre el cuento modernista de tendencia decadente*, México, Instituto de Investigaciones Filológicas, 2012.

-----, "Retóricas de la enfermedad en el México porfiriano: el caso modernista", en *Decíres. Revista del Centro de Enseñanza para Extranjeros*, México, Nueva época, vol. 10, núms. 10-11, 2007, pp. 167-180.

-----, "La blanca lápida de nuestras creencias: notas sobre el decadentismo mexicano", en Rafael Olea Franco (editor), *Literatura mexicana del otro fin de siglo*, México, El Colegio de México, 2001, pp. 47-60.

-----, *En cuerpo y alma. Ficciones somáticas en la narrativa mexicana de las últimas décadas del siglo XIX*, tesis para optar por el grado en doctora en letras, UNAM/Instituto de Investigaciones Filológicas, 2012.

Zola, Émile, *El naturalismo. Ensayos, manifiestos y artículos polémicos sobre la estética naturalista*, Barcelona, Península, 2002.